

BIBLIOTECA POPULAR

Estante 2
Tabla 1
Número..... 100

HISTORIA DE ROMA.



HISTORIA DE ROMA.

HISTORIA DE ROMA

102

TEODORO MOMMSEN

Profesor de Derecho Romano en la Universidad de Berlín

Traducido de

A. GARCÍA RORTINO

con un prólogo y comentarios en la parte preliminar de España

POR D. F. FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ

Académico de la Historia, catedrático de la Historia Antigua en San Fernando, Abogado del Ilustre Colegio de Madrid y Estadístico de la Universidad Central.

TOMO III

FERNANDO GONZÁLEZ, EDITOR

Calle de San Lázaro, número 7

MADRID: 1878

R. 1758

NUEVA BIBLIOTECA UNIVERSAL (SECCION HISTÓRICA).

HISTORIA DE ROMA,

POR

TEODORO MOMMSEN,

Profesor de Derecho Romano en la Universidad de Berlin,

traducción de

A. GARCÍA MORENO,

con un prólogo y comentarios en la parte relativa á España,

POR D. F. FERNANDEZ Y GONZALEZ.

Académico de la Historia, electo de la de Nobles Artes de San Fernando, Abogado del Ilustre Colegio de Madrid y Catedrático de la Universidad Central.

~~~~~  
TOMO III.  
~~~~~



FRANCISCO GÓNGORA, EDITOR.
Corredera Baja de San Pablo, número 7.
MADRID: 1876.

LIBRO TERCERO.

DESDE LA REUNION DE ITALIA HASTA LA SUMISION DE
CARTAGO Y DE GRECIA.

LIBRO PRIMERO

..... *Arduum res gestas scribere.*

(SALUSTIO.)

..... [Difícil cosa es escribir la historia!

Las Persias — Reconquista ó guerra intersemita —
Aunque colocaba entre los pueblos del antiguo mundo
clases, ha quedado sin embargo fuera de ellas la raza
de los Sinitas. Tiene esta por centro el Oriente, mien-
tras que aquel tiene el suyo en el Mediterráneo; y á
medida que la guerra ó las emigraciones van exten-
diendo las fronteras y arrojando las Naciones unas so-
bre otras, los Indo-Germanos y los Sirtas, los Iarabí-
tas y los Arabes, se separan y alejan, obedeciendo al
sentimiento oriente de su heterogeneidad. Otro tanto
puede decirse de los Sinitas ó de la Nación que
de esta rama de los Sinitas que se ha extendido hacia
el Oeste más que ninguna otra de su raza. Tuvo por

CAPITULO PRIMERO.

CARTAGO.—Los Fenicios. Su comercio. Su genio intelectual.—Su genio político.—Cartago.—Cartago á la cabeza de los Fenicios de Occidente en su lucha con los Griegos.—Imperio africano de Cartago.—Los Libios.—Los Libio-Fenicios.—Poder marítimo de Cartago.—España.—Cerdeña.—Sicilia.—Imperio marítimo.—Rivalidad con Siracusa.—Constitucion cartaginesa.—El Consejo.—Los funcionarios.—Los jueces.—Los ciudadanos.—Carácter de esta constitucion.—Los capitales; poder financiero de Cartago.—Paralelo entre Cartago y Roma.—Economía política.—Instituciones.—Gobierno de los pueblos sujetos.—Rentas del Estado.—Sistema militar.

Los Fenicios.—Su comercio. Su genio intelectual.— Aunque colocada entre los pueblos del antiguo mundo clásico, ha quedado sin embargo fuera de ellos la raza de los *Semitas*. Tiene ésta por centro el Oriente, mientras que aquel tiene el suyo en el Mediterráneo; y á medida que la guerra ó las emigraciones van extendiendo las fronteras y arrojando las Naciones unas sobre otras, los Indo-Germanos y los Sirios, los Israelitas y los Arabes, se separan y alejan, obedeciendo al sentimiento creciente de su heterogeneidad. Otro tanto puede decirse de los *Fenicios* ó de la *Nacion púnica*, de esa rama de los *Semitas* que se ha extendido hácia el Oeste más que ninguna otra de su raza. Tuvo por

pátria la zona estrecha situada entre el Asia Menor, las montañas de la Siria, y el Egipto, y á la que se llama propiamente hablando la *Uanura* ó *Canaan*. Tal era en efecto el nombre que ella misma se daba: hasta los tiempos del cristianismo, el campesino africano se denominaba *Canaanita*. Para los Griegos, la tierra de Canaan era *el país de la púrpura* ó la tierra de los hombres rojos (*Φοίνικι*). Los Italianos, y aun nosotros mismos, la llamamos constantemente *Fenicia*. Por lo demás, este país, propio para la agricultura, tenia, ante todo, excelentes puertos, y maderas y metales en abundancia. Sobre esas playas, en que el continente Oriental, abundante en todo género de productos, pone limite al vasto mar interior sembrado de islas y con muchas y cómodas radas, es tambien donde se ha visto, quizá por primera vez, nacer entre los hombres el movimiento comercial y tomar inmediatamente un vuelo inmenso. Los Fenicios intentaron cuanto pueden la audacia, la inteligencia y la inspiracion en las concepciones, para dar á su comercio y á sus ramas accesorias, la navegacion, la industria y la colonizacion, todo el desarrollo de que son capaces, y para unir el Oriente con el Occidente por el lazo de las relaciones internacionales. Desde los tiempos más remotos, los encontramos ya en la isla de *Chipre* y en *Egipto*, en *Grecia* y en *Sicilia*, en *Africa* y en *España*, y hasta en las costas del *Atlántico* y del *mar del Norte*. Su imperio comercial se extendia desde *Sierra Leona* y la tierra de *Cornouailles* en el Oeste, hasta la costa de *Malabar*, en el Este. Por sus manos pasan el oro y las perlas del Oriente, la púrpura tiria, los esclavos, el marfil y las pieles de leon y de pantera del interior de Africa, el incienso de Arabia, el lino de Egipto, el vidriado y los vinos generosos de la Grecia, el cobre de Chipre, la plata de España, el

estaño de Inglaterra y el hierro de la isla de Elva. Las anves de los Fenicios llevan á todos los pueblos cuanto pueden necesitar ó comprar; recorren los mares, pero vuelven siempre á su pátria, con la que están perfectamente unidos, por reducidas que sean sus fronteras. Este pueblo ha merecido ser celebrado en la historia al lado de los Griegos y de los Latinos: pero tambien en él, y más quizá que en otro alguno, se verificó el fenómeno característico de las épocas antiguas: el aislamiento de las fuerzas vivas de las naciones, aun en medio de sus indiscutibles progresos. Por lo demás, no pertenecen directamente á la fenicia esas creaciones grandiosas é indestructibles que, en el órden intelectual, ha producido la raza Aramea. Sí, en cierto sentido, han sido la ciencia y la fé, desde un principio, propiedad exclusiva de los *Arameos*, y por más que sea de ellos de quienes las han recibido los pueblos indogermánicos, es necesario, sin embargo, reconocer que ni la religion, ni la ciencia, ni las artes de la Fenicia han tenido jamás un lugar independiente en la civilizacion aramea. Sus mitos religiosos están desprovistos de toda belleza; su culto despierta y desarrolla las pasiones de la lujuria y los instintos de la crueldad, en vez de refrenarlos; y, limitándonos á las épocas en que resplandece la verdad histórica, en ninguna parte encontramos vestigios de la más insignificante influencia de la religion puramente fenicia sobre la de los demás pueblos. Méno aún existen huellas de una arquitectura, de una plástica nacional, que pueda compararse, no con la de las ilustres metrópolis del arte, pero ni siquiera con el arte italiano. La más antigua pátria de las observaciones científicas, el lugar en donde fueron por primera vez practicadas y se las consideró como cosa de algun valor, fué *Babilonia*, la region del Eufrates. Allí se estudió,

segun parece (a), por primera vez el curso de los astros; allí tambien se distinguieron y anotaron los sonidos del lenguaje hablado; allí empezó el hombre á meditar sobre las nociones del tiempo y del espacio, y sobre las fuerzas poderosas y activas de la naturaleza; allí, en fin, se encuentran restos de los más antiguos monumentos de la astronomía, de la cronología, del alfabeto, de los pesos y de las medidas. Los Fenicios sacaron un gran partido para su industria de las obras artísticas, en extremo notables, de Babilonia, así como las sacaron tambien de la astronomía de este pueblo para la navegacion; y para su comercio, de la escritura y del sistema de pesos y medidas de los Asirios, y trasportaron á su vez muy lejos todos los gérmenes fecundos de la civilizacion juntamente con sus mercancías. Pero nada demuestra que hayan jamás sacado de su propio fondo, por decirlo así, el alfabeto ni ninguna otra de las grandes creaciones del espíritu humano. ¿Diráse acaso que los Helenos han recibido de aquellos muchas nociones religiosas y científicas? Puede suceder; pero aún, en este caso, se las han llevado los

(a) Sobrada razon tiene el autor para no acoger con absoluta confianza las afirmaciones de los historiadores en lo tocante al país en donde aparecieron y se desarrollaron los primeros gérmenes de la cultura, hoy que se está rehaciendo por completo la historia de las primeras civilizaciones. En efecto, las últimas investigaciones, en cuestiones cronológicas, remontan los conocimientos astronómicos de los Egipcios á una fecha anterior á los años 3400 antes de J. C., en que, segun los cálculos más fundados, procedieron ya á la division del tiempo y á la formacion del calendario, en cuya época no habia aparecido, ni apareció aún en muchos siglos, la civilizacion en el país sobre que más tarde se asentó Babilonia. (V. Lepsius, *Cronolog.* pág. 157 y sig.; Bunsen, *Los Egipcios*, IV, 41 y siguientes; Duncker, *Hist. de la Antig.* tom. I, pág. 45 y sig.; 247 y sig., y 297 y sig. de la version castellana) (N. del T. E.)

Fenicios, más bien como el grano de trigo que cae por casualidad del pico de un ave, que como la semilla inteligente esparcida por la mano del labrador. No tenían, ni con mucho, el genio civilizador y de asimilación de los pueblos con quienes se pusieron en contacto, el de los Helenos ni aun el de los Italianos. En los países conquistados, ahogaron los Romanos las lenguas indígenas; el *ibero* y el *celta*, fueron reemplazados en adelante por el idioma latino; los Bereberes del Africa, por el contrario, hablan aún en nuestros días la lengua que hablaron en tiempos de *Hannon* y de los hijos de *Barca*.

Su genio político.—Pero aquello de que principalmente carecen los Fenicios, el rasgo común por el que todos los pueblos de raza aramea se distinguen notablemente de la familia indo-europea, es por la ausencia del genio político que funda las sociedades y hace que se gobiernen á sí mismas en el seno de una libertad fecunda. En tiempo de la más brillante prosperidad de *Sidon* y de *Tiro*, viene á ser el país fenicio la manzana de la discordia entre los pueblos establecidos en las riberas del Eufrates y del Nilo. Un día está sujeto á los Asirios, al siguiente á los Egipcios. Con la mitad de los recursos de este pueblo hubieran las ciudades griegas establecido sólidamente su independendencia; pero los hombres de Estado de *Sidon* eran gentes muy esperatas; calculaban lo que les hubiera costado de habérseles cortado los caminos de las caravanas en Oriente y cerrado los puertos egipcios; preferían cien veces un pesado tributo; valía más pagar los abrumadores impuestos exigidos por *Ninive* ó por *Menfis*, é ir con sus flotas á sostener combates en todos los mares por cuenta de sus reyes soberanos. Así como en su país aceptaban los Fenicios el yugo de un señor, asimismo no cambia-

ron las tranquilas prácticas del comercio por los hazares de una política ambiciosa. Sus colonias fueron grandes mercados: llevar sus mercancías á los indígenas y exportar los productos de estos, ¡hé aquí su gran negocio! No se cuidaron, pues, de ocupar vastos territorios en los países lejanos, y consagrarse en ellos á las largas y difíciles tareas de la verdadera colonización. Repugnábales la guerra, aun con sus mismos rivales; y permiten casi sin resistencia que se los expulse del Egipto, de la Grecia, de la Italia y de la Sicilia occidental. En los días de las grandes batallas libradas tiempo há en las aguas del Mediterráneo, hácia el Oeste, en Alalia por los años 217 (537 antes de J. C.) (T. I, página 217), y en Cimea, por los años 280 (474 antes de J. C.) (T. II, p. 119), los Etruscos sintieron, más bien que los Fenicios, el peso de la lucha contra los Griegos, sus comunes adversarios. Si la concurrencia comercial se hace inevitable, buscan el mejor acomodamiento posible; y nunca, por ejemplo, intentarán la conquista de Masalia ó de Cerea; ménos aún los conduce su genio á emprender guerras ofensivas. Solo una vez fueron, en los antiguos tiempos, los primeros en tomar las armas; y partiendo de las costas de Africa, se arrojaron sobre la Sicilia; pero aun en esta ocasion, obraban como súbditos obedientes del Gran-Rey, y, para no tener que tomar parte directa en la gran invasion persa, marcharon contra los Griegos occidentales. Ya hemos visto (T. II, página 118), que en los mares occidentales hallaron enfrente á Gelon, el tirano de Siracusa, que los derrotó completamente en la batalla de Himera, al mismo tiempo que sus hermanos de Libia fueron destruidos al lado de los Persas en el combate naval de Salamina. No era sin embargo la cobardía ni la molicie un vicio arraigado en este pueblo. Necesitan gran valor el capitán que

manda un buque de guerra y el navegante que se lanza por mares desconocidos; y sabido es que habia entre los Fenicios muchos y excelentes marinos. Diráse que no tenian ni la persistencia ni la energia exclusiva del sentimiento nacional; pero ya sabemos que los Arameos se señalaron, por el contrario, por la obstinacion indomable de su genio. ¿Qué pueblo entre los Indo Germanos podria comparárseles bajo esta relacion? ¿No nos ha sucedido á nosotros mismos preguntarnos si estaban quizá sobre la naturaleza humana, esos endurecidos Semitas que, armándose de todo su fanatismo, ó derramando su sangre á torrentes, han sabido resistir hasta el fin á los atractivos de la civilizacion griega y á los medios de coaccion de los dominadores procedentes del Este ó del Oeste? Sentimiento profundo de la raza, amor ardiente á la Pátria, tales fueron las virtudes de los Fenicios; pero no tuvieron con aquellas el sentido político, y este es el rasgo esencial de su carácter. La libertad no tiene para ellos su ordinario atractivo; no aspiran á la dominacion, y para emplear el lenguaje de la Biblia, «viven como acostumbraban los Sidonios, sin ningun temor, en paz y tranquilos, é inmensamente ricos» (1).

Cartago.—Entre los establecimientos fenicios, los que más rápidamente prosperaron fueron indudablemente los fundados por los Tirios y los Sidonios en las costas de la España Meridional y del Africa Septentrional. Ni el brazo del gran Rey, ni la peligrosa concurrencia de las marinas griegas podian alcanzarles en la primera; los indigenas que aquí encontraron, venian á ser para ellos lo que fueron despues para los europeos los Indios de las Américas. Fundaron en estos países nu-

(1) *Libro de los Jueces*, XV, 7.

merosas y florecientes colonias: pero sobresalía entre todas la «ciudad nueva» ó *Cartago*, (*Carthada*, *Carthago*), como la llamaban los Occidentales. Edificada posteriormente á las demás ciudades fenicias del país, habia estado en un principio, segun parece, bajo la dependencia de *Utica*, su vecina y la más antigua de las colonias libicas; despues, gracias á su admirable situacion y á la inteligente actividad de sus habitantes, superó en breve á todos los establecimientos ó colonias de la costa, y hasta se sobrepuso á la madre pátria. No lejos de la embocadura, desviada en la actualidad, del *Bagradas* (*el Medgerdák*) que atravesaba las regiones del Africa Septentrional, muy ricas entonces en cereales, estaba asentada Cartago en una altura fértil, cubierta de olivares y de naranjos, y poblada aun en nuestros días por numerosas casas de campo. Por un lado descende el terreno suavemente hácia la llanura: por otro, avanza en forma de promontorio hasta el mar que le rodea, en el centro mismo del golfo extenso de *Tunez*, y forma un puerto magnífico, que la naturaleza ha proporcionado á esta region de Africa. Su gran seno ofrece un seguro anclaje á las más grandes naves, y el agua dulce descende hasta la misma ribera. La agricultura y el comercio hallan, pues, allí reunidas las más favorables condiciones (1). Como colonia tiria, fué Cartago la más importante plaza de comercio que proseyeron los Fenicios; conquistada por los Romanos, apeuas salió de sus ruinas, fué la tercera ciudad del imperio: hoy, en fin, tales son las ventajas del lugar, que existe allí una ciudad que cuenta más de cien mil habitantes, aunque peor situada y poblada.

(1) Véase el *Atlas antiquus* de Spruner, carta XIII (tercera edicion), y el plano de *Cartago* que hay en ella.

La posición de Cartago y el genio de sus habitantes, explican por sí solos su prosperidad agrícola, mercantil é industrial: pero ¿cómo y por qué medios había podido este establecimiento fenicio convertirse en centro capital de un imperio, tal como no había podido este pueblo fundar otro análogo en parte alguna? La cuestión pide y merece una respuesta.

Cartago á la cabeza de los Fenicios de Occidente en su lucha con los Griegos.—Abundan las pruebas de que, en Cartago, siguieron los Fenicios la misma política de paz que en todas partes. Hasta en los tiempos de su mayor pujanza, pagaron los Cartagineses á un pueblo de Bereberes indígenas (*los Maxitanos ó Mazicos*), la renta del terreno que ocupaba su ciudad. Separados como estaban del gran Rey por el mar y los desiertos, no teniendo nada que temer de las monarquías del Oriente, reconocieron, sin embargo, su soberanía nominal, y hasta les pagaron tributo en ocasiones, para asegurar la facilidad de sus relaciones mercantiles con Tiro y con las regiones orientales. Más á pesar de tanta docilidad y flexibilidad, llegó un día en que la fuerza de las cosas les impuso una política más viril. Las emigraciones griegas iban extendiéndose por el Oeste. Arrojadados ya de la Grecia propia y de la Italia, iban también los Fenicios á verse expulsados de Sicilia, de España y de Libia, si no luchaban y ponían un dique para sujetar la invasión. Con los traficantes griegos no bastaba una sumisión más ó ménos efectiva, como hubiera bastado con el Gran Rey: el pago de un tributo no salvaba su comercio ni su industria. Ya los Griegos habían fundado á *Masalia* y á *Cirene*, y ocupaban toda la Sicilia Oriental: había pues, sonado la hora de la resistencia á todo trance. Los Cartagineses tomaron decididamente su partido: despues de largas y empeñadas

guerras, encerraron á los de Cirene en sus límites, y el *helenismo* no pudo en adelante fijar su planta al otro lado de desierto de la *Tripolitana*. Con la ayuda de Cartago, llegaron tambien los Fenicios establecidos en el extremo de la Sicilia Occidental á rechazar las agresiones de los Griegos, y entraron de buen grado en la clientela de la poderosa ciudad fundada por sus compatriotas (T. I, p. 216). En el siglo II de Roma (de 654 á 554 antes de J. C.), es cuando ocurrieron estos acontecimientos que aseguraron á los Fenicios su supremacía en los mares Sud-Occidentales, al mismo tiempo que Cartago, cuyos esfuerzos y cuyas armas lo decidieron todo, se puso naturalmente á la cabeza de su nacion, y cambió radicalmente de política con las necesidades de su nueva posicion. No siendo ya simplemente un gran establecimiento de comercio, érale necesario fundar un imperio en Libia, y dominar sobre una porcion del Mediterráneo, y se dedicó á ello con vigor. Encontró, para llevar á cabo su tarea, un poderoso auxilio en los mercenarios que acudian de todas partes. La profesion de soldado aventurero, que no halló eco en Grecia hasta el siglo IV (antes de J. C.), se practicaba en Oriente desde la más remota antigüedad, sobre todo entre los *Carios*, y quizá tambien entre los Fenicios. Gracias á los *condottieri*, convertian la guerra los enganches verificados en el extranjero en una especie de especucion comercial, á lo que se acomodaron fácilmente los Fenicios de Africa.

Imperio africano de Cartago.—Los Libios.—A consecuencia de los acontecimientos exteriores, se vió obligada Cartago á modificar su situacion y su conducta en Africa. Solo poseia el suelo á título de *arrendamiento* ó á título *precario*, y se hizo conquistadora y propietaria. Hácia el año 300 de Roma (454 antes de J. C.)

se emanciparon sus mercaderes de la renta que habian pagado hasta entonces á las tribus indigenas, y comenzaron á egercer la agricultura en grande escala. En todos tiempos habian los Fenicios empleado gustosos sus capitales en la agricultura y cultivado sus vastas posesiones, no por sí mismos, sino por esclavos ó trabajadores á jornal; y, cerca de Tiro, entraban los judíos en gran número al servicio de los comerciantes de la ciudad.

Los Cartagineses pudieron á su vez someter el suelo fértil de la Libia á un sistema muy análogo al de las modernas plantaciones coloniales. Labraban la tierra los esclavos, que, en ciertos dominios, ascendian á veinte mil. No contenta con esto, se apoderó Cartago de todas las ciudades de importancia de las tribus circunvecinas. (Las tradiciones agrícolas de los Libios eran muy anteriores á la llegada de los Cartagineses á sus costas, y procedian sin duda del Egipto). Dominados por la fuerza de las armas, fueron reducidos aquellos libres campesinos á la condicion de *fellahs* tributarios que entregaban á sus señores la cuarta parte de los frutos, y suministraban al ejército cartaginés los contingentes de un reclutamiento regular. Perpetuándose la lucha en las fronteras con las tribus pastorales (*vóuadas*), se estableció una línea de puestos avanzados que aseguró la tranquilidad de la zona interior, siendo los nómadas rechazados poco á poco hasta el desierto ó la montaña: otros reconocieron la soberanía de Cartago, le pagaron tributo y le enviaron soldados.

En tiempo de la primera guerra púnica, fué conquistado *Theveste* (*Tevesa*, cerca de las fuentes del *Merdjerdah*) la gran ciudad de los indigenas. Todos estos Libios fueron en adelante comprendidos en los do-

cumentos públicos bajo la denominacion siguiente: «Las ciudades y pueblos de los súbditos»: las ciudades eran los *duars* ó aldeas sujetas: los pueblos eran los nómadas que sufren la soberanía de Cartago.

Los Libio-Fenicios.—Todos los Fenicios establecidos en Africa, los *Libio-Fenicios* como se los llamaba, se reconocieron en seguida sus vasallos. Los unos habian salido tiempo há y fundado una multitud de colonias en la parte Noroeste de la costa de Africa; colonia generalmente importante, puesto que sabemos que en una sola ocasion se enviaron 3.000 colonos á las costas del Atlántico. Los otros, procedentes de la madre pátria asiática, habian ocupado las costas de la actual provincia de Constantina y del Beylickato de *Tunez*. Contábanse entre sus ciudades á Hipona (*Hippo regius*, más tarde; hoy *Bona*), *Hadrumete* (*Susa*), la pequeña *Leptis* (*Lepta*, al Sur de *Susa*), segunda ciudad de los Fenicio-Africanos, *Thapsus* (*Demsas*, en la misma situacion), la *Gran Leptis* (*Levedah*, no léjos de *Tripoli*). ¿Habianse sometido voluntariamente todas estas ciudades, para hallar en Cartago una defensa contra los de Cirene y los *Numidas*, ó habian sido, por el contrario, reducidas por la fuerza? Se ignora completamente. Lo único que con seguridad se sabe es que, en todos los actos oficiales, figuraban como sujetas, y que habian tenido que derribar sus murallas y mandar sus contingentes al ejército cartaginés. No quiere decir esto que estuviesen obligadas á una conscripcion regular ni á un impuesto, sino simplemente que tenian que suministrar una cifra determinada de hombres y dinero. La pequeña *Leptis*, por ejemplo, daba cada año la enorme suma de 365 talentos (625.000 thalers ó 2.205.882 pesetas). Habia además, entre dichas ciudades y Cartago, comunidad de derecho civil y de matri-

monios (1). Solo Utica habia permanecido libre; solo ella habia conservado sus murallas y su independencia, no tanto por efecto de su fuerza real como por una especie de respetuoso sentimiento por parte de Cartago hácia su antigua protectora. Enteramente diferente de los Griegos, tan célebres por su indiferencia olvidadiza, respetaban en alto grado los Fenicios semejantes recuerdos. En sus relaciones con el extranjero se

(1) Esta importante clase de súbditos está perfectamente caracterizada en un documento público cartaginés citado por Polivio (VII, 9) en el que se les vé puestos en parangon con los habitantes de Utica, por una parte y con los súbditos Libios por la otra: *Οι Καρχηδονίαν Ἰπάρχος ὅσοι τοῖς* etc. (*Los súbditos cartagineses que tienen las mismas leyes que Cartago...*). En otro lugar se habla de ellas bajo el nombre de *ciudades confederadas* (Diodoro, XX, 10); ó de *ciudades tributarias* (Justino, 22, 7, 3 *Urbes Vestigales, Urbes tributariæ*). Diodoro (XX, 55) menciona también su derecho de *connubium* con Cartago; en cuanto al *comercium*, resulta de la comunidad de leyes, á que alude Polivio. Sin embargo, es indudable que las antiguas colonias fenicias estaban colocadas entre los Libio-Fenicios. Tito Livio (25, 40, Lib. y *phenicum generis Hipponiates*) habla de Hipona como de una ciudad Libio-Fenicia; por otra parte, dábase, también el mismo nombre á los establecimientos fundados por Cartago. Léese en el *Periplo de Hannon* que "los Cartagineses decidieron que Hannon navegase más allá de las columnas de Hércules, y fuese á fundar ciudades Libio-Fenicias." En el fondo no formaron los Libio-Fenicios una nacion separada respecto de Cartago: su nombre no constituye en realidad más que una distincion política. Admitimos también que, gramaticalmente la palabra Libio-Fenicios, significa Fenicios y Libios mezclados (Liv. 21, 22: *mistum Punicum Afris genus*, comentario verdadero del texto de Polivio). De hecho, cuando la fundacion de las colonias más avanzadas, estaban unidos muchos Libios con los Fenicios. (Diodoro, XIII, 79.—Cic. *pro Scauro*, § 42.) Es pues patente la analogia del nombre y de los derechos reciprocos entre los Latino-Romanos y los Libio-Fenicio-Cartagineses.

la ve siempre estipular ó comprometerse juntas á Utica y á Cartago, lo cual no impedía naturalmente á la *ciudad nueva* ejercer una indisputable hegemonía sobre su vecina. Así pues, el oscuro establecimiento tirio se había convertido poco á poco en la capital de un vasto imperio Norte-Africano; sus posesiones llegaban: por el Oeste, desde el desierto de la Tripolitana al Mar Atlántico, no haciendo con frecuencia nada más que ocupar á medias la extensa zona de las costas (*Mar-ruecos y Argel*); y por la parte del Este, dirigiéndose constantemente al Sur, y avanzando por el interior, hasta las ricas provincias de *Tunez y Constantina*. «Los Cartagineses, dice un escritor antiguo, de Tirios que eran en un principio se convirtieron en Libios.» La civilización fenicia dominaba absolutamente en Libia lo mismo que la civilización griega había conquistado, aun con mayor energía, después de Alejandro el Asia Menor y la Siria. Bajo la tienda de los nómada *cheiks* se hablaba y escribía en fenicio, y la población indígena mostraba su primera é incompleta cultura, haciendo del alfabeto fenicio el instrumento de su lengua (1). En cuanto á desnacionalizarlos por completo

(1) El alfabeto libio ó númida, el usado entre los Bereberes, lo mismo hoy que en tiempos remotos, para la escritura de la lengua no semítica, es uno de los muchos derivados del tipo arameo primitivo. En algunos de sus detalles, hasta parece aproximarse á él más que el de los Fenicios. No vaya sin embargo á creerse que los Libios hayan recibido la escritura de importadores más antiguos que los Fenicios; en esto sucedió aquí lo mismo que en Italia, en donde ciertas formas evidentemente más antiguas no impidieron, sin embargo, que el alfabeto local se pareciese ó aproximase á los tipos griegos. Todo lo que de aquí puede inducirse es que el alfabeto libio pertenece á la escritura fenicia de una época anterior á aquella en que fueron escritos los monumentos fenicios que han llegado hasta nosotros.

á cambiarlos en Fenicios, no entraba ni en la intencion ni en la política de los Cartagineses.

Es imposible determinar la época en que su ciudad llegó á ser definitivamente la capital de la Libia. Esta revolucion fué haciéndose lentamente. El escritor que acabamos de citar considera á Hannon como el reformador de su nacion. Si se trata aquí de Hannon, el contemporáneo de la primera guerra púnica, no ha podido hacer éste más que poner la última piedra del vasto edificio, cuya construccion se ha verificado sin duda durante el trascurso de los siglos IV y V de Roma.

Cosa notable; al mismo tiempo que Cartago iba aumentando su prosperidad y grandeza, iban decayendo las grandes ciudades fenicias de la madre patria; Sidon y Tiro, sobre todo, no volvieron á conocer dias prósperos. Acosadas por las disensiones intestinas y por las calamidades que venian de fuera, sucumbieron en el primer siglo de Roma bajo los golpes de *Salmanasar*; bajo los de Nabucodonosor en el siglo II, y de Alejandro de Macedonia en el siglo V. Entonces las familias nobles, las antiguas casas comerciales de Tiro, acudieron en gran número á pedir paz y seguridad á la ciudad hermana que florecia en Africa, y le llevaron el refuerzo de su inteligencia, de sus riquezas y de sus tradiciones. Cuando los Fenicios se pusieron en contacto con Roma, convirtiósese Cartago en la gran ciudad del mundo canaanita, como Roma era la primera entre las del mundo latino.

Poder marítimo de Cartago.—Pero el poder continental de Cartago en Africa, apenas constituia la mitad de su fuerza: por este mismo tiempo, fundó tambien un imperio marítimo no ménos grandioso.

España—En España, en donde *Gades* (*Cádiz*), la

antigua factoría tiria, era entónces el principal establecimiento, se extendía por el Este y por el Oeste una larga cadena de colonias comerciales: en el interior, poseía también Cartago muchas minas de plata: tenía en su poder, en suma, Andalucía y la actual provincia de Granada, ó por lo ménos sus costas; pero no intenta siquiera conquistar en el interior terreno alguno perteneciente á las belicosas naciones indígenas. Bástale poseer los tesoros que ocultan las laderas de las montañas y tener puntos de escala para su comercio y sus pesquerías, y es en donde únicamente se toma el trabajo de luchar contra los pueblos inmediatos. Supónese que todas estas posesiones eran tirias, más bien que cartaginesas, y es probable que Gades no se contase entre las ciudades tributarias; pero, como todos los demás establecimientos fenicios de Occidente, fueron las colonias españolas sucesivamente absorbidas por la hegemonía de la ciudad africana; y veo de esto una prueba en los auxilios enviados de Africa á los Gaditanos contra los indígenas, y en las colonias que funda Cartago más allá de Gades, aun más al Oeste. *Ebusus* (Ibiza), y las *Baleares*, habían sido, por el contrario, ocupadas desde muy antiguo, ya para la pesca, ya como puestos avanzados contra los Masaliotas, con los cuales sostenían, «en estas regiones,» constantes y encarnizados combates.

Cerdeña.—En el siglo II de Roma, hallamos ya á los Cartagineses establecidos también en Cerdeña, explotando sus recursos lo mismo que explotaban las riquezas de la Libia. Mientras que los indígenas van á buscar en las montañas del interior de la isla un asilo contra la esclavitud, lo mismo que en Africa se habían refugiado los Numidas en el gran desierto, fundaron los Fenicios á *Caralis* (*Cagliari*), y otras importantes co-

lonias, y comenzaron á cultivar sus fértiles costas trayendo á ellas labradores africanos.

Sicilia. — Imperio marítimo. — Rivalidad con Siracusa. — En Sicilia, en donde el estrecho de Mesina y la mayor parte de la region oriental de la isla habian caído definitivamente en poder de los Griegos, poseian sin embargo los Fenicios, con el auxilio de Cartago, las *Egates* (1), *Melita*, *Gaulos* y *Cossyra* (*Malta*, *Gozzo* y *Pantelaria*), sin contar una porcion de islas más pequeñas. La colonia de Malta era entre ellas la más floreciente. Ocupaban tambien toda la costa del Oeste y Nor-oeste de la isla, por *Motia* y *Lilibea* (*Marsala*); despues conservaron comunicaciones fáciles con Africa, y por *Panormo* (*Palermo*) y *Soloeis*, con *Cerdeña*. Los *Elimios*, los *Sicanos* y los *Siculos*, que eran los indígenas, vivian acantonados en el interior. No pudiendo ya los Griegos extender sus dominios, habiase establecido entre ellos y sus rivales una especie de inteligencia y de paz, rota solo un momento, cuando, á instigacion de los Persas, atacaron de nuevo los Cartagineses á los Helenos, por el año 274 (480 antes de J. C.). Despues de esta tentativa, duró la paz hasta la expedicion de los Atenienses á Sicilia por los años de 339 á 341 (415 á 413 antes de J. C.). Cada cual soportaba á su vecino de buena ó mala gana y se contentaba con sus antiguas conquistas. Mas por importantes que fuesen en sí mismas todas las posesiones de Cartago, tenian un valor muy superior consideradas como sosten de su poder marítimo. Dueños de la parte Sur de España, de las Baleares, de la Sicilia Occidental y de Malta; impidiendo los progresos de la coloni-

(1) *Levanzo*, *Fabignana* y *Maritima*, en el extremo occidental de Sicilia.

zacion griega en la costa oriental de España, en Córcega y en las regiones de las dos *Sirtes*; establecidos ya en la ribera septentrional de Africa, habian convertido los Cartagineses el mar circundante en mar cerrado (*Mare Clausum*), y monopolizaban los estrechos occidentales. Las demás naciones solo eran copartícipes con aquellos en los mares Galos y Tirrenos. Sin embargo, semejante estado de cosas no podia subsistir por más tiempo del que las fuerzas de los Griegos y de los Etruscos continuasen equilibradas. Contra los demás concurrentes, hizo inmediatamente Cartago alianza con los Tirrenos rivales ménos peligrosos para ella. Despues de la caida de los Etruscos, que la colonia Tiria no habia hecho nada por impedir, como sucede siempre, en esa especie de coaliciones forzosas; despues del fracaso de la vasta empresa de Alcibiades contra Siracusa, esta última ocupó sin disputa el primer puesto entre las potencias griegas marítimas. Los señores de Siracusa aspiraron á su vez á dominar toda la Sicilia y la Italia meridional, los mares Tirreno y Adriático, y se vieron inmediata y violentamente rechazados los Cartagineses en la política enérgica que habian emprendido. Siguiéron á ella largos y empeñados combates entre aquellos y su poderoso rival Dionisio el Mayor (406 á 365 antes de J. C.), combates cuyo primer resultado fué la ruina ó la decadencia de las pequeñas ciudades sicilianas, que habian tomado parte por los Africanos ó por Siracusa. Dividida la isla en dos partes, perteneció por mitad á ambos rivales. Las ciudades más florecientes, Selinunte, Agrigento, Himera, Gela y Mesina habian sido arrasadas por los Cartagineses en medio de las más encarnizadas luchas; y Dionisio, insensible á semejantes desastres, cuando todo el edificio de la colo-

nizacion helénica se abría y desmoronaba, se apresuró á sacar ventajas de ello á la cabeza de sus mercenarios, reclutados en Italia, en las Galias y en España, y creyó su tiranía más segura, reinando en adelante sobre campos desiertos ó sobre colonias militares. El general cartagines Magon, habia quedado victorioso definitivamente en Cronion, en el año 371 (383 antes de J. C.); por la paz estipulada en su consecuencia con los Fenicios se apoderó Cartago de las ciudades griegas de *Thermæ* (*Himera la Vieja*), *Egesta*, *Heraclea Minoa*, *Selinunte* y una parte del territorio agrigentino hasta el *Halicus*. Esta paz no podia ser duradera entre los dos rivales que se disputaban la isla; y acechaban ambos una ocasion oportuna para ver cual de ellos arrojaba primero á su contrario. En cuatro empresas, en tiempo de Dionisio el Mayor (360 de R.), de Timoleon (410), de Agatocles (445) y de Pirro (476), invadieron los Cartagineses toda la Sicilia excepto Siracusa, cuyos muros desafiaban sus esfuerzos; pero otras tantas veces, en cambio se creyeron los Siracusanos, guiados por generales experimentados como el mismo Dionisio, como Agatocles y Pirro, en visperas de arrojar de la isla hasta el último africano. Sin embargo, cada dia iba adquiriendo Cartago más supremacía, y sus ataques se sucedian de un modo regular, no con la persistencia y claridad de miras con que Roma se dirigia á su fin, pero sí combinados de muy diferente modo y mucho más enérgicos que la defensa de los Griegos en su ciudad, presa de la perplegidad y de los desórdenes de los partidos. Los Cartagineses tenian derecho á esperar para su empresa un éxito favorable, á pesar de la peste y de los *condottieri* extranjeros. Ya se habia decidido por mar la victoria en su favor (T. II, p. 255), y Pirro habia hecho en vano un supremo esfuerzo para resucitar la marina

siracusana. En adelante se enseñorean las naves cartaginesas de todos los mares occidentales, y al verles atacar á Siracusa, Rhegium y Tarento, se comprende lo que puede y quiere hacer Cartago. Al mismo tiempo aseguran con esquisito cuidado el monopolio de todo el comercio, así respecto del extranjero, como de sus propios súbditos, y no vacilan nunca en recurrir á la violencia si ésta les asegura el buen éxito. Un contemporáneo de las guerras púnicas, el padre de la geografía, *Eratostenes* (de 479 á 560 de R.), declara que toda nave extranjera que navegaba hacia Cerdeña ó hácia el estrecho de Gades, era irremisiblemente echada á pique, si los Cartagineses llegaban á apoderarse de ella. Recuerdénse además los tratados hechos con Roma. En el año 406 (348 antes de J. C.), habian abierto los Cartagineses los puertos de España, de Cerdeña y de Libia á los mercaderes romanos; en 448 (306 antes de J. C.), los cerraron todos á excepcion del de Cartago (T. II, página 256 y sig.)

Constitucion cartaginesa.—*El Consejo ó Senado.*—*Los funcionarios.*—Aristóteles, que murió unos cincuenta años antes del comienzo de la primera guerra púnica, nos pinta la constitucion de Cartago como habiendo pasado del estado monárquico á la aristocracia, ó más bien á la democracia templada por la oligarquía, cuyos dos nombres le dá á un mismo tiempo (1). El Gobierno habia pertenecido en un principio al *Consejo de los Ancianos ó Senado*, compuesto como la *Gerusia* de *Esparta*, de dos reyes anuales designados por el pueblo, y de 24 *Gerusiastas* nombrados tambien quizá por él anualmente. A este Senado correspondia de derecho arreglar y tratar todas las cuestiones importantes:

(1) Véase *Política*, libro II, cap. VIII.

los preparativos para la guerra, por ejemplo las levadas y los reclutamientos, eran dispuestos y dirigidos por él: nombraba el general del ejército, y le agregaba cierto número de Gerusiastas, entre los que se reclutaban los oficiales que estaban bajo sus órdenes inmediatas; recibía, en fin, todos los despachos del Estado. Dúdase que al lado de este consejo tan reducido, haya habido otro más numeroso; en todo caso, habrá tenido muy poca autoridad. Los Reyes no tuvieron tampoco más poder ó influencia que los demás; se sentaban como *grandes jueces*, esto es todo, y hasta se les dió con frecuencia este mismo nombre (*schofeth, sufetas, pretores*). Los generales tenían mucho más poder. Isócrates, contemporáneo también de Aristóteles, refiere que los Cartagineses entre sí vivían en una especie de oligarquía, pero que en el ejército predominaba la organización monárquica; y de este modo es como los escritores latinos han podido, con razón, comparar las funciones del general cartaginés con las del dictador romano; dictadura mitigada sin embargo por la presencia de los Gerusiastas, comisarios del Senado, y por la obligación desconocida en Roma, de dar una severa cuenta al salir del cargo. Pero no tenía término fijo, y bajo esta relación se distingue esencialmente de la monarquía anual ó consulado, con el que Aristóteles se guarda muy bien de confundirla. Por último, los Cartagineses practicaban á veces la acumulación de funciones, y se vé, sin que esto llame la atención, que un mismo hombre es á la vez sufeta en la ciudad y general á la cabeza del ejército.

Los jueces.—Sobre la Gerusia y sobre los funcionarios supremos estaba el *Consejo de los ciento cuatro*, ó mejor dicho el *Consejo de los ciento* ó de los *jueces*, verdadera ciudadela de la oligarquía cartaginesa. No

existieron en un principio, sino que semejantes á los *Eforos* espartanos, salieron de la oposicion aristocrática, á título de reaccion contra el elemento monárquico que se manifestaba en el seno de las instituciones. La venalidad de los cargos, y el corto número de ciudadanos llamados á tomar parte en la funciones supremas, hacian posible el peligro; una familia más poderosa que las demás por su riqueza y la gloria de las armas, la familia de Magon (T. II, p. 116), parecia dispuesta á apoderarse del gobierno de los negocios, así en tiempo de paz como de guerra, y hasta de la administracion de justicia. Fué necesario conjurar el peligro; de aquí una reforma, contemporánea sin duda de los *decemvros* romanos, y la creacion del nuevo cuerpo de los *jueces*. Todo lo que de esto sabemos se reduce á que la entrada en los *Ciento cuatro* estaba subordinada á la condicion de haber préviamente ejercido la *questura*; mas, para ser admitido entre ellos, necesitaba además el candidato ser elegido por lo que Aristóteles denominaba los *pentarcas* (*quinquevros*), que se reclutaban entre aquellos. Por lo demás, aunque nombrados solo por un año, supieron los jueces hacer que se les prorogase el plazo de la duracion de sus funciones, y aun conseguir que éstas fuesen vitalicias, por lo cual los Griegos y los Romanos los designan con frecuencia bajo el nombre de *senadores*. Cualesquiera que fuesen sus atribuciones de detalle, punto oscuro para nosotros, los altos magistrados constituian en su esencia un cuerpo completamente oligárquico, formado y elegido de su propio seno por una previsora aristocracia. Citemos un hecho característico: en Cartago, al lado del baño público destinado á los simples ciudadanos, estaba el de los *jueces*. Su principal mision al formar una especie de *jurados* políticos, era la

de que el general les rindiese cuentas de los asuntos de la guerra; en caso de falta, eran tambien citados ante ellos los sufetas y los gerusiastas á su salida del cargo: despiadados y crueles en su derecho de sentencia arbitraria, enviaban con frecuencia al suplicio al acusado. Como sucede siempre, allí donde el poder ejecutivo está colocado bajo una efectiva vigilancia, el centro del poder estaba fuera de su lugar, y del cuerpo comprobado pasó al comprobante. Por un efecto natural iba mezclándose éste cada vez más en los asuntos administrativos; la *Gerusia* llegó hasta entregarles los despachos de Estado más importantes antes de notificarlos al pueblo, y muy pronto quedaron como paralizados los hombres de Estado y los generales en los consejos de la ciudad y en los campos de batalla, ante la amenaza de un juicio sobre el buen ó mal éxito de sus negocios.

Los ciudadanos.—Si en Cartago no estaba el pueblo reducido como en Esparta á asistir pasivamente á los actos publicos del Gobierno, no ha gozado sin embargo de mucha más influencia. En las elecciones para el cargo de *gerusiastas*, lo hacia todo la corrupcion electoral; si se trataba de elegir un general, era efectivamente consultado el pueblo, pero cuando la eleccion se habia hecho ya en realidad por la designacion de los *gerusiastas*. Por lo demás, solo se le consultaba cuando el consejo de la Gerusia lo estimaba conveniente, ó si habia en éste desacuerdo. No existian, por último, tribunales populares. Semejante insignificancia política por parte del pueblo tenía sin duda su origen en su organizacion misma: hasta es posible que las *asociaciones de comidas en comun* (como se las llamaba), muy parecidas á los *phiditias*, lacedemonias, (1) no fuesen más

(1) Aristóteles, *Politica*, II, VI, pár. 21.

que corporaciones exclusivas y oligárquicas. De cualquier modo, vemos que siempre se distinguía entre los *ciudadados* propiamente dichos y los *artesanos* y *jornaleros*, de donde puede concluirse que á estos últimos se los consideraba como de baja condicion, y sin ningun derecho.

Carácter de esta constitucion.—Reunamos estos como rasgos dispersos. La constitucion cartaginesa pone el gobierno en manos de los ricos, como sucede en toda ciudad donde no hay clase media y que se compone de una plebe urbana, pobre y viviendo al dia, y de una clase de grandes traficantes, de ricos plantadores y de altos funcionarios. Habia en Cartago la costumbre de devolver á los ricos sus bienes á espensas de sus súbditos, cuando aquellos habian caido ó se habian empobrecido, enviándoles á las ciudades del imperio á título de recaudadores de tributos y prestaciones, signo infalible de corrupcion en toda oligarquía. Es verdad que Aristóteles vé en esto la causa de la solidez probada de las instituciones cartaginesas. Convengo en que hasta el tiempo de este ilustre filósofo no hubiese ocurrido en Cartago ninguna revolucion que mereciese este nombre. La muchedumbre carecia de jefes. La sabia oligarquía de los ricos tenia siempre ventajas materiales que ofrecer al que se mostrase inteligente, ambicioso y activo; y respecto á la plebe, se la tapaba la boca con las migajas de pan arrojadas en recompensa de su voto en las elecciones, y que eran sobras de la mesa de los ricos. Concíbese que bajo tal régimen naciese una oposicion democrática; pero cuando comenzaron las guerras con Roma, esta oposicion era aún impotente. Mas tarde, despues de los desastres del ejército, aumentó su influencia política con mayor rapidez que en Roma, en donde se agitaba un partido muy

semejante. Entonces quisieron las Asambleas populares decidir todas las cuestiones importantes, y despojaron de su omnipotencia á la oligarquía. Al terminar las guerras de Annibal, y bajo la iniciativa de este gran capitán, veremos que se decide, que niugun miembro del *Consejo de los ciento*, pueda conservar su puesto más de dos años. La democracia avanza con gran rapidez: solo ella hubiera salvado á Cartago, si para esta ciudad hubiera habido salvacion posible. Por lo demás, es necesario reconocer que la oposicion tenia por móvil un ardiente patriotismo, al mismo tiempo que un gran deseo de reformas; pero le faltaban sólidos puntos de apoyo, pues todo estaba gastado y podrido en aquella sociedad.

Segun los Griegos, este pueblo, al que comparan con el de Alejandria, estuvo siempre muy indisciplinado, y se mostró incapaz de merecer y conquistar el poder; y habria que preguntarse en verdad, á dónde podrían conducir y qué bienes podrían traer las revoluciones hechas solamente por jóvenes atolondrados y políticos callejeros.

Los capitales.—Poder financiero de Cartago.—En materia de rentas tiene Cartago derecho al primer puesto entre todos los Estados de la antigüedad. El historiador más grande de los Griegos declara que, en tiempo de las guerras del Peloponeso, superaba Cartago en riquezas á todas las ciudades de la Hélada; y compara sus ingresos con los del Gran Rey; y Polibio la llama tambien «*la ciudad más opulenta del Universo.*» La agricultura estaba en un alto grado de florecimiento; los generales y los hombres de Estado se complacian, lo mismo que en Roma, en consagrarle sus ejemplos y sus enseñanzas, como lo acredita el *tratado* especial escrito por Magon, y que más tarde consideraron los Romanos

y los Griegos como el Código de *Agronomía racional*. Se tradujo despues al griego; el Senado romano dió orden de traducirle tambien al latin, y lo recomendó oficialmente á los labradores italianos (1). Lo que caracteriza la agricultura fenicia, es su estrecha alianza con la ley del capital. El labrador de Cartago tiene por máxima no abarcar más terreno que el que los medios de que dispone le permiten cultivar bien; practica ante todo el *cultivo intensivo*. Las regiones líbicas producen gran número de caballos, de bueyes, de ovejas y de cabras, que constituye la riqueza de sus pueblos nomadas, y de la que Cartago sabe sacar buen partido. Así como enseñan á los Romanos á utilizar sabiamente el suelo, les muestran tambien los Cartagineses la manera de explotar á las naciones sujetas: hacen que entre en su ciudad la renta *de la mejor parte de Europa* y de los ricos países del Africa Setentrional, favorecida á la sazón con los más ricos dones de la naturaleza, de la *Bizancena* á la pequeña *Sirtes*, por ejemplo. El comercio fué siempre considerado entre ellos como una profesion honrosa: las fábricas y los armamentos, alimentados por el comercio, proporcionaban inmensas riquezas y bienestar á todos los habitantes de la ciudad. Ya hemos hecho notar su gran monopolio, acaparando todo el tráfico de importacion y de exportacion en todas las costas del Mediterráneo Occidental: su puerto era ademas el centro de todo el comercio internacional entre el Este y el Oeste. Por lo demás, aquí lo mismo que más tarde en Roma, aun sujetándose poco á poco á la influencia helénica, fueron

(1) Columela llama á Magon el «*rusticationis porenis*.» *De ré rust.* 1. 1.; 12, 4.—Plinio *Hist. Nat.* 18, 5, 7.—Cic., *De Orat.*, I. 18.

tambien cultivadas, y no sin éxito, las ciencias propiamente dichas y las artes. La literatura fenicia tenia cierta importancia; y cuando los Romanos tomaron á Cartago, encontraron en ella ricas colecciones de objetos artísticos, aunque no formadas con los productos indígenas, sino traídas de los templos conforme iban conquistando la Silicia, y bibliotecas no ménos preciosas. Pero, aun en esto, se habia puesto la inteligencia al servicio del capital. La literatura púnica, á juzgar por lo poco que de ella sabemos, se componia principalmente de tratados de agricultura y de geografia: testigo la obra antes citada de Magon: testigo además el famoso Periplo de *Hannon*, cuya traduccion griega ha llegado hasta nosotros, y que, fijado públicamente en los muros de un templo, referia el viaje de circunnavegacion de este almirante por todas las costas del Africa Occidental (1). Estudiábanse tambien en Cartago los conocimientos útiles y las lenguas extranjeras, y vemos que bajo, esta última relacion, estaba quizá tan adelantada como llegó á estarlo la Roma Imperial en tiempos posteriores. Las enseñanzas de la cultura griega eran alli muy apreciadas, pero tenian un sentido eminentemente práctico (2). Aunque es absolutamente imposible evaluar la inmensa suma de ca-

(1) M. Charton ha hecho de él una traduccion, con buenas notas críticas y geográficas en el tomo I de sus *Viajeros antiguos y modernos*.

(2) Hasta el intendente ó encargado de una posesion rural, aunque esclavo, debe saber leer y haber recibido cierta educacion. Tal es el precepto del agrónomo Magon. (Varr. de re rus. I, 17.)—En el prólogo del *Cartaginés* de Plauto, dice de su héreo el autor.

Et is omnes linguas scit: sed disimulat sciens.

Se scire: Penus plane est. Quid vebis opus etc.

"Sabe todas las lenguas: pero disimula su ciencia, como buen Cartaginés: es cuanto se puede decir."

pitales que afluan á esta *Lóndres* de la antigüedad, podrá formarse sin embargo una idea de lo fecundo de las fuentes en que bebía, por este único hecho: que á pesar de su organizacion militar excesivamente costosa y de su administracion infiel ó mal dirigida, bastaban las contribuciones que pagaban sus súbditos, y los ingresos de las aduanas para cubrir con exceso sus gastos, sin tener necesidad de exigir el más pequeño impuesto á los ciudadanos. Despues de la segunda guerra púnica y cuando el imperio de Cartago se habia ya derrumbado, bastó una pequeña reforma en el sistema financiero para atender inmediatamente, y sin la creacion de nuevos impuestos á los gastos corrientes y al pago de la anualidad de 340.000 *thalers* (1.200.000 pesetas) que tenian que entregar á los Romanos. Por último, catorce años despues de la paz, ofreció Cartago pagarles de una vez los treinta y seis plazos que le faltaban. Pero no es solo en sus inmensas rentas en lo que se manifestaba la superioridad financiera de la ciudad fenicia; sino que hallamos tambien en ella, y únicamente en ella entre los grandes estados del mundo antiguo, la observancia de principios económicos que solo se encuentran en los tiempos modernos, que son los más avanzados en la ciencia económica. Cartago contrata empréstitos (en pró y en contra) con las demás naciones. En su sistema de valores entra el oro y la plata en barras, la moneda de estos dos metales para su comercio con la Sicilia, y por último un signo convencional sin valor material, y cuyo uso era aún desconocido por las demás Naciones. Si un Estado pudiera reducirse á una vasta empresa de especulacion comercial, habria que convenir en que ningun otro ha realizado este fin mejor ni más completamente que Cartago.

Paralelo entre Roma y Cartago.—Economía política.

—Comparemos ahora estas dos potencias rivales: Los Romanos y los Cartagineses eran ante todo dos pueblos agrícolas y comerciantes: en ambos era la misma en el fondo la situación de las artes y de la ciencia, situación completamente subordinada y práctica; pero Cartago tenía sobre Roma una notable ventaja: en la primera, los medios pecuniarios eran superiores á los que proporcionaba el suelo; en Roma sucedía lo contrario; y mientras que en Africa los grandes propietarios y poseedores de esclavos acaparaban la agricultura, en Roma, la mayor parte de los ciudadanos labraban, en esta época, la tierra por sí mismos. Aquí, el pueblo era por lo común poseedor; en Cartago estaba excluido de la propiedad; pertenecía al oro de los ricos, ó al primer grito de reforma de los demagogos. La opulencia y el lujo, cosas ambas propias de las plazas comerciales, se habían ya generalizado en la ciudad fenicia; entre los Romanos, en apariencia al ménos, los hábitos y la policía conservaban bastante arraigadas la austeridad antigua y las costumbres frugales. Cuando los enviados de Cartago volvieron por primera vez de Italia contaron á sus colegas que, en las relaciones íntimas y recíprocas entre los senadores romanos, superaban la sencillez á cuanto pudiera imaginarse, que no había para todo el Senado nada más que una vagi-lla de plata, que se llevaba á la casa en que había convidados ó huéspedes. Insisto sobre este rasgo, porque es el signo más característico del estado económico de ambas ciudades.

Instituciones.—Las dos constituciones pertenecían al régimen aristocrático. El Senado romano y los Jueces de Cartago ejercían el poder en condiciones absolutamente análogas. Ambos gobiernos obedecían al

mismo pensamiento en Roma y en Cartago: testigo la dependencia en que estaban los diversos funcionarios, la prohibicion impuesta á los ciudadanos de aprender el griego sin autorizacion especial, ni comunicarse con ellos sino mediante el intérprete oficial. Pero en Cartago se mancha la tutela del Estado con rigores crueles, por excesos de una arbitrariedad llevada al último limite: en cambio, las penas de *simple policia* y la *nota de censura* parecen en Roma suaves é inteligentes á la vez. El Senado romano, accesible á todo aquel que brillaba por su talento, era la viva representacion del pueblo; tenia confianza en éste, y no tenia nada que temer de los altos magistrados. En Cartago, el Senado tenia su razon de ser en una comprobacion rival de la administracion por un poder dueño en realidad del Gobierno supremo; solo representaba algunas familias de las más notables: arriba, abajo y en todas partes era su ley la desconfianza, no sabiendo nunca si el pueblo iria á donde él quisiese conducirlo, ni si los magistrados aspirarian á alguna usurpacion. ¡Véase en cambio la marcha firme y regular de la política romana! No la hace retroceder su mal éxito, ni adormecen su vigilancia los favores de la fortuna, ni la detienen jamás en mitad de su camino. Veremos, por el contrario, á los Cartagineses rehuir la lucha en el momento mismo en que un último esfuerzo hubiera podido salvarlo todo; disgustanles los designios más vastos y nacionales: dejan que se derrumbe el edificio medio construido; y despues, al cabo de algunos años, vuelven de repente, aunque demasiado tarde, á la carga. Por consecuencia, en Roma, todo magistrado hábil marcha en perfecto acuerdo con el Gobierno, mientras que en Cartago, casi siempre está en guerra abierta con los Senadores: para resistirlos viola la constitucion y

hace causa comun con los partidos revolucionarios.

Gobierno de los súbditos.—Lo mismo Cartago que Roma tenian que administrar pueblos de su misma nacionalidad, y numerosos pueblos extranjeros. Pero la segunda habia sucesivamente admitido al derecho de ciudad, unas despues de otras, todas las tribus romanas, y, en cuanto á las ciudades latinas, habiales tambien abierto el acceso legal á él. La primera, por el contrario, se cierra y aisla, y ni aun deja á las provincias sometidas la esperanza de llegar á la igualdad civil. Los aliados de Roma tenian parte en las ventajas que proporcionaba su victoria, particularmente en los dominios conquistados. Por último, en los demás países sometidos, daba espontáneamente la República satisfacciones materiales á los notables y á los ricos, atrayéndose de este modo numerosos partidarios. Cartago, no contenta con apropiarse todo el botin de la guerra, quita hasta la libertad de comercio á las ciudades que con más benignidad trataba. Nunca Roma arrebató por completo á las ciudades, ni aun á aquellas que trataba con más rigor, sus derechos de autonomía interior; jamás les impuso un tributo regular. Cartago enviaba á todas partes sus intendentes; recargaba hasta las antiguas ciudades fenicias con impuestos periódicos y excesivos, y agoviaba bajo una especie de servidumbre política á las nacionalidades que caian bajo su poder. Así pues, en todo el imperio cartaginés-africano, á excepcion quizá de Utica, no se encontraba una sola ciudad para quien la ruina de la metrópoli no fuese un beneficio material y político. En el imperio Romano-italico no se hubiera hallado una que no hubiese perdido más que ganado con la caida de un régimen siempre atento á los intereses materiales de todos, y que se guardaba de irritar á los contrarios con medidas extremas ó incitarlos

al combate. Los hombres de Estado de Cartago creían tener sujetos á sus súbditos fenicios con el temor de una sublevacion de los Libios indigenas; así como á los grandes propietarios, por medio del *signo representativo* monetario. En su craso error, aplicaban el cálculo del comerciante á otros asuntos que le son completamente extraños. La experiencia de los hechos ha demostrado que, á despecho de la relajacion aparente de su lazo federal, supo la sinmaquia romana, inquebrantable cual muro de roca, rechazar los ataques de Pirro, mientras que la sinmaquia cartaginesa se rompía como una tela de araña el día mismo en que un ejército extranjero ponía el pié en el continente africano. No hay más sino recordar los desembarcos de *Agatocles* y de *Régulo*, y la *guerra de los mercenarios*. La hostilidad de los Africanos contra Cartago es un hecho evidente; en este último acontecimiento se vió á las mujeres libias dar sus joyas para alimentar la sublevacion: sin embargo, habiéndose mostrado los Cartagineses más suaves en Sicilia, parece que fueron recompensados por un mejor resultado. Sus súbditos gozaban aquí de cierta libertad comercial con el exterior. El tráfico interior se hacia allí, no con la moneda convencional de Cartago, sino con la moneda griega ordinaria: por último, los Sicilianos, se movían más libremente de lo que era permitido á los Libios y á los Sardos. Si Cartago hubiese podido tomar á Siracusa, hubieran de seguro cambiado las cosas: pero resistióse ésta, y continuando las posesiones cartaginesas bajo un régimen tolerable, en medio de las crueles disensiones que destrozaban á las ciudades greco-sicilianas, se formó en la isla un partido verdaderamente cartaginés, cuya persistente influencia ha marcado su huella hasta en los escritos de Filipo de Agrigento. Este es quien, aun despues de la

conquista romana, refirió las grandes guerras púnicas, inspirándose principalmente en fuentes africanas. Sea como quiera, y considerados en conjunto, han debido los Sicilianos, en cuanto súbditos y Helenos, detestar á Cartago, tanto, por lo ménos, como los Samitas y Tarentinos han aborrecido á los Romanos.

Rentas.—Sistema militar.—Bajo el aspecto de los recursos financieros, era sin duda alguna Cartago muy superior á Roma. Pero recompensaba ésta su desventaja, porque las fuentes de la riqueza africana, los tributos, aduanas y demás, podían de repente faltar en el momento más crítico, y mucho antes que en Roma; la guerra costaba bastante más cara á los Cartagineses. El sistema de guerras se diferenciaba esencialmente en ambos pueblos, aunque bajo muchas relaciones estuviesen equilibradas sus fuerzas. Cuando Cartago fué tomada, contaba todavía 700.000 habitantes, incluso las mujeres y los niños (1): no se la puede atribuir una población menor que la ya dicha, á fines del siglo V, cuando podía por sí sola poner en campaña 40.000 Hoplites. Al principio de este mismo siglo, colocada Roma en análogas condiciones, había levantado un

(1) Han surgido dudas sobre la exactitud de esta cifra; y, tomando por base del cálculo la superficie de Cartago, se ha evaluado su población posible en un *máximo* de 250.000 habitantes. Pero estos cálculos son completamente hipotéticos, sobre todo tratándose de una ciudad en que las casas tenían *seis* pisos. Por lo demás, nosotros damos aquí el total de la población *ciudadana*, no solo la del casco de la ciudad, como sucedía en las listas del *censo romano*; y comprendemos en él todos los Cartagineses, ya residiesen en la ciudad, ya en los arrabales, en las provincias sujetas ó en el extranjero. Los ausentes eran muchos. Sabemos ciertamente que el censo de los Gaditanos era muy superior al número efectivo de ciudadanos de Gades, que residían en esta ciudad.

ejército de ciudadanos que ascendía á dicho número T. II, p. 272, nota 2.^a), y posteriormente al acrecentamiento del territorio que caracteriza esta época, hubiera podido suministrar doble número. Pero la superioridad de sus recursos militares no se debe medir solo por el número de ciudadanos propiamente dichos, capaces de tomar las armas. Por más que se procurase en Cartago llamar á los ciudadanos al referido servicio, no podía darse al simple artesano ni á los obreros de las fábricas la fuerza física del hombre del campo, ni vencer sobre todo la repugnancia de los Fenicios hácia el ejercicio de la guerra. En el siglo V vése todavía combatir en las expediciones de Sicilia un cuerpo sagrado de 2.500 Cartagineses: en el siglo VI, á excepcion de los oficiales, no se encuentran ya en los ejércitos ni un solo ciudadano de Cartago, particularmente en los cuerpos españoles. El campesino romano no está solo inscrito en las milicias, se halla tambien en las filas en el campo de batalla. Los mismos resultados aparecen respecto de las naciones aliadas de una y otra República. Los Latinos hacen el mismo servicio que los soldados ciudadanos de Roma; pero los Libio-fenicios son tan ineptos como los mismos Cartagineses para los asuntos de la guerra y le tienen aún ménos aficion, y las ciudades compran á precio de oro la exencion de los contingentes que deben suministrar. En el primer ejército Hispano-Cartaginés de que hace mencion la historia, de los 15.000 hombres que próximamente lo componian, contábase apenas un escuadron de 250 caballos, procedentes de Africa, Libio-Fenicios en su mayor parte; el núcleo de las fuerzas cartaginesas se reclutaba entre los Libios. Instruidos éstos por hábiles oficiales, podian suministrar una buena infantería: su caballería ligera no tenia igual

bajo ciertos aspectos; agréguese á éstos las levadas de los pueblos libios ó españoles más ó menos sometidos, y, sobre todo, los famosos *honderos* de las Baleares, que ocupaban un término medio entre un contingente confederado y un contingente mercenario. Por último, en los casos de urgencia, reclutaba Cartago la soldadesca á sueldo, en los países extranjeros. Semblante ejército podía reunirse pronto, sin trabajo y en el número que se quisiese. Respecto del personal de sus oficiales, del hábito de las armas y del valor, podían medirlas también con las legiones romanas; mas para convertir en soldados aquellas masas confusas, era necesario mucho tiempo, cuando las más veces apremiaba éste y el peligro. Las milicias romanas, por el contrario, estaban siempre dispuestas á ponerse en marcha; y lo que es necesario notar más principalmente es que, mientras las tropas cartaginesas no tenían más lazo que el honor militar ó la codicia, los soldados romanos se sentían unidos y asociados por todos los lazos é intereses de una patria común. A los ojos de sus oficiales, los soldados cartagineses valían lo que hoy las municiones de guerra, y las balas de cañón. Aunque aquellos fuesen Libios, no hacían por esto más caso de ellos. ¿Qué abominaciones no se permitirían los generales de Cartago? Testigo la traición de *Himilcon* para con un cuerpo de ejército libio, en el año 358 (396 antes de J. C.), traición seguida de una sublevación formidable, y que valió á los Cartagineses el proverbial, funesto é injurioso calificativo de *Fides púnica* (1). Todo el mal que puede causar en el Estado un ejército reclutado

(1) No pudiendo sostenerse delante de Siracusa, que había sitiado en vano, compró Himilcon de Dionisio el Mayor, mediante 300 talentos, la facultad de retirarse solo con sus

entre los *fellahs* y los mercenarios, lo experimentó Cartago, efecto de su sistema, y fueron para ella muchas veces más peligrosas sus bandas de mercenarios veteranos que los ejércitos del enemigo.

Los vicios de su estado militar saltaban á la vista, y los jefes del Poder tantearon todos los medios de remediarlo. Las arcas del Tesoro repletas y los arsenales atestados de armas permitirán equipar inmediatamente los soldados reclutados. Se cuidaba mucho de la conservacion de las catapultas y arietes, esa especie de artillería de los antiguos. Los Cartagineses las construian aún con más perfeccion que los mismísimos Sicilianos; tenian elefantes siempre dispuestos, luego que estos animales ocuparon el lugar de los carros de guerra: en las casa-matas de la ciudad habia caballerizas para 300 de estos animales: más como Cartago no se atrevió nunca á fortificar las ciudades sometidas, éstas se entregaban sin resistencia al primer ejército que desembarcaba en Africa. No sucedia lo mismo en Italia, en donde la mayor parte de las ciudades conquistadas habian conservado sus murallas, y en donde los Romanos, cubriendo la península con la vasta red de sus fortalezas, habian en fin planteado en ella su indestructible dominacion. En Cartago, en cambio, se veian acumulados todos los medios de defensa que el arte y la riqueza pueden proporcionar. Muchas veces solo debió su salvacion á la fortaleza de sus muros, mientras que Roma, defendida principalmente por la situacion politica y por su sistema militar, no sufrió nunca un sitio en regla. El verdadero baluarte de Cartago fué su marina; así es que la prodigó todos sus cuidados Cartagineses, dejando á merced de los Siracusanos el resto de su ejército, que tuvo que rendirse incondicionalmente. (Diodoro, XIV, 64.)

dos. Las naves estaban mejor construidas y eran mejor mandadas que en la misma Grecia, y fueron los primeros que botaron al agua galeras de más de tres puentes. Los buques cartagineses, que tenían ordinariamente cinco puentes, eran más veloces que las naves griegas; los remeros, que eran todos esclavos del Estado, no salían de las galeras y estaban admirablemente ejercitados: los capitanes eran audaces é instruidos. En esto tenía Cartago verdadera superioridad, y los Romanos, con sus pocos buques procedentes de los Griegos aliados ó de los arsenales de la República, no se hubieran atrevido ni siquiera á presentarse en alta mar delante de las escuadras de su rival, dueña absoluta de los mares del Oeste.

Para resumir y terminar: despues de este largo paralelo entre Roma y Cartago, suscribimos al juicio emitido por un griego contemporáneo, tan ilustrado como imparcial. Al principio de sus guerras las fuerzas eran casi iguales en ambas Repúblicas. Recordemos sobre todo que si Cartago no había omitido nada de lo que puede suministrar la inteligencia y la riqueza respecto á medios de ataque y de defensa, era sin embargo impotente para llenar el vacío de un ejército nacional, y levantar sobre sólidos cimientos el edificio de una simmaquia verdaderamente fenicia. Roma solo podía ser atacada en Italia: tampoco podía serlo Cartago nada más que en Africa. El hecho es incuestionable. Para ésta además, era también cierto que no siempre podía evitar semejante ataque. La navegación estaba todavía en su infancia; una armada no constituía, entre los antiguos, una especie de riqueza hereditaria, y podía construirse en cualquier parte en donde había madera, hierro y agua. Por poderosa que fuese una ciudad, no tenía medios de impedir un desembarco, ni aun de

un enemigo más débil, y el Africa suministra de ello una evidente experiencia. Habiendo enseñado Agatocles el camino, vióse muy pronto á un general romano seguir sus huellas. Un dia comenzó en Italia la guerra traída por un ejército invasor; en otra ocasion, tocando aquella á su fin, fué á su vez trasportada á la Libia y no tardó en trasformarse en un largo asedio. A partir de esta fecha, á no ocurrir por casualidad acontecimientos prósperos, estaba Cartago condenada á sucumbir, á pesar de los esfuerzos más heróicos y tenaces.

CAPITULO II.

GUERRA DE SICILIA ENTRE ROMA Y CARTAGO.—Asuntos de Sicilia.—Los Mercenarios campanios.—Los Mamertinos.—Hieron de Siracusa.—Guerra entre ésta y los Mamertinos.—Son éstos recibidos en la confederacion Romano-italica.—Enfriamiento de las relaciones entre Roma y Cartago.—Los Cartagineses en Masina.—Ocupacion de esta ciudad.—Guerra entre Roma por un lado, y Cartago y Siracusa por otro.—Hieron hace la paz.—Toma de Agrigento.—Comienza la guerra por mar.—Los Romanos construyen una armada.—Victoria naval de Mila.—Guerra entre las costas de Sicilia y de Cerdeña.—Ataque dirigido contra el Africa.—Victoria naval de Cnomo.—Régulo desembarca en Africa.—Los Cartagineses piden en vano la paz.—Preparativos de resistencia.—Derrota de Régulo.—Los Romanos evacuan el Africa.—Vuelve á comenzar la guerra en Sicilia.—Suspension de la guerra por mar.—Victoria de los Romanos bajo los muros de Panormo.—Sitio de Lilibea.—Derrota de los Romanos en Drépano.—Destruccion de la armada de transporte.—Embarazo de los Romanos.—Pequeña guerra en Sicilia.—Amilcar Barca.—Reconstruccion de la armada romana.—Victoria de Catulo junto á la isla de Egusa.—Conclusion de la paz.—Juicio sobre la direccion de la guerra.

Asuntos de Sicilia.—*Los Mercenarios campanios.*
—*Los Mamertinos.*—Hacia más de un siglo que la rivalidad de los Cartagineses y de los Siracusanos atraia sobre la bella tierra de Sicilia el azote de la guerra. Los beligerantes se combatian unas veces con las armas y otras con la propaganda política. Cartago tramaba intrigas con la oposicion aristocrática y re-

republicana de Siracusa; los dinastas Siracusanos se entendían con el partido nacional en las ciudades griegas tributarias de Cartago. Cada cual de los adversarios tenía su ejército de mercenarios; para mantener sus guerras, reclutaban Agatocles y *Timoleon* sus soldados, exactamente lo mismo que los generales fenicios. Y como por ambas partes se empleaban los mismos medios para la lucha, por ambas fué también ésta una serie de perfidias sin ejemplo hasta entonces en la historia del Occidente. En la paz del año 440 (314 antes de J. C.) se había contentado Cartago con la tercera parte de la isla al Oeste de *Himera* y de *Heraclea-Minoa*, y había reconocido formalmente la hegemonía de Siracusa sobre todas las ciudades del Este. Arrojado Pirro de Sicilia y de Italia (479), la mayor parte de la isla y la importante plaza de Agrigento habían quedado en poder de los Cartagineses: los Siracusanos no poseían más que á *Tauromenium* (*Taormina*) y el extremo Sud-Este. Una banda de mercenarios extranjeros se había apoderado de Mesina, la segunda ciudad de la costa oriental, conservándose á la vez independientes de Siracusa y de Cartago. Estos aventureros dueños de Mesina, eran originarios de la Campania. Habiendo caído en la disolución por el violento establecimiento de los Sabelios en Cápua, había venido á parar la Campania, en los siglos IV y V (T. II, página 169), en lo que vinieron á parar posteriormente la *Etolia*, *Creta* y *Laconia*, la tierra predilecta de los reclutamientos de mercenarios, que se ofrecían á los Príncipes y á las ciudades. La semi-civilización que los Griegos habían creado, el lujo bárbaro de Cápua y de las demás ciudades, la impotencia política á que las había condenado la supremacía de Roma, sin imponerles, sin embargo, un régimen severo que las qui-

tase hasta su libertad interior; todas estas causas reunidas habian impelido á la juventud del país á presentarse á los reclutadores que acudian allí de todas partes. Vendíase aquella sin cuidarse para nada de su honor ni de su conciencia; y, como sucede siempre en semejantes casos, iba perdiendo el recuerdo de la Pátria, acostumbrándose á la violencia, á la vida desordenada del soldado aventurero, y á no guardar miramiento á la fé jurada que violaba á cada paso. ¿Cómo habian de creerse culpables los Campanios que se apoderaron de Mesina? ¿No era provechoso hacerse dueños de la ciudad confiada á su custodia, siendo bastante poderosos para conservarla? Es hasta donde ellos podian alcanzar. ¿No habian hecho los Samnitas exactamente lo mismo con Cápua? ¿O habian usado de mejores medios los Lucanios al apoderarse de una infinidad de ciudades griegas? Ningun país era tan propicio como la Sicilia para semejantes empresas: ya durante la guerra del Peloponeso se habian apoderado los generales campanios de *Entella* y de *Etna*. Sucedió, pues, que, hácia el año 470 (284 antes de J. C.), una tropa campania, que habia estado al servicio de Agatocles, y que despues de su muerte, ocurrida en 465, buscaba aventuras por su propia cuenta, se habia apoderado, como ya hemos dicho, de Mesina, la segunda ciudad de la Sicilia griega, y el núcleo principal de la faccion anti-siracusana, en la parte del país que habia permanecido en poder de los Griegos. Todos los ciudadanos habian sido degollados ó expulsados; las mujeres, los niños y las casas se las habian dividido los invasores. Dueños, pues, de la ciudad los *Mamertinos* ó *hijos de Marte* (como ellos se denominaban) no tardaron en fundar un tercer Estado en la isla, y aprovechándose de los trastornos que siguieron á la muerte

de Agatocles, sometieron toda la parte Nor-Oeste de la isla. No fué mal visto su triunfo por los Cartagineses; en vez de tener á su lado una ciudad emparentada por la raza, aliada ó súbdita, iban á tener que habérselas los Siracusanos con un vecino temible. Así es que, con ayuda de los Fenicios, pudieron los Mamertinos resistir á Pirro; y, despues de haberse marchado el Rey, reconquistar inmediatamente todo su poder, mermado por un momento. Sentaría mal á un historiador el atenuar el odioso atentado por el que aquellos habian comenzado su establecimiento en Mesina: pero no se eche tampoco en olvido que el Dios de la historia no es el Dios que «venga en los hijos, hasta la cuarta generacion, el crimen de los padres.» ¡Nada más justo que condenar á estos hombres, en el caso que se nos llama-se para juzgar las faltas del prógimo! En cuanto á mí, no puedo dejar de reconocer que quizá de este modo hubiera podido salvarse la Sicilia. ¿No podría este poder jóven y vigoroso, que se fundaba por sus propias fuerzas, y que ponía ya en campaña 8.000 soldados, renovar un día el combate y hacer frente á todos los extranjeros, máxime cuando, á pesar de las continuas guerras iban los Grecos-silicianos olvidando el oficio de las armas?

Hieron de Siracusa.—*Guerra entre Siracusanos y Mamertinos.*—Pero estaba dispuesto de otro modo. Un jóven capitán siracusano, *Hieron*, hijo de *Hierocles*, descendiente de Gelon por su origen y de Pirro por sus enlaces matrimoniales, y perteneciendo por sus brillantes hechos de armas á la escuela de este último, atraía entónces las miradas de sus conciudadanos y las de los soldados. Aclamado por éstos, en lucha ahora con la ciudad, se puso á la cabeza del ejército en el año 479 (275 antes de J. C.). Con sus acerta-

das medidas, y con la nobleza y moderacion de su actitud, se captó muy pronto el afecto de los Siracusanos, acostumbrados al despotismo innoble de los tiranos, y de los demás Greco-sicilíotas. Desembarazóse, si bien por medio de una perfidia, de las bandas indisciplinadas de sus mercenarios; restableció las milicias ciudadanas; y, simple general en un principio, Rey despues, y á la cabeza de un ejército nuevo de tropas nacionales y de soldados recientemente enganchados, y que se dejaban manejar más fácilmente, se propuso levantar de sus ruinas el Imperio Griego. Estábase en paz con Cartago, que habia ayudado á arrojar á Pirro. Los enemigos más próximos de Siracusa eran los Mamertinos, los compatriotas de aquellos mercenarios á quienes habian destruido la víspera, los asesinos de sus huéspedes griegos, los invasores del territorio de Siracusa, los opresores ó incendiarios de una multitud de pequeñas ciudades helénicas. Hieron hizo alianza con los Romanos, que, por este mismo tiempo, mandaban sus legiones contra los Campanios de Rhegium, aliados, compatriotas y cómplices de los Mamertinos (T. II, página 254); y despues marchó contra Mesina. Consiguio una gran victoria: fué proclamado Rey por los Sicilíotas, y obligó á los Mamertinos á encerrarse en su ciudad, en donde los tuvo rigurosamente sitiados por espacio de algunos años. Reducidos aquellos al último extremo, se veian en la imposibilidad de sostenerse por más tiempo. No podian pensar en rendirse con ninguna condicion: el hacha del verdugo habia hecho ya rodar en Roma las cabezas de los Campanios de Rhegium: el mismo suplicio les esperaba á ellos seguramente en Siracusa. No les quedaba más que un recurso, el de entregarse á los Romanos ó á los Cartagineses, que se darian por muy satisfechos adquiriendo, en cambio de

algunos escrúpulos que pronto se olvidarian, una posicion de tal importancia. ¿Pero á quién conveniria mejor entregarse entre los Fenicios y los dueños de Italia? La cuestion merecia un detenido exámen y una atenta consideracion. Despues de haber vacilado largo tiempo, la mayoría de los Campanios Mamertinos se decidió en favor de Roma, y le mandó inmediatamente la llave de los mares de Sicilia.

Entran los Mamertinos en la confederacion Romano-italica.—Aquella en que los Diputados Mamertinos fueron recibidos en el Senado romano, fué una hora solemne y decisiva en la historia. Nadie habia podido preveer los gigantescos acontecimientos que iban á tener lugar al dia siguiente de pasar ese estrecho brazo de mar que separa á Italia de Sicilia; pero no se escapaba á la sagacidad de los *padres* del Senado, que, cualquiera que fuese la resolucion que se tomase, jamás habian discutido otra igual ni de tanta gravedad. Para los espíritus severos y honrados, podia parecer extraño que se vacilase un solo instante. ¿Cómo romper con Hieron por semejante motivo? Habíase aplicado la víspera el castigo más ejemplar y despiadado á los Campanios de Rhegium; ¿cómo hablar siquiera de formar alianza con los bandidos de Sicilia, tan criminales como aquellos? Por razon de Estado, iba á hacerseles gracia de un suplicio merecido: pero hacerse sus amigos... ¿qué cosa podia prestarse más á la declamacion que semejante escándalo! Iba á sublevarse la conciencia de todos, así amigos como enemigos. A todo esto habia, sin embargo, una cosa que contestar, aun para aquellos ante quienes la moral es en la política práctica, algo más que una palabra vana. Roma no estaba obligada á considerar á unos extranjeros, culpables solo hácia otros extranjeros, en la misma línea que á los

ciudadanos Romanos, culpables de infidelidad á su juramento y á sus banderas, y manchados con la sangre traidoramente vertida de otros aliados de Roma. Esta no debia juzgar á los Mamertinos, ni vengar á los Sicilianos de Mesina. Si no se hubiese tratado nada más que de la posesion de esta plaza entre los Mamertinos y los Siracusanos, hubiera podido Roma dejar correr los acontecimientos: ésta aspiraba el dominio de Italia, como Cartago la posesion de Sicilia, ni más ni ménos: y hasta puede dudarse que una ú otra pensase por entonces traspasar sus propias fronteras. Habia parecido útil á ambas que se formase un Estado intermedio que las separase. Los Cartagineses hubieran querido que estuviese en Tarento; los Romanos, en Siracusa y en Mesina. Pero siendo esto imposible, querian ambos tambien, fortificándose cada cual á espensas de su rival, absorber todo el territorio neutral. Cartago habia intentado apoderarse en Italia de Rhegium y de Tarento, en el momento en que Roma se hacia dueña de ellas, y solo por casualidad habia fracasado su tentativa. Roma encontraba, á su vez, una ocasion propicia de unir á Mesina á la sinmaquia latina: no decidirse prontamente, era condenar la ciudad siciliana, que no podia ya defender su independenciam y era además hostil á Siracusa, á echarse en brazos de los Africanos. ¿Debia, pues, dejarse escapar aquella ocasion, que no volvria á presentarse jamás, de apoderarse de la cabeza del puente entre Italia y Sicilia, y asegurar para siempre su posesion, poniendo en ella una fuerte guarnicion? ¿Era prudente, renunciando á Mesina, renunciar tambien al dominio del último paso que quedaba libre entre el Este y el Oeste, y sacrificar de este modo las franquicias comerciales de Italia? Por otra parte, aun prescindiendo de los sentimientos morales y de la justicia po-

lítica, la ocupacion de Mesina se prestaba á sérias objeciones. ¡Vendria inmediatamente la guerra con Cartago, no habia que dudar! Si no se retrocedia ante tal perspectiva, no teniendo Roma, despues de todo, por qué temerla, debia reconocerse, sin embargo, que pasando el mar, se lanzaba á una empresa inmensa; se pasaban los límites propios de Italia y los de la política continental de Roma; se abandonaba el sistema que habia fundado su grandeza; se lanzaba por un camino nuevo á un porvenir desconocido. Habia llegado para los hombres de Estado de la República la hora de dejar á un lado los cálculos excesivamente prudentes. Solo podia guiarlos la fé en su propia estrella, la fé en los destinos de la Pátria. ¿Debian coger aquella mano que se les tendia á través de las nubes del porvenir? ¿Debian seguirla acaso ciegamente? Largas y dudosas fueron las deliberaciones del Senado sobre la mocion presentada por los cónsules para que fuesen las legiones en auxilio de los Mamertinos. No pudo llegarse á un acuerdo, pero el pueblo, al que se habia sometido este grave asunto, tenia un sentimiento más vivo de la grandeza romana, edificada por sus esfuerzos. La conquista de Italia abrió á Roma, como á los Macedonios la de Grecia ó á los Prusianos la de Silesia en el siglo XVIII, una carrera nueva y enteramente distinta. Un voto de la Asamblea, favorable á los Mamertinos, colocó á éstos en la clientela de la República. Fueron recibidos en la confederacion Itálica á título de «Italianos transmarítimos,» pero con los mismos derechos que los del continente (1); y, renovando los cónsules su mocion en los comicios, dispuso el pue-

(1) Los Mamertinos obtuvieron todos los derechos de los Italianos, y fueron obligados á suministrar buques de guerra.

blo que se fuese en auxilio de los Mamertinos (265 antes de J. C.)

Enfriamiento de las relaciones entre Cartago y Roma. — Los Cartagineses en Mesina. — Mesina es ocupada. — Guerra entre Roma por un lado, y Cartago y Siracusa por otro. — Celebrase la paz con Hieron. — Faltaba saber cómo acogerian la intervencion de los Romanos las dos potencias sicilianas interesadas en este negocio, y sus aliados hasta entonces, nominalmente al ménos. Cuando Roma les indicó que debian abstenerse de toda hostilidad contra sus nuevos confederados, Hieron hubiera podido con justo motivo (lo mismo que los Samnitas lo habian hecho en otro tiempo, despues de ocupadas de análoga manera Cápua y Thurium) responder con una declaracion de guerra. Pero hacer por sí solo una declaracion de guerra á los Romanos, hubiera sido una locura. Era el rey un político demasiado sábio y moderado para oponerse á un mal, inevitable si Cartago persistia en su neutralidad, lo que no parecia imposible á primera vista. En este momento (265 antes de J. C.), seis años despues de haber abortado la tentativa de la armada cartaginesa contra Tarento (T. II, p. 253), partió una embajada de Roma, pidiendo explicaciones sobre este asunto. El Senado juzgó conveniente resucitar un agravio, verdadero en el fondo, pero olvidado hacia mucho tiempo. En medio de los preparativos de la lucha, no era supérfluo tener preparado en el arsenal diplomático de Roma un motivo ó *casus belli*; preparábase de este modo el papel de parte ofendida para el caso en que, segun la cos-

(Cic. *in Verr.* V, 19, 50). Véase, sin embargo, por las medallas que aun nos quedan, que no tuvieron derecho á acuñar moneda de plata.

tumbre de Roma, tuviera que hacer la declaracion de guerra. Todo juicio imparcial colocará en el mismo caso las empresas contra Tarento y contra Mesina; las miras y el punto de derecho eran exactamente iguales en ambos casos; pero el resultado fué diferente. Cartago no queria una ruptura completa. Los enviados de Roma refirieron el desacato del almirante cartaginés, culpable de haber intentado un ataque contra Tarento, á pesar de lo que éste habia asegurado con toda clase de juramentos falsos, muy comunes en casos semejantes. La misma Cartago se abstuvo de todas las recriminaciones que hubiera podido utilizar; no denunció, como caso de guerra, la invasion de que estaba amenazada Sicilia. En realidad, ya sabia á qué atenerse sobre este negocio; los de Sicilia eran para ella cosa de interés nacional en donde ningun extranjero tenia derecho a mezclarse, y habia tomado bien sus medidas; pero no estaba en las tradiciones de su política el proceder bruscamente con la amenaza de sus armas. Durante este tiempo se habian activado mucho los preparativos de la expedicion romana; ya la escuadra formada con los contingentes de Nápoles, de Tarento, de Velia y de Locres; ya la vanguardia del cuerpo de ejército de tierra, conducido por el tribuno militar *Gayo Claudio*, se habian reunido en Rhegium, en la primavera del año 490 (264 antes de J. C.). Envióseles de improviso un mensaje de Mesina. Los Cartagineses habian tramado allí una intriga con la faccion anti-romana y negociado la paz entre Hieron y los Mamertinos. Habíase levantado el sitio; el puerto estaba lleno de naves cartaginesas, conducidas por su almirante Hannon, y la ciudad habia recibido guarnicion africana. Influidor por los recién llegados, dirigió el pueblo Mamertino un mensaje agradeciendo mucho el auxilio del general romano, y

haciéndole saber que, afortunadamente, no era ya necesario. Pero el Romano, hombre hábil y atrevido, persistió en hacerse á la vela, por lo que la armada cartaginesa rechazó las naves de la República y capturó muchas de ellas. Obrando despues Hannon, con arreglo á sus instrucciones, y para no dar motivo á un rompimiento de hostilidades, devolvió esta presa á sus «buenos amigos» del otro lado del estrecho. ¿Iba á representarse de nuevo la comedia de Tarento, desempeñando ahora los Romanos el peor papel? Cláudio no se desanima, é intenta un segundo desembarco, consiguiendo esta vez su objeto. Inmediatamente convoca á los ciudadanos y por su indicacion, se presenta el almirante cartaginés, esperando siempre evitar la ruptura, en medio de la Asamblea; se apoderan los Romanos de su persona, y una nueva cobardía les ayuda á consumir su obra. Hannon dá á sus soldados la orden de abandonar la ciudad. Vióse entonces á la pequeña guarnicion cartaginesa, que podia sostenerse en la ciudadela, apresurarse á obedecer la orden del cautivo, y partió con él. Los Romanos han fijado ya su planta en la isla. ¡En Cartago se indignaron los jefes del Estado, por tanta estupidez ó debilidad, y condenando á Hannon á muerte, declararon inmediatamente la guerra á Roma. Importaba ante todo volver á apoderarse de Mesina. Envióse una poderosa armada al mando de otro *Hannon*, hijo de *Annibal*, que apareció inmediatamente en las aguas del Estrecho. Mientras lo tienen estrechamente bloqueado, desembarca un ejército y sitia la ciudad por la parte del Norte. Hieron, por su lado, no habia esperado para atacar á Roma, nada más que la declaracion de guerra de Cartago. Vuelve á conducir su ejército á los campamentos abandonados la víspera, y se encarga del asalto por la parte del Sur. Pero ya

el Cónsul *Apio Cláudio Caudex* había llegado á Rhegium con el grueso del ejército, y burlando la vigilancia de la armada cartaginesa, pasó el Estrecho durante una noche oscura. Los Romanos eran audaces y afortunados. Los aliados, que no esperaban el ataque de todo el ejército romano, estaban divididos. Saliendo las legiones de la plaza los batieron, unos en pos de otros, y les obligaron á levantar el sitio. Durante el estío, permanecieron los Romanos dueños del país, y hasta intentaron apoderarse de parte del de Siracusa; pero no lo consiguieron, y tuvieron además que retirarse después de haber sufrido grandes pérdidas delante de *Echetla* (1), que habían sitiado en la frontera de las posesiones siracusanas y cartaginesas. Volvieron, pues, á tomar el camino de Mesina, en donde dejaron una fuerte guarnición, retirándose después á Italia. La primera campaña de los Romanos fuera de la Península no había correspondido á las esperanzas del público, y el cónsul no obtuvo los honores del triunfo; pero la entrada de las legiones en Sicilia había, sin embargo, impresionado profundamente á los Griegos de la isla. Al año siguiente, desembarcaron los dos cónsules, sin obstáculo, á la cabeza de un ejército doble que el anterior. Uno de ellos, *Marco Valerio Máximo*, apellidado después el *Mesiniano* (*Mesala*), consiguió una brillante victoria sobre los Siracusanos y los Cartagineses reunidos; y como después de la batalla no se atreviese el ejército fenicio á hacer frente á los Romanos, cayeron en poder de éstos, *Alesa*, *Centoripa* (2), y todas las

(1) Al Oeste de Siracusa, en el interior, y sobre los montes Hereos.

(2) *Alesa*, en la parte Norte, en medio del camino de *Mesina* á *Palermo*; *Centoripa*, al Este de *Catana*, en el camino que va de ésta á *Agrigento*.

pequeñas ciudades griegas, y el mismo Hieron, desertando de sus aliados de la vispera, hizo la paz con los Romanos y entró con ellos en relaciones amistosas, en el año 491 (563 antes de J. C.), en lo que se mostró un hábil político. Desde que Roma fijaba sériamente su planta en Sicilia, era preferible pasarse á su partido, cuando todavía era tiempo, sin tener que pagar la paz á costa de grandes sacrificios ó de una parte de su territorio. Las ciudades intermediarias, como Siracusa y Mesina, no eran bastante fuertes para seguir una conducta independiente, necesitaban, por tanto, elegir entre la supremacia de Roma ó la de Cartago, y no podia dejar de colocarse al lado de la primera. La República no parecia pensar aún en la conquista de toda la isla: todo lo que queria era impedir que los Cartagineses la conquistasen. Los Siracusanos temian más que nada el régimen tiránico y el monopolio de Cartago, y esperaban de su rival una proteccion ménos pesada, con la libertad del comercio. Así pues, desde esta fecha, se mostró Hieron el más poderoso, el más constante y el más estimado de los aliados de Roma en la isla.

Toma de Agrigento.—Habíase conseguido el objeto inmediato de la empresa contra Mesina. Garantizados por su doble alianza con ésta y con Siracusa, y sólidamente establecida su dominacion sobre toda la costa oriental, podian ya descender libremente los Romanos á Sicilia, pues encontraban allí medios de mantener las legiones, cosa antes tan difícil; y la guerra, que habia parecido temeraria en un principio, no ofrecia ya por resultado aquellos peligros incalculables. No necesitaba mayores esfuerzos que la lucha con el Samnium, y la Etruria. Unidas con los Griegos de Sicilia, bastaron las dos legiones enviadas al año siguiente, para encerrar á los Cartagineses en sus plazas

fuertés. Su general, *Annibal*, hijo de *Giscon*, se cerró en Agrigento con el núcleo del ejército, y se propuso defender hasta el último extremo esta plaza, la más importante de las posesiones de Cartago en el interior. No pudiendo los Romanos tomarla por asalto, la rodearon y bloquearon rigurosamente. Los bloqueados, en número de 50.000, se vieron pronto reducidos á la más completa escasez. Entonces el almirante cartaginés Hannon, acudió, y desembarcando en *Heraclea*, cortó á su vez los víveres á los sitiadores. Por ambas partes se experimentaban grandes sufrimientos, y se decidió dar la batalla para librarse de los males de la situación. La caballería númida mostró en ella su superioridad sobre la caballería romana, pero en la infantería sucedió lo contrario, y fué la que decidió la batalla, pero no sin pérdidas enormes por parte de los Romanos. Aprovechándose del cansancio de los vencedores, huyó el ejército sitiado y se refugió en la armada. No por esto dejaron de ser importantes los resultados de la victoria, pues se rindió Agrigento, cayendo toda la isla en poder de los Romanos, á excepcion de las plazas marítimas, en donde *Amilcar*, el sucesor de Hannon, se fortificó, luchando de un modo invencible, así contra el hambre, como contra los asaltos del enemigo. La guerra terminó por sí misma; pero las frecuentes salidas de los Cartagineses y sus desembarcos en las costas Sicilianas, eran muy perjudiciales para los Romanos, y los tenían muy fatigados.

301 *Comienza la guerra marítima.*— Los Romanos construyen una armada.— Ahora es cuando la República vá á experimentar las dificultades de la guerra en que se ha empeñado. Cuéntase, que los enviados de Cartago, antes de las primeras hostilidades, habian aconsejado á los Romanos que evitasen una ruptura, añadiendo

que, si Cartago queria, no podria ninguno de ellos, ni aun «ir á lavarse las manos á la orilla del mar.» ¿Es verdad esto? No es fácil averiguarlo, pero, de cualquier modo, la amenaza habria sido seria. Las escuadras cartaginesas eran dueñas de los mares: no contentas con mantener en la obediencia las ciudades de la costa siciliana, y abastecerlas de todo lo necesario, amenazaban con verificar un desembarco en Italia, en donde ya, en 492 (262 antes de J. C.), tuvo que permanecer arma al brazo, un ejército consular. Sin intentar una invasion formal, habian algunas pequeñas bandas cartaginesas recorrido, en algunos puntos, las costas, desembarcando, talando las posesiones de los aliados de la República, y, lo que era aún peor, impidiendo las relaciones comerciales entre éstos y la metrópoli. Si estos ataques se prolongaban, se verian muy pronto completamente arruinadas Cerea, Ostia, Nápoles, Tarento y Siracusa. Durante este tiempo, las contribuciones de guerra y las ricas presas compensaban con exceso á Cartago de la pérdida de los tributos que anteriormente sacaba de Sicilia. Los Romanos hacian, pues, á sus espensas la misma experiencia que habian hecho antes que ellos Dionisio, Agatocles, y Pirro: pero era tan fácil batir á Cartago como difícil llegar hasta ella. Convencidos de la necesidad de tener una escuadra, decidieron la construccion de veinte *triremes* y de cien *quinqueremes*. ¡Mas cuántas dificultades para poner el proyecto en ejecucion! En sus pueriles declamaciones, han dicho posteriormente los retóricos que era la primera vez que los Romanos empuñaban un remo. Este es un error crasísimo; la marina mercante italiana era bastante considerable, y no carecia de naves de guerra, si bien éstos no eran más que barcos armados, *triremes* construidas segun el

modelo antiguo, y nunca habian visto un buque de cinco puentes, como los que habia Cartago adoptado recientemente, y que, en su sistema naval, constituia casi exclusivamente su marina de guerra. Los Romanos hubieron de transformar tambien la suya como haria hoy una potencia marítima que no teniendo más que bricks y fragatas quisiera poseer grandes navíos. Y asi como en nuestros dias tomaria por modelo un buque del enemigo, asi tambien los Romanos ordenaron á sus constructores arreglarse por una *pentera* (1) cartaginesa que habia naufragado en la costa. Ciertamente que, si ellos hubiesen querido, con la ayuda de Marsella y de Siracusa, se hubiesen preparado mucho antes. Pero los hombres de Estado de Roma eran demasiado prudentes para confiar la defensa de Italia á una escuadra no italiana. Por el contrario, á sus aliados itálicos fué á quien Roma pidió oficiales de marina, tomados, en su mayor parte, de los buques mercantes, y marineros, cuyo nombre (*socii navales*) dice suficientemente su procedencia, exclusiva por algun tiempo: despues fueron conducidos á bordo los esclavos suministrados por el Estado y por las familias ricas, y ciudadanos tomados entre los más pobres. Si se tiene en cuenta el estado de atraso relativo de la ciencia de las construcciones navales, y la energía de los Romanos, se comprenderá como, en un solo año, realizando una empresa en donde se han estrellado, en nuestros dias, todos los esfuerzos de un Napoleon, llegó la República á hacerse potencia marítima, de continental que era, y á echar á la mar, al abrirse la campaña del año 494 (260 antes de J. C.), una

(1) Πεντηρης, *penteteris*, palabra griega, sinónima de la latina *quinqueremis*.

armada de guerra de 120 buques. Las naves romanas no igualaban á la armada cartaginesa ni en número, ni en cualidades náuticas, lo cual era una grave inferioridad, porque entonces constituían las maniobras la base principal de la táctica marítima. Desde lo alto del puente combatían soldados de armas pesadas y arqueros; no faltaban tampoco máquinas para arrojar ciertos proyectiles; pero el principal cuidado en todo combate marítimo consistía ordinariamente en perseguir ó en esparar al enemigo: decidíase la lucha precipitándose sobre él, armada la proa con un grande espolon de hierro; los buques viraban sobre sí mismo, hasta que uno de ellos, caminando con más velocidad que el otro, lo pasaba por ojo. Por esto, de los 200 hombres de que constaba ordinariamente la tripulación de una trireme griega, se contaban por lo ménos ciento setenta remeros para diez soldados solamente, ó sea cincuenta ó sesenta remeros por cada puente. La quinquereme llevaba trescientos remeros y un número proporcionado de combatientes. Queriendo los Romanos compensar las faltas de sus buques, peor provistos de oficiales y remeros, tuvieron la feliz ocurrencia de dar á sus soldados de marina un papel mucho más importante en el momento de la lucha. Colocaron en la proa de sus naves un puente colgante, que se bajaba en todos sentidos, á derecha é izquierda ó de frente, guarecido por un parapeto en cada uno de sus extremos, y que podia dar paso á dos hombres á la par. Cuando el buque enemigo se arrojaba sobre la galera romana, evitaba esta el choque; pero en el momento de pasar á su lado le arrojaba el puente y lo sujetaba con un gran garfio de hierro. Así pues, detenido en su marcha, é invadido por una nube de soldados, era tomado el buque por asalto lo mismo que en un combate por tierra. Era

inútil, con este nuevo sistema, establecer una milicia marítima, pues las tropas ordinarias se adaptaban perfectamente al servicio de la armada, y sabemos de alguna gran batalla naval en que los Romanos contaban hasta 120 legionarios por buque, si bien es verdad que llevaban tropas de desembarco. De este modo llegaron á crear una marina capaz de hacer frente á los Cartagineses. Cométese un error cuando se convierte en una especie de cuento de hadas la creacion de la armada de la República, y carece de objeto el hablar de ella como de un milagro. Para admirar es necesario antes comprender. Los Romanos no hicieron más que una obra grande y nacional. Comprendieron perfectamente lo que necesitaban y podian, y ayudándose del génio que inventa, y de la energía que decide y ejecuta, sacaron á su pátria de una situacion difícil, más difícil de lo que ellos mismos habian creído.

Victoria naval de Mila.—Los comienzos no fueron felices. Su almirante, el Cónsul de *Cneo Cornelio Escipion*, habiéndose hecho á la mar con los diez y siete primeros buques concluidos, dirigió su rumbo hácia Mesina, y tuvo la veleidad de apoderarse de *Lipara* por un golpe de mano. Pero de repente vino una division de la armada cartaginesa, estacionada en Palermo, la encerró en el puerto en donde habia anclado, y la hizo prisionera sin llegar á disparar una flecha. Este contratiempo no impidió que se embarcase el núcleo del ejército en las otras naves, cuando estuvieron dispuestas, y dirigiesen tambien su rumbo hácia Mesina. Navegando por la costa de Italia, encontró á su vez una escuadra cartaginesa mucho más débil que aquella, y que habia sido enviada para hacer un reconocimiento. Despues de haberle causado pérdidas que compensaron el primer fracaso sufrido por los Romanos, entró vic-

toriosa en Mesina, en donde tomó el mando de ella el segundo cónsul, *Cayo Duilio*, en lugar de su colega cautivo. La armada cartaginesa salió de Palermo, mandada por su almirante Annibal, y vino á encontrarse con los Romanos al Norte de la ciudad, cerca del promontorio de Mila (*Milazzo*). En este dia fué realmente cuando la marina romana hizo sus primeros y más sérios ensayos. Al ver aquellos buques tan pesados, creyó el enemigo tener ante sí una presa fácil, y se precipitó sin órden sobre los Romanos: pero estos bajaron sus puentes colgantes, cuyo efecto fué decisivo. Las galeras cartaginesas quedaron sujetas y fueron tomadas al abordaje, conforme iban llegando separadas las unas de las otras: ya se presenten por delante ó por los flancos, caen sobre ellas los terribles puentes. Al terminar el combate habian perdido los Cartagineses unas 50 naves, la mitad de la armada, y entre éstas la galera Almirante. Grande fué el resultado de esta victoria, pero fué aún más grande el efecto que produjo; Roma se convirtió de repente en una potencia marítima; iba á traer á este nuevo campo todos sus recursos, toda su energía, y dar inmediatamente fin á esta guerra que amenazaba con no terminar jamás, ó con arruinar por completo el comercio de Italia.

Guerra en las costas de Sicilia y de Cerdeña.— Dos caminos conducian al fin. Podia atacarse á Cartago en las islas italianas, ó tomar por asalto uno tras otro todos sus establecimientos de las costas de Sicilia y de Cerdeña. Semejante empresa era practicable mediante operaciones bien combinadas por mar y tierra. Alcanzado éste primer resultado, se concluiría la paz, abandonando los Cartagineses dichas islas: si las negociaciones diplomáticas fracasaban, ó si no era bastante el imponerles éste sacrificio, podia llevarse en-

tonces la guerra al Africa.—Podíase también despreciar las islas, y arrojarse inmediatamente sobre el Africa con todo el ejército, no temerariamente y á manera de aventureros como Agatocles, que quemó sus naves, y lo comprometió todo en una batalla contra gentes desesperadas, sino por el contrario, cuidando de asegurar y cubrir las comunicaciones del ejército invasor con Italia. En semejante caso, ó el enemigo aterrado aceptaría gustoso una paz razonable, ó si les parecía mejor conducirlo hasta el último extremo, se le condenaría á una completa servidumbre. La República se limitó, en un principio, al primer sistema. En el año siguiente á la batalla naval de Mila (259 antes de J. C.) se apoderó el cónsul Lucio Escipion del puerto de *Aleria*. Todavía poseemos la lápida que refiere esta gran hazaña del general romano (1). Con esto se convirtió la Córcega en una estación marítima que amenazaba la Cerdeña, y hasta intentó Escipion un ataque por la costa Norte de esta isla; pero fracasó su empresa delante de *Olbia* (*hoy Terra-Nuova*) por falta de tropas de desembarco. En el año 496 (358 antes de J. C.), fueron más felices las armas romanas; se apoderaron y saquearon las aldeas y ciudades abiertas que habia en la costa; pero no consiguieron asentar allí todavía su planta. Tampoco en Sicilia pudieron hacer nuevos progresos. Almilcar los tuvo á raya con suma habilidad y energía, luchando por mar y tierra, tanto con las armas como con la propaganda política. De las muchas ciudades pequeñas del interior, se pasaban todos los años un gran número de ellas al bando de los africanos, y es necesario hacer grandes esfuerzos para arrancarlas nuevamente de sus manos. En las plazas

(1) V. *Corp. ins. Rom.* p. 18, núm. 32.—Tit. Liv., ep. 17.

marítimas, son inatacables los Cartagineses, sobre todo en *Panormo*, su principal fortaleza, y en Drépano (*Trepani*), á donde Almilcar acababa de trasladar toda la poblacion de *Eryx* detrás de las más sólidas murallas. Librase una segunda y gran batalla cerca de *Tindaris* (al Oeste de *Mila*), en la que ambas escuadras se atribuyen respectivamente la victoria, sin que la situacion varíe en lo más mínimo. ¿Era debida la falta de resultados, despues de tantos esfuerzos, á la division del mando, á las variaciones rápidas en el personal de los generales romanos, que impedia imprimirles una direccion constante, y toda concentracion de operaciones parciales en una misma mano, ó á una causa más general, al mismo sistema militar, entónces que en el estado de la ciencia estratégica eran sumamente dificiles los asaltos, sobre todo para los Romanos (T. II, p. 253), poco versados todavía en los secretos de tan sublime arte?

Ataque dirigido contra Africa. — Victoria naval de Ecnomo.—Sea como quiera, y por más que se hubiese puesto un límite al saqueo y al incendio de las ciudades marítimas italianas, su comercio no estaba por eso ménos arruinado, así antes como despues de la construccion de la flota. Fatigado de éstas tentativas sin resultados, é insuficientes para acabar la guerra, cambió el Senado al fin el plan de campaña, y resolvió atacar directamente el Africa. En la primavera del año 498 (256 antes de J. C.), partió para las costas lívicas una armada de 330 buques, despues de haber tomado tropas de desembarco en la desembocadura del *Himera* (*Fiume Salso*) en la costa Sur de Sicilia. Iban en ella cuatro legiones al mando de los dos Cónsules, Capitanes experimentados ambos, *Marco Atilio Régulo* y *Lucio Manlio Volso*. El Almirante cartagi-

nés dejó que los Romanos subiesen á bordo; pero una vez en el mar, éstos se precipitaron sobre la escuadra enemiga, que los esperaba colocada en línea de batalla cerca de *Ecnomos (Monte-Serrato)* y que les cierra el paso. Jamás lucharon dos armadas tan considerables. La escuadra romana llevaba á bordo de sus 330 buques cerca de 100.000 hombres de tripulación, sin contar los 40.000 soldados de desembarco: los Cartagineses tenían 350 naves armadas no ménos poderosamente; de suerte que iban á chocar entre sí y á decidir la guerra entre las dos grandes ciudades rivales, una masa de 300.000 hombres. Los Cartagineses formaban una extensa línea única, apoyando su izquierda en la costa siciliana. Los Romanos se colocaron á la derecha, en triángulo, poniendo en el vértice la galera Almirante de los dos Cónsules; á la izquierda, la primera y segunda escuadra en orden oblicuo; y la tercera, formando también triángulo, iba detrás, conduciendo á remolque los buques de transporte en que iba la caballería. Apiñados así unos con otros se arrojaron sobre el enemigo. Seguiales á marcha más lenta una cuarta división que era la de reserva. Ante la cuña que penetraba en medio de sus buques, cedió inmediatamente la línea cartaginesa: el centro retrocedió para evitar el choque; y después de su movimiento, comenzó el combate por tres puntos separados. Mientras que los Almirantes romanos persiguen el centro con sus dos divisiones en ala, y se empeñaba la pelea, la izquierda de los Africanos se arrojó sobre la tercera escuadra, embarazada por los remolques y que había quedado rezagada; la oprime y la arroja irresistiblemente á la costa; por otro lado, la escuadra de reserva se vió envuelta en alta mar y atacada también á retaguardia por el ala derecha cartaginesa. La pri-

mera de las tres batallas quedó prontamente terminada: demasiado débil contra las dos divisiones que le atacaban, el centro cartaginés emprendió la fuga. Pero las otras dos escuadras romanas tenían que habérselas con un enemigo mucho más fuerte. Se sostuvieron, sin embargo, en el combate cuerpo á cuerpo, gracias á sus terribles puentes, y pronto vieron llegar en su auxilio los buques victoriosos de los dos Cónsules. La reserva romana pudo entónces desarrollarse, y el ala derecha enemiga, cediendo al número, tuvo que emprender la huida. Terminado así este segundo combate en favor de los Romanos, reunieronse todos los buques que habian quedado útiles y se precipitaron sobre el ala izquierda cartaginesa, que se obstinaba en perseguir la retaguardia y los remolques. Cogidos por la espalda y completamente envueltos, fueron capturados todos los buques cartagineses que la componian. Por lo demás, las pérdidas habian sido casi iguales, pues habian ido á fondo 24 galeras romanas y 30 cartaginesas; pero los Romanos les habian cogido 64 buques. Aunque habian quedado muy debilitados no dejaron los Cartagineses de intentar cubrir la costa africana, y rehaciéndose en el golfo de Cartago se dispusieron para una segunda batalla.

Régulo desembarca en Africa.—En vez de arribar á la costa occidental de la Península colocada delante de la rada, fueron los Romanos á desembarcar por el Este, en la bahía de *Clupea* (hoy *Akliß*). Allí habia una excelente fortaleza marítima, al abrigo de todos los vientos, apoyada en una colina que se elevaba sobre la llanura. Desembarcaron sin ningun obstáculo, se situaron en la altura, organizaron su campamento naval con sus trincheras (*castra navalia*), y comenzaron las operaciones por tierra. Sus soldados recorren y talan el

país reuniendo 20.000 esclavos, que fueron enviados á Roma. Esta empresa atrevida fué coronada por un éxito completo é inaudito, pues de un solo golpe y sin grandes sacrificios, se tocaba casi al fin. Tal era la confianza de los Romanos, que el Senado creyó poder hacer que volviese á Italia la mayor parte de la armada y la mitad del ejército. Márco Régulo quedó solo en Africa con 40 naves, 15.000 hombres de infantería y 500 caballos. Esta temeridad pareció en un principio justificada. Desalentados los Cartagineses no se atrevieron á mantenerse en la llanura, y se dejaron vencer, en un primer encuentro, en un desfiladero en donde no podían maniobrar sus elefantes ni su caballería. Entregábanse en masa las ciudades, y los Númidas sublevados inundaban los campos. Esperando Régulo poder sitiarse á Cartago en la próxima primavera, fué á establecer sus cuarteles de invierno en Túnez (Tunis), casi bajo los muros de Cartago.

Los Cartagineses piden la paz en vano.—Preparativos de resistencia.—Derrota de Régulo.—Los Cartagineses habian perdido por completo su valor, y pidieron la paz. Pero el Cónsul les impuso durísimas condiciones, á saber: que abandonasen la Sicilia y la Cerdeña, que se aliasen con Roma bajo el pié de una igualdad desastrosa, y que entregaran toda su marina de guerra á sus rivales ¡Esto equivalía á poner á Cartago al nivel de Nápoles y de Tarento! ¿Cómo someterse á tales exigencias mientras hubiese un ejército en campaña, una escuadra en el mar y sus murallas estuviesen en pié? Es propio de los Orientales, aun de aquellos que han caído en la mayor degradacion, adquirir, con la desesperacion, una poderosa energía al aproximarse el peligro. Esto sucedió en Cartago; adquiriendo nueva energía en su extrema decadencia, superaron

sus esfuerzos todo cuanto hubiera podido esperarse de un pueblo de comerciantes y de horteras. Amilcar, el general tan afortunado en la pequeña guerra por él dirigida en Sicilia contra los Romanos, condujo á la Libia lo más escogido de las tropas de la isla, núcleo excelente para el nuevo ejército que trataba de crearse: su oro y sus relaciones suministraron á Cartago numerosos escuadrones de excelente caballería nómada, y los mercenarios griegos acudían en tropel á ponerse al mando de un famoso capitán, el Espartano *Xantipo*: el talento organizador y el genio militar de éste, fueron un poderoso auxiliar para aquellos á cuya causa servía (1). Consagróse todo el invierno á estos preparativos. Durante este tiempo, el Romano permaneció inactivo en Túnez. Ignoraba quizá la tempestad que se formaba sobre su cabeza. ¿Impedíale al honor militar tomar las medidas que reclamaba su situación? ¡Hubiérale válido más, renunciando á la idea de un sitio que ni siquiera podía intentar, encerrarse inmediatamente en su reducto de Clipea, y esperar! En vez de ésto, permanece con un puñado de soldados ante los muros de la capital enemiga; no se cuida de asegurarse la retirada al campamento atrincherado; desprecia sobre todo el entablar negociaciones con aquellas tribus númi-

(1) Creo exagerados los relatos según los cuales Cartago debió su salvación únicamente á Xantipo y á sus talentos militares. Los oficiales cartagineses no necesitaban que él les dijese que la caballería ligera de los Africanos maniobraba excelentemente y proporcionaba grandes ventajas en campo raso, y no en país montañoso ó cubierto de bosque. El mismo Polibio desconfía de estas erróneas tradiciones, eeo sin duda de los relatos de los cuerpos auxiliares de los Griegos. En cuanto á sostener que después de la victoria los Cartagineses ajusticiaron á Xantipo, es una pura invención; volvióse libremente, entrando, á lo que parece, al servicio de Egipto.

das, que se habian sublevado contra Cartago, y comprarles el fácil y precioso auxilio de una caballería ligera de que carecia por completo. Esto era colocarse él y su ejército en la situacion en que se habia estrellado el aventurero Agatocles. Al comenzar la primavera del año 499 (255 antes de J. C.), las cosas habian cambiado por completo. Los Cartagineses fueron los primeros en salir á campaña y ofrecer la batalla á los Romanos. Interesábales acabar con Régulo antes que le llegasen refuerzos de Italia. Por esta misma razon debieron los Romanos haber rehusado el combate. Pero en su presuntuosa confianza, se creyeron invencibles en campo raso, y salieron al encuentro del enemigo á pesar de su inferioridad, (pues si bien la infantería era igual por ambas partes, eran superiores los Cartagineses por sus 4.000 caballos y sus 100 elefantes). Por último, tenian las legiones la desventaja del terreno, pues los Cartagineses se desplegaban fácilmente en la llanura inmediata. Aquel dia los mandaba Xantipo. Lanzó primero su caballería contra la del enemigo, que, segun costumbre, estaba colocada en alas; y en un abrir y cerrar de ojos, viéronse desaparecer los insignificantes escuadrones legionarios bajo las grandes masas de la caballería ligera de los Númidas; siendo despues envuelta y puesta en desórden la infantería latina. Pero los Romanos, inquebrantables ante el enemigo, marchaban derechos contra la infantería cartaginesa; y, aunque comprimidos en la derecha y el centro por los elefantes, colocados en línea de batalla cubriendo á los Cartagineses, su ala izquierda, rompe la línea de estos animales, y se precipita sobre la línea derecha de los Cartagineses, y la pone en desordenada fuga. Mas por afortunado que fuese este movimiento, habia separado en dos partes el ejército romano. El cuerpo principal, detenido

de frente por los elefantes, y atacado por los flancos y la retaguardia por la caballería, se formó en cuadro y se defendió con una constancia heroica, pero al fin sucumbe y se rompe al violento empuje de las masas enemigas. El ala izquierda, victoriosa en un principio, encontróse de repente frente á los batallones Libios de la infantería cartaginesa, que no habian aún combatido, y la acosan y agobian sin trabajo. Prestándose el terreno para que se desplegara la caballería nómida, superior por su número, fueron los Romanos acuchillados ó hechos prisioneros: solo 2.000 hombres de tropa ligera de infantería y caballería, que se dispersaron al primer encuentro, cobraron delantera, mientras que los legionarios sucumbian en sus puestos, y se refugiaron á duras penas en Clipea. Entre los pocos prisioneros estaba el Cónsul, que murió despues en Cartago. Suponiendo su familia que el enemigo le habia hecho sufrir un tratamiento horrible, que violaba los usos de la guerra, se vengó ferozmente y de un modo inicuo en dos nobles cartagineses cautivos, hácia los cuales sintieron compasion hasta los mismos esclavos, que denunciaron tan infame suplicio, é intervinieron los tribunos en este asunto (1).

Los Romanos evacuan el Africa.—Muy pronto llegó á Roma la terrible nueva. Inmediatamente se voló al socorro de la escasa guarnicion de Clipea. Hízose

(1) Nada se sabe con seguridad acerca de la muerte de Régulo. Su envío á Roma, que unos colocan en el año 503 (251 antes de J. C.), y otros en el 513, no es, en manera alguna, un hecho demostrado. En los tiempos posteriores, cuando las vicisitudes de la fortuna romana servian de tema en las escuelas, se convirtió Régulo en el tipo del héroe desgraciado, como Fabricio en el del héroe pobre; su nombre vá unido á una porcion de cuentos y de invenciones. ¡Lentejuelas y oropel mal pegados sobre el vestido sencillo y severo de la historia!

á la mar una escuadra de 350 naves, y consiguió una brillante victoria cerca del *cabo Hermeo* (1), la cual costó más de 114 buques á los Cartagineses, y llegó á la ciudad á tiempo de salvar los desgraciados restos del ejército de Régulo. Si la hubiesen enviado antes de la batalla, hubiera podido cambiar la derrota en triunfo, y poner fin de una vez á las guerras entre Roma y Cartago. Pero los Romanos se habian desvanecido; despues de un combate favorable bajo los muros de Clipea, embarcaron todas sus tropas y se volvieron á Italia, abandonando con gran ligereza una plaza importante, fácil de defender, y que les abria las puertas del Africa, cometiendo la falta aún más grave de abandonar á sus indefensos aliados del continente á la venganza de los Cartagineses. La ocasion era para éstos excelente, y se apresuraron á aprovecharla á fin de llenar su exhausto tesoro: haciendo expiar duramente á sus súbditos las consecuencias de la infidelidad cometida, les imponen una contribucion de guerra de mil talentos de plata (1.700.000 thalers) y de de 20.000 bueyes. Fueron crucificados los *Cheiks* de todas las tribus que se habian pasado á los Romanos. Se dice que perecieron hasta 3.000; jeste castigo cruel y odioso entrará por mucho en la explosion de la gran insurreccion de que será el Africa teatro algunos años despues! Como si la fortuna, despues de haber favorecido por completo á los Romanos hubiese querido mostrárseles ahora constantemente hostil, su escuadra perdió á la vuelta las tres cuartas partes de sus buques y de su gente á consecuencia de una terrible tempestad, y apenas entraron en el puerto unas ochenta naves (en Julio del año 499). Los capitanes habian pro-

(1) Se cree era el *Pulcrum Promontorium*, ó *cabo Ben.*

nosticado el peligro, pero los almirantes, improvisados la víspera de la expedición habían, no obstante, dado la orden de partir.

Vuelve á comenzar la guerra en Sicilia.—Suspension de la guerra por mar.—Victoria de los Romanos bajo los muros de Panormo.—Sitio de Lilibeá.—Derrota naval de los Romanos en Drépano.—Estos prodigiosos resultados permitieron á los Cartagineses volver á tomar inmediatamente la ofensiva en Sicilia. *Asdrubal*, hijo de Hannon, marchó á Lilibeá con un poderoso ejército, que, con un número inusitado de elefantes (llevaba hasta 140), parecia suficiente para sostener la guerra contra los Romanos. Las últimas batallas habían mostrado que, con la ayuda de estos animales y una buena caballería, era fácil suplir la debilidad de su infantería. Los Romanos, por su parte, volvieron á emprender de nuevo sus operaciones en la isla. La destruccion del ejército de Africa y la evacuacion voluntaria de Clípea, nos dan á conocer que predominaban en el Senado los que, no aprobando una expedicion á la Libia, insistian, por el contrario, en terminar la conquista de Sicilia. De cualquier modo, se necesitaba una escuadra: la que había vencido en Mila, en Ecnomo y en el cabo de Hermeo no existia ya. Púsose otra en astillero. Doscientos veinte cascos de buques fueron comenzados y construidos á la vez; empresa inaudita hasta entonces: al cabo de tres meses (cosa apenas creible) estaban los buques terminados y dispuestos á hacerse á la mar. En la primavera del año 500 (254 antes de J. C.) apareció en la costa Norte de Sicilia la escuadra romana, en número de 300 naves, casi todas nuevas. Un ataque favorable por mar, valió á los Romanos la ciudad de Panormo, que era la plaza principal de los Cartagineses, apoderáronse tambien de

otras ciudades más pequeñas, de *Solus*, *Cephaladion* y *Tyndaris* (Cefalu; *Santa Maria in Tindaro*, no léjos de Milazzo); en toda la costa setentrional no quedó ya á los Cartagineses más que la ciudad de *Terma*. Desde esta fecha, quedando Panormo en poder de los Romanos, fué una de sus estaciones más importantes. En el interior va prolongándose la guerra indefinidamente, pues los dos ejércitos se hallaban uno frente á otro delante de Lilibea, sin que los generales de la República, que no sabian cómo meter mano á los elefantes, se atreviesen á intentar una batalla decisiva. Al año siguiente, en vez de proseguir las ventajas obtenidas en las costas de la isla, se dirigieron los cónsules al Africa, no para intentar un desembarco, sino solo para saquear las ciudades marítimas. Su expedicion no halló obstáculos en un principio; pero no tardaron en encontrarse en medio de escollos de la *pequeña Sirtes*, desconocida para sus pilotos, y de los que salieron con mil trabajos; despues les cogió una tempestad entre Sicilia é Italia, que les costó 150 naves. Tambien esta vez, cuando los pilotos pedian con insistencia que se les permitiese ir costeando, les habian ordenado los cónsules, al salir de Palermo, que pusiesen la proa hácia Ostia, por alta mar. Los Senadores perdieron el valor, y se decidió reducir la marina de guerra á 70 buques, limitándose en adelante la guerra naval á la defensa de las costas y á los trasportes. Por fortuna, la guerra de Sicilia tomó en este tiempo mejor aspecto. En el año 502 (252 antes de J. C.), se apoderaron los Romanos de *Terma*, la única plaza fuerte que se habia resistido hasta entonces en la costa del Norte, y la importante isla de *Lipara* (*Lipari*); y por último, el cónsul *Gayo Cecilio Metelo* consiguió una brillante victoria delante de Palermo sobre el ejército y los elefantes

del enemigo (en el verano del año 503). Avanzando imprudentemente, fueron de repente asaltadas las enormes bestias por la infantería ligera de los Romanos, oculta en los fosos de la plaza, en donde se precipitaron unas, y otras se volvieron contra los Cartagineses, que se dirigieron apresuradamente y en gran confusión hácia la playa, esforzándose por reembarcarse. Habiendo perdido 120 elefantes, se quedaron los Cartagineses sin el elemento que constituía la fuerza principal de su ejército. No les quedaba más recurso que encerrarse de nuevo en sus plazas fuertes. Al poco tiempo sucumbió Eryx (en el año 505): solo les quedaban Lilibea y Drépano. Por segunda vez solicitó Cartago la paz; pero después de la victoria de Metelo y de haberse debilitado la rival de Roma, volvió á preponderar en el Senado la influencia del partido de la guerra. Desecháronse las proposiciones de paz; decidióse que se sitiara las dos ciudades mencionadas, y para que el sitio fuese más vigoroso, se hizo á la vela una escuadra de 200 naves. El sitio de Lilibea fué el primero que, en grande escala, por decirlo así, emprendió de una manera regular el ejército romano, y fué también uno de los más tenaces de que hace mención la historia. Llegando la escuadra romana á establecerse en el puerto, se halló la ciudad bloqueada también por el lado del mar. Pero los sitiadores no podían cerrar éste por completo. No obstante los cadáveres arrojados al fondo y de las empalizadas aglomeradas, y á pesar de la más esquisita vigilancia, los ligeros barcos del enemigo, que conocían mejor los pasos y los escollos, establecieron comunicaciones regulares entre la ciudad sitiada y la armada cartaginesa, anclada en el puerto de Drépano. Poco después, forzando el paso 150 buques fenicios, desembarcaron víveres y 10.000 hombres de refuerzo,

y pudieron volverse sin ser atacados. Por tierra no llevaba mejor las cosas el ejército sitiador. El ataque comenzó en toda regla, establecieron las máquinas, y al poco tiempo cayeron seis torres de la muralla de la plaza; ya parecía practicable la brecha, pero no se habia contado con la habilidad de *Himilcon*, defensor de la ciudad. Detrás de la brecha, vióse de repente levantada una segunda muralla que aquel acababa de construir. Los Romanos trataron entonces de ponerse en inteligencia con la guarnicion, pero se frustró tambien su designio. Por último, despues de una salida desgraciada, aprovechando los Cartagineses una noche tempestuosa, prendieron fuego á todas las máquinas de sitio. Renunciando entonces los Romanos á todos sus preparativos de asalto, redujeron el sitio á un bloqueo por mar y tierra. Expediente modesto, que trasportaba el éxito á un lejano porvenir, pues no se hallaban en estado de impedir que se aproximasen los buques africanos. Durante este tiempo, el ejército sitiador por tierra tenia que luchar contra dificultades no ménos serias. La caballeria ligera del enemigo, numerosa y audaz, le arrebatava con mucha frecuencia sus convoyes; y por otra parte, las enfermedades inherentes al suelo insalubre de los alrededores, diezaban sus filas. Pero tal era la importancia de la plaza, que hubiera valido más, aun á costa de los mayores trabajos, esperar con calma la hora tan deseada de su infalible caída. Mas el nuevo Cónsul Publio Cláudio creyó que debía hacer algo más que bloquear á Lilibeá, y cambió otra vez el plan de las operaciones. Con la numerosa escuadra reforzada con tropas de fresco, pensó que podia sorprender á los Cartagineses, ampostados en su puerto de Drépano. Parte á media noche con todas las naves de bloqueo, llevando á bordo un gran número

de voluntarios sacados de las legiones, y al salir el sol, se presentó en buen orden delante del enemigo, apoyando su derecha en la costa, y su izquierda extendida por alta mar. Mandaba en Drépano el almirante fenicio *Atarbas*. Aun cuando no esperaba semejante ataque, no perdió la serenidad; y lejos de dejarse encerrar, en el momento en que llegaban los Romanos tocando en la costa, y entraban en el puerto abierto en forma de ángulo hácia el Sur, salió por el otro lado que aún estaba libre, y colocó inmediatamente sus naves en orden de batalla. Esta rápida maniobra obligó al almirante romano á retirar los buques que ya habian entrado en el puerto y á prepararse al combate. Pero en su movimiento de retirada perdió la eleccion de posicion. Atacado inmediatamente por el enemigo, á quien habia querido sorprender, tenia su línea revasada en parte por cinco naves de las de *Atarbas*; habíale faltado tiempo para desarrollarse por completo al salir del puerto; y además, estaba tan próximo á la costa, que sus transportes no pudieron retirarse ni ir á colocarse detrás de la escuadra, para socorrerla y ser socorridos. La batalla, pues, estaba perdida antes de principiarse, y la escuadra romana, desordenada y estrechamente cercada, debia caer casi toda en poder de los Africanos; pero el Cónsul lo evitó en parte, huyendo inmediatamente, perdiendo no obstante noventa y tres naves, ó sean las tres cuartas partes de la escuadra de bloqueo, y con ellas la flor de las legiones. Tal fué la primera y única gran victoria naval que los Cartagineses ganaron contra los Romanos.

Tuvo sin embargo grandes é inmediatos resultados. Lilibea cesó de ser bloqueada por mar, pues si bien los restos de la escuadra fueron á ocupar allí su puesto, fuéles imposible en adelante cerrar la entrada del puer-

to; y á no haber tenido el apoyo del ejército de tierra, los hubiera destruido la escuadra cartaginesa. Así, pues, la loca y culpable imprudencia de un oficial inexperto habia perdido en un momento todas las ventajas adquiridas á costa de tantos esfuerzos, despues de un sitio tan largo y sangriento.

Destruccion de su armada de transporte.—Los Romanos poseian todavia algunas naves; pero desgraciadamente, lo que habia perdonado el desastre ocasionado por la temeridad de uno de los Cónsules, acabó de perderlo la ineptitud del otro. El segundo Cónsul, Lúcio Junio, tenia la mision de embarcar en Siracusa víveres y municiones destinados al ejército de sitio, y de recorrer las costas del Sur, acompañando los transportes con la segunda escuadra, que contaba 120 buques de guerra; pero en lugar de tener reunidas todas sus naves, cometió la torpeza de mandar delante los primeros transportes sin proteccion de ningun género, saliendo él un poco despues con los demás. *Cartalo*, segundo almirante de los Cartagineses, mandaba entonces 100 buques escogidos que bloqueaban á los Romanos en el puerto de Lilibea. Se entera de lo que sucede, é inmediatamente, haciendo rumbo al Sur, se coloca entre las dos divisiones de la escuadra de Lúcio Junio, y las obliga á refugiarse en las dos radas de *Gela* y de *Camarina*. Corre el enemigo á atacarlas en aquellas playas hospitalarias; pero fué valerosamente rechazada, gracias á las máquinas de guerra establecidas, hacia ya algun tiempo, en todos los puertos de las costas; pero en lo que no habia que pensar era en reunirse y continuar su camino, y *Cartalo* pudo dejar á los elementos el cuidado de acabar su obra. A la primera marejada, fueron completamente destruidas ambas escuadras, mientras que los Cartagineses, maniobrando en alta mar,

escaparon sin trabajo ni peligro al furor de la tempestad. Los Romanos habian podido salvar, sin embargo, gran parte de la tripulacion y de los cargamentos.

Perplegidad de los Romanos.—El Senado no sabia qué hacer. Ardia la guerra hacia ya diez y seis años, y parecia que se estaba más lejos de terminarla que el primero en que se rompieron las hostilidades. Se habian perdido cuatro grandes escuadras, tres de las cuales llevaban á bordo un ejército romano cada una. Habia perecido en Libia un cuarto ejército todo de tropas escogidas, sin contar otros innumerables sacrificios que habian costado los pequeños combates navales, las batallas dadas en Sicilia, el ataque ó la defensa de plazas y posiciones, y por último, las enfermedades. Habianse sacrificado innumerables vidas, y tantas que las *listas* cívicas habian disminuido, desde el año 502 al 507 (252 á 247 antes de J. C.), en 40.000 ciudadanos, ó sea una sexta parte, sin contar las enormes pérdidas de los aliados, sobre los que recaia todo el peso de la guerra marítima, y que contribuian para la continental, tanto por lo ménos como los Romanos. Era imposible formarse una idea de los gastos en dinero; eran incalculables, ya se tratase directamente de cubrir las bajas de la escuadra y del material, ya se tuviesen en cuenta los perjuicios sufridos por el comercio. Y era lo peor que se habian agotado todos los medios sin poder terminar la guerra. Se habia verificado un desembarco en Africa con un ejército valeroso y animado por sus primeras victorias, y la empresa habia fracasado. En Sicilia se habia intentado el ataque sucesivo de las ciudades; las plazas de poca importancia se habian tomado. Pero las fuertes ciudades de Lilibea y Drépano habian rechazado todos los ataques. ¿Qué hacer en adelante? Apoderóse de ellos la

desanimacion. Los Padres-conscriptos desesperaban de la guerra, y dejaron marchar las cosas por sí mismas, no porque no supiesen perfectamente que una guerra indefinida era cien veces más desastrosa para la Italia que nuevos y grandes sacrificios, y que esta debia dar su último hombre y su último denario para terminarla. ¡No se atrevian á fiarse del pueblo ni de la fortuna, y á tantos sacrificios inútiles, agregar todavía otros nuevos! Decidióse disolver la armada y no hacer en adelante más que la guerra de corsarios; dar los buques del Estado á los capitanes que quisieran equiparlos por su cuenta é ir en corso. En cuanto á las operaciones por tierra, solo continuaron en el nombre, pues no podia hacerse otra cosa; pero se conservaron las plazas conquistadas, y se dispuso defenderlas en caso de ataque. Por modesto que fuese este plan, necesitaba, á falta de la escuadra, un ejército numeroso y grandes gastos. Habia llegado para Cartago el *ahora ó nunca* de humillar á su poderosa rival. Tambien en la ciudad fenicia se dejaba sentir el cansancio y la escasez; ¿quién lo duda? Sin embargo, dada la marcha de los acontecimientos, no se habian agotado sus recursos. Nada impedía que se tomase vigorosamente la ofensiva; despues de todo, la guerra no costaba nada más que dinero. Empero los que gobernaban la colonia fenicia no tenian energía ni génio guerrero, y caian en la inaccion y en la debilidad, cuando no eran estimulados por el aguijon de una segura ganancia ó por una extrema necesidad. Demasiado felices con no tener sobre sí la amenaza de la escuadra romana, dejaron tambien que se disolviese la suya, hicieron lo mismo que los Romanos, y de una y otra parte comenzó una guerra de escaramuzas en la isla y en sus alrededores.

Pequeña guerra de Sicilia.—Amilcar Barca.—

De este modo pasaron seis años de una lucha sin grandes acontecimientos (de 506 á 511), sin gloria y los más oscuros del siglo, así para los Romanos como para los Cartagineses. Por último, se levantó un hombre que pensaba y queria obrar de otro modo que sus conciudadanos de Africa. Un general jóven y de talento, *Amilcar*, llamado *Barak* ó *Barca* (es decir, el relámpago), vino en el año 407 á encargarse del mando de Sicilia. Los Cartagineses carecian como siempre de una infantería fuerte y aguerrida; y su gobierno, por más que la hubiese podido reunir ó se hubiese siquiera esforzado para hacerlo, presenciaba impasible los repetidos desastres, ó de cuando en cuando mandaba sus generales al patíbulo. Amilcar solo contó con su propia ayuda; conocia á fondo á sus soldados. Para éstos era lo mismo Cartago que Roma. Pedir á los magistrados de su República refuerzos fenicios ó libios, era tiempo perdido. Pero con las tropas que le quedaban, no le estaba prohibido salvar á su pátria con tal que no costase nada á ésta. Conociáse á sí mismo y á los demás hombres. Que sus mercenarios pensasen ó no en Cartago, cosa era que le tenia sin cuidado; pero un verdadero general hace las veces de pátria para sus soldados, y el jóven capitán era digno de atraerse á los suyos. Los acostumbró en un principio, en las diarias escaramuzas bajo los muros de Lilibea y de Drepano, á mirar frente á frente á los legionarios: despues se atrincheró en el monte *Eirto* (*Monte Peregrino*, cerca de Palermo), que domina el país, como una ciudadela natural: hace venir á establecerse al lado de aquellos á sus mujeres é hijos, y desde allí arrasa la campiña por todos lados, mientras que sus corsarios talan las costas italianas hasta Cumas. Reina en su campo la abundancia, sin que la

metrópoli tenga que mantener el ejército; y comunicándose diariamente con Drepano por mar, amenazó muy pronto un golpe sobre Palermo, que estaba á corta distancia. En vano ensayaron los Romanos arrojarlo de su posición; después de largos combates no pudieron siquiera impedirle que fuera á establecerse á la cima del monte *Eryx*. En medio de la ladera de la montaña estaba situada la ciudad de este nombre; y en la cima un templo dedicado á *Venus Afrodite*. Apoderóse Amilcar de la ciudad, y sitió el templo, mientras que los Romanos se mantenían en la llanura y lo bloqueaban á su vez. Habían colocado en el templo, para que lo defendiese, un destacamento de Galos, tráfugas del ejército cartaginés, horda de bandidos, si los hubo, que saquearon el lugar confiado á su custodia; cometieron toda clase de excesos, y se defendieron con el valor de la desesperación. Pero Amilcar se obstinó; mantuvo su posición de Erix, y se aprovisionaba diariamente, durante este tiempo, con ayuda de la armada y de la guarnición de Drépano. La guerra tomaba un aspecto cada vez peor para los Romanos. La República agotaba sus recursos metálicos, y sus soldados y sus generales perdían en ella su reputación. Era evidente que ningún capitán de Roma podía luchar ya contra Amilcar, cuyos soldados medían sus armas sin temor con los de las legiones romanas. Durante este tiempo, los corsarios redoblaban su audacia recorriendo las costas de Italia; y hasta había sido ya necesario enviar un pretor contra una banda enemiga, que había hecho en ellas un desembarco. Si se hubieran dejado marchar así las cosas, al cabo de pocos años, embarcándose Amilcar en su escuadra, era hombre capaz de acometer la famosa empresa que su hijo ejecutará un día por tierra.

Reconstrucción de una escuadra por parte de los Romanos.— Victoria de Catulo cerca de la isla de Egusa.—El Senado, sin embargo, continuaba en la inacción; el partido de las gentes meticulosas predominaba en él constantemente. Por último, encontráronse allí también hombres previsores y magnánimos que se resolvieron á salvar el Estado aun sin el concurso de éste, y á dar fin á aquella ruinoso guerra. Algunas escursiones marítimas afortunadas habían restablecido la moral del pueblo; despertan nuevamente la energía y la esperanza; una escuadra formada con gran precipitación había quemado á *Hipona*, en la costa de Africa, y conseguido una victoria delante de Panormo: recogiéronse suscripciones voluntarias, como se había hecho otras veces en Atenas, aunque en menores proporciones, y se fletó una escuadra de guerra á expensas de los patriotas ricos de Roma; tenía por núcleo los antiguos buques corsarios y sus tripulaciones. Presidieron á su construcción los cuidados más minuciosos: nunca se había hecho otro tanto para la marina del Estado. ¡Los anales de la historia no ofrecen ejemplo de un entusiasmo semejante! Vióse entonces á algunos ciudadanos coaligados dotar á su patria, agobiada por veintitres años de ruda guerra, de una escuadra magnífica de 200 buques con 60.000 tripulantes. La honra de conducirla á Sicilia estaba reservada al cónsul *Gayo Lutacio Catulo*, que no encontró allí adversarios. Desaparecieron los dos ó tres buques cartagineses que Amilcar tenía á su disposición. Los Romanos ocuparon casi sin resistencia los puertos de Lilibea y Drépano, cuyo sitio volvieron á emprender vigorosamente, así por mar como por tierra. Cartago se veía amenazada y sorprendida: sus dos fortalezas, mal aprovisionadas, corrían gran peligro. Armóse también con gran preci-

pitacion; pero por más que se apresurase, terminó el año sin haber podido enviar sus naves á las aguas sicilianas; y cuando, por último, en la primavera del año 513 (241 antes de J. C.) se presentaron éstas delante de Drépano, los Romanos se hallaron enfrente de una escuadra de buques de trasportes más bien que de buques de guerra. Los Cartagineses habian creído que podrian desembarcar sin obstáculos, descargar todas sus municiones y tomar á bordo las tropas necesarias para la lucha; pero su enemigo les cerró el paso, y queriendo aquellos ganar á Drépano, se vieron obligados á aceptar la batalla cerca de la pequeña isla de Egusa (*Fabignana*). Era el 10 de Marzo del año 513 (241 antes de J. C.). El resultado no estuvo indeciso ni un solo instante. La escuadra romana, bien construida y bien armada, obedecia á un almirante hábil, al pretor *Publio Valerio* (pues Catulo estaba curándose una herida que habia recibido delante de Drépano). Al primer choque echó á pique muchos buques cartagineses, que iban muy cargados y mal armados. Cincuenta fueron á fondo, y 70 capturados y conducidos por el vencedor al puerto de Lilibea. El grande y generoso esfuerzo de los patriotas de Roma habia producido sus frutos, pues dió á la República la victoria y la paz.

Conclusion de la guerra.—Despues de haber crucificado á su infortunado almirante, lo cual nada remediaba, enviaron los Cartagineses plenos poderes al comandante del ejército para que ajustase la paz. Amilcar habia presenciado el naufragio de sus heroicos trabajos de siete años. Magnánimo hasta el fin, no abandonó el honor de sus soldados, la causa de su país ni sus propios designos. Dueños ya los Romanos del mar, no era posible conservar á Sicilia, no pudiendo espe-

rar nada de Cartago, que tenia exhausto su Tesoro, y habia intentado inútilmente contratar un empréstito en Egipto. ¿Cómo habia de esperarse que pensara aún en atacar y destruir las fuerzas navales de Roma? Amilcar consintió pues en abandonar la isla, obteniendo en cambio el reconocimiento expreso, y en los términos ordinarios, de la independéncia y de la integridad del Estado y del territorio Cartaginés. Roma se comprometió con Cartago, y ésta con Roma, á no hacer alianza particular con los miembros de sus respectivas sinmaquias, es decir, con las ciudades sujetas ó dependientes de una ú otra de las partes contratantes; á no hacerles la guerra, á no aspirar al derecho de soberanía sobre su territorio, y por último, á no reclutar en él soldados (1). Como condiciones accesorias, debian ser devueltos sin rescate todos los cautivos Romanos, y se impuso á los vencidos una contribucion de guerra. Pero cuando Catulo exigió que los soldados de Amilcar depusiesen sus armas, y que se le entregasen los desertores Italianos, se negó á ello absolutamente el Cartaginés é insistió en su negativa. Catulo tuvo que desistir de esta última reclamacion, y permitió á los Fenicios salir de la isla mediante un pequeño rescate de 18 dineros (4 thalers ó unas 14 pesetas) por cabeza.

Deseando en extremo los Cartagineses la terminacion de la guerra, quedaron muy satisfechos, segun yo entiendo, al obtener la paz con estas condiciones. El general Romano atribuyó naturalmente un gran mé-

(1) Parece muy verosímil que los Cartagineses prometiesen tambien no enviar buques de guerra á los puntos pertenecientes á la Confederacion romana, por consiguiente á Siracusa y aun á Mesina (Zonar, 8, 17); pero el texto de la ley no lo dice. (Polibio, 3, 27.)

rito al hecho de volver á su Pátria con una paz victoriosa. Ya sea que se acordase de Régulo, y temiese cambios repentinos de la suerte de las armas; ya que ese entusiasmo patriótico á que habia debido su victoria pudiese no renovarse con la misma energía, ya en fin que cediese al ascendiente personal de Amilcar, el hecho es que Catulo no se mostró muy rigoroso. Pero en Roma, el pueblo acogió mal la paz proyectada, y excitado en el *Forum* por los patriotas, sin duda por aquellos que habian suministrado una escuadra al Estado, se negó en un principio á ratificar la paz. ¿De dónde procedia esta repugnancia? No podremos decirlo. Ignoramos asimismo si los que se oponian querian solo arrancar nuevas concesiones al enemigo, ó si los movia á ello el pensamiento de que en otro tiempo se hubiese atrevido ya Régulo á exigir de Cartago que renunciase á su independencia; quizá en este caso sostendrian que era necesario proseguir la guerra hasta conseguir por completo su fin, y que se trataba ménos de estipular una paz honrosa que de imponer al enemigo una sumision completa. Si la negativa á la ratificacion no era más que un cálculo con objeto de obtener mayores ventajas, este cálculo era probablemente erróneo; porque ante la evacuacion de la Sicilia, ¿qué interés habia en conseguir alguna otra concesion accesoria? Era peligroso mostrarse demasiado exigente con un hombre tan emprendedor y de tantos recursos como Amilcar. ¿No se corria el riesgo de dejar ir la presa por perseguir su sombra? ¿Rechazaban por el contrario la paz los que á ella se oponian, porque á sus ojos no habia más que un solo medio eficaz para terminar la lucha, y que era necesario, ante todo, para dar una satisfaccion á Roma, el aniquilamiento político de su rival? En este caso, su opinion mostraba que eran grandes hombres de Esta-

do, y que tenían un verdadero presentimiento del porvenir. ¿Pero, era Roma bastante fuerte ahora para intentar llevar á cabo otra expedicion como la de Régulo? Ahora no se hubiera tratado ya solo el abatir el valor, sino tambien los muros de la poderosa ciudad fenicia. ¿Qué historiador se atreveria hoy, careciendo como carecemos de pruebas, á responder á semejante cuestion en uno ú otro sentido?

Por último, el tratado fué sometido á una comision encargada de personarse en Sicilia y decidir sobre el terreno. Esta comision confirmó los preliminares en sus puntos esenciales, pero elevó los gastos de guerra que debia pagar Cartago á la suma de 3.200 talentos (5.500.000 thalers, unos 77 millones de reales). Además del abandono de Sicilia, estipulaban tambien cláusulas definitivas: el de las islas intermedias entre ésta é Italia; pero no hubo en realidad más que un simple cambio en los términos de la redaccion oficial, que se precisaron mejor; porque era natural que, no poseyendo Cartago la Sicilia, no podia reservarse la isla de Lipari, por ejemplo, ocupada además hacia mucho tiempo por los Romanos. Tampoco puede suponerse gratuitamente que el primer tratado se hubiese redactado, con intencion, de una manera ambigua. Semejante sospecha seria tan inmerecida como inverosímil. Por último, estando ya todos de acuerdo, el general, no vencido, de la ciudad que se humillaba, bajó de las alturas que habia defendido por tanto tiempo, y entregó á los nuevos señores de la isla las fortalezas que los Fenicios habian dominado sin interrupcion por espacio de cuatro siglos, y contra cuyas murallas se habian estrellado tantas veces los esfuerzos de los Helenos. La paz quedó restablecida en el Occidente (241 años antes de J. C.)

Juicio sobre la direccion de la guerra.—Detengámonos un momento más sobre estos grandes combates que llevaron la frontera romana más allá de los límites marítimos de la Península. La primera guerra púnica fué una de las más largas y difíciles que jamás sostuvo Roma; los soldados que asistieron á la última y decisiva batalla no habian nacido aún en su mayor parte cuando principió la guerra. Hagamos además constar que, á pesar de los grandiosos y heróicos acontecimientos que en ella se encuentran, no significa esto que los Romanos, militar y políticamente hablando, la hayan dirigido mal ni con poca seguridad. No podia suceder de otro modo. Esta guerra acontece en un tiempo de crisis: la antigua política puramente italiana no era ya suficiente, ni se habia hallado aún la del grande imperio futuro. Para las necesidades de la primera estaban excelentemente combinados el Senado romano y el sistema militar de Roma. Las guerras eran entonces simples guerras continentales. Asentada en el centro de la Península, servia la Metrópoli de base principal y de eje á todas las operaciones que se apoyaban además en la red de fortalezas interiores. Practicábase la táctica sobre el terreno más bien que la grande estrategia: se batian sin cuidarse demasiado en la combinacion de las marchas y de los movimientos, que no tenian más que una importancia secundaria: el arte de los sitios estaba aún en su infancia: apenas se habia hecho una ó dos veces la guerra por mar. No se olvide que hasta entonces todo se decidia en la pelea por el arma blanca; que una Asamblea de Senadores habia bastado para dirigir las operaciones; el magistrado de la ciudad podia ser general del ejército. Pero todo cambió repentinamente. El campo de batalla se extendió de un modo considerable, se llevó á otro continente

allende los mares: toda escuadra que se hace á la vela es un camino que el enemigo puede seguir, y venir un dia sobre Roma desde todos los puertos de la costa. En todas esas plazas marítimas que habian rechazado tantas veces el asalto de los mejores tácticos de la Grecia, es en donde los Romanos van á hacer sus primeros ensayos. Para esto no bastaban ya las Milicias ciudadanas ni los contingentes latinos ó itálicos: se necesita una escuadra, y lo que es más difícil, saber servirse de ella. Es necesario reconocer los verdaderos puntos de ataque y de defensa, reunir y dirigir las masas, y preparar y combinar las expediciones lejanas y duraderas. Si no se sabe todo esto, por inferior que sea en la táctica el enemigo, triunfará seguramente de su más fuerte adversario. ¿Qué extraño es que hayan vacilado las riendas en las manos del Senado y de los magistrados civiles llamados hasta el generalato? Al principio de la guerra ninguno sabia seguramente á dónde se iba: solo en el trascurso de la lucha es cuando fueron notándose los defectos del sistema militar, la falta de una escuadra, la necesidad de una direccion firme y constante en las operaciones, la incapacidad de los generales y la completa ineptitud de los almirantes. A fuerza de energía y de fortuna se proveyó á lo más urgente. Esto es lo que sucedió principalmente en la cuestion de la armada. Por poderosa y grande que fuese su creacion, nunca fué tenida en mucha estima por los Romanos. Llevó el nombre de «Escuadra Romana» sin tener nada de nacional. Roma la trató siempre como madrastra, y el servicio á bordo no fué nunca muy apreciado, sobre todo al lado del que se hacia en las filas de las legiones. Los oficiales de marina procedian en su mayor parte de los Griegos de Italia, y la tripulacion se componia de súbditos, de esclavos

ó de vagos. El campesino italiano no ha sido nunca aficionado al mar. Entre las tres cosas de su vida de que decia Caton estar arrepentido, era una de ellas el haberse embarcado una vez, habiendo podido ir por tierra. No hay que admirarse de esto. Marchando las naves principalmente á fuerza de remos, no habia nada de noble en tal servicio. Quizá debieron organizar legiones navales y un servicio de oficiales de marina Romanos. Obedeciendo al sentimiento nacional, hubiérales sido fácil fundar un poderoso estado marítimo, no solo por el número de sus buques, sino tambien por sus cualidades náuticas y por la experiencia de la mar. Hubiérase podido encontrar fácilmente un núcleo en aquellos corsarios que habian completado su educacion durante una larga guerra. Pero el Gobierno de la República no hizo más que lo enteramente necesario.

Sea como quiera, la marina romana, en su organizacion grandiosa aunque insuficiente y mal concebida, fué la obra más grande de su tiempo. Hizo que Roma triunfase en un principio, y le valió su éxito definitivo. Habia otros vicios mucho más dificiles de reparar: hablo de los que tenia la Constitucion política, que era necesario reformar á toda costa. Ante las vicisitudes de los partidos, el Senado habia pasado con ellos de un plan de guerra á otro, y cometido las increíbles faltas de la evacuacion de Clipea, ó de las frecuentes reducciones de la marina. Un general comenzaba en el año de su cargo el ataque de las plazas sicilianas, que su sucesor abandonaba para ir á saquear las costas de Africa ó dar una gran batallanaval; todos los años, en fin, cambiaba de personas el mando supremo. ¿Pero cómo poner término á estos males sin promøver inmediatamente en la ciudad cuestiones mucho más dificiles que la creacion de la armada? Las reformas, sin embargo, no

eran difíciles de realizar ante las exigencias de la guerra. Sea como quiera, el hecho es que nadie, ni el Senado ni los generales, se mostró á la altura de la nueva estratégica. La empresa de Régulo es la prueba más palpable del extraño error de que todos participaban. Tenian una fé ciega en la superioridad de su táctica. ¿Qué general se ha visto nunca más favorecido por la fortuna? Desde el año 498 (256 antes de J. C.) ocupaba las posiciones que Escipion no ocupó hasta cincuenta años despues, y no tenia, como éste, delante de si á Annibal y su ejército, encanecidos en las batallas. Pero creyendo el Senado que los Romanos eran invencibles en el combate cuerpo á cuerpo, habia retirado la mitad de las tropas. El general, engañado como el Senado, permaneció en su desastrosa inmovilidad. Inferior al enemigo en cuestion de estrategia, aceptó la batalla donde se la presentaron, y halló su maestro en la táctica propiamente dicha: ¡catástrofe tanto más extraña cuanto que Régulo era un hábil y valiente capitán! La ruda guerra de los campesinos habia bastado para la conquista de la Etruria y del Samnium, y fué la que trajo el desastre de *Trénez*.

Antes, y segun las necesidades de los tiempos, todo ciudadano podia ser un general; en la actualidad no sucedia lo mismo. En el nuevo sistema, se necesitaban generales formados en los campos de batalla, y que tuviesen buen golpe de vista estratégico; el simple magistrado civil no bastaba para el objeto. Otra medida peor, si cabe, era la de que el mando de la escuadra fuese anejo al del ejército, y por consiguiente, cualquier Cónsul se creia apto á la vez, así para el generalato, como para dirigir las operaciones navales. Los mayores desastres que Roma sufrió durante la primera guerra púnica, no fueron causados por las tempestades ni

por los Cartagineses, sino por la presuntuosa impericia de los almirantes improvisados.

De cualquier modo, ello es que la República había vencido; pero se contentó con ménos de lo que pedia y aun de lo que se le había ofrecido al principio de la guerra; sin embargo, la paz encontraba en el pueblo una oposicion marcada. La victoria y la paz no eran pues decisivas ni definitivas. Roma debía su triunfo al favor de los dioses, á la energía de los ciudadanos y sobre todo á las faltas del enemigo, faltas capitales y superiores con mucho á los errores imputables á los Romanos en la direccion de la guerra!

CAPITULO III.

EXTIÉNDESE ITALIA HASTA SUS FRONTERAS NATURALES.—Fronteras naturales de Italia.—Sicilia bajo la dependencia de Roma.—Insurreccion en la Libia.—Administracion de las posesiones ultramarinas.—Pretores provinciales.—Organizacion de las provincias.—El comercio.—La propiedad.—Autonomía de las ciudades.—Diezmos y aduanas.—Ciudades exentas.—Italia y las provincias.—Las costas del Adriático.—Los piratas ilirios.—Expedicion contra Escodra.—Conquistas en Iliria.—Impresion que Roma produce en Grecia y Macedonia.—La Italia del Norte.—Guerra con los Galos.—Batalla de Telamon.—Los Galos atacados en su mismo país.—La Cisalpina sujeta por los Romanos.

Fronteras naturales de Italia.—La confederacion italiana, que resultó de la crisis del siglo V, ó, mejor dicho, el Estado itálico, habia reunido bajo la hegemonia de Roma todos los pueblos y ciudades, desde el Apenino al mar Jónico. Además, y antes del fin del mencionado siglo, habianse extendido esas dos fronteras, y erigido ciudades italianas, pertenecientes á la Confederacion, más allá del Apenino y del mar Jónico. Al Norte, tomando la República venganza de crímenes antiguos y nuevos, habia arruinado á los *Senones* en el año 471; al Sur, y durante la larga guerra de 490 á 513 (264 á 241 antes de J. C.), habia arrojado á los Fenicios de la Sicilia. Allí, más lejos que la colo-

nia ciudadana de *Sena*, la ciudad latina de Arminun, (Rémini); aquí la ciudad de los Mamertinos (*Mesina*), tenia su lugar en la alianza romana. Como ambas formaban parte de la nacionalidad de los Itálicos, participaban tambien de los derechos y de los deberes comunes á toda la Confederacion. Esta extension hácia el interior se habia verificado sin duda bajo la presion de los acontecimientos más bien que por las miras de una gran política. Concíbese además que al dia siguiente de la guerra con Cartago, viéndose los Romanos con tan ricos despojos, entrasen tambien en un nuevo y más vasto camino. Las condiciones naturales de la Península debieron bastar para inspirarles aquella idea.

El Apenino con sus cumbres poco elevadas, y por consiguiente fáciles de atravesar, constituia una frontera política y militarmente imperfecta. Convenia llevarla hasta los Alpes, barrera poderosa y natural entre la Europa del Sur y la del Norte. No bastaba sin embargo dominar en Italia; era necesario reunir á este Imperio la soberanía marítima y la posesion de las islas, así al Oeste como al Este de la Península. Arrojadados los Fenicios de Sicilia, se habia conseguido lo principal, y concurrían las circunstancias más favorables para facilitar la terminacion de su tarea.

Sicilia bajo la dependencia de Italia.—En los mares occidentales, cuya importancia era entonces muy diferente de la del Adriático, y con arreglo al tratado de paz estipulado con Cartago, estaban los Romanos en posesion de la mayor parte de la isla de Sicilia, que era la estacion más importante de todas aquellas regiones, la isla más grande, la más fértil y la más accesible por sus numerosos puertos. El Rey Hieron de Siracusa, que durante los veintidos últimos años

de la guerra se habia mostrado constantemente fiel á la alianza de Roma, habia podido con justicia pedir el aumento de su territorio. Pero si al comenzar la guerra habian ya los Romanos tomado el partido de no permitir en la isla nada más que Estados secundarios, en la paz se proponian decididamente su completa conquista. Hieron debia, pues, considerarse dichoso por haber podido conservar intacto su pequeño Reino, es decir, á Siracusa con sus arrabales, y los territorios de Elora, Neeton, Acre, Leontini, Megara y Tauromenium (1), y hasta haber conservado su independencia, gracias á que habia secundado los proyectos de Roma, siendo tambien una suerte el que la guerra no hubiese concluido por la completa ruina de una de las dos Potencias rivales, pues de este modo quedaba lugar en Sicilia para un reino intermediario. Por lo demás, los Romanos ocuparon como dueños la mayor parte de la isla, á Panormo, Lilibea, Agrigento, Mesina y otras ciudades, sintiendo mucho el que, con la posesion de este magnífico país, no pudiesen aún convertir el mar occidental en un lago romano. Para esto necesitaban que los Cartagineses evacuasen la Cerdeña. Pero apenas firmada la paz de la víspera, se abrió para ellos una perspectiva inesperada, que va á permitirles despojar á Cartago de esta rica colonia.

Insurreccion en Libia.—Acababa de estallar en Africa una terrible insurreccion: mercenarios y súbditos se habian sublevado contra Cartago por las faltas

(1) Elora estaba situada al Sur de Siracusa en la embocadura del *Elorum-flumen*, hoy *Telloro*, que riega el Val-Dinoto (antes Neetum). Acre, como su nombre indica, estaba sobre una altura, en las fuentes del Elorum. *Leontini*, hoy *Lentini*. Megara, al Norte de Siracusa, bajo el Etna y cerca de la costa, hoy Palermo. Tauromenium hoy *Tahormina*.

cometidas por ésta y por su gobierno. Durante los últimos años de la guerra, no pudiendo Amilcar pagar, como antes, sus soldados con sus propios recursos, habia solicitado en vano que le enviasen dinero, pues se le habia contestado con la orden de que volviese á enviar sus tropas al Africa donde serian licenciadas: Amilcar obedeció; pero sabiendo la clase de hombres con quienes trataba, tuvo cuidado de mandarlos por destacamentos, á fin de que el pago y el licenciamiento se verificase por fracciones, ó que, por lo ménos, fuesen disolviéndose sucesivamente las bandas de veteranos, dimitiendo despues el mando. Pero fué inútil su prudencia y su prevision. Las cajas estaban exhaustas, y no habia contado con los vicios de una administracion colectiva y la impericia de la burocracia cartaginesa. Esperóse que se reuniese todo el ejército en Libia para escatimarles el sueldo prometido. Estalló naturalmente una sublevacion; las vacilaciones y la cobardía de las autoridades mostraron á los soldados que podian intentarlo todo. La mayor parte de ellos eran indígenas sometidos á la dominacion de Cartago; sabian los resentimientos que habia producido la mantanza oficial de los que se habian aliado con Régulo (página 61); el tributo abrumador que habia arruinado despues su Pátria; sabian que se las habian con un gobierno traidor á su palabra y que no perdonaba jamás; sabian en fin la suerte que les esperaba si volvian á sus moradas despues de haber conseguido, por medio de un alboroto, que se les pagase. Hacia mucho tiempo que Cartago estaba abriendo la mina; en la actualidad colocó en ella por sí misma personas á quienes obliga con su proceder á prender fuego á la mecha. Propagóse la sublevacion como un relámpago, de guarnicion en guarnicion, y de aldea en aldea; las mujeres libias

dan sus alhajas para pagar los sueldos de los insurrectos. Una multitud de ciudadanos de Cartago, y entre ellos algunos oficiales de los más valientes del ejército de Sicilia, fueron las primeras víctimas del furor de las masas. La misma Cartago se vió sitiada por dos partes á la vez, y el ejército que salió de sus muros fué completamente derrotado por la impericia del general que lo mandaba.

Cuando llegó á Roma la nueva de que el enemigo, siempre tan aborrecido y temido, se hallaba más cercano á su completa ruina que lo habia estado nunca durante la guerra con la República, comenzaron á arrepentirse del tratado de paz del año 513 (241 antes de J. C.), y á suponer que se habia hecho con demasiada precipitacion; tal era el parecer del pueblo. Ninguno recordaba el agotamiento de recursos de Roma, y el poder pujante de Cartago cuando se entablaron las negociaciones. Por pudor, y solo por pudor, no se atrevieron á ponerse en comunicacion directa con los rebeldes; los Cartagineses fueron excepcionalmente autorizados para reclutar en Italia mercenarios que los defendiesen. Se prohibió todo comercio entre los marineros italianos y los de Libia. ¿Pero quién puede suponer que en el fondo quisiese Roma cumplir sus compromisos de una amistosa alianza? Sus naves continuaron comerciando con los insurrectos; y cuando Amilcar, llamado por el peligro á ponerse á la cabeza de las tropas de Cartago, hizo encerrar en una prision á algunos capitanes de buques cogidos en flagrante delito, se interpuso inmediatamente el Senado, é hizo que se los pusiese en libertad. Por su parte, miraban los rebeldes á los Romanos como sus aliados naturales. Un dia, viendo las guarniciones de Cerdeña, que, como el resto del ejército, se habian pasado á los insurrectos, que eran

impotentes para resistir los ataques de las tribus indomables del interior, enviaron una embajada á los Romanos ofreciéndoles la isla (hácia el año 515 de R.); y casi las mismas proposiciones se les hicieron por parte de Utica, que habiéndose pasado al partido de los insurrectos, se veía muy estrechada por Amilcar. Rechazáronse las ofertas de Utica, porque hubiera sido llevar demasiado lejos las fronteras de Italia y las miras de la política romana; pero la demanda de los sublevados de Cerdeña, fué por el contrario, acogida con placer, y la República tomó posesion del territorio que pertenecía tiempo há á los Africanos (año 516). En el asunto de los Mamertinos habia observado Roma una conducta desleal; la que ahora sigue con los sublevados de Cerdeña merece aún más severas censuras por parte de la historia. La grande y victoriosa República no se desdeñaba de hacer causa comun con la soldadesca venal, y compartir con ella el fruto del crimen, anteponiendo la utilidad al derecho y al honor. En cuanto á los Cartagineses, demasiado ocupados con sus desastres propios en Africa, en el momento que los Romanos se apoderaban de Cerdeña, sufrieron en un principio en silencio esta incalificable manera de proceder. Pero cuando vencido instantaneamente el peligro, con sorpresa de todos y contra lo que esperaban los Romanos, pudieron volver á entrar, gracias al génio de Amilcar, en la plena soberanía del continente africano (año 517), enviaron embajadores á Roma para reclamar la restitucion de la colonia fenicia. En lo que ménos pensaban los Romanos era en soltar su presa: respondieron con recriminaciones sin valor, y que no tenian nada que ver con la cuestion que se debatia; echaron en cara á los Cartagineses el haber maltratado á los comerciantes italianos, y por último, les de-

clararon la guerra (1). En este momento comenzaron á desenmascarar los infames proyectos de una política cuya regla seria en adelante la de que es permitido todo aquello que puede hacerse. Si Cartago hubiese cedido á su justa cólera, hubiera recogido el guante que se le habia arrojado. Si Catulo hubiese pedido cinco años antes la evacuacion de Cerdeña, la lucha hubiera continuado seguramente. Pero en la actualidad estaban perdidas las dos islas; la Libia aún no estaba completamente tranquila, y la República fenicia, casi aniquilada por veinticuatro años de lucha contra Roma, y despues por esa espantosa guerra civil de los mercenarios que habia durado casi cinco años, hubo de resignarse. Tuvo además que humillarse y suplicar; se comprometió á pagar 1.200 talentos por indemnizacion de los preparativos de guerra que Roma habia hecho, sin más que porque se le habia antojado hacerlos. Solo á este precio depuso las armas la República, y esto con cierto disgusto. De este modo fué conquistada la Cerdeña sin disparar una flecha; uniéndose á ésta la conquista de Córcega, antigua colonia Etrusca, en donde los Romanos habian dejado algunos destacamentos despues de la última guerra (pág. 94). En ambas islas, y sobre todo en esa ruda tierra de Córcega, imitando los Romanos á los Fenicios, se contentaron con ocupar las costas. Con los indígenas del interior se sostenian dia-

(1) Está perfectamente demostrado que la cesion de las islas colocadas entre Italia y Sicilia no implicaba en manera alguna, segun los términos del tratado del año 513, la entrega de Cerdeña, y no se ha probado que los Romanos se apoyasen en este tratado cuando se apoderaron de ella, tres años despues de hecha la paz. Alegar semejante motivo hubiera sido querer cubrir con una *necedad* diplomática un acto de manifiesta violencia.

rios combates, ó mejor dicho, eran objeto de verdaderas cacerías humanas. Perseguíáseles con perros, y una vez cogidos, eran conducidos inmediatamente al mercado de esclavos. No se trataba de reducirlos á una sumision formal. Si la República se establecía en estas islas, no es porque quisiese poseerlas, sino que las necesitaba para la seguridad de Italia. Desde el momento en que se hizo señora de las tres principales, podía la Confederacion itálica considerarse dueña del mar Tirreno.

Administracion de las posesiones ultramarinas.— La conquista de las islas del Oeste introdujo en la economía del gobierno de Roma un dualismo político que, por más que parecía impuesto por las conveniencias locales y nuevas ó creado por las circunstancias, no por esto dejó de producir grandes consecuencias en la série de los tiempos. Preséntanse en adelante dos sistemas de administracion bastante diferentes: el uno rige el antiguo territorio, el otro las posesiones marítimas ó insulares; el uno permanece reservado á Italia, el otro, por el contrario, domina en las *provincias*. Hasta ahora no habian tenido los cónsules circunscripcion legalmente definida; su competencia se extendía hasta donde alcanzaba Roma. Natural era que en el órden material se hiciese entre los dos magistrados supremos una division de atribuciones, y que, en todos los asuntos correspondientes al departamento que se habian asignado, obedeciesen á ciertas reglas de administracion fijadas de antemano. Así es cómo el pretor administraba justicia en todas partes á los ciudadanos romanos, y como se observaban fielmente en todas las ciudades latinas ó autónomas los tratados existentes. La creacion de los cuatro cuestores itálicos, instituidos en el año 487 (267 antes de J. C.), no habia dis-

minuido expresamente el Poder consular, pues en Italia, lo mismo que en Roma, eran considerados como simples auxiliares subordinados á los cónsules. (T. II, páginas 262 y 277.) Parece que en un principio tuvieron tambien los cuestores funciones administrativas, bajo la vigilancia de los cónsules, en los países conquistados á los Cartagineses en Sicilia y en Cerdeña; pero este régimen duró pocos años, y la experiencia demostró muy pronto la necesidad de una administracion independiente en los establecimientos allende los mares.

Pretores provinciales.—Así como el aumento del territorio romano habia provocado la concentracion de los poderes judiciales en la persona del pretor, y el envío de jueces especiales á los distritos más apartados (T. II, p. 289), así tambien hubo que poner mano sobre los poderes militares y administrativos, hasta entonces reunidos en la persona de los cónsules. Instituyóse para cada nuevo país marítimo ó insular, para la Sicilia, y para la Cerdeña reunida con la Córcega, un funcionario especial, un *procónsul*, que venia despues del cónsul por su título y su rango, pero que era igual al pretor: y, como el cónsul de los antiguos tiempos, antes del establecimiento de la pretura, fué á la vez general, administrador y juez soberano en todo el país que comprendia su gobierno. Pero no se les dieron atribuciones financieras por lo mismo que se les habian quitado en un principio á los cónsules (T. II, p. 17); diéronseles como adjuntos uno ó muchos cuestores, subordinados á ellos bajo todos aspectos, considerados oficialmente como verdaderos *hijos de familia* bajo la potestad de sus pretores, pero que en realidad administraban por sí los fondos públicos, y solo tenian que dar cuentas al Senado al terminar su cargo.

Organizacion de las provincias.—El comercio.—La propiedad.—Autonomia de las ciudades.—Esta es la única diferencia que notamos en el gobierno de las posesiones del continente itálico y las marítimas. Todas las demás reglas que presidian á la organizacion de los países sometidos á los Italianos se aplicaban á las nuevas conquistas. Todas las ciudades sin excepcion habian perdido la independenciam de sus relaciones con el extranjero. En el dominio de las relaciones interiores, ningun *provinciano* tenia en su provincia el derecho de adquirir la *propiedad legitima* fuera de los límites de la ciudad; quizá fuéles prohibido hasta el contraer matrimonio en el exterior. En cambio, toleró Roma, al ménos en Sicilia, una especie de inteligencia federativa entre las ciudades. En esto no habia ningun peligro, y los Siciliotas conservaron su Dieta general, con el derecho de peticion y de representacion (1). No fué, por consiguiente, posible dar curso forzoso á la moneda romana en las islas; pero luego tuvo, segun parece, curso legal; y en cuanto á acuñar en adelante piezas de metal doble, no quisieron los Romanos tolerarlo tampoco en las ciudades sujetas de la isla (2). No se tocó empero á la propiedad.

(1) Apoyamos este aserto sobre la queja de los Sicilianos contra Marcelo (Tit. Liv., 26, 27 y siguientes) sobre las *peticiones comunes de todas las ciudades sicilianas* de que habla Ciceron (*in Verr.* 2, 42, 102, etc.), y por último, en una analogía muy constante (*Marquardt Hand.*, 3, 1, 267). De que las ciudades no hayan tenido entre sí el *comercium*, no se sigue en manera alguna que no hayan tenido el derecho de *reunion (concilium)*.

(2) El monopolio de la moneda de oro y plata no fué ejercido en las *provincias*; la razon de ello se comprende fácilmente. Allí donde las monedas de oro y plata no tenian nada de comun con la base romana, su circulacion no entrañaba sérios

Aún no se había inventado esa máxima de los siglos posteriores de que toda tierra no itálica conquistada por las armas se convertía en propiedad privada del pueblo romano. Por lo demás, así en Sicilia como en Cerdeña, continuaron las ciudades administrándose por sí mismas, con arreglo á las leyes de su antigua autonomía; pero al mismo tiempo se suprimieron en todas partes las democracias, y cada ciudad puso el poder en manos de un consejo exclusivamente aristocrático; poco despues, en Sicilia por lo ménos, se hizo un censo quinquenal, equivalente al de Roma. Pero todas estas fueron otras tantas modificaciones absolutamente exigidas por la nueva condicion de las ciudades *provinciales*. Sometidas en adelante al Gobierno senatorial de Roma, no habia lugar á que funcionasen *las iglesias* ó asambleas populares á la manera griega (*ecclesia*). Era necesario que la metrópoli pudiese conocer los recursos militares y financieros de cada una, lo cual se habia ya puesto en práctica en los países conquistados en Italia.

Diezmos y aduanas. — Ciudades exentas. — Sin embargo, si á primera vista parecia haber igualdad de derechos entre Italia y las provincias, venia muy pronto la realidad á dar un formal mentis á las apariencias. Las provincias no tenian que suministrar contingente regular al ejército ni á la armada romana (1). Quitó-

inconvenientes. Y sin embargo, los talleres sicilianos no debieron acuñar más que piezas de cobre, ó cuando más piezas de plata de poco valor. Las ciudades de la Sicilia romana más favorablemente tratadas, los Mamertinos, los habitantes de Centoripa, de Alesa, de Segesta y los *Panormitanos* no han acuñado bajo el dominio de los Romanos nada más que monedas de bronce.

(1) Decia Hieron (Tit. Liv. 22, 37) que sabia muy bien que los Romanos no formaban su infantería y su caballería más

seles el derecho de llevar las armas, salvo el caso en que el pretor local llamase las poblaciones á la defensa de su Pátria, reservándose Roma el derecho de enviar tropas italianas á las islas, siempre y en el número que estimase conveniente. Con este mismo fin cobró el diezmo de los frutos de la tierra en Sicilia, al mismo tiempo que el peaje de un vigésimo *ad valorem* sobre todas las mercancías que entraban ó salían de los puertos. Semejantes tasas no eran una novedad; Cartago y el Gran Rey de los Persas habian tiempo há reclamado tributos análogos al diezmo; y en la Grecia propia, los impuestos á la moda del Oriente habian caminado con frecuencia al par de la *tiranía* en las ciudades, ó con la *hegemonia* en las *ligas*. Los Sicilianos especialmente habian por mucho tiempo pagado el diezmo á Siracusa ó á Cartago, y cobrado derechos de aduana por cuenta del extranjero: «Cuando hemos tomado las ciudades sicilianas en nuestra clientela y bajo nuestra proteccion, dirá Ciceron algun dia, les hemos dejado todos los derechos de que habian gozado hasta entonces y han obedecido en adelante á la República, del mismo modo que antes obedecian á los otros señores.» El hecho es cierto; pero al continuar la injusticia, se comete otra injusticia. Si sus súbditos no hubiesen hecho otra cosa que cambiar de señores, y no hubieran sufrido más, habria sido para los nuevos dominadores de Sicilia una innovacion grave y peligrosa el abandonar las máximas prudentes y magnánimas de la política romana, esas indemnizaciones en metálico, cobradas por primera vez, en vez de las contingentes de guerra.

que con los contingentes romanos ó latinos, y que no admitian á los extranjeros nada más que en las tropas ligeras. ("Milite atque equite scire, nisi romano latinique nominis, non uti populum Romanum, leviora armorum," etc.)

Por suave que fuesen el impuesto y el modo de percibirlo, por más que haya habido inmunidades numerosas concedidas excepcionalmente, los beneficios parciales eran ineficaces ante los vicios del sistema. Las inmunidades fueron sin embargo muy numerosas. Messina, por ejemplo, fué admitida entre los *togati* (T. II página 265), y, bajo este concepto, envió su contingente á la armada como las ciudades griegas de Italia. Gran número de ciudades fueron tambien favorecidas con otras ventajas. Egesta ó Segesta (al Norte del monte Erix), *Halicia* (1), las primeras ciudades que se pasaron á los Romanos, perteneciendo antes á la Sicilia cartaginesa; *Centoripa*, en la parte interior, al Este, que tenia por mision vigilar la vecina frontera siracusana (2); *Alesa*, en la costa septentrional, la primera que, entre las ciudades griegas libres, se habia entregado á Roma; y, entre otras muchas, Panormo, tiempo há capital de la Sicilia fenicia, destinada tambien á serlo bajo el gobierno de la República: todas estas ciudades, no admitidas sin embargo en la sinmaquia itálica, se vieron libres de diezmo y de los impuestos de tal suerte que, bajo la relacion de los tributos, obtuvieron una condicion aún mejor que las ciudades del continente. En esto, pues, siguieron los Romanos siendo fieles á las antiguas tradiciones de su politica; crearon, por decirlo así, á las

(1) En el interior, hácia el extremo occidental.

(2) Esto es lo que aparece á la primera ojeada que se echa sobre la carta. Agréguese á esto el permiso, dado por excepcion á sus habitantes, de adquirir y de establecerse en cualquier punto de Sicilia, pues como espías de Roma necesitaban su libre locomocion. Por lo demás, *Centoripa* parece tambien haber sido una de las primeras en entrar en alianza con los Romanos. (Diod. I. XXIII, p. 501.)

ciudades conquistadas situaciones cuidadosamente determinadas, escalonándolas, bajo la relacion de los derechos, en clases graduadas de un modo diverso. Solo que, como he dicho, en lugar de convertirlas en miembros de la gran confederacion italiana, redujeron todas las de Silicia y de Cerdeña á la condicion de tributarias.

Italia y las provincias.—Hubo pues en lo sucesivo una separacion marcada y profunda entre los pueblos sometidos, que debian contribuir con un contingente militar, y los que pagaban un impuesto ó simplemente no estaban obligados á suministrar dicho contingente; pero esta separacion no concordaba necesaria y jurídicamente con la division establecida entre Italia y las provincias, pues se encontraban tambien al otro lado de los mares ciudades que gozaban del derecho itálico. Acabamos de ver que los Mamertinos estaban colocados en la clase de los Sabelios de Italia, y que podian fundarse en Sicilia y en Cerdeña colonias de derecho latino, lo mismo que habia podido hacerse al otro lado del Apenino. Por otra parte, veíanse privadas del derecho al uso de las armas ciertas ciudades del continente, que continuaban siendo simplemente tributarias. Encontrábanse muchas en la region céltica en toda la ribera del Pó, y despues se aumentó considerablemente su número. Pero esto no será nunca nada más que una excepcion: en realidad, las ciudades que pagaban contingente pertenecian al continente; las tributarias, á las islas; y, mientras que los Romanos no pensaron nunca en colonizar, con arreglo al derecho itálico, ni la Sicilia con su civilizacion puramente helénica, ni la Cerdeña, obraron de muy diferente modo con los países bárbaros situados entre el Apenino y los Alpes. Aquí, á medida que se

extiende la conquista y van sometiéndose los pueblos, fundan metódicamente ciudades *italicas*, así por su origen como por sus instituciones. Las posesiones insulares no solo eran pueblos *sujetos*, sino que debían continuar siempre siéndolo. Pero el nuevo país legalmente asignado á los Cónsules en tierra firme, ó lo que es lo mismo, el nuevo territorio romano, constituía en realidad otra Italia, una Italia más extensa, que abrazaba desde los Alpes hasta el mar Jónico. Poco importa que en un principio no corresponda exactamente esta idea de la Italia geográfica con los límites reales de la Confederacion italiana, ni el que unas veces los pase y otras no llegue á ellos; el hecho es que en la época que vamos historiando, todo el país hasta los Alpes constituye la Italia en el pensamiento de los Romanos; en el presente como en el porvenir, es la tierra de los hombres *que visten la toga* (T. II, página 278), y sus fronteras geográficas se colocaron en el limite natural, como han hecho y hacen en la actualidad los Americanos del Norte, reservándose llevar despues más lejos su engrandecimiento político, y alcanzar, por último, el fin por medio de colonizaciones sucesivas (1).

(1) Desde el siglo VI de Roma se encuentra, en muchas de sus aplicaciones, el dualismo político entre Italia, continente romano ó *departamento consular*, y el territorio trasmarítimo ó *departamento pretoriano*. Explicábase la prohibicion impuesta á ciertos sacerdotes de no salir nunca de Roma (*Vale-rio Máximo* I, p. 1 y 2) en este sentido: que solo les estaba prohibido pasar el mar. (Tit. Liv., ep. 19, 37.—Tácito, anal. 3, 38.—Ciceron, Philip., 11, 8, 18). Citamos como un ejemplo aún más patente la interpretacion dada en el año 544 (210 antes de J. C.), á la antigua regla que no permitia al cónsul nombrar dictador sino "en territorio romano." Este territorio, se dice, comprende toda la Italia (Tit. Liv., 27, 5). Bajo Sila fué

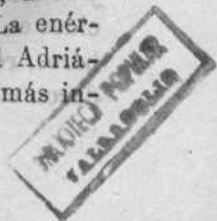
Las costas del Adriático.—Los piratas Ilirios.—Expedición contra Escodra.—Conquistas en Iliria.—Hacia ya algun tiempo que Roma habia extendido su dominacion hasta las costas del Adriático; la colonia de *Brundisium*, que venia fundándose desde muy antiguo á la entrada del golfo, quedó definitivamente instalada durante la guerra con Cartago. En los mares del Oeste tuvo la República que deshacerse de sus rivales por la fuerza. En el Este, las disensiones de Grecia trabajaban en favor de Roma; todos los Estados de la Península helénica se iban debilitando ó eran impotentes. El más importante entre ellos, el Reino de Macedonia, con el auxilio de la rival influencia de Egipto, fué rechazado de las costas del Adriático superior por los Etolios y de la region del Peloponeso por los Aqueos, y apenas si puede defender de los ataques de los bárbaros su propia frontera del Norte. Los Romanos daban ya una gran importancia al aniquilamien-

cuando por primera vez se verificó la separacion del país celta entre los Alpes y el Apenino, y su organizacion en un departamento *extra-consular*, confiado á un magistrado especial y permanente. Y no se objete el nombre de *provincia* del cónsul, dado con frecuencia á la Gália Cisalpina, ó á Ariminun, desde el siglo VI. La palabra *provincia* no tiene en manera alguna en la lengua antigua de Roma el sentido de departamento territorial, ó de gobierno colocado bajo el mando de un funcionario supremo, sino que expresa solamente la *competencia de atribucion*, conferida por la ley á tal ó cual magistrado, el Senado consulto ó el convenio con un colega. Bajo este punto de vista fué siempre cosa lícita, y por mucho tiempo hasta una regla, el que uno de los cónsules tuviese en su provincia el gobierno de la Italia del Norte. (Sobre esta interesante cuestion remitimos á nuestros lectores á la disertacion publicada por Mommsen, en las *Memorias de la sociedad histórica y filosófica de Breslau*, T. I., p. 1. 11, y titulada: *La cuestion de derecho entre César y el Senado*.

to de Macedonia y de su aliado natural, el Rey de Siria. Con este fin hacian causa comun con la política egipcia. Véseles además, despues de hecha la paz con Cartago, ofrecer inmediatamente al Rey *Tolomeo III Ebergetes* el auxilio de sus armas contra *Seleuco II*, Rey de Siria, que reinó de 507 á 529 años (247 á 225 antes de J. C.) y con el que estaba en guerra á causa del asesinato de *Berenico*. Probablemente apoyaba la Macedonia al Sirio. Estrechábanse cada vez más las relaciones entre la República y los Estados griegos: el Senado entró tambien en conferencias con la Siria, y hasta intervino con Seleuco en favor de los *aliados de sangre* del pueblo Romano, de los habitantes de *Illion*. Pero aquí se detienen los progresos de la República; todavía no necesita para la realizacion de sus proyectos mezclarse directamente en los asuntos de Oriente. La liga *Aquea*, detenida en su marcha floreciente por la política estrecha de *Arato* y de los intrigantes que le rodeaban; la República de los Etolios, esos *lansquenetes* de la Grecia, y el Imperio macedónico en plena decadencia, se debilitan unos á otros, sin que haya necesidad de que, mezclándose Roma en sus querellas, les impela hácia su ruina. En esta época, antes evita que busca las conquistas más allá de los mares. Cuando los *Acarnanios*, bajo el pretexto de que ellos son los únicos entre los Griegos que no habian tomado parte en la destruccion de Illion, llegan un dia á pedir á los *hijos de Eneas* que les ayuden contra los Etolios, el Senado se contentó con intervenir diplomáticamente. Los Etolios respondieron á su modo, es decir, con palabras insolentes, á las de los embajadores de Roma; pero el favor *anticuario* de ésta no llega hasta castigarlos con la guerra, porque esto seria librar á Macedonia de su enemi-

go mortal. Hasta toleran por más tiempo del conveniente el azote de la piratería, la única profesion que, en tal estado de cosas, puede ejercerse con éxito en las costas del Adriático, y la toleran, á pesar de todo el mal que causa al comercio italiano, con una paciencia que solo se explica por su poco apego á la guerra naval y por la condicion deplorable de su sistema militar marítimo. Llegó un dia, sin embargo, en que se colmó la medida. Protegidos por Macedonia, que, enfrente de sus enemigos, no tiene interés en favorecer, como en otro tiempo, el comercio helénico contra las depredaciones de los corsarios, los dueños de *Escodra* (hoy *Scutari*) habian reunido los pueblos Ilirios (*Dálmatas*, *Montenegrinos* y *Albanos del Norte*) y organizado la piratería en grande escala; las numerosas escuadras de sus ligeras *biremes*, las famosas *naves liburnias*, surcaban todos los mares, llevando á todas partes la guerra y el pillaje. Los establecimientos griegos fundados en estos lugares, las ciudades insulares de *Issa* (*Lissa*) y de *Pharos* (*Lesina*), los importantes puertos de la costa, *Epidamno* (*Durazzo*) y *Apolonia* (al Norte de *Aulona*, sobre el *Aous*), habian sufrido mucho y se habian visto sitiadas en muchas ocasiones: los corsarios fueron despues á establecerse al Sur, á *Fenicea*, la ciudad más floreciente del Epiro. Parte por la fuerza, y parte de buen grado, se reunieron los *Acarnanios* y los *Epirotas* con los bandidos extranjeros, fundando con ellos una confederacion armada. Las costas de la Grecia estaban infestadas hasta *Elis* y *Mesena*. En vano los *Etolios* y los *Aqueos* reunen todas las naves que poseen y se esfuerzan por contener el mal, pues fueron vencidos en una formal batalla por la escuadra de los bárbaros, reforzada por sus aliados los Griegos, y no tardaron en apoderarse los corsarios de la poderosa y rica

isla de Corcira. Las quejas de los mercaderes italianos, las demandas de auxilio de los habitantes de Apolonia, antiguos amigos de Roma, y las súplicas de los Iseos, sitiados en su isla, decidieron por fin al Senado á enviar á Escodra una embajada. Los hermanos *Cayo* y *Lucio Coruncanio* fueron á pedir al rey *Agron* que hiciese cesar las depredaciones. Respondiéndoles éste que, segun la ley Iliria, la piratería era un oficio permitido, y que su Gobierno no tenia derecho á prohibir el corso: á lo que contestó Lucio Coruncanio que Roma se tomaria el trabajo de enseñar á los Ilirios una ley mejor. La réplica no tuvo nada de parlamentaria; los dos enviados, segun los Romanos, fueron asesinados, al retirarse, por órden del Rey, y Agron se negó á entregar los asesinos. El Senado no podia ya vacilar. En la primavera del año 525 (229 antes de J. C.), apareció en las aguas de Apolonia una armada de 200 buques de línea, llevando á bordo un ejército de desembarco; destruye ó dispersa las embarcaciones de los corsarios, al mismo tiempo que derriba sus castillos. La Reina *Teuta*, viuda de Agron, que gobernaba durante la minoría de su hijo *Pinnos*, fué sitiada en su última fortaleza, y se vió obligada á suscribir las condiciones que le dictó Roma. Los señores de Escodra, así al Norte como al Sur, se vieron reducidos á los estrechos limites de su antiguo territorio. Devolvieron la libertad á todas las ciudades griegas, como tambien á las de los *Ardeos* en la Dalmacia, á las de los *Partinios*, no lejos de Epidamnar, y á las de los Atintanos en el Epiro septentrional. Prohibióse á los Ilirios aparecer en adelante con un buque de guerra, ó más de dos de comercio, al Sur de *Lisos* (*Alesio*, entre Scutari y Durazzo). La enérgica y rápida supresion de la piratería en el Adriático habia dado en él á Roma la supremacía más in-



disputable, más honrosa y más duradera. Pero sus miras iban ya más lejos. Pretendía establecerse en la costa del Este del referido mar. Hace tributarios á los Ilirios de Escodra; y *Demetrio de Paros*, que habia dejado de servir á la Reina Teuta para ponerse á las órdenes de Roma, fué instalado en las islas y costas de la Dalmacia, á título de *dinasta* independiente y aliado. Las ciudades griegas de Corcira, Apolonia y Epidamno, las de los Atintanos y de los Partinios, fueron recibidas en la sinmaquia romana. Todas estas adquisiciones no tienen, sin embargo, suficiente importancia para necesitar un procónsul, y Roma envió solo, segun parece, agentes de un rango inferior á Corcira y á algunas otras ciudades, dejando la suprema vigilancia á los magistrados que administraban la Italia (1).

Impresion que Roma produjo en Grecia y Macedonia.—Así, despues de la conquista de Sicilia y Cerdeña, fueron incluidas tambien en los dominios de Roma las plazas más importantes del Adriático. Pero ¿qué habia de suceder sino esto? La República necesitaba en el Adriático superior una buena estacion maritima de

(1) Hácese mencion en Polivio (22, 15, 6, mal interpretada por Tito Livio, 38, 11) de un comandante romano con residencia fija en Corcira; se encuentra otro en Issa, en Tit. Liv. (43,9). Se habla tambien, por vía de analogía de la creacion muy conocida del *praefectus pro legato insularum Baliarum* (Orelli, 732) y del gobernador de *Pandataria* (Corp. Insc. número 3.528). De donde se deduce que los Romanos acostumbraban enviar prefectos (*praefecti*) no senatoriales, á las islas cercanas. Estos prefectos están evidentemente bajo un dignatario que los nombra y los vigila (el cónsul) en la época que vamos historiando. Despues, cuando la Macedonia y la Galia cisalpina fueron convertidas en provincias, se adjudicó el mando de estas islas á uno de los dos gobernadores; y hasta se vieron colocados los territorios de que se trata, y que formaban el núcleo del *iliricum*, en el dominio administrativo de César.

que carecia en la costa itálica. Sus nuevos aliados, y particularmente los puertos griegos comerciales, vieron en ella un salvador, y hacian cuantos esfuerzos les eran posibles para obtener su proteccion definitiva. En cuanto á la Grecia propia, no solo no hubo nadie que levantara su voz contra la República, sino que todos elogiaban en coro al pueblo libertador. Podria preguntarse si no debieron los Griegos sentir más vergüenza que alegría, cuando, en vez de las diez pobres galeras de la liga aquea, que constituian entonces toda la marina helénica, vieron entrar en sus puertos las 200 naves de los bárbaros de Italia, cumpliendo de una vez la mision que debió realizar la Grecia y en la que habia sucumbido miserablemente. Sea como quiera, por avergonzados que debieran estar ante aquellos extranjeros á quienes sus compatriotas de la costa debian su salvacion, se acomodaron perfectamente á la conveniencia. Recibieron con marcado entusiasmo á los Romanos en la Confederacion nacional de la Helada, admitiéndolos solemnemente en los *juegos istmicos y en los misterios de Eleusis*.

La Macedonia se calló: no pudiendo protestar constitucionalmente con las armas en la mano, no quiso hacerlo con vanas palabras. Nadie resistia á Roma; sin embargo, tomando ésta la llave de la casa del vecino, se convertia en su enemiga; pero llegado el dia en que tome fuerzas y tenga una ocasion favorable, se apresurará á romper este silencio. Si *Antígono Doso*n, ese rey prudente, á la vez que vigoroso, hubiese vivido más tiempo, hubiera seguramente tardado poco en recoger el guante. Cuando algunos años despues el dinasta Demetrio de Paros quiso sustraerse á la supremacia romana, volvió á comenzar la pirateria de inteligencia con los *Istrios*, y subyugó á los Atintanos,

á quienes Roma había declarado libres; hizo Antígono alianza con él, y las tropas de Demetrio fueron á combatir al lado de las suyas en los campos de Selasia (año 532 de R.); pero murió Antígono al año siguiente, y Filipo, su sucesor, jóven aún, dejó al cónsul Lúcio Emilio Paulo que marchase sin obstáculo contra el aliado de Macedonia. La capital de Demetrio fué tomada y destruida, y él anduvo errante y fugitivo fuera de su reino.

— *La Italia del Norte.*— *Guerra con los Galos.*— *Batalla de Telamon.*— Despues de la rendicion de Tarento habia quedado en paz la Italia, al Sur del Apenino, excepto una guerra de ocho dias con los Faliscos, y que no merece la pena de citarse. Pero al Norte, entre las regiones de la confederacion romano-italica y la cadena de los Alpes, frontera natural de la Península, se extendia una vasta region, en donde era casi desconocida la dominacion romana. Al otro lado del Apenino poseia la República nada más que la estrecha zona que va desde el *Esis* (Esino, más arriba de Ancona hasta el *Rubicon*, más abajo de *Cesena* (1), ó lo que compone en la actualidad los distritos de *Forli* y de *Urbino*. En la ribera meridional del *Pó* (desde *Parma* á *Bolonia*), se conservaba aún la poderosa nacion céltica de los *Boios*; al Este, los *Ligonos*, y al Oeste (en el ducado de *Parma*) los *Anaros*; ocupando la llanura dos pequeños pueblos clientes de los *Boios*. En donde aquella cesa, comenzaba el país de los *Ligurios*, que, mezclados con algunas razas célticas, estaban acantonados en el Apenino, desde *Arezo* y *Pisa* hasta las fuentes del *Pó*. La llanura del Norte desde *Verona* á la costa

(1) Segun las investigaciones más recientes y minuciosas, el *Rubicon* no debió ser otro que el *Fiumicino de Subignano*, cuyo curso superior ha debido cambiar de lecho.

pertenecía á los *Vénetos*, extraños á la raza céltica y de origen ilirio: entre ellos y las montañas del Occidente estaban los *Cenomanos*, en derredor de *Brescia* y *Cremona*, y que solo hacian rara vez causa comun con los Galos, uniéndose más bien con los Vénetos. Despues venian los *Insubrios* (en las inmediaciones de Milan), la nacion más poderosa de los Celtas de Italia, que mantenía diarias relaciones con las pequeñas hordas galas y con otras esparcidas en los valles de los Alpes, y hasta con los cantones de los Galos transalpinos. Así pues, los puertos de los Alpes, el caudaloso rio navegable en la mayor parte de su curso (por espacio de 50 millas alemanas), y la mayor y más fertil llanura de la Europa civilizada, estaban en poder del enemigo hereditario del nombre italiano. Por humillados y debilitados que estuviesen los Galos, no sufrían más que de nombre la supremacía romana. Eran siempre vecinos incómodos, obstinados en su barbárie, que recorrian esparcidos las vastas llanuras circumpadanas, al frente de sus rebaños, y robaban donde quiera que podían. Era necesario esperar ver á los Romanos apoderarse inmediatamente de estas campiñas. Los Galos habían tambien olvidado poco á poco sus derrotas de 471 y 472 (T. II, p. 224), y se mostraban ya más osados. Además, cosa más grave, comenzaban sus compatriotas Transalpinos á renovar sus incursiones. En el año 516 (238 antes de J. C.), habían vuelto los Boios á tomar las armas, y sus jefes, *Asis* y *Galatas*, llamaron á los Transalpinos en su ayuda sin haber sido para ello autorizados por la nacion, viéndose á éstos llegar en tropel del otro lado de los montes; en el año 518 había llegado á acampar delante de Ariminun un ejército galo como no se había visto otro hacia ya mucho tiempo en Italia. Demasiado débiles entonces para in-

tentar una batalla, estipularon los Romanos una tregua, y, para ganar tiempo, dejaron á los emisarios galos llegar hasta Roma, pidiendo al Senado que abandonase la ciudad sitiada. Se creyó haber vuelto otra vez al siglo de Brenno. Ocurrió, empero, un incidente que terminó la guerra antes de comenzada. Descontentos los Boios de estos aliados, á quienes ellos no habian llamado, y temiendo por su propio territorio, se quejaron de los Transalpinos, despues les dieron una batalla y llevaron al suplicio á sus propios jefes: los Transalpinos volvieron á su país. Esto equivalia á entregarse los Boios á los Romanos, dependiendo de éstos el expulsarlos como habian hecho con los Senones, y llegar por lo ménos hasta las orillas del Pó; pero prefirieron dejarlos en paz mediante la cesion de una parte de su territorio (año 518). Pudo suceder que Roma, creyéndose en vísperas de una segunda guerra con Cartago, quisiese obrar prudentemente. Sea como quiera, arreglado el asunto de Cerdeña, imponia á la República la buena política la conquista inmediata y completa del territorio italiano hasta los Alpes, y la perpétua amenaza de las invasiones célticas justificaban suficientemente esta empresa. Los Romanos, sin embargo, no se apresuraron; y los Galos fueron los primeros en tomar las armas, ya porque concibiesen temores con motivo de las asignaciones de terreno hechas en la costa oriental, en el año 522, á pesar de que no les perjudicaban directamente; ya porque estuviesen convencidos de la necesidad de una guerra en que se disputase la Lombardia; ya en fin, y es quizá lo más verosímil, que por este pueblo impaciente y voluble se cansase del reposo y quisiera volver á ponerse en campaña. A excepcion de los Cenomanos que, unidos á los Vénetos, se mantuvieron por los Romanos, se coaligaron todos los Galos de Italia, y reforzados por

los de las orillas del Ródano, ó más bien por mercenarios procedentes del otro lado de los Alpes (1), se adelantaron, conducidos por sus jefes *Concolitano* y *Aneroeste*. Vióseles muy pronto al pié del Apenino en número de 50.000 infantes y 20.000 hombres á caballo ó en carro (año 529). Los Romanos no estaban preparados á un ataque por este lado, pues no podían suponer que, despreciando las fortalezas de la costa occidental y sin cuidarse de proteger á sus compatriotas de aquellas regiones, marchasen directamente sobre la metrópoli. Pocos años antes habia asolado toda la Grecia una horda parecida. El peligro era grande; pero apareció mayor de lo que era en realidad. Segun la opinion comun, Roma se hallaba cercana á una ruina inevitable.

Los oráculos habian decidido que el territorio romano se convertiria en suelo galo! Torciendo los groseros y supersticiosos terrores de la muchedumbre por un acto de supersticion aún más grosera, quiso el Senado cumplir el vaticinio, y mandó enterrar vivos en el forum un hombre y una mujer de aquella nacion,

(1) Polibio llama á estos mercenarios «los Galos procedentes de los Alpes y del Ródano.» Denominábaseles *Gosates* (Lansquenetes) á causa de su pica (*gæsum*): los *Fastos Capitolinos* hacen de ellos *Germanos* (*Germani*): pudo suceder que los contemporáneos redactores de los *Fastos*, los conociesen solo como Galos, y que la denominacion de Germanos sea solo una invencion debida á las elucubraciones mal llamadas históricas de los siglos de César y de Augusto; y que si en realidad constaba en los *Fastos* originariamente la expresion *Germanos* (en cuyo caso deberia verse en ésta la más antigua mencion hecha de este nombre), creo que no convendria interpretar la designacion de Germanos en el sentido que posteriormente se ha dado á esta palabra, sino referirla simplemente á alguna horda céltica. Nuestra conjetura será tanto más aceptable, cuanto que, segun ciertos filólogos, la palabra *Germani* es celta y no germana, y significa simplemente los gritadores.

haciendo al mismo tiempo grandes preparativos. De los dos ejércitos consulares (cada uno de los cuales contaba 25.000 infantes y 1.100 caballos), el uno hacia la guerra en Cerdeña, mandado por Cayo Atilio Régulo, y el otro, bajo *Lucio Emilio*, estaba acampado delante de Ariminun, y recibieron orden de dirigirse, con la mayor rapidez posible á la Etruria ya amenazada. Para hacer frente á los Cenomamos y á los Celtas amigos de Roma, debieron los Galos dejar un cuerpo de ejército al otro lado del Apenino. Los Umbrios recibieron á su vez la mision de arrojar desde lo alto de sus montañas sobre las llanuras del país de los Boios, y causar al enemigo, hasta en sus mismos hogares, todo el mal que pudiesen. Los Sabinos y los Etruscos debian ocupar y cerrar con sus milicias los pasos del Apenino hasta la llegada de las tropas regulares. Quedó en Roma una reserva de 50.000 hombres, y por toda la Italia, que ahora cifraba en la República su defensa y su salvacion, se alistaron todos los hombres válidos, y se ocuparon todos los brazos en los aprovisionamientos y en el material de guerra. Se habian dejado sorprender, y era demasiado tarde para salvar la Etruria. Los Galos hallaron el Apenino casi sin defensa, y comenzaron á saquear las fértiles campiñas de la Toscana, en donde hacía tanto tiempo que no habia aparecido el enemigo. Ya habian llegado á *Clusium*, que distaba solo tres jornadas de Roma, cuando el ejército de Ariminun, conducido por el cónsul *Lúcio Emilio*, llegó y los cogió por el flanco, mientras que las milicias etruscas, reunidas á retaguardia despues del paso del Apenino, marchaban en pos de los Galos y los alcanzaron. Una tarde, despues que ya se habian atrincherado los ejércitos y los fuegos del vivac estaban encendidos, levantóse de repente la infantería de los Ga-

los y contramarchó en direccion de *Fésula* (*Fiesola*); la caballería permaneció toda la noche en los puestos avanzados, y tomó muy de mañana el mismo camino. Las milicias etruscas, acampadas muy cerca de ellos, observaron el movimiento, y creyendo que las hordas de los bárbaros comenzaban á dispersarse, se lanzaron en su persecucion. Los Galos habian echado bien sus cálculos: de repente apareció su infantería completamente descansada y en buen órden sobre el terreno que habia elegido y recibió rudamente á los soldados de Roma, que corrían en tumulto y fatigados por una marcha forzada. Murieron 6.000 hombres en el combate, refugiándose el resto de las milicias sobre una colina, en donde estaban á punto de perecer cuando llegó el ejército consular y consiguió librarlas. Los Galos se decidieron entonces á volver á su país. Solo habian logrado á medias su plan hábil de impedir la union de los dos ejércitos de Roma y destruir primero al más débil, y juzgaron prudente por el momento ir á poner su botin en lugar seguro. Eligiendo un camino más fácil, abandonaron la region de Clusium, que ocupaban; descienden á la llanura, y caminan á lo largo de la costa; pero de repente hallaron un obstáculo. Las legiones de Cerdeña habian desembarcado en Pisa, y, como era demasiado tarde para ir á cerrar los pasos del Apenino, se habian puesto inmediatamente en marcha por la costa, pero en direccion opuesta á la que llevaban los Galos. El choque tuvo lugar en *Telamon* (*en la desembocadura del Ombroni*). Mientras que la infantería romana avanza en filas cerradas por la gran vía, la caballería, á las órdenes del cónsul *Cayo Atilio Régulo* en persona, se arrojó por la izquierda sobre el flanco del enemigo, con objeto de dar inmediatamente al otro cónsul y á su ejército aviso de su llegada y de su ataque.

Trabóse un sangriento combate de caballería, en que murió Régulo con gran número de sus valientes caballeros; pero sacrificando su vida, consiguió su fin. Lúcio Emilio reconoció á los combatientes y presintió las ventajas de una accion combinada. Coloca inmediatamente sus tropas en órden de batalla, y las legiones romanas oprimen á los Galos por vanguardia y retaguardia. Estos se portan valerosamente en este doble combate; los Transalpinos y los Insubrios hacen frente á Lúcio Emilio, los Tauriscos de los Alpes y los Boios, á las legiones de Cerdeña. Durante este tiempo continuaba en las alas el combate de la caballería. Las fuerzas de los Galos y de los Romanos eran casi iguales, y la situacion desesperada de los primeros les inspiraba tenaces esfuerzos; pero los Transalpinos, acostumbrados solo á combatir de cerca, retroceden ante los venablos de los Romanos, dando despues tambien la ventaja á los legionarios el mejor temple de sus armas, y decidió por último la batalla, un ataque de flanco de su caballería victoriosa. La de los enemigos pudo escapar; pero la infantería, encerrada entre el mar y tres ejércitos, no podia huir. Hiciéronse 10.000 prisioneros Galos con su rey Concolitano, quedando 40.000 tendidos en el campo de batalla. Aneroste y sus compañeros se dieron la muerte, segun las costumbres célticas.

Los Galos atacados en su mismo territorio.—La victoria fué completa; los Romanos se mostraron decididos á impedir que se reprodujesen invasiones semejantes, conquistando para ello toda la Galia cisalpina. En el año siguiente (530 de R.), sometieron sin resistencia los Boios y los Ligones. Otro tanto hicieron los Anaros en la campaña del año 531; toda la llanura cispadana perteneció en adelante á los Romanos. En este mismo año, pasó Cayo Flaminio el rio (por un lu-

gar no lejos de *Plasencia*, en el país últimamente conquistado); pero el paso y la ocupacion de una posicion fuerte en la orilla izquierda le costaron pérdidas enormes. Vióse peligrosamente rodeado y acosado, y como el rio á la espalda, y propuso á los Insubrios una capitulacion que neciamente le concedieron. Sin embargo, solo se retiró para volver por el país de los Cenomanos, y reforzado por sus bandas. Los Insubrios comprendieron entonces el peligro, pero demasiado tarde; corriendo al templo de su dios á tomar la *insignias de oro*, llamadas *las inmóviles*, y reuniendo todas sus fuerzas en número de 50.000 hombres, marcharon contra los Romanos. Estos se veian en peligro, pues se habian apoyado la segunda vez en un rio (*el Oglio* probablemente), estaban separados de su Pátria por todo el territorio enemigo, y obligados á contar con la cooperacion en el combate, y, en caso de retirada, con la amistad poco segura de los Cenomanos. Esto equivalia á tener cortada la retirada; para entrar en territorio romano era necesario pasar sobre el enemigo. Pero la excelencia de las armas y la superioridad de la disciplina de las legiones dieron tambien ahora la victoria á los Romanos, que consiguieron abrirse paso. Su táctica de combate remedió las faltas estratégicas de su general. Habian vencido los soldados, no los oficiales; y solo consiguieron éstos los honores del triunfo por el favor del pueblo, á pesar de la justa negativa del Senado. Los Insubrios pidieron la paz: Roma les impuso por condicion la sumision absoluta, pero las cosas no habian llegado aún hasta ese extremo: probaron de nuevo fortuna, y llamando en su auxilio á las hordas del Norte emparentadas con ellos, reunieron 30.000 hombres entre mercenarios é indigenas: en el año siguiente (532) vinieron al encuentro de los dos ejérci-

tos consulares, que habian entrado en su territorio por el de los Cenomanos. Libráronse muchos y sangrientos combates, y en un ataque intentado por los Insubrios en la orilla derecha del Pó contra la fortaleza romana de *Clastidium* (*Casteggio*, más arriba de Pavía), fué muerto el Rey celta *Viridumar* por el cónsul Marco Marcelo en persona; y despues de una última batalla, que tenian ya casi ganada los Galos, pero en la que vencieron por fin los Romanos, el cónsul Gneo Escipion tomó por asalto á la capital enemiga *Mediolanum* (*Milán*), cuya caída, seguida de la de *Comum* (*Como*), puso fin á la resistencia de los Insubrios.

La Cisalpina por los Romanos.—Los Galos de Italia estaban abatidos; y así como los Romanos habian hecho ver en la guerra de los Corsarios cuánta diferencia habia entre su poder marítimo y el de los Griegos, mostraron tambien ahora que sabian defender las puertas de Italia contra las invasiones de los piratas de tierra, de un modo muy diferente del que la Macedonia habia protegido las puertas de la Hólada. Habíase visto además á toda la Italia unida y compacta en presencia del enemigo nacional, á pesar de los ódios y rivalidades interiores, mientras que la Grecia habia continuado dividida.

Roma tocaba ya á la barrera de los Alpes. Toda la llanura del Pó estaba *sometida* ó por lo ménos poseida por aliados medio súbditos, como los Cenomanos y los Vénetos. Lo demás era cuestion de tiempo. Las consecuencias iban á producirse naturalmente, y la Cisalpina estaba en camino de *romanizarse*. La República obró de diverso modo segun los lugares. En las montañas del Nor-este, y en los distritos más lejanos, conforme se va del Pó á los Alpes, toleró á los antiguos habitantes. En cuanto á las numerosas guerras

que se suceden en Liguria (la primera data del año 516), es necesario considerarlas más bien como verdaderas cacerías de esclavos; y por frecuentes que fuesen las sumisiones de ciudades ó de comarcas, no por eso dejó la supremacía de Roma de ser allí puramente nominal. Una expedicion hecha á Istria en el año 533 (221 antes de J. C.), parece no haber tenido por objeto más que la destruccion de los últimos asilos de los piratas del Adriático, y el establecimiento de una segura comunicacion por tierra entre las conquistas italianas y las realizadas al otro lado de dicho mar. En lo tocante á los Galos Cispadanos, fueron casi completamente anadados: sin lazo y sin coexion entre sí, se vieron abandonados por sus hermanos del Norte en el momento en que cesaron de pagarles, y los Romanos trataron á este pueblo, á la vez que como enemigo nacional, como usurpador de su natural herencia. Las grandes asignaciones de terreno habian hecho que se poblasen ya con colonos romanos, en 522, los territorios del *Picenum* y de *Ariminum*; lo mismo se hizo en la Cispadana. No fué difícil en ésta rechazar ó destruir una poblacion semi-barbara, poco aficionada á la agricultura, y no aglomerada en ciudades de fuertes murallas. La gran vía del Norte, construida ochenta años antes, según parece, hasta *Narnia* (*Narni*) por *Otriculum* (*Otricoli*), habia sido prolongada recientemente (en 514) hasta la nueva fortaleza de *Espoletium* (Espoleto). En la época á que nos referimos, tomó el nombre de *vía flaminia*, é iba á tocar al mar pasando por la aldea nueva llamada *Forum Flaminii* (no lejos de *Foligno*) y por el collado de *Furlo*. Siguiendo despues la costa, conduce de *Fanum* á *Ariminum*. Era la primera gran calzada regular que atravesaba el Apenino y unia los dos mares. La República se apresuró á cubrir de ciudades roma-

nas el territorio fértil de que acababa de apoderarse. Fundóse sobre el Pó, cubriendo y asegurando el paso de este río, la fuerte ciudad de *Plasentia* (*Plasencia*); levantaronse las murallas de *Mutina* (*Módena*), situada á poca distancia en la orilla derecha, enmedio del territorio conquistado á los Boios: prepáranse nuevas y grandes asignaciones de terrenos, y se construyen vías romanas, hasta en el corazón de las regiones conquistadas... Pero un acontecimiento repentino interrumpe todos sus grandes trabajos y el curso de tantas victorias.

El tratado del año 518 (211 antes de J. C.) había venido para la paz á Cartago. No era bastante que dejando de pasar los tributos de casi toda Sicilia á las cajas cartaginesas, fuesen en adelante á llevar las armas del Tesoro de su rival. Aún había sido más doloroso el tener que abandonar su esperanza y sus proyectos de monopolizar el comercio de los mares del Este y del Oeste, en el momento mismo en que había estado casi tocando á su objeto. Además, había caído por tierra todo el sistema de su política comercial: la región Sud-Oeste del Mediterráneo, que había mucho tiempo tenía como confederada, se había convertido, perdida la Sicilia, en un mar abierto á todas las nacio-

mas el territorio fértil de que carecía de poderosas.
 fundadas sobre el Pó, cubriendo y asegurando el paso de
 este río, la fuerte ciudad de Párasa (Párasa); la-
 ventabanse las murallas de Múria (Múria), situada
 á poca distancia en la orilla derecha, en medio del ter-
 ritorio conquistado á los Boios; preparábanse nuevas y
 grandes aspiraciones de terrenos, y se construían
 tres colonias, hasta

CAPITULO IV.

AMILCAR Y ANNIBAL.—Situación de Cartago despues de la primera guerra púnica.—El partido de la guerra y el de la paz.—Amilcar, general en jefe.—Plan de guerra de Amilcar. El ejército. Los ciudadanos en Cartago. Venida de Amilcar á España. Imperio de los Barcas en España.—El gobierno cartaginés y los Barcas.—El gobierno romano y los Barcas.—Annibal. Ruptura entre Roma y Cartago. Preparativos para la invasion en Italia.—Partida de Annibal.—Estado de cosas en Roma. Indecision en los planes. Annibal pasa el Ebro.—Annibal en las Gálias. Escipion en Marsella. Paso del Ródano.—Paso de los Alpes.

Situación de Cartago y Roma despues de la primera guerra.—El tratado del año 513 (241 antes de J. C.) habia vendido cara la paz á Cartago. No era bastante que dejando de pasar los tributos de casi toda Sicilia á las cajas cartaginesas, fuesen en adelante á llenar las arcas del Tesoro de su rival. Aún habia sido más doloroso el tener que abandonar su esperanza y sus proyectos de monopolizar el comercio de los mares del Este y del Oeste, en el momento mismo en que habia estado casi tocando á su objeto. Además, habia caido por tierra todo el sistema de su política comercial: la region Sud-Oeste del Mediterráneo, que hacia mucho tiempo tenia como confiscada, se habia convertido, perdida la Sicilia, en un mar abierto á todas las nacio-

nes; el comercio de la Italia, emancipado del Cartaginés, iba á comenzar á florecer. A pesar de todo, estos tranquilos y pacientes Sidonios hubieran quizá sabido resignarse. ¡Lo habian hecho ya tantas veces! Se habian visto obligados á dividir con los Masaliotas, los Etruscos y los Griegos de Sicilia lo que constituia tiempo há su dominio exclusivo. ¿No era bastante rico para asegurarles el poder y los goces de la vida el imperio que aún les quedaba, África, España y los puertos del Atlántico? Pero ¿quién les garantizaba, sin embargo, sus ya mermadas posesiones? Era forzosamente necesario haber perdido por completo la memoria para no acordarse de la empresa de Régulo. ¡Cuán poco faltó para que su éxito fuese completo! Si partiendo de Lilibeá intentasen ahora los Romanos lo que tan felizmente habian antes ensayado partiendo de Italia, sucumbiria indudablemente Cartago, á no ser que el enemigo volviese á cometer sus antiguas faltas, y no contando con un cambio imprevisto de fortuna. Es verdad que hoy estaban en paz; pero habia estado en poco que Roma se negase á ratificar el tratado, al que la opinion pública se habia mostrado decididamente contraria. Podia suceder que la República no pensase aún en la conquista de Africa, y que le bastase la Italia. Pero ¿qué peligros no corrián, si la salvacion de Cartago dependia de semejante condicion? ¿Quién podia asegurar que, aun sin dejar de ser italiana, no existiese el día ménos pensado la política de los Romanos, no solo la sumision, sino tambien la destruccion de Cartago? En suma: la paz del año 513 no era para Cartago nada más que una trégua. Necesita prepararse, mientras esta paz dure, para el inevitable rompimiento de las hostilidades. No se trata ya de vengar las recientes derrotas, ni de conquistar el territorio perdido;

trátase de conquistar el derecho de vivir, sin que éste se deba á la generosidad del enemigo nacional.

El partido de la guerra y el de la paz.—En todo estado más debil ante una guerra de evidente aniquilamiento, pero cuya hora indecisa aun no ha sonado, es un deber de los hombres prudentes, firmes y desinteresados, estar dispuestos para la lucha inevitable, emprenderla en el momento más favorable, y fortificar por una ofensiva estratégica los cálculos de una política de defensa; empero, cohíbeles por todas partes la perezosa y cobarde multitud de los que adoran el becerro de oro, de los ancianos, de los debilitados por la edad y de los hombres ligeros, que, queriendo vivir y morir en paz, se esfuerzan por retardar á cualquier precio la batalla decisiva. Tambien en Cartago existian dos partidos, el de la paz y el de la guerra, afiliados ambos, como sucede siempre, á dos doctrinas hostiles, la conservadora y la reformista: apoyábase el primero en el Poder ejecutivo, en el Consejo de los ancianos, y en el de los Ciento, y tenia á su cabeza á *Hannon*, llamado el *Grande*: estaba el segundo representado por los agitadores populares, particularmente por Asdrúbal, con los oficiales del antiguo ejército de Sicilia, tantas veces victorioso bajo las órdenes de Amílcar, y cuyas victorias, no por haber sido estériles, dejaban de enseñar á los patriotas cuál era el camino que debia seguirse para triunfar de los inmensos peligros que en la actualidad amenazaban á la patria. Ya hacia mucho tiempo que luchaban ambas facciones cuando estalló la guerra líbica. El partido de los magistrados habia provocado la insurreccion tomando todas las absurdas medidas que aniquilaban las precauciones adoptadas por los oficiales de Sicilia; despues, la inhumanidad del sistema administrativo cambió la sublevacion en revolucion. Por último, la in-

capacidad militar de este partido, sobre todo la de Hannon, su jefe y el azote del ejército, habia conducido al Estado al borde del abismo. Solo entonces, y bajo la presión de las más terribles circunstancias, se apeló á *Amilcar Barca*, al héroe de *Eirctes*, encargándole de este modo que salvase á los gobernantes de los efectos de sus faltas y de sus crímenes. Tomó las riendas del poder, y, en su magnanimidad patriótica, no lo dimitió, ni aun cuando le dieron á Hannon por colega. Indignadas las tropas, rechazaron á éste, pero Amilcar accedió á las súplicas de los magistrados y le cedió la mitad del mando; y á pesar de los enemigos de Cartago, á pesar de su colega, y gracias á su autoridad sobre los soldados sublevados, á sus hábiles negociaciones con los Cheiks númeridas y á su incomparable génio de organizador y de general, apaciguó momentáneamente la más formidable de las sublevaciones, y redujo el Africa á la obediencia (á fines del año 517). Pero si el patriota estuvo callado durante la guerra, terminada ésta, levantó su voz. Estas grandes experiencias habian patentizado los incorregibles vicios y la corrupcion de la oligarquía gobernante, su incapacidad, su espíritu intrigante y su cobarde condescendencia con Roma. Por otra parte, el haberse apoderado de Cerdeña y la actitud amenazadora de la República eran indicios muy claros para poder dudar de sus intenciones. Roma tenia suspendida la declaracion de guerra sobre la cabeza de Cartago, como la espada de Damocles, y en la situacion presente, en cuanto se viese á las manos, solo podia terminar la lucha con la completa destruccion del imperio fenicio en la Libia. Desesperando de la salvacion de la pátria, aconsejaron algunos Cartagineses emigrar á las islas del Atlántico; pero los nobles corazones no quieren la salvacion solo

para ellos, despues de la ruina del país: es, sin embargo, un privilegio de las almas generosas el que produzca en ellas nuevo ardor aquello que agobia y anonada el valor de los hombres vulgares. Esperando, se sufrían las condiciones que Roma habia dictado: lo único que podia hacerse era salir lo ménos mal posible, ir uniendo los agravios recientes con los pasados, y acumulando el ódio, ese tesoro supremo de las naciones víctimas del más fuerte. Surgieron al mismo tiempo reformas políticas importantes (1). Era imposible traer al buen camino á la faccion del gobierno, que, durante la última guerra, no habia olvidado sus enemistades, ni aprendido á ser prudente, hasta el punto de intentar que se procesase á Amílcar, á quien acusaron de haber suscitado la guerra de los mercenarios, prometiendo la paga á sus soldados sin estar para ello autorizado por la República. Si los oficiales y los agitadores populares hubiesen querido destruir los podridos pilotis de aquel desdichado gobierno, no habria sido ciertamente en Cartago donde hubiese encontrado grandes obstáculos; los verdaderos peligros habrian procedido de Roma, con quien la faccion gobernante mantenía relaciones

(1) Tenemos muy pocos datos sobre estos hechos, y lo que sabemos, lo debemos á la narracion parcial de los escritores Cartagineses, pertenecientes á la faccion de la paz, á quienes han copiado los Romanos que de esto se han ocupado; pero hasta en los relatos truncados y desfigurados (de los que son los principales los de Fabio, reproducidos por Polibio, 3, 8; Apiano, *Hispan.* 4, y Diodoro, 25, p. 567), percibimos claramente el juego de los partidos. Si se quiere un ejemplo de las innobles calumnias levantadas contra los patriotas por los interesados en mancharlos, á ellos y á sus "alherentes revolucionarios," no hay más que leer á Cornelio Nepete (*Amílcar*, 3), y se encontrarían en otros escritores muchos rasgos semejantes si nos tomásemos el trabajo de buscarlos.

quizá no ajenas á la traicion; y sin embargo, en medio de todas las dificultades de la situacion, era absolutamente necesario crearse medios y abrirse un camino de salvacion sin despertar las sospechas de Roma ni las de sus partidarios de Cartago.

Amilcar general en jefe.—No se tocó, pues, á la Constitucion. Los jefes del gobierno continuaron en el pleno goce de sus privilegios, dueños como antes de los bienes comunales, limitándose á proponer y votar una mocion, segun la cual, de los dos generales en jefe del ejército, en la época en que habia terminado la guerra líbica, el uno Hannon fué destituido; el otro, Amilcar, fué nombrado para el mando supremo en toda el Africa y por un tiempo indeterminado, proclamando además su independencia del Poder ejecutivo. Segun sus enemigos, esto era conferirle el Poder monárquico, de un modo contrario á la Constitucion: segun Caton, ejercia una verdadera *dictadura*. Solo el pueblo podia llamarle y obligarle á dar cuenta de su conducta (1). Los magistrados metropolitanos no tenian tampoco nada que ver en el nombramiento de su sucesor, sino que pertenecia al ejército, ó mejor dicho, á los Cartagineses afiliados al ejército en calidad de oficiales ó de gerusiastas, y cuyos nombres figuraban tambien en los tratados al lado del de su general: la confirmacion de su eleccion estaba naturalmente reservada al pueblo. Fuese ó no una usurpacion, semejante reforma muestra bien á las claras que el partido de la guerra habia he-

(1) En efecto los Barcas celebran, en adelante los tratados más importantes, y cuya ratificacion no es más que una cuestion de forma (Polibio 3,21). Roma protestó ante ellos y ante el Senado de Cartago (Polibio 3,15). La situacion creada á los Barcas, tiene muchos puntos de contacto con los poderes de los *Oranges*, respecto de los Estados generales de Holanda.

cho del ejército una cosa suya. En la forma, era modesta la misión confiada á Amílcar. En la frontera no cesaban las escaramuzas con las tribus numidas. Cartago acababa de ocupar en el interior la «ciudad de las cien puertas» Tebeste (*Tebessa*). El nuevo general en jefe de Africa tenia que proveer á esta guerra, que parecia demasiado insignificante, para que los gobernantes, que conservaban sus atribuciones ordinarias en el interior, elevasen su voz contra las decisiones del pueblo; en cuanto á los Romanos, no comprendieron sin duda la trascendencia de la empresa.

Plan de guerra de Amílcar.—El ejército.—Los ciudadanos en Cartago.—El ejército tenia por fin á su cabeza al hombre que, en las guerras de Sicilia y de Libia, habia mostrado que era el único á quien el destino llamaba para salvar á su patria. Jamás tan gran héroe habia librado un tan gran combate contra la fortuna. El ejército era el instrumento de salvacion; ¿pero en dónde hallar este ejército? En las manos de Amílcar. Las milicias cartaginesas no se habian portado mal durante la guerra líbica; pero sabia muy bien que una cosa es guiar una vez al combate á mercaderes ó industriales amenazados por un peligro supremo, y otra hacer de ellos buenos soldados. La facción patriota le suministraba excelentes oficiales; pero éstos eran el único contingente que podia darle la alta clase; carecia de milicia ciudadana, si se exceptúan algunos escuadrones de caballeria. Érale, pues, necesario crearse un ejército con los reclutamientos forzosos de las ciudades líbicas y con los mercenarios. La empresa era difícil, y solo podia realizarla á condicion de pagar puntualmente un crecido sueldo á sus tropas. Ya habia experimentado en Sicilia que las rentas del Estado se dedicaban en Cartago á cubrir otros gastos

considerados más urgentes que los de pagar á las tropas que estaban combatiendo contra el enemigo. Sabia que la guerra debía suministrar los gastos de la guerra, y que convenia hacer en grande la experiencia hecha antes en pequeña escala en el monte de *Eircte* (*Monte pelegrino*). Aún habia más: Amílcar era jefe de partido á la vez que gran capitán. Teniendo que hacer frente á adversarios irreconciliables y tenaces, y siempre al acecho de una ocasion para destruirle, comprendió que debia crearse un punto de apoyo entre los simples ciudadanos. Pero, por puros y nobles que fuesen los jefes, la masa del pueblo estaba gangrenada y vivia en una corrupcion completa y sistemática, sin querer comprometer nada por nadie. El aguijon de la necesidad y las excitaciones del momento habian podido moverla algunas veces, como sucede hasta en las sociedades más venales. Pero para la ejecucion de un plan que necesitaba por lo ménos muchos años de grandes preparativos, queria asegurarse la benevolencia constante de los ciudadanos de Cartago, necesitaba enviarles grandes remesas de dinero, dando de este modo á sus amigos el medio de conservar el favor del pueblo. Mendigar ó comprar á la indiferente ó codiciosa multitud el permiso de salvarla; arrancar á fuerza de humildad y de fingida modestia á esos orgullosos, aborrecidos del pueblo, á los hombres constantemente vencidos por él, la tregua que le era absolutamente necesaria; ocultar á la vez sus planes y su desprecio á aquellos traidores despreciados de todos, que se llamaban señores de la ciudad; tales eran las necesidades á que debia proveer aquel grande hombre. Rodeado de algunos amigos, confidentes de su pensamiento, estaba allí entre los enemigos interiores y exteriores aprovechándose de la indecision de unos y otros, engañándoles, y

en realidad haciendo frente á todos; y reuniendo municiones, dinero y soldados para empeñar la lucha y conseguir un objeto difícil, por no decir imposible, de alcanzar, aun suponiendo ya formado su ejército y dispuesto á combatir. Amílcar era jóven; apenas si contaba treinta años; parecía presentir muchas veces que, al cabo de tantos esfuerzos, no le seria posible alcanzar el fin, y que solo veria de lejos la *tierra prometida* de sus sueños. Refiérese que, al salir de Cartago, condujo á su hijo Aníbal, de edad de nueve años, ante el altar del más grande de los dioses de la ciudad, y le hizo jurar ódio eterno al nombre romano. Después lo llevó consigo al ejército, así como á sus dos hijos menores, *Asdrubal* y *Magon*; «sus leoncillos,» como él los llamaba, debian un dia heredar sus designios, su género y su ódio.

Llegada de Amílcar á España.—El nuevo general de Libia partió de Cartago en cuanto terminó la guerra de los mercenarios (en la primavera del año 518). Créase que iba á una expedición contra los Libios occidentales. Su ejército, muy fuerte por el gran número de sus elefantes, caminaba á lo largo de la costa, á la vista de la cual navegaba también la escuadra, conducida por Asdrubal, uno de sus más fieles partidarios. De repente llegó la noticia de haber atravesado el mar por el estrecho de Hércules, y arribado á España, y de que ya estaba en lucha con los indígenas, con gente que no le había hecho ningun mal, y sin misión especial del Poder ejecutivo, como decian en son de queja los magistrados de Cartago. En todo caso, no podian acusarle de haber desatendido los asuntos de Africa. Un dia que los Numidas se sublevaron de nuevo, su segundo, Asdrubal, los trajo á razon tan rudamente, que dejaron en paz por mucho tiempo la frontera, y se so-

metieron á pagar tributo muchas tribus hasta entónces independientes.

Imperio de los Barcas en España.—No podemos decir en detalle las empresas realizadas en España por Amílcar; pero Caton el Mayor, que treintá años despues de la muerte de este general vió todavía recientes vestigios sobre el terreno, no pudo ménos de exclamar, á pesar de su ódio al nombre cartaginés, que ningun Rey merecia ser puesto en la historia al lado de Amílcar Barca. Por lo demás, conocemos en globo los sucesos de los últimos nueve años de su vida (518 á 526) hasta el día, en que á la manera que *Scharnhorst* (1), le sorprendió la muerte en el campo de batalla y en el vigor de su edad, en el momento en que, maduros ya sus planes, iban á dar sus frutos; pero sabemos los resultados obtenidos despues por su yerno Asdrubal, el heredero de sus designios y de su cargo, y que durante ocho años consecutivos (de 527 á 534), continuó sus vastos trabajos. En lugar de un punto de escala comercial, con derecho de protectorado sobre Gades, única posesion que antes de ellos tenia Cartago en las costas de España, y que habia administrado como una dependencia de sus establecimientos, se propuso Amílcar fundar por medio de la conquista un vasto imperio que, como hemos dicho, con solidó Asdrubal con lahabilidad de un consumado hombre de Estado. Convertidas en provincias cartaginesas las regiones mas fértiles y bellas de este gran país, las costas del Sur y del Este; edificadas muchas ciudades, entre otras *Cartago de España* (*Cartagena*), con su puerto, el único bueno de la costa del Sur

(1) *Scharnhorst*, uno de los generales que reorganizaron el ejército prusiano despues de los desastres de 1806 y 1808, y organizaron la guerra de 1813, el cual pareció en *Gross Goerschen*, pocos dias antes de la batalla de *Bautzen*.

y el espléndido «Castillo Real» de Asdrubal su fundador; la agricultura floreciente, y las riquísimas minas de plata, descubiertas y explotadas en las inmediaciones de la nueva Cartago (un siglo despues producian todavía más de treinta y seis millones de sextercios al año, unos dos millones y medio de talers, cerca de nueve millones de pesetas); tales son los rasgos principales del cuadro. Casi todas las ciudades hasta el Ebro reconocian la supremacia de Cartago y le pagaban tributo. Asdrubal tuvo suficiente habilidad para atraer á sus intereses los jefes de las diversas tribus, ya por medio de matrimonios, ó de otro modo. Asi, pues, Cartago habia conquistado un mercado nuevo é inmenso para el comercio, y sus fábricas y las rentas de las provincias españolas, despues de pagados los gastos del ejército, suministraban á la metrópoli un excedente considerable y proveian á las necesidades del porvenir. Al mismo tiempo, ayudaba España á formar un ejército, cuya escuela era esta misma Nacion, y hacian reclutamientos regulares en los países sometidos: los prisioneros de guerra eran incorporados á los cuadros cartagineses, y los pueblos dependientes suministraban contingentes ó mercenarios, fuese cualquiera número que se les exigiese. A consecuencia de sus largas campañas, consideraba el soldado el campamento como una segunda pátria; y si no sentia la inspiracion del verdadero patriotismo, podia sustituirlo con el amor á su bandera, y con el entusiasmo por su ilustre general. Por último, los continuos y encarnizados combates con los valientes Iberos y Celtas, al lado de la excelente caballería numida, habian dado á la infantería una solidez notable.

El Gobierno de los Cartagineses y los Barcas.—*Cartago deja obrar á los Barcas.*—Como no pedian á la ciudad prestaciones ni sacrificios de ningun género,

sino que, por el contrario, le enviaban constantemente el remanente de las rentas que producian sus conquistas; como por ellos habia vuelto á hallar en España el comercio cartaginés todo lo que habia perdido antes en Sicilia y en Cerdeña, la guerra y el ejército españoles, notables por sus brillantes victorias é importantes resultados, obtuvieron muy pronto una gran popularidad, hasta el punto de que, en los momentos críticos, sobre todo cuando aconteció la muerte de Amílcar, se decidió mandar numerosos refuerzos de africanos al ejército de España. El partido de la paz tuvo que callarse ó se contentó, en sus conciliábulos ó en sus comunicaciones con sus amigos de Roma, con echar la culpa de lo que ocurría á los oficiales y á la multitud.

El gobierno de Roma y los Barcas.—Roma no hizo ningun esfuerzo formal para detener la marcha de los asuntos de España. Su inaccion era debida á muchas causas. La primera y principal era seguramente su ignorancia de los hechos. La gran Peninsula estaba muy lejos de Italia; eligiendo á ésta, y no al Africa, como parecia natural, para teatro de sus empresas, habia Amílcar calculado perfectamente. No porque la República diese crédito á las explicaciones dadas á sus comisionados enviados á España, y la seguridad de que lo que en ésta se hacia se dirigiese únicamente á procurar á Cartago los medios necesarios para pagar la contribucion de guerra que sobre ella pesaba; era necesario estar ciego para no ver. Pero de los planes de Amílcar no se entreveian más que los resultados mas próximos: las compensaciones á la pérdida de los tributos y del comercio de las islas del Mediterráneo. En cuanto á prever un nuevo ataque por parte de los Cartagineses, y creerse amenazados de una invasion en Italia, con España por punto de partida, ninguno pensaba siquiera

en la posibilidad de semejante tentativa. En Cartago no hay necesidad de decir que veian claro muchos hombres de la faccion de la paz; pero cualquier cosa que pensasen no podian, (á fin de evitar la tempestad que los jefes del Gobierno no habian tenido fuerza para conjurar) ir á revelar á Roma su secreto. Esto hubiera sido precipitar la catástrofe en vez de prevenirla, ó quizá los Romanos hubiesen acogido con desconfianza las denuncias de partido. Aproximábase, sin embargo, el dia en que los rápidos progresos y la extension de las conquistas cartaginesas iban á despertar su atencion y su inquietud; y de hecho, en los últimos años que precedieron á la explosion de la guerra, procuraron poner barreras al progreso de sus rivales. Vemos que, en 528 (226 antes de J. C.), bajo el pretesto de su reciente helenismo, contraen alianza con las dos ciudades griegas ó semigriegas de la costa del Este, con *Zacinto* ó *Saguntum* (*Sagunto*) y con Emporion (Ampurias). Notifican sus tratados á Asdrubal y le intiman que no pasen sus conquistas más allá del Ebro, lo cual prometió aquel. No quiere decir esto que pensasen todavía en impedir el ataque de Italia por la parte de tierra. El capitan que tal empresa intente, se cuidará poco de semejante promesa; pero quieren, por una parte, detener el poderoso vuelo de Cartago en España (cuyo poder se hacia peligroso si aumentaba); y además, tomando bajo su proteccion los pueblos libres inmediatos á los *Pirineos* hasta el Ebro, se aseguran un sólido punto de apoyo para el caso en que les sea necesario venir á pelear en España. Jamás pasó por las mientes del Senado la necesidad de una segunda y próxima guerra con Cartago. En cuanto á la Peninsula, todo lo que podia suceder era verse obligados á enviar algunas legiones, mientras que los enemigos sacan de ella tesoros y

soldados que en ninguna otra parte podrian hallar. Pero dada esta situacion, Roma tiene el firme desig-
 nio (como lo prueba el plan de campaña de 536), y no
 podia suceder tampoco de otro modo, de llevar des-
 de un principio sus armas al Africa, concluyendo así
 con Cartago, decidiéndose al mismo tiempo la suerte
 de España. Agréguese á esto los beneficios de las con-
 tribuciones de guerra que percibian en los primeros
 años y que una ruptura habria hecho que cesasen
 inmediatamente, y la muerte de Amílcar, cuyos proyec-
 tos, segun pensaban amigos y adversarios, habian es-
 pirado con él. En los últimos tiempos, en fin, cuando ya
 se vió demasiado claro que seria una imprevision aplazar
 la guerra, era lo primero y más importante desembara-
 zarse de los Galos del valle del Pó, sin lo cual éstos, ame-
 nazados como estaban de una próxima destruccion, no
 dejarian, siempre que viesen á la República comprome-
 tida en otros y más sérios combates, de llamar á Italia las
 hordas transalpinas, y desencadenar sobre ella los *tu-
 multos* (*tumultus*) galos, más peligrosos que nun-
 ca en semejante ocasion. Ni la consideracion al par-
 tido de la paz en Cartago, ni los tratados existen-
 tes habian inspirado en realidad á Roma todos los mi-
 ramientos que había guardado hasta entonces, y los
 asuntos de España le ofrecian á cada instante el pre-
 testo de una ruptura, si queria inmediatamente la
 guerra. No se diga, pues, que la República observaba
 una conducta incomprensible. Pero, aun teniendo en
 cuenta las circunstancias, puede censurarse con razon
 la política floja y la estrechez de miras del Senado. Los
 hombres de Estado romanos han brillado siempre por
 la tenacidad, la consecuencia y la sutileza de sus de-
 signios, más bien que por su elevacion de miras y la
 prontitud en organizar su ejecucion: bajo este aspecto

todos los grandes enemigos de Roma, desde Pirro hasta Mitridates, se han mostrado muy superiores á aquellos.

Annibal.—El éxito más brillante habia coronado los proyectos concebidos por el génio de Amílcar; habia preparado el camino y los medios para la guerra; un ejército numeroso, avezado á las fatigas y acostumbrado á vencer, y una caja bien repleta. Pero de repente, cuando llegó el momento de elegir la hora del combate y el camino que debia seguirse, faltó el jefe á la empresa. El hombre que habia sabido abrir el camino de la salvacion de su pueblo, de la que todos sin excepcion habian desesperado, desapareció apenas comenzada su carrera. ¿Por qué motivo su sucesor Asdrubal renunció á atacar á Roma? ¿No creyó quizá propicios los tiempos? ¿O es que, siendo más político que general, no se creyó al nivel de tal empresa? No podemos decidirlo. Sea como quiera, al principio del año 534 (220 antes de J. C.), sucumbió bajo el puñal de un asesino, eligiendo por sucesor los oficiales del ejército de España á *Annibal*, el hijo mayor de Amílcar. El nuevo general era aún muy jóven; nacido en el año 505 (249 antes de J. C.), tenía entonces 29 años. Pero habia vivido demasiado: sus recuerdos de la infancia le mostraban á su padre combatiendo en país extranjero, y victorioso sobre el monte de *Eircte*; habia asistido á la paz hecha con Catulo; habia participado, con el invencible Amílcar, de las mortificaciones de la vuelta al Africa, de las angustias y peligros de la guerra líbica; habia, aun siendo niño, seguido á su padre en los campos de batalla, y siendo aún jovencillo se habia ya distinguido en los combates. Diestro y robusto, no se le igualaba ninguno en la carrera ni en el manejo de las armas; su arrojo rayaba casi en lo temerario;

el sueño no era para él una necesidad, y, como verdadero soldado, saboreaba con placer una buena comida y sufría el hambre sin pena. Aunque había vivido en medio de los campamentos, había, sin embargo, recibido la cultura habitual de los Fenicios de las altas clases. Sabía bastante bien el griego (cuya lengua estaba muy generalizada), gracias á las lecciones de su fiel *Sosilon* de Esparta, para poder escribir en esta lengua sus despachos. Siendo aún adolescente, había hecho, como he dicho, sus primeros ejercicios en la carrera de las armas, bajo las órdenes y á la vista de su padre, al que vió caer á su lado durante la batalla. Después, bajo el generalato de su cuñado Asdrubal, fué jefe de la caballería. En este puesto se había distinguido entre todos por su sin igual bravura y sus talentos militares. Y hé aquí que hoy la voz de sus compañeros é iguales llaman al jóven y hábil general á ponerse á la cabeza del ejército. A él era á quien correspondía ejecutar los vastos designios por que habían vivido y muerto su padre y su cuñado. Llamado á sucederles, supo ser su digno heredero. Los contemporáneos han intentado imputar toda clase de faltas á este gran carácter: los Romanos le llaman cruel, los Cartagineses codicioso. En realidad, odiaba como saben odiar los espíritus orientales: como general, necesitaba á cada momento dinero y municiones, y no suministrándoselas su pátria, fuéle necesario procurárselas como mejor pudo. En vano la cólera, la envidia y todos los sentimientos vulgares han querido manchar su historia. Su imágen se levantará siempre pura y grande ante las miradas de todas las generaciones. Descartando las miserables invenciones, que llevan en sí mismas su más explícita condenacion, y las faltas que se le atribuyen y que es necesario referirlas á sus verdaderos

autores, á sus generales *Annibal Monomaco* y á *Magon* el *Samnita*, no se halla nada en los relatos de su vida que no quede perfectamente justificado, ó por la condicion y modo de ser de la sociedad en aquel tiempo, ó por el derecho de gentes de su siglo. Todos los cronistas están conformes en que reunia como nadie la sangre fria y el ardor, la prevision y la accion. Poseyó tambien en el más alto grado el espíritu de invencion y de astucia, que es uno de los caractéres distintivos del génio fenicio; gustábale ir por caminos imprevistos y propios solo para él. Fecundo en recursos disimulados y en estratagemas, estudiaba con inaudito cuidado las costumbres del enemigo que tenia que combatir. Su ejército de espías (los tenia hasta en la misma Roma) le ponía al corriente de los proyectos del enemigo: viósele muchas veces, completamente disfrazado, explorándolo todo. Su génio estratégico se halla escrito en todas las páginas de la historia de este siglo. Fué además un hombre de Estado de primer orden. Despues de la paz con Roma, le veremos reformar la Constitucion de Cartago, y, proscrito y errante por el extranjero, ejercer una poderosísima influencia en la politica de todos los Estados orientales. Muéstrase, por último, su ascendiente sobre los hombres por la increíble constante sumision de aquel ejército compuesto de hombres de tan diversas razas y lenguas tan distintas, y que, aun en los tiempos más desastrosos, no se sublevó contra él ni una sola vez. Fué, en suma, un grande hombre en el verdadero sentido de la palabra, y atrae hácia sí, de un modo irresistible, todas las miradas.

Ruptura entre Roma y Cartago.—Apenas fué elegido para el mando en jefe, quiso romper de nuevo las hostilidades (en la primavera del año 534). Movíanse

á ello sérios motivos. Los Galos estaban aún en fermentacion, y la Macedonia parecia dispuesta á atacar á Roma. Saliendo él inmediatamente á campaña, podia elegir su terreno antes que los Romanos tuviesen tiempo de comenzar la guerra por un desembarco en Africa, empresa fácil y cómoda á sus ojos. Su ejército estaba completo y sus cajas llenas. Empero Cartago no estaba dispuesta ni mucho ménos á hacer una declaracion de guerra, y era más difícil dar dentro de sus muros un sucesor político á Asdrubal, jefe del pueblo, que reemplazarle como general en España. La faccion de la paz se habia apoderado del mando, y procesaba entonces á todos los hombres del partido contrario; y esta faccion, que habia mutilado y hecho infecundas las empresas de Amílcar, ¿habia de ser más favorable á un joven desconocido, que mandaba desde la víspera al otro lado del Estrecho, y cuyo temerario patriotismo iba á desencadenarse á espensas del Estado? Anníbal tuvo que desistir; no quiso tampoco declarar la guerra por su cuenta, poniéndose en abierta rebelion contra las legítimas autoridades de la República africana. Resolvióse entonces excitar á los Saguntinos á cometer actos de hostilidad; pero aquellos se contentaron con quejarse á Roma, y ésta, despachó embajadores que fuesen sobre el terreno, á los que Anníbal quiso obligar, á fuerza de desdenes, á declarar la ruptura. Pero los comisionados veian perfectamente la situacion; se callaron en España, reservando sus recriminaciones para la misma Cartago, y diciendo en Roma que Anníbal estaba armado y dispuesto, y que se aproximaba la lucha. El tiempo pasaba entretanto. Pronto corrió la nueva de la muerte de Antígono Doson, ocurrida de repente y casi á la misma hora que la de Asdrúbal. En la Cisalpina redoblaban

los Romanos su actividad en la edificación de fortalezas, y desde los primeros días de la primavera se propuso la República concluir de una vez con las sublevaciones de los Ilirios. Cada día que pasaba era una pérdida irreparable. Anníbal tomó su partido. Hizo saber á Cartago que, acosando de cerca los Saguntinos á los *Turboletas*, súbditos cartagineses, iba á sitiar á Sagunto; y sin esperar respuesta, atacó (en la primavera del año 535) la ciudad aliada de los Romanos. Esto equivalía á comenzar la guerra contra la República. La nueva llegó á Cartago como un rayo. Sobre la impresión que produjo y las deliberaciones que siguieron, podemos formar una idea recordando el efecto producido en Alemania entre cierta gente por la capitulación del general York (en 1813) (1). Todos los «hombres de importancia,» dicen los historiadores, desaprobaron este acto no autorizado por el Gobierno. Era necesario destituir aquellos temerarios oficiales del ejército entregándolos á los Romanos. Pero, ya fuese que en el Senado de Cartago se temiese al ejército y á las masas más que á Roma, ó que comprendiesen la imposibilidad de volverse atrás, sea en fin que la inercia de los espíritus pudiese más que la necesidad de una decisión, tomóse el partido de no tomar ninguno; y sin mezclarse en los asuntos de la guerra se dejó obrar á Anníbal. Sagunto se defendió de la manera que solo saben hacerlo las ciudades españolas. Si los Romanos hubiesen mostrado una centésima parte de energía que sus clientes; si durante los ocho meses del sitio no hubiesen

(1) El general York, que mandaba el cuerpo prusiano del gran ejército, capituló y se pasó á los Rusos, como todos sabemos, al tener noticia de los desastres de los Franceses en 1813. Esta defección fué la señal de la guerra de la independencia alemana.

perdido el tiempo en insignificantes combates con los piratas Ilirios, dueños como eran del mar y de los puntos de desembarco, se hubiesen evitado la vergüenza de esa proteccion tan decantada y tan prometida como irrisoria; hubieran quizá encauzado por diverso camino los sucesos militares. Pero tardaron, y Sagunto fué tomada por asalto. A la vista de los inmensos tesoros enviados por Annibal á Cartago, se despertó el patriotismo y el entusiasmo bélico aun entre los más refractarios. Distribuido el botin, no era posible la reconciliacion con Roma. Esta envió, sin embargo, embajadores á Africa, aun despues de la destruccion de Sagunto, exigiendo la entrega del general cartaginés y de los gerusiastas que le acompañaban. Intentóse dar excusas, pero el orador romano concretó la cuestion, y mostrando los pliegues de su toga, dijo á los Cartagineses que allí llevaba la paz y la guerra, y que era necesario que eligiesen. Arrastrados por un movimiento de energía, respondieron los ancianos al orgulloso Romano que eligiese él mismo. El embajador optó por la guerra, y se aceptó el reto sin vacilar, en la primavera del año 536 (218 antes de J. C.).

Preparativos para la invasion en Italia.—La tenaz resistencia de Sagunto costó á Annibal todo un año. Terminada la campaña, habia vuelto á Cartagena, estableciendo en ella, segun costumbre, sus cuarteles de invierno (de 535 á 536), preparando á la vez su próxima expedicion y la defensa de España y de África. Como su padre y su cuñado, tenia el mando de ambos países, y por consiguiente tenia el deber de proteger la Metrópoli. Todas sus fuerzas se componian de unos 120.000 hombres de infantería, 16.000 caballos, 58 elefantes, 32 galeras armadas y 18 no armadas, sin contar los elefantes y los buques que habian quedado

en Cartago. Excepto algunos Ligurios que iban en las tropas ligeras, no tenia en su ejército mercenarios. También habia en él algunos escuadrones fenicios, pero el núcleo principal lo componian exclusivamente los contingentes de los súbditos Libios y Españoles. Para asegurarse su fidelidad les habia dado Anníbal una gran prueba de confianza, concediéndoles licencia durante todo el invierno. En su patriotismo de elevadas miras, muy diferente de la estrechez de las de sus conciudadanos, habia prometido, bajo juramento, á los Libios concederles el derecho de ciudad en Cartago si entraban un dia en África vencedores de Roma. No empleó todas sus tropas en la expedicion á Italia. Mandó 20.000 hombres á África, de los que destinó un corto número para que fuesen á defender á Cartago y su territorio propiamente dicho, quedando acantonada la mayor parte de la division en el extremo occidental del continente. Dejó en España 12.000 infantes, 2.500 caballos, y casi la mitad de los elefantes, y la escuadra quedó estacionada en la costa, cuyo mando supremo dió á su hermano más jóven, Asdrubal. Si solo envió pequeños refuerzos á la region fenicia propiamente dicha, es porque Cartago podia, en caso de necesidad, proveer á todo. En España, en donde se hacian sin trabajo nuevos reclutamientos, aseguraba suficientemente sus espaldas, no dejando más que un fuerte núcleo de infantería, con buena caballería y elefantes, que era lo que constituía la fuerza del ejército cartaginés. Tomó al mismo tiempo eficacísimas medidas para tener siempre fáciles comunicaciones entre España y África: dejaba, como hemos dicho, la escuadra en la costa, y un cuerpo de ejército numeroso en el África occidental. Para estar aún más seguro de la fidelidad de sus soldados, habia encerrado en la fuerte

plaza de Sagunto los rehenes de las ciudades españolas; y llevando sus tropas á países muy lejanos de aquel en que habian sido reclutadas, habia procurado tener á sus inmediatas órdenes las milicias del África oriental, enviado las españolas al África occidental, y á Cartago los Africanos del Oeste. Habia, pues, provisto á todo en lo que respecta á la defensa.

No eran ménos grandiosas las disposiciones dadas para tomar la ofensiva. Cartago debia mandar 20 galeras y 1.000 soldados, con la mision de desembarcar en la costa occidental de Italia y hacer en ella correrías. Una segunda escuadra de 25 buques debia amagar un ataque sobre Lilibea, y procurar recuperar esta ciudad. Pero éstos no eran más que detalles modestos y accesorios de la empresa. Annibal creyó, por consiguiente, poder encargar á Cartago de su ejecucion. En cuanto á él, habia decidido partir para Italia con el grande ejército, poniendo por obra el plan que su padre habia, sin duda, concebido con anterioridad. Así como Cartago no podia ser directamente atacada sino en Libia, así tampoco podia serlo Roma sino yendo á Italia. Roma intentaba evidentemente pasar á África, y Cartago no podia ya limitarse, como otras veces, á operaciones secundarias, tales como la guerra de Sicilia ó la defensiva en su propio territorio. Las derrotas tenian las mismas desastrosas consecuencias, y la victoria no daba los mismos resultados. Pero ¿cómo y por dónde atacar á Italia? Habia caminos ó rutas, así por mar como por tierra, que á ella conducian; pero si la empresa no habia de ser una especie de aventura desesperada, si Annibal soñaba en una expedicion seria, que tuviese á la vez un fin vasto y estratégico, necesitaba una base de operaciones más próxima que lo estaban España ó África. Siendo Roma señora de los mares,

no eran buen punto de apoyo, ni una escuadra, ni una fortaleza marítima. Tampoco podía contar con las regiones ocupadas por la Confederación italiana. En otro tiempo, á pesar de las poderosas simpatías que despertaba el nombre griego, había permanecido cerrada delante de Pirro: no se podía, pues, esperar que se disolviese á la aparición de un general cartaginés. ¿Qué podía tardarse en destruir un ejército invasor, que penetrase en la red de fortalezas romanas y la fuerte barrera de los aliados? Los Ligurios y los Galos eran los únicos que ofrecían á Anníbal las ventajas que los Polacos á Napoleon en sus campañas contra los Rusos, análogas, bajo muchos aspectos, con la expedición cartaginesa. Estos pueblos conservaban frescas las heridas de la guerra en que habían perdido su independencia: extraños á los itálicos, amenazada su vida, y viendo levantarse entre ellos los primeros recintos de fortificaciones romanas y abrirse aquellas grandes vías que los envolvían por todas partes, ¿no habían de considerar como salvador al ejército cartaginés, en donde combatían en masa los Celtas de España? ¿No podrían ser para Anníbal un sólido punto de apoyo? ¿No le suministrarían hombres y provisiones? Ya se había puesto formalmente de acuerdo con los Boios y los Insubrios, que le habían prometido guías para su ejército, una buena acogida para sus hermanos de raza, y víveres mientras atravesaba su país, y debían sublevarse inmediatamente que los Cartagineses pusiesen sus pies en el suelo de Italia. No eran ménos propicios para la invasión los sucesos que tenían lugar en el Este. Macedonia, cuyo dominio sobre el Peloponeso acababa de consolidar la victoria de Selasia, estaba enemistada con Roma. Demetrio de Paros, que, haciendo traición á la República, se había pasado al partido de Macedonia,

arrojado de sus Estados, se habia refugiado en la córte del Rey de aquella Nacion, que negó su extradicion. ¿En qué otra parte que en las llanuras del Pó podia intentarse la reunion, contra el enemigo comun, de los ejércitos procedentes de las orillas del Bétis y de Estrimon (*Kara-sou ó Strouman*)? Así pues, las circunstancias designaban la Italia del Norte como el verdadero punto de ataque; y ya en 524 (230 antes de J. C.), se habian encontrado los Romanos en Liguria (nueva prueba de los sérios proyectos de Amílcar) con gran admiracion de su parte, un destacamento de soldados cartagineses. Lo que no se explica tan fácilmente es por qué siguió Anníbal su ruta por tierra y no por mar. Ni la supremacía naval de los Romanos, ni la alianza de éstos con Marsella podian impedirle el desembarco en la costa de Génova; esto se comprende con facilidad, y los sucesos que siguieron lo dieron á entender mejor. Pero Anníbal tenia que elegir entre dos escollos, y prefirió sin duda no exponerse á los peligros de una travesía, ni á las vicisitudes de una guerra naval, que deja siempre ménos parte á la prudencia humana, y juzgó más conveniente ir al encuentro de los Boios y de los Insubrios, cuyo concurso es indudable que se le habia prometido formalmente. Además, desembarcando en Génova, tenia tambien que atravesar la montaña, y no le era dado saber que el paso de los Alpes era infinitamente más difícil que el del Apenino. Por último, la ruta que siguió fué la de las antiguas emigraciones célticas; pueblos más numerosos que su ejército habian penetrado en Italia por los Alpes. El aliado y salvador de los Galos itálicos no creyó empresa temeraria el seguir las huellas de estos pueblos.

Partida de Anníbal.—A principios de la prima-

vera, reunió Anníbal en Cartagena todas las tropas que componian el grande ejército, 90.000 hombres de infantería y 12.000 caballos; las dos terceras partes eran Africanos y la otra Españoles. Llevó consigo además 30 elefantes, más bien para imponer á los Galos que como fuerza eficaz de combate. Su infantería no tenia nada de comun con la de Xantipo, que se escondia tras de la línea de estos grandes animales. No se le ocultaba que ésta era un arma de dos filos, que podia llevar el desórden y ocasionar la derrota lo mismo á las filas del enemigo que á las propias. Así es, que no hacia uso de los elefantes sino con mucha circunspeccion y en corto número. Tal era el ejército con que salió de Cartagena y marchó hácia el Ebro en la primavera del año 536 (218 antes de J. C.). Para dar confianza hasta al simple soldado, dejaba traslucir suficientemente las medidas tomadas de antemano, y sobre todo las relaciones entabladas con los Celtas y los medios de que disponia para el buen éxito de su expedicion. El soldado, cuyo instinto militar se habia desarrollado en el servicio de las armas, presentia por todas partes la exactitud de miras, y la mano segura y fuerte de su general, siguiéndole con una fé ciega por caminos para él desconocidos. Despues, cuando con su palabra poderosa les mostraba la Pátria humillada, las insolentes exigencias de Roma, la inminente esclavitud de aquella Cartago que les era tan querida y la vergonzosa extradicion de su general y de sus oficiales, impuesta como condicion para la paz, los arrastraba consigo, ardiendo en deseos de pelear y arrebatados por el entusiasmo.

Estado de cosas en Roma. Indecision en los planes. Anníbal pasa el Ebro.—En Roma la situacion era lo que suele ser, con frecuencia, en el seno de las aristo-

Las gracias más solidamente establecidas y mas previsoras. El Gobierno sabia lo que queria, y obraba en su consecuencia; pero desgraciadamente no obraba bien ni á tiempo. Hacia mucho tiempo que debia tener cerradas las puertas de los Alpes, y haber acabado con los Cisalpinos; y sin embargo, los Alpes continuaban abiertos y los Cisalpinos eran aún terribles. Hubiérase podido vivir en paz con Cartago, y en una paz durable, á condicion de observar fielmente el tratado del año 513; y si es que se queria la ruina de esta ciudad, hubieran podido y debido destruirla tiempo há las legiones. Pero de hecho se habian violado los tratados con la confiscacion de Cerdeña, y en los veinte años de plazo que le habian dado, pudo regenerarse Cartago. Nada más fácil que vivir en paz y en buenas relaciones con Macedonia; pero se sacrificó su amistad á una miserable conquista. No se habia hallado en Roma uno de esos grandes hombres de Estado que abrazan con sus miradas las situaciones y dirigen los acontecimientos. En todo se habia hecho, ó mucho ó muy poco, y sin embargo tenian ya encima la guerra. El enemigo habia podido elegir libremente el tiempo y el lugar para la lucha, y los Romanos, aun teniendo completa y exacta conciencia de su superioridad militar, no tenian al principiar la campaña plan, objeto ni marcha determinada. Tenian sí 500.000 soldados. Solo su caballería no era tan buena como la del enemigo, y, relativamente, era ménos numerosa que la de aquel. Entre ellos apenas ascendia á la décima parte del total efectivo, mientras que entre los Cartagineses ascendia á la octava parte. Pero la escuadra romana contaba con 220 galeras recién llegadas del Adriático; ¿qué pueblo comprometido en una próxima guerra habrá podido contar con tales recursos, y de los que le haya sido tan fácil sacar un gran partido?

Hacia muchos años que se habia convenido en que al primer acto de hostilidad desembarcarian en África las legiones: despues, en vista de los acontecimientos, hubiera debido pensarse en un desembarco en España, que combinado con el anterior, pudiese detener allí el ejército de ocupacion, que sin esta medida le era fácil trasladarse inmediatamente á los muros de Cartago. Hubiera sido obrar de una manera conforme con este plan de campaña el haber mandado un ejército romano á la Península á la nueva del rompimiento de las hostilidades por Annibal, en el año 535, y del ataque contra Sagunto. Pero habria debido hacerse antes de la toma de la ciudad: en Roma permanecieron sordos, así á los consejos de una mejor estrategia, como á las prescripciones del honor. Ocho meses se sostuvo Sagunto, pero de nada sirvió su heroismo. Habia sucumbido como si Roma no tuviese dispuesto un ejército de desembarco. Quedaba el país entre el Ebro y los Pirineos: aún eran libres los pueblos que lo habitaban. Siendo aliados naturales de Roma, se les habia prometido un auxilio inmediato lo mismo que á los Saguntinos. De Italia á Cataluña no tardaban los buques más tiempo que las tropas yendo por tierra desde Cartagena. Si despues de declarada formalmente la guerra se hubiesen puesto en camino los Romanos al mismo tiempo que los Cartagineses, es decir, en el mes de Abril, hubiera podido Annibal encontrar las legiones ya atrincheradas en la línea del Ebro. Sea como quiera, quedando reservado el grueso del ejército romano para la expedicion al Africa, recibió orden el segundo cónsul, *Publio Cornelio Escipion*, de ir á defender el rio que servia de frontera en España; pero lo tomó con toda calma y tranquilidad, y habiendo ocurrido una insurreccion en la llanura del Pó, mar-

chó á sofocarla con sus tropas dispuestas ya á embarcarse. La expedicion á España se verificará con otras legiones que comenzaron á formarse. En este tiempo habia ya llegado Anníbal al Ebro, en donde encontró una tenaz resistencia; pero en las circunstancias presentes, el tiempo le era más precioso que la sangre de sus soldados. En pocos meses destruyó las fuerzas que le opusieron los indígenas, y con su ejército mermado ya en una cuarta parte, llegó á los Pirineos. La inercia culpable de los Romanos fué por segunda vez la causa de la pérdida de sus aliados españoles. El desastre era tan fácil de preveer como el evitar la lentitud de los Romanos. Además, si se hubiera efectuado á tiempo el desembarco de las legiones, se habria probablemente impedido la invasion en Italia, que parece no fué prevista hasta la primavera del año 536. En cuanto á Anníbal, como que iba á arrojarse sobre el territorio del enemigo, no por esto obraba en manera alguna á la desesperada, ni abandonaba «su reino español.» El tiempo empleado en el sitio de Sagunto y en la sumision de Cataluña; el considerable ejército que dejó en el país conquistado al Norte del Ebro, y todas las demás precauciones tomadas, demuestran que si las legiones hubieran venido á disputarle la posesion de España, no se hubiera contentado con sustraerse á sus ataques; pero aunque los Romanos no hubiesen hecho más que retardar su partida de España por algunas semanas, hubieran adquirido una gran ventaja. El invierno hubiera cerrado el paso de los Alpes antes de la llegada de los Cartagineses, y el cuerpo expedicionario destinado á Africa verificado su desembarco sin romper una lanza.

Annibal en las Galias. Escipion en Marsella. Paso del Ródano.—Una vez llegado á los Pirineos en-

vió Anníbal á sus casas una parte de sus soldados. Medida premeditada desde el principio, y que atestiguaba á los ojos del ejército la gran confianza del general en el éxito de su empresa, al mismo tiempo que era un mentís solemne á los que creían que aquella era una de esas expediciones de que no vuelve ninguno. Solo con 50.000 infantes y 9.000 caballos pasó la cordillera sin encontrar dificultad alguna. Despues, caminando á lo largo de la costa, por la region de Narbona y de Nimes, se abrió inmediatamente paso por entre las poblaciones indígenas, favorablemente dispuestas por negociaciones anteriores, compradas en el acto por el oro cartaginés ó dominadas por las armas. A fines de Julio llegó al Ródano por frente de *Avenio* (*Avignon*). Parece que allí le esperaba una resistencia más séria. El cónsul Escipion habia desembarcado en Marsella á fin de Junio, pues al dirigir su rumbo á España supo que era demasiado tarde, y que Anníbal, no solo habia pasado el Ebro, sino tambien los Pirineos. Esta nueva dió por fin á conocer la direccion y el objeto de la expedicion cartaginesa. El cónsul abandonó por entonces sus proyectos sobre España, y tomó el partido de unirse con los pueblos célticos de aquella region, que obedecian la influencia de los Masaliotas, y por medio de éstos, la de los Romanos. Debía, pues, esperar á Anníbal en el Ródano, y cerrarle el paso del rio y la entrada en Italia. Afortunadamente para los Cartagineses no tenian enfrente, en el lugar por donde proyectaban el paso, nada más que algunas milicias de Galos. El cónsul con su ejército (22.000 infantes y 2.000 caballos) estaba aún en Marsella, á cuatro jornadas de distancia rio abajo. Los enviados de los Galos corrieron á darle aviso de la llegada del enemigo. Este se veia obligado á pasar precipitadamente la rápida corriente con su

numerosa caballería y sus elefantes, á la vista de los Galos, y antes que llegasen los Romanos. No poseía ni una mala barquilla; pero por su órden se compraron inmediatamente y á cualquier precio todos los barcos del país destinados á la navegacion del Ródano, y se construyeron otros nuevos cortando los árboles de los alrededores en poco tiempo, haciéndose todos los preparativos necesarios para que el ejército pudiese pasar el rio en un solo dia. En este intervalo destacóse una fuerte columna de tropas al mando de *Hannon*, hijo de *Bomilcar*, y marchó algunas jornadas rio arriba, hasta que halló un punto fácil y no defendido, y pudo pasar á la otra orilla por medio de balsas ó almadías reunidas inmediatamente, bajando en seguida hácia el Sur y colocándose á la espalda de los Galos que detenian el grueso del ejército. En la mañana del quinto dia, despues de su llegada, y tres despues de la partida de *Hannon*, vió Anníbal levantarse frente á su campamento una columna de humo, señal convenida y que le anuncia la presencia de *Hannon* en aquel punto, y dió inmediatamente la órden de ataque esperada con impaciencia. Al primer movimiento de la flotilla enemiga, corrieron los Galos á la orilla; pero de repente ven que está ardiendo su campamento y se detienen sorprendidos; más atacados con decision, y no pudiendo resistir divididos ni á los que les acometen por detrás ni á los que pasan el rio, huyen y desaparecen.

Durante este tiempo, Escipion está muy tranquilo en Marsella pensando qué puntos convendria ocupar en el Ródano. Los Galos le enviaron apremiantes mensajes, pero él no juzgó oportuno marchar contra el enemigo. No quiere creer las nuevas que le llevan, y se contenta con enviar por la orilla derecha un pequeño destacamento de caballería, con objeto de que hiciese

algunas exploraciones. Este cuerpo se encontró con que todo el ejército cartaginés había ya pasado el río, y se ocupaba en el transporte de los elefantes que habían quedado en la orilla derecha, y terminó su reconocimiento sosteniendo un sangriento combate (el primero de esta guerra) con algunos escuadrones cartagineses, que recorrían también la llanura inmediata á Aviñon, volviendo en seguida á dar cuenta de la situación al cuartel general. Entonces partió Escipion á marchas forzadas; pero cuando llegó, hacía ya tres días que la caballería cartaginesa, después de haber protegido el paso de los elefantes, había seguido al grueso del ejército. No quedó al cónsul más remedio que volver á Marsella, sin gloria y con sus tropas fatigadas, afectando un insensato desprecio hácia aquellos Cartagineses que habían huido cobardemente. Esta era la tercera vez que, por pura negligencia, abandonaban los Romanos á sus aliados y perdían una importante línea de defensa. En seguida, como después de cometido el error, habían pasado de una inacción inexplicable á una precipitación aún más irracional; como acababan de hacer, sin plan y sin resultado, lo que algunos días antes hubieran podido y debido ejecutar seguramente con gran utilidad, se imposibilitaban de este modo para reparar sus faltas. Una vez al otro lado del Ródano, no había que pensar en impedir á Anníbal el que llegase al pié de los Alpes; pero todavía hubiera podido Escipion, á la primera nueva que tuvo de que los Cartagineses habían pasado el río, volverse con todo su ejército, y pasando por Génova, llegar en siete días al Pó, unirse allí con los destacamentos que había en el país, esperar al enemigo, y recibirle vigorosamente. Pero no, sino que después de haber perdido el tiempo y fatigado sus tropas en la precipi-

tada marcha á Aviñon, parece que Escipion, hombre hábil sin embargo, no tenia entonces valor político ni tacto militar; no se atreve á sacar partido de las circunstancias, ni á modificar el destino de su cuerpo de ejército; embarca para España la mayor parte al mando de su hermano *Gneo*, y él se volvió á Pisa con el resto.

Paso de los Alpes.—Una vez al otro lado del Ródano, convocó y pasó Anníbal una gran revista á sus tropas, para participarles sus proyectos, poniéndoles en comunicacion, por medio de un intérprete, con un jefe Galo, *Magilo*, procedente de la region del Pó, y despues se puso en marcha hácia los Alpes. Al elegir allí su ruta, no tuvo en cuenta, ni la menor ó mayor extension de los valles, ni las disposiciones más ó ménos favorables de los habitantes, fuese cualquiera el interés que tuviese en no perder un minuto en combates parciales ó en pasar la cordillera. Ante todo, debia preferir el camino más fácil y más practicable para sus bagajes, su numerosa caballería y sus elefantes, ó aquel en que pudiera hallar suficientes medios de subsistencia. Por más que llevase en bestias de carga gran cantidad de provisiones, éstas solo podian alimentar, por algunos dias, su ejército que, no obstante sus bajas, ascendia aún á 50.000 hombres útiles. Dejando aparte el camino de la costa, que Anníbal no quiso seguir, no porque se lo impidiesen los Romanos, sino porque le alejaba de su fin, solo habia en aquel tiempo dos pasos (que mereciesen este nombre) que condujeran á la Galia Cisalpina, por la cordillera de los Alpes; el uno atravesaba los *Alpes Cottios* é iba á parar al territorio de los Taurinos (á Turin por *Susa* ó *Fenestrela*): el otro por los Alpes Grecos (*pequeño San Bernardo*), conducia al territorio de los *Salasas* (*pais de*

Aosta y de Ibreá) (1). El primero es el más corto: pero despues de haber dejado el Ródano, conduce á los estériles y casi impracticables valles del *Drac*, del *Romancha* y del alto *Druencia*, á través de ásperas montañas, y se emplean de siete á ocho dias de camino. Pompeyo fué el primero que trazó allí una vía militar á fin de establecer la comunicacion más directa posible entre la Galia Cisalpina y la Transalpina. Por el pequeño San Bernardo el camino es algo más largo; pero cuando pasa el primer estribo de los Alpes, al Este del Ródano, remonta el *alto Iser*, que corre por cerca de *Chambery* y llega desde *Grenoble* hasta el pié del Collado, ó, si se quiere, hasta el pié de la Gran Cadena, y es el más ancho, el más fértil y el más poblado de los valles alpestres de esta region. Además, este punto es el ménos elevado de todos los pasos naturales de los Alpes en aquella region (2.192 metros): es tambien el más cómodo; y aunque no se ha construido nunca allí camino alguno, hemos visto que en 1815 lo atravesó un cuerpo de ejército austriaco con su artillería correspondiente. No cortándolo nada más que dos cadenas, el paso del pequeño San Bernardo era el más frecuentado en los primeros tiempos, y por él era por donde las bandadas de los Galos verificaban sus incursiones en Italia. En realidad, el ejército de Annibal no podia elegir: por un concurso feliz de circunstancias, los pueblos cisalpinos, con quienes habia hecho alianza, dominaban hasta el pié de la montaña, sin que esto hubiese sido para él un motivo determinante. Por el contrario,

(1) La ruta del Mont-Cenis no ha sido practicable para un ejército hasta la Edad Media. El paso más al Este, por los *Alpes Peninos* ó el *Gran San Bernardo*, que se convirtió en vía militar bajo César y Augusto, no pudo Annibal pensar siquiera en seguirlo.

por el monte de Ginebra hubiera ido á caer al territorio de los *Taurinos*, siempre en guerra con los Insu-
brios. Creo, pues, que el gran ejército cartaginés mar-
chó directamente hácia el valle del alto Iser, no como
podía suponerse, por el camino más corto, subiendo
por la orilla izquierda del Iser inferior (de *Valence* á
Grenoble), sino atravesando «la isla de los Alobroges,»
rica entonces y poblada, que limitan, el Ródano por el
Norte y el Oeste, el Iser por el Sur y los Alpes por el Este.
También aquí dejó Anníbal la línea recta, que le obli-
gaba á atravesar un país montañoso, estéril y pobre,
mientras que la isla era ménos montuosa y más fertil,
y no teniendo que pasar en esta direccion, más que
una cumbre para desembocar en seguida en el alto va-
lle del Iser. La travesía de la isla, subiendo primera-
mente por la orilla del Ródano, y torciendo despues
á la derecha, le costó 16 jornadas. No encontró en
ella sérias dificultades, y, habiendo sabido aprove-
chase de la guerra que acababa de estallar entre
dos jefes Alobroges, uno de ellos, el más podero-
so, se declaró en su favor, sirvió el mismo de guía
al ejército en todo el país bajo, proveyó al aprovisio-
namiento y hasta suministró á los soldados armas,
vestidos y calzado. Pero cuando llegaron á la pri-
mera cadena que se levanta como una muralla cortada
á pico y solo es accesible por un punto (cuesta del
Monte del gato, por la aldea de *Chebalu*), les detuvo de
repente un incidente sensible. Los Alobroges ocupaban
en gran número el collado. Prevenido á tiempo, evitó
Anníbal que pudiesen sorprenderle. Acampó al pié del
monte, y durante la noche, mientras que los Galos se
habian retirado á sus moradas en una especie de ran-
chería vecina, se apoderó del paso. Ya estaban conquis-
tadas las alturas, pero á la bajada de la pendiente que

conduce al *Lago de Burget*, resbalaban y caian rodando los mulos y los caballos. En este momento le acometieron los Galos, cuyo ataque era ménos peligroso que molesto por el desórden que introducía en la marcha del ejército. Pero el general se lanzó inmediatamente sobre ellos á la cabeza de sus tropas ligeras, los rechazó sin trabajo y los arrojó de la montaña despues de haberles causado muchas bajas. El tumulto del combate habia aumentado los peligros y dificultades de la bajada, sobre todo para el convoy y los equipajes. Una vez que hubo pasado, aunque no sin grandes pérdidas, tomó Anníbal por asalto la ciudad más inmediata para castigar y aterrar á los bárbaros, y á fin de reponer las pérdidas de mulos y caballos. Descansó un dia en el hermoso valle de Chambery, y despues remontó el Iser sin hallar obstáculos por falta de víveres ni por ataques del enemigo. Pero entrando al cuarto dia en el territorio de los Ceutrones, se iba cerrando poco á poco el valle á su paso; allí fué, pues, necesario tomar de nuevo precauciones. La gente del país le esperaba en la frontera (en las inmediaciones de *Conflans*) con ramos y coronas, y daban al ejército carnes, guías y rehenes: parecia, pues, que habian entrado en país amigo. Pero cuando los Cartagineses llegaron al pié de la montaña, en el punto en que el camino se separa ya del Iser, y subiendo por un escarpado y estrecho desfiladero, y á por el arroyo de Reclusa, se eleva poco á poco hácia el collado del pequeño San Bernardo, se arrojan de repente sobre su retaguardia los Ceutrones, y atacándolos al mismo tiempo por los flancos, desde lo alto de las rocas, ya les cierran el paso á derecha é izquierda; esperaban separar al ejército de sus convoyes y bagajes. Pero Anníbal les habia adivinado sus intenciones con su penetracion habitual. Comprendió que solo le habian acogido

bien en un principio á fin de que no talase su país, preparando al mismo tiempo su traicion, y contando con un rico y seguro botin. En la prevision de un ataque, habia mandado delante su caballeria, material de guerra, etc. Toda la infanteria iba detrás protegiendo la marcha. Los proyectos hostiles de los Ceutrones quedaron por tanto defraudados: sin embargo, hostilizando á la infanteria en toda su marcha, y arrojando ó rodando sobre ella enormes peñascos desde las alturas inmediatas, le hicieron experimentar grandes pérdidas. Llegóse por fin á la *roca blanca* (todavía lleva este nombre), que es una enorme masa calcárea que se levanta á la entrada del desfiladero. Allí se detuvo y acampó Anníbal, protegiendo durante la noche la subida de sus caballos y mulos: al dia siguiente volvió á comenzar el combate y continuó sangriento hasta llegar á la cumbre, en donde pudieron por fin descansar las tropas. Detuviéronse en una alta meseta, fácil de defender (*el circo de Anníbal*), que se extiende por espacio de dos millas y media alemanas (unas cuatro leguas), en donde nace el *Duria* en un pequeño lago (*lago Verney ó de las aguas rojas*), y descendiendohacia la Italia. Ya era tiempo, pues los soldados comenzaban á perder el valor. El camino, que iba poniéndose cada vez más intransitable; las provisiones, que se iban agotando; los desfiladeros peligrosos, desde donde un enemigo inatacable los hostilizaba constantemente y embarazaba su marcha; las filas mermándose de dia en dia; el recuerdo de sus camaradas despeñados en los precipicios, y los heridos abandonados sin esperanza, todos estos males habian relajado la moral de los veteranos Africanos y Españoles. Ninguno, á excepcion del jefe y de sus allegados, veia ya en la empresa nada más que una quimera; pero jamás llegó á fla-

quear la confianza de Annibal. Volviéronse á encontrar numerosos soldados que habian rodado por las laderas; hallábanse muy próximos los Galos aliados; se estaba en el punto de partida de las aguas, y tenian ante si la bajada, cuya vista alegre siempre al que viaja por las montañas. Despues de haber descansado un poco, recobró su valor el ejército, y comenzó la última y más difícil operacion, que debia conducirle á la llanura. El enemigo no le incomodaba ya mucho; pero llegado el mal tiempo (era á primeros de Setiembre) reemplazó en la bajada á las molestias que los bárbaros les habian hecho sufrir en la subida. Por las pendientes resbaladizas y heladas de las orillas del Duria, en donde la nieve habia borrado toda huella y todo camino, se extraviaban hombres y animales, perdian la tierra y caian en los abismos. Al anochecer del primer dia llegaron á un sitio de unos doscientos pasos de extension, por donde se precipitaban á cada momento enormes avalanchas que se desprendian de los escarpados picos del *Cramont*, cubiertos casi perpétuamente por las nieves. La infantería pudo pasar, aunque con dificultad; pero no sucedió lo mismo con los elefantes y los caballos, que se resbalaban en las masas de hielo ocultas bajo una nueva y ténue capa de nieve. Annibal acampó más arriba con los elefantes y la caballería. A la mañana siguiente rompieron á fuerza de trabajo la capa de hielo é hicieron practicable el camino para los mulos y los caballos; pero se necesitaron tres dias de grandes esfuerzos, en que los soldados se iban relevando sin cesar, para que pudiesen pasar los elefantes. Al cuarto dia se habia ya reunido por fin todo el ejército; el valle iba ensanchando y siendo más fértil cada vez. Por último, despues de otros tres dias de marcha, llegaron al territorio de los Salasas, ribereños

del Duria y clientes de los Insubrios, los cuales recibieron á los Cartagineses como amigos y salvadores. A mediados de Setiembre llegó el ejército á la llanura de *Ibrea (Eporedia)*, en donde los soldados fatigados se hospedaron en las aldeas, y, en veinticuatro dias de reposo y de cuidados se rehicieron de sus pasadas fatigas. Si los Romanos hubieran tenido en el territorio de los Turinenses un cuerpo de ejército de 30.000 hombres descansados y dispuestos para el combate (cosa que les hubiera sido muy fácil); si hubiesen atacado en semejante ocasion, habrian frustrado y desbaratado por completo la gigantesca empresa de Aníbal; pero afortunadamente para éste, sus adversarios hacian lo que siempre, no estar en donde debian, y sus tropas pudieron entregarse tranquilamente al descanso, de que tanto necesitaban (1).

(1) Todas las cuestiones topográficas relativas al famoso paso de los Alpes por Aníbal, nos parecen á la vez vanas y resueltas, en cuanto á los puntos más esenciales, en la disertacion hecha de mano maestra por Wickham y Cramer (*Dissertation on the passage of Hannibal, etc.*, Oxford, 1820. Véase tambien en el mismo sentido: De Luc, *Historia del paso de los Alpes por Aníbal, desde Cartagena hasta el Tesino, segun la narracion de Polibio*, etc., París y Génova, 1818. Mommsen ha adoptado enteramente su sistema, que parece el más aceptable, sobre todo en lo tocante al paso por el pequeño San Bernardo). No son menores las dificultades cronológicas. Hagamos sobre esto algunas consideraciones. Cuando Aníbal llegó á la cumbre del San Bernardo, «ya estaban cubiertos los picos de espesa capa de nieve» (Polib., 3, 54). Habia nieve en el camino (Polib., 3, 55): pero tal vez no fuese reciente, sino procedente de las avalanchas del estío. En el pequeño San Bernardo comienza el invierno por San Miguel (á fines de Setiembre), y en Setiembre es tambien cuando nieva. A fines de Agosto los dos Ingleses Wickham y Cramer no la hallaron en el camino; pero la habia en ambos lados, en las laderas de la montaña. De

Tocábase el fin, pero á costa de grandes sacrificios. De los 50.000 infantes y 9.000 caballos, todos veteranos, que componian su ejército al pié de los Pirineos, habian perecido la mitad en el campo de batalla por las fatigas de la marcha ó en el paso de los rios. El mismo Anníbal confesaba que no podia poner en campaña más de 20.000 infantes, cuyas tres quintas partes eran Libios y los restantes Españoles. Quedábanle además cerca de 6.000 caballos. El haber sido mucho menores las pérdidas de la caballería prueba la excelencia de los Numidas y el especial cuidado y las muchas consideraciones con que habia mirado el general en jefe á

donde se deduce que Anníbal debió llegar á la cumbre á primeros de Setiembre, lo cual se concilia perfectamente con lo que dice Polibio: «ya estaba próximo el invierno,» que esto y no otra cosa es lo que significan las palabras *συνάπτειν τὴν τῆς πλείαδος δύνειν* (Polibio, 3, 54), y no debe atribuírseles en manera alguna el sentido de que se estuviese entonces en la época «de declinacion de la pleyada» (hácia el 26 de Octubre.— Véase Ideler, *Cronolog.*, I, p. 241.) Sí, pues, se calcula que Anníbal llegó á Italia nueve dias despues, es decir, á mediados de Setiembre, queda tiempo suficiente para colocar en el intervalo todos los sucesos que siguieron hasta el dia de la batalla del *Trebia* (á fines de Diciembre, Polib., 3, 72); y sobre todo para que llegasen de Lilibea á Plasencia las tropas del ejército expedicionario de Africa. Estos hechos se concilian tambien con la gran revista efectuada en la anterior primavera (Polib., 3, 34), y con el dia en que se dió la orden de marchar; en fin, con el tiempo que duró la campaña, que fueron cinco meses (seis segun Apiano, 7, 4). Si pues Anníbal llegó al pequeño San Bernardo á primeros de Setiembre, como necesitó treinta dias para llegar allí desde este rio, debe deducirse de esto que á primeros de Agosto estaba en el Ródano. Segun esto, podemos afirmar que Escipion, que se habia embarcado al comenzar el verano (Polib., 3, 41), en primeros de Agosto, ó habia perdido mucho tiempo en el camino, ó habia permanecido inactivo en Marsella.

estas tropas escogidas. Una marcha de 526 millas ó de 33 jornadas por término medio, comenzada y ejecutada sin accidentes graves ó imprevistos, marcha que hubiera sido quizá imposible sin los más felices acontecimientos ó las más enormes faltas por parte del enemigo, habia costado muy cara, pues diezmó y demoralizó el ejército, hasta el punto de haber sido necesario aún más de otro tanto tiempo para que pudiese tomar nuevo aliento ó reparar sus perdidas fuerzas. Digámoslo sin rebozo: estratégicamente hablando, puede quizá ser atacada esta operacion militar, y hay razon para preguntarse si el mismo Anníbal ha podido realmente engreirse con ella como un acontecimiento próspero. No nos apresuremos, sin embargo, á censurar á este gran capitán. Muy visibles son las lagunas del plan por él ejecutado, pero no podremos decir si pudo preveerlas. Es verdad que habia emprendido su ruta por un país bárbaro y desconocido; pero ¿quién se atreverá á sostener que hubiera debido irse por la costa ó embarcarse en Cartago ó en Cartagena? ¿Hubiera acaso corrido menores riesgos por este lado? Dígase lo que se quiera del camino elegido, la ejecucion en los detalles revela la consumada prudencia de un maestro, admirándonos en todos sus momentos; y sea por el favor de la fortuna ó por la habilidad del general, el objeto final de la empresa, el gran pensamiento de Amílcar, el hecho de llevar á Italia la guerra contra Roma, todo esto se habia convertido en una realidad. El génio del padre habia concebido el proyecto, y así como la mision de *Stein* y *Scharnhorst* ha sido quizá más difícil y grande que todas las hazañas de *Fork* y *Blücher*, así tambien la historia, con el tacto seguro y el recuerdo de los grandes hechos, ha puesto en primera linea, entre los más dignos de admiracion, el

paso de los Alpes, ese episodio final del gran drama heróico de los preparativos de Amílcar, y hasta ensalza y glorifica este alto hecho, más aún que las famosas victorias de *Trasimeno* y de *Canas*.

CAPITULO V.

GUERRAS DE ANNÍBAL HASTA LA BATALLA DE CANAS.—Annibal y los Galos de Italia.—Escipion en el valle del Pó. Combate del Tesino. Los ejércitos delante de Plasencia. Batalla del Trebia.—Annibal dueño de la Italia del Norte.—Situacion de Annibal bajo el punto de vista político y militar.—Annibal pasa los Apeninos. El cónsul Flaminio. Batalla del lago Trasimeno.—Annibal en la costa del Este. Reorganizacion del ejército cartaginés. Guerra en la Baja Italia. Fabio. Marcha sobre Cápua y vuelta á la Apulia.—Guerra en la Apulia. Fabio y Minucio.—Nuevos armamentos en Roma. Los cónsules Paulo y Varron.—Batalla de Canas.—Resultados de la batalla de Canas. Faltan los auxilios esperados de España.—Refuerzos de Africa. Alianza entre Cartago y Macedonia.—Alianza con Siracusa.—Cápua y la mayor parte de las ciudades de la Baja Italia se pasan á Annibal.—Firmeza de los Romanos.

Annibal y los Galos de Italia.—La aparicion de Annibal en la Cisalpina habia, por de pronto, cambiado el estado de las cosas y desbaratado todo el plan de campaña de los Romanos. De los dos ejércitos de la República, el uno habia desembarcado en España y estaba ya frente al enemigo. No habia, pues, que pensar en llamarlo. El segundo, mandado por el cónsul Tiberio Sempronio, que estaba destinado á desembarcar en Africa, se hallaba todavía afortunadamente en Sicilia. En esta ocasion, por fin, habia sido provechosa á los Romanos su lentitud. De las dos escuadras cartaginesas con destino á Sicilia y á Italia, la una ha-

bia sido destruida por la tempestad, siendo apresadas por los Siracusanos las pocas naves que habian logrado salvarse; la otra habia intentado en vano sorprender á Lilibeá, y habia sido batida cerca del puerto de esta ciudad. Sin embargo, siendo algo más que incómoda la presencia de los buques enemigos en las aguas de Italia, habia querido el cónsul ocupar, antes de pasar al África, todas las pequeñas islas inmediatas á la grande, y arrojar por completo á los Cartagineses de todos los puntos desde los que pudieran hostilizarla. Empleóse el verano en la conquista de *Melita* (*Malta*); en buscar al enemigo, á quien suponía oculto en las islas de Lipari, mientras que aquel habia desembarcado cerca de *Vibo* (*Monteleon*) y talaba las costas del Brutium, y por último, en el reconocimiento de los puntos de desembarco en Africa, volviéndose despues á Lilibeá con su ejército y su escuadra. Aún estaba allí cuando recibió del Senado la orden de hacerse inmediatamente á la mar y venir en auxilio de la Pátria en peligro.

Así pues, mientras que los ejércitos de Roma, iguales cada cual al de Annibal, maniobraban lejos de las llanuras del Pó, no habia nada preparado en este punto para resistir á la invasion que amenazaba. Habíase enviado un cuerpo de tropas con el fin de que dominase la insurreccion de los Galos, en completa conflagracion desde antes de la llegada de Annibal. En la primavera del año 536 (218 antes de Jesucristo), aun antes que llegase la hora convenida, se sublevaron en masa los Boios y los Insubrios. Habíalos exasperado la fundacion de las ciudadelas de *Plasencia* y *Cremona*, pobladas con 6.000 colonos cada una, y querian oponerse tambien á la construccion, ya comenzada, de la fortaleza de *Mutina* (*Módena*) en ple-

no país boio. Los colonos que habian ido ya al territorio de esta última ciudad, se vieron atacados de repente y se abrigaron detrás de sus muros. El pretor *Lucio Manlio*, que se hallaba en Ariminum, marchó apresuradamente, con la única legion que poseia, para levantarles el bloqueo; pero fué sorprendido en los bosques, y apenas si tuvo tiempo, despues de haber perdido mucha gente, de refugiarse y hacerse fuerte en una colina en donde lo sitiaron los Boios; mas una legion enviada apresuradamente de Roma con el pretor *Lucio Atilio* lo libró, hizo levantar el sitio de la ciudad y cortó por el momento el incendio de la insurreccion. Habiendo estallado ésta demasiado pronto, y retrasado la partida de Escipion para España, sirvió, sin duda alguna los planes de Annibal; pero tambien fué causa de que las fortalezas del Pó no estuviesen desguarnecidas. Sin embargo, las dos diezmadas legiones contaban apenas 20.000 soldados; y harto hacian con poder contener á los Galos, cuanto más ir á oponerse al paso de los Alpes, que en Roma no se supo hasta que, en Agosto, el cónsul Publio Escipion volvió sin ejército desde Marsella á Italia; y aun entonces, se despreció una loca tentativa que debia estrellarse contra las montañas. Así es que ninguna avanzada romana esperaba á Annibal en aquel lugar en la hora decisiva. El Cartaginés tuvo tiempo de que reposasen sus tropas, y de tomar por asalto, despues de tres dias de asedio, la ciudad de los Taurinos (*Taurasia*), que le habia cerrado sus puertas, y de que se le uniesen, de grado ó por fuerza, todas las poblaciones Ligurias y Célticas del valle superior del Pó.

Escipion en el valle del Pó. Batalla del Tesino. Los ejércitos delante de Plasencia. Batalla del Trebia.—Escipion, que habia tomado al fin el mando de

las legiones, no habia llegado aún á ponerse enfrente de Annibal. El general romano, con un ejército bastante inferior, sobre todo en caballería, recibió la difícil mision de detener los progresos de un enemigo á quien no podia resistir, y sofocar la insurreccion de los Galos, que iba propagándose por todas partes. Pasó el Pó, probablemente cerca de Plasencia, y marchó contra los Cartagineses, subiendo por la orilla izquierda, á tiempo que Annibal, dueño ya de Turin, bajaba á su vez por el mismo punto para auxiliar á los Insu-brios y á los Boios. Un dia que la caballería romana, apoyada por la infantería ligera, fué á hacer un reconocimiento forzado, en la llanura entre el *Tesino* y el *Sesia*, en las inmediaciones de *Bercela*, se precipitó contra la caballería africana que recorria el mismo punto. Por ambas partes mandaban los generales en jefe en persona. Escipion aceptó el combate, sin temor por su inferioridad numérica; pero su infantería ligera, colocada delante de su caballería, se dispersó al violento choque de la caballería pesada, conducida por Annibal; y mientras que ésta se precipita inmediatamente sobre la caballería romana, los Numidas, desembarazados ya de la infantería, que habia desaparecido, la envuelven, y cargan sobre ella por el flanco y la espalda, cuya operacion decidió la jornada. La pérdida de los Romanos fué considerable; el cónsul, que quiso reparar como soldado las faltas que habia cometido como general, fué gravemente herido, y hubiera perdido la vida sin el sacrificio de su hijo, jóven de 17 años, que, seguido de sus caballeros, se arrojó valerosamente á lo más récio de la pelea, y pudo, espada en mano, libertarle. Esta derrota fué una enseñanza para Escipion. Siendo más débil que el enemigo, hizo mal en aceptar la batalla teniendo un rio á la espalda, y adoptó

el partido de repasarlo á la vista de aquél. Una vez concentradas en un estrecho campo las operaciones militares, y desvanecida la ilusion de creer á Roma invencible, volvió á hallar su talento de capitán, paralizado un momento por los movimientos hábiles, pero atrevidos hasta rayar en la temeridad, de su jóven adversario. Mientras que Annibal se disponia para dar una gran batalla, pasó Escipion, mediante una marcha rápidamente concebida y ejecutada con grande acierto, á la orilla derecha del Pó, que en mal hora habia abandonado, y cortó todos los puentes. Esta operacion le costó un destacamento de 600 hombres, colocados á vanguardia para proteger á los zapadores, pues fueron cortados y hechos prisioneros por los Cartagineses. Pero Annibal, dueño ya del curso superior del rio, no necesitaba más que subir un poco para pasarlo; y algunos dias despues se hallaba ya frente á los Romanos. Ocupaban éstos una buena posicion delante de Plasencia; pero la sublevacion de una division de Galos que iba en el ejército, y la insurreccion céltica que cundia por todas partes, obligaron al cónsul á verificar un nuevo movimiento, y se dirigió hácia las colinas por cuyo pié corre el *Trebia*, y llegó á ellas sin grandes pérdidas por haberse detenido los Numidas que le perseguian, á saquear y quemar el campamento abandonado por los Romanos. En esta fortísima posicion, apoyada su izquierda en el Apenino, su derecha en el rio y en la ciudadela de Plasencia, defendido además de frente por el *Trebia*, rio bastante caudaloso en aquella época del año, no temió ya nada; pero no pudo salvar sus ricos almacenes de *Clastidium* (*Casteggio*), de los que estaba separado por el ejército enemigo, ni contener los progresos de la insurreccion. Subleváronse todos los cantones Galos, á excepcion de

los Cenomanos, amigos fieles de Roma. Por otra parte, Anníbal no pudo avanzar más, y se vió obligado á acampar frente al ejército romano. La presencia de este ejército, y los Cenomanos que amenazaban las fronteras de los Insubrios, impidieron la union inmediata de los insurrectos con los Cartagineses. Durante este tiempo, el segundo ejército que habia partido de Lilibea y desembarcado en *Ariminum*, atravesó todo el país sublevado sin sérios obstáculos, llegó á Placencia y se reunió con Escipion. Los Romanos contaban ya con un ejército de 40.000 hombres; pero eran inferiores al enemigo en caballería. Si permanecen en el sitio en que se encuentran, será necesario que Anníbal intente pasar el rio en medio del invierno para atacarlos en sus posiciones, ó que, suspendiendo todo movimiento de avance, grave á los Galos, durante toda la estacion, con la permanencia de su ejército entre ellos, en cuyo caso se expone al peligro de su inconstancia. Mas por efectivas que fuesen estas ventajas, se estaba ya en Diciembre: y aunque en definitiva pudieran dar la victoria á la República, no la darian al cónsul Tiberio Sempronio, encargado del mando del ejército mientras que Escipion se curaba de sus heridas, próximo como estaba á espirar el tiempo de su cargo. Anníbal, sabiendo con qué clase de hombre se las habia, no desperdió ninguna ocasion para atraerle al combate. Arrasó las aldeas de los Galos que habian permanecido fieles, y en un encuentro de la caballería dió á su adversario motivo para que se vanagloriase de haber salido vencedor. Por último, un día muy lluvioso, decidieron los Romanos presentar resueltamente la batalla. Desde muy de mañana habian sostenido las tropas ligeras algunas escaramuzas con los Numidas: éstos se retiraron lentamente, y sus adversa-

rios, persiguiéndoles con grande entusiasmo, atravesaron el Trebia, á pesar de la altura de sus aguas, creyendo ya tener en su mano la victoria. De repente se paran los Numidas, y la vanguardia romana se encuentra con todo el ejército de Annibal colocado en buen orden, y en un terreno elegido de antemano por su jefe. Los Romanos están perdidos si el grueso del ejército no se apresura á pasar el rio para librarlos. Las tropas del cónsul llegan, por fin, fatigadas, hambrientas y mojadas: colócanse precipitadamente en orden de batalla, la caballería en las alas, segun costumbre, y la infantería en el centro. Las tropas ligeras, colocadas á vanguardia de ambos ejércitos, comienzan el combate, pero los Romanos habian disparado ya todas sus armas arrojadizas en el de la mañana; ceden, y lo mismo hace su caballería en las alas, oprimida de frente por los elefantes, y atacada de flanco por la caballería, mucho más numerosa, de Annibal. Sin embargo, la infantería romana se mostró digna de su nombre, combatiendo contra la infantería enemiga con marcada superioridad, aun despues que su caballería derrotada habia cedido el campo á las tropas ligeras de Annibal y á sus Numidas. Aunque se detuvieron en su movimiento de avance, pelean á pié firme sin poder arrollarla ni envolverla. Pero de pronto, un cuerpo de tropas escogidas, fuerte de 2.000 hombres, mitad de infantería y mitad de caballería, sale de una emboscada, atacando vigorosamente por la espalda á los Romanos, y, conducido por Magon, el hermano más jóven de Annibal, abrió una profunda brecha en la masa confusa de los legionarios, siendo rotas y dispersadas las alas y las últimas filas del centro. Mas la primera línea, fuerte de unos 10.000 hombres próximamente, se agrupa y abre paso por el flan-

co á través del enemigo, haciendo pagar cara su victoria á los Africanos y sobre todo á los Galos insurrectos. Débilmente perseguido, pudo este pequeño ejército de valientes llegar hasta Plasencia. El resto fué destruido en las orillas del Trebia por los elefantes y los soldados ligeros de Cartago; solo algunos caballeros y algunas secciones de infantería pudieron llegar al campamento; y no persiguiéndolos ya los Cartagineses, entraron á su vez en Plasencia (1). Pocas batallas honran tanto al soldado romano como la del

(1) Nada más claro que el relato que hace Polibio de la batalla del Trebia. Es verdad (á pesar de haber asegurado lo contrario sin razon) que Plasencia estaba situada en la orilla derecha de este rio; que el campamento romano estaba colocado en aquel mismo lado, y por último, que se dió la batalla en la orilla izquierda. De donde resulta que, ya sea para volver al campamento, ya para entrar en la ciudad, los soldados que habian escapado á la matanza debieron volver á pasar el torrente. Mas para llegar al campamento, érales necesario abrirse paso por medio de los fugitivos de su propio ejército, por medio de los cuerpos enemigos que los rodeaban, y por último, vadear el rio peleando. Diez mil hombres pasaron el Trebia por frente á Plasencia probablemente para refugiarse en sus muros. Entonces habian dejado ya de perseguirlos; separábanlos del campo de batalla algunas millas y los protegía la fortaleza inmediata. Quizá hasta habria allí algun puente fortificado en la orilla derecha, ocupada por la guarnicion de la ciudad. Por consiguiente, el paso del rio por frente al campamento ofrecia muchos peligros, mientras que el otro era muy fácil. Así, Polibio, como buen militar, dice sencillamente que el cuerpo de 10.000 hombres se retiró en buen orden á Plasencia (3, 74, 76), sin hacer mencion de la circunstancia de haber pasado el rio. En los tiempos modernos, todos los criticos han hecho notar los errores del relato de Tito Livio, que coloca el campamento cartaginés en la orilla derecha y el campamento romano en la orilla izquierda del rio. Recordemos por último que *Clastidium* es la actual *Casteggio*, lo cual atestiguan claramente las inscripciones. (Orelli-Henzen, 5117.)

Trebia: pocas hay tambien que deshonren más al general en jefe. Sin embargo, si hemos de ser justos, debemos recordar cuán poco militar era la institucion de este generalato de un funcionario que salia del cargo en un dia fijo. El vencedor del Trebia habia, sin embargo, pagado caro su triunfo. Aunque las pérdidas reales hubiesen recaido principalmente sobre los insurrectos auxiliares, la permanencia del ejército en países frios y húmedos, y las enfermedades consiguientes, inutilizaron gran número de veteranos, muriendo además todos los elefantes, excepto uno.

Annibal dueño del Norte de Italia.—Sea como quiera, el ejército invasor habia conseguido la primera gran victoria. Inmediatamente se propagó y organizó el alzamiento nacional en toda la Cisalpina. Los restos de las legiones romanas del Pó fueron encerrados en Plasencia y Cremona, en donde vivian separados de la madre patria y no muy abundantes de provisiones. El cónsul Tiberio Sempronio escapó milagrosamente de caer en manos de los Cartagineses cuando con algunos caballeros tomó el camino de Roma, á donde lo llamaban las elecciones. En cuanto á Annibal, no queriendo exponer la salud de sus tropas, fatigándolas con largas marchas durante la estacion de los frios, hizo que fuesen á descansar á sus cuarteles de invierno. Sabia que los ataques sérios contra las fortalezas de las llanuras del Pó no podian producir útiles resultados, y se contentó con hostilizar constantemente el puerto fluvial de Plasencia é inquietar las demás posiciones del enemigo. Su principal asunto entonces era organizar la insurreccion de los Galos, y sacó de entre ellos 60.000 soldados de infantería y 4.000 caballos, que vinieron á engruesar su ejército.

Situacion de Annibal bajo el punto de vista político

y militar.—Durante este tiempo, no se hacian en Roma preparativos extraordinarios para la campaña próxima; y á pesar de la batalla perdida, estaba el Senado muy lejos de creer la República en peligro. Reforzáronse todas las guarniciones de las ciudades marítimas en Cerdeña, en Sicilia y en Tarento; enviáronse tambien refuerzos á España, y en cuanto á los dos cónsules, *Cayo Flaminio* y *Gneo Servilio*, no se les dieron más que los soldados necesarios para completar las cuatro legiones, y lo único que se hizo fué aumentar la caballería. Encargóseles de custodiar la frontera del Norte y cubrir las dos grandes vías que partian de Roma, la del Oeste, que terminaba entonces en *Arretium*, y la del Este, que terminaba en *Ariminum*. Cayo Flaminio ocupó la primera, y Gneo Servilio la segunda. Allí vinieron á unírseles las guarniciones de las fortalezas del Pó, sin duda embarcándose rio abajo; despues se esperó la vuelta de la primavera, contando entonces con cerrar y defender los puertos del Apenino, tomar en seguida la ofensiva, y dirigirse hácia el rio, viniendo á reunirse en las inmediaciones de Plasencia. Pero en lo ménos que pensaba Anníbal era en mantenerse en el valle del Pó. Conocia á Roma mejor quizá que los mismos Romanos; se reconocia el más débil, á pesar de su brillante victoria; sabia que ni por el terror ni por la sorpresa dominaria el tenaz orgullo de la metrópoli italiana, y que, para alcanzar su fin, para humillar la orgullosa ciudad, era necesario agobiarla. La Confederacion itálica, con sus fuerzas compactas y sus recursos militares, tenia sobre él una inmensa ventaja. Cartago no le daba un seguro apoyo, ni podia recibir refuerzos sino de una manera irregular; y en Italia no tenia en su favor más que á los Galos cisalpinos, volubles y caprichosos. La defensa de Escipion y la valien-

te retirada de la infantería romana en la batalla del Trebia eran también un testimonio patente de la inferioridad de la infantería fenicia, por más trabajos que le hubiera costado el formarla, comparada con los legionarios, y en el campo de batalla. De aquí los dos pensamientos principales que dirigirán en adelante todos los planes de campaña del gran general en Italia. Hará la guerra algo á la ventura, cambiando constantemente el teatro y aun el plan de sus operaciones. Buscará el fin de su empresa, no en los grandes hechos militares, sino también en la política, aplicándose á deshacer, poco á poco, el grupo de la Confederación italiana, á fin de poder destruirla. Su plan obedecía á la necesidad. Para luchar contra tantas desventajas, no podía echar en la balanza nada más que su génio militar, y para conseguir darle todo su peso, necesitaba á cada momento desorientar á sus enemigos por lo imprevisto de sus combinaciones, constantemente renovadas. Si dejaba un solo instante de variar el lugar de las operaciones, estaba irremisiblemente perdido. Como profundo y excelente político, veía más claramente su fin que como gran capitán. Derrotar en todas ocasiones á los generales Romanos, no era vencer á Roma, pues ésta, al día siguiente de una derrota, continuaba siendo la más fuerte, y la posición de Roma era tan superior á la suya, como lo era él respecto de los generales de la República. Lo más admirable de Aníbal, en medio de sus brillantes victorias, es la exactitud é imparcialidad de sus juicios. Aun en los momentos en que la fortuna le dispensaba sus más altos favores, puede afirmarse que no se hizo jamás ninguna ilusión sobre las condiciones de la lucha.

Annibal pasa el Apenino. El cónsul Flamínio. Batalla del lago Trasimeno.—Tales fueron los ver-

daderos motivos que le impulsaron á obrar de la manera que lo hizo, y no las súplicas de los Galos, que deseaban librar á su país de los males de la guerra. Decidióse, pues, á abandonar su reciente conquista, y la base aparente de sus próximas operaciones en Italia, para llevar al corazon de ésta el azote de la guerra. Pero antes hizo que le presentasen los cautivos; y puestos aparte los Romanos, fueron cargados de cadenas y reducidos á la esclavitud (es una exageracion grosera del ódio el referir y afirmar que siempre y en todas partes hacia degollar á los legionarios que cogia prisioneros). Respecto á los confederados itálicos, fueron puestos en libertad sin rescate, é invitados á que marchasen á su país á decir que Anníbal no hacia la guerra á Italia, sino solo á Roma; que quiere devolver á las ciudades su antigua independenciam y territorio, y que va en pos de ellos á salvar y vengar á su Patria. Dicho esto, como quiera que habia ya terminado el invierno, dejó el Cartaginés el valle del Pó, y emprendió su camino atravesando los escarpados desfiladeros del Apenino. Flamínio, con el ejército de Etruria, estaba aún en Arretium pensando en partir de allí para ir á cubrir el *valle del Arno*, y bloquear la salida de los desfiladeros del Apenino, por la parte de *Luca*, en cuanto la estacion lo permitiese. Pero Anníbal se le adelantó y pasó sin dificultad las montañas por la parte más occidental, es decir, lo más lejos posible del enemigo. Mas cuando llegó al país bajo y pantanoso situado entre el Auser (*Serchio*) y el *Arno*, lo halló inundado á consecuencia del derretimiento de las nieves y por las lluvias de la primavera. Durante cuatro dias fué marchando el ejército con los piés por el agua, sin poder acampar en seco durante la noche; los bagajes acumulados y los cuerpos de los animales muertos, eran para algunos un recurso. Los

sufrimientos de las tropas fueron indescriptibles, sobre todo los de la infantería de los Galos, que, marchando detrás de los Cartagineses, iba hundiéndose en los lodazales que éstos dejaban en pos de sí. Ya comenzaban á murmurar y aun á amotinarse, y hasta hubieran desertado en masa, si Magon, que cerraba la marcha con la caballería, no hubiese impedido toda tentativa de fuga. Enfermos de los cascos, caian los caballos á centenares; otras enfermedades diezmaron á los soldados, y el mismo Annibal perdió un ojo á consecuencia de una grave oftalmía. No importa; habia llegado á donde se proponia, y acampado cerca de *Faesulae* (*Fiesola*), cuando Flamínio estaba todavía muy tranquilo en Arretium esperando que estuviesen practicable las vías del Apenino para ir á cerrárselas. Pero bastante fuerte quizá para defender la salida de los desfiladeros de la montaña, no podia, sin embargo, hacer frente á Annibal en campo raso. Teniendo ahora que mantenerse á la defensiva, lo más prudente hubiera sido no moverse hasta la llegada del otro cuerpo de ejército, que era completamente inútil en Ariminum; sin embargo, él lo juzga y decide de un modo enteramente contrario. Siendo en Roma el jefe de una faccion política, y no debiendo su triunfo en las elecciones nada más que á sus esfuerzos hostiles contra el poder del Senado; irritado contra el Gobierno de la República á consecuencia de las intrigas de la aristocracia contra su poder consular; respondiendo á la marcha rutinaria de sus enemigos políticos con las impaciencias de una oposicion á veces muy justificada, pero que pisoteaba ahora las costumbres y las tradiciones; engreido con el favor ciego de las masas, y extraviado por su ódio contra los nobles, tenía además la manía de creerse un génio en el arte de la guerra. Su

campana de 531 (323 antes de J. C.) contra los Insu-
brios, solo habia probado una cosa, para el que juzgue
sin preocupacion, á saber: que los buenos soldados re-
paran muchas veces las faltas de sus generales. Pero á sus
ojos y á los de sus amigos era una prueba irrecusable
de que bastaba poner á sus órdenes las legiones para
concluir de una vez con Annibal. Tales eran las necias
baladronadas que le habian valido su segundo consu-
lado. Alentada por la esperanza, habia acudido á su
campamento una multitud inerme dispuesta solamen-
te para el botin y el pillaje, y hasta tal punto, que se-
gun los más sóbrios historiadores, excedia con mucho al
número de los legionarios. Annibal tuvo muy en cuen-
ta estas circunstancias, y guardándose muy bien de
atacar, pasa al lado del campamento, y manda á sus
Galos más ansiosos de pillaje y á su caballería ligera
á saquear y talar todo el país de los alrededores. Aquí
de las quejas y de la irritacion de las masas. En vez de
enriquecerse, como se les habia prometido, se ven en-
vueltas por el incendio y por el enemigo. Por último,
Annibal afectó creer que Flaminio no tenia fuerza ni
valor para hacer nada hasta que llegase su colega.
Esto era ya demasiado para un carácter como el del
cónsul. Ahora es cuando iba á desplegar su génio ex-
tratágico y á dar una ruda leccion á este enemigo loco
y temerario.

Sale inmediatamente y con gran precipitacion en
persecucion del Cartaginés, que desfilando tranquila-
mente por delante de Arretium, se dirige hácia *Peru-*
sia por el fértil valle del *Clanis (Chiana)*. Alcánzale
no lejos de Cotona. Annibal, advertido de todos sus
movimientos, habia elegido á su gusto el campo de
batalla. Era éste un estrecho desfiladero dominado por
ambos lados por altas rocas; á la salida se eleva

una colina, y á la entrada se extiende el lago de *Trasimeno* (*lago di Perugia*). Sobre la colina del fondo detúvose el grueso de la infantería cartaginesa; á derecha é izquierda estaban emboscadas la caballería y la infantería ligera. Las columnas del ejército romano entran sin precaucion en aquel paso, que parecia libre; la niebla espesa de la mañana les ocultaba el enemigo. Pero apenas llegó al pié de la colina la vanguardia de las legiones, Aníbal dió la señal de combate; inmediatamente corrió la caballería por detrás de las montañas, yendo á cerrar la entrada del desfiladero, al mismo tiempo que, disipándose la niebla, dejó ver á derecha é izquierda coronadas las alturas por los soldados de Aníbal. Allí no hubo combate, no hubo más que un terrible desastre. Los que aun quedaban fuera de los desfiladeros fueron arrojados al lago por el poderoso ímpetu de la caballería numida. El cuerpo de ejército principal pereció casi sin resistencia en el fondo de aquella especie de callejon; la mayor parte de los soldados, y el cónsul con ellos, cayeron sucesivamente en el punto en que les cogió. La vanguardia del ejército, unos 6.000 soldados de infantería, se abrió paso á través del enemigo, mostrando una vez más la fuerza invencible de la legion. Pero desgraciadamente para ella, separada del ejército consular, y no sabiendo á dónde ir, marchó sin direccion fija, siendo á la mañana siguiente rodeada por la caballería de Aníbal en la altura á donde se habia retirado. El Cartaginés se negó á sancionar la capitulacion que los dejaba libres para partir, quedando prisionero todo el destacamento. Quince mil Romanos quedaron tendidos en el campo de batalla y otros 15.000 cautivos. El ejército habia sido, pues, anonadado. Los cartagineses habian perdido apenas 1.500 hombres, Galos en su

mayor parte (1). Y, como si no fuera bastante tal desastre, al poco tiempo, la caballería del ejército de Ariminun, fuerte de 4.000 hombres, mandada por *Cayo Centenio*, que Gneo Servilio había enviado delante para auxiliar á su colega, mientras que él iba más despacio, vino á encontrarse con el ejército africano, y fué rodeada y acuchillada ó hecha prisionera. Roma había perdido toda la Etruria. Anníbal podía marchar sobre la metrópoli sin que nada lo detuviese. En Roma se prepararon á una lucha desesperada; rompiéronse los puentes del Tíber y se nombró dictador á *Quinto Fabio Máximo*, encargándole de poner las murallas en buen estado, y dirigir la defensa á la cabeza del ejército de reserva. Al mismo tiempo se formaron dos legiones que ocupasen el lugar de las destruidas, y se armó apresuradamente la flota, que sería un buen auxiliar en caso de tener que sufrir un sitio.

Anníbal en la costa del Este. Reorganizacion del ejército cartaginés.—Guerra en la Baja Italia. Fabio. Marcha sobre Cápua y regreso á la Apulia.—Pero las miradas de Anníbal alcanzaban más que las de Pirro. Aque! no marchó sobre Roma ni contra Gneo Servilio, que, como hábil capitán, supo conservar intacto su ejército al amparo de las fortalezas escalonadas en la vía romana del Norte, y hasta hubiera podido hacer frente á los Cartagineses. Haciendo una conversion completamente inesperada, dejó Anníbal á un la-

(1) El calendario imperfecto de los Romanos fija el dia de la batalla en el 23 de Junio. Segun el calendario rectificado, debió tener lugar en Abril, pues Quinto Fabio Máximo salió en medio del otoño, despues de seis meses de cargo (Tit. Liv., 22, 31, 7, 32, 1) de la dictadura, que había debido, por consiguiente, inaugurar en Mayo. Ya en esta época eran considerables los errores del calendario romano. (T. II, p. 349.)

do á *Espoleto*, que intentó en vano sorprender; atravesó la *Umbria*, arrasando el *Picenum* y las ricas alquerías romanas que lo poblaban, y no hizo alto hasta llegar á las playas del Adriático. Sus hombres y sus caballos no se habian aun repuesto de la campaña de la primavera, y dejóles reposar en aquel magnífico país durante la estacion más deliciosa del año. Quería que se restableciesen completamente, y reorganizar al mismo tiempo su infantería libia bajo el modelo de la legion romana, proporcionándole el medio las armas reunidas despues de la batalla de Trasimeno. Volvió á reanudar sus comunicaciones con Cartago, interrumpidas por tanto tiempo, dándole desde allí, por mar, noticia de sus victorias. Por último, cuando reorganizado su ejército se habia familiarizado con sus nuevas armas, levantó el campo y, marchando lentamente á lo largo de la costa, se dirigió á la Italia meridional.

Era un buen cálculo, por su parte, el reparar su infantería. Aterrorizados los Romanos, esperaban á cada momento el ataque de su ciudad, y le dejaron un descanso de más de cuatro semanas, en cuyo tiempo se apresuró á llevar á cabo esta concepcion, que revela una osadía y una destreza inauditas. Colocado en el corazon de un país enemigo, con un ejército muy inferior en número al de sus adversarios, se atrevió á cambiar por completo su organizacion de combate, y formó rápidamente las legiones africanas, que pudieron al poco tiempo luchar contra las legiones de Roma. Esperaba además que la Confederacion itálica fuera relajando sus vínculos y dividiéndose. Pero en ésto salieron fallidas sus esperanzas. Nada significaba sublevar á los Etruscos; ya habian combatido antes en las filas de los Galos, durante las últimas guerras de su independen-

cia. Pero el núcleo de la Confederacion, su centro militar, las ciudades sabélicas, que venian despues de las ciudades latinas, habian quedado intactas, y Anníbal tenia razon para aproximarse á ellas; desgraciadamente estas ciudades le cerraron sus puertas unas en pos de otras, y ni una sola quiso hacer alianza con él. Este resultado excelente fué la salvacion de Roma, que, comprendiendo era una gran imprevision dejar á sus aliados solos y expuestos á tales pruebas, dispuso mandarles un ejército de legionarios que sostuviesen la campaña. El dictador Quinto Fabio reunió, pues, las dos legiones recientemente formadas y el ejército de Ariminum; y en el momento en que Anníbal, pasando por delante de la fortaleza de Luceria, marchaba hácia Arpi, apareció por su flanco derecho delante de *Aicæ* (1). Fabio obraba muy de otro modo que sus predecesores. Era éste un hombre anciano, reflexivo, y firme hasta el punto de incurrir en la nota de pesadez y de obstinacion, siendo servidor celoso de la omnipotencia del Senado, y de la autoridad del gobierno civil. Despues de las oraciones y de los sacrificios á los dioses, solo esperaba el triunfo de las armas romanas de la estrategia más prudente y metódica. Adversario político de Cayo Flaminio, y llamado á regir los destinos del Estado por una reaccion contra las locuras de una demagogia militar, habia venido al campo, decidido á evitar la batalla con tanto cuidado como ardor habia puesto Flaminio en buscarla. Tenia la firme conviccion de que las leyes más sencillas del arte de la guerra impedirian á Anníbal ir adelante mientras se viese vigilado por un ejército romano intacto. Esperaba irle debilitando sin cesar en pequeñas esca-

(1) En la Apulia del Norte, en el territorio de los Dáunos.

ramuzas é impidiéndole racionarse. Anníbal, á quien sus espías en Roma y en el ejército romano enteraban de todo lo que allí se hacia, conoció muy pronto las disposiciones tomadas; y como siempre, arreglando su plan segun el carácter del general con quien se la tenia que haber, pasó por delante de las legiones, cruzó el Apenino, penetró en el corazon de la Italia, no lejos de *Benevento*, y se apoderó de la ciudad abierta de *Tellesia*, en la frontera del Lácio y de la Campania, marchando desde aquí sobre Cápua, la más importante de las ciudades itálicas dependientes, y por tanto, la más oprimida y maltratada de todas, y que se la habia despojado de sus franquicias locales (T. II, páginas 176 y 271). Estaba en inteligencia con ella y contaba con que los Campanios se separarian de la federacion romana. Una vez más salieron fallidas sus esperanzas. Entonces hizo una contramarcha para volverse á la Apulia. El dictador le habia seguido paso á paso, deteniéndose en las alturas, y condenando á sus soldados al triste papel de asistir, impasibles y espada en mano, al saqueo y tala de los países aliados, por las bandas numidas y al incendio de todas las aldeas y lugares situados en la llanura. Un dia, por fin, pareció presentarse á las exasperadas legiones la ocasion de pelear. Habiéndose puesto Anníbal en marcha hácia el Este, le cerró Fabio el paso en *Casilinum* (la Cápua de nuestros dias) (1). Ocupaba una fuerte posicion en la ciudad sobre la orilla izquierda del Volturno, y en la derecha, habia coronado de soldados todas las alturas. Por último, habia apostada en el camino delante del rio una division de 4.000 hombres. Pero Anníbal hizo á su vez que sus

(1) Un poco al Norte de la *Cápua* antigua sobre el *Volturno*.

tropas ligeras ocupasen las colinas á los lados del camino; despues soltaron infinidad de bueyes con achones encendidos en los cuernos: todo hacia creer que el ejército cartaginés desfilaba durante la noche á la luz de las antorchas. El destacamento de legionarios que guardaba el camino temió ser envuelto, y creyéndose inútil en su puesto, se retiró tambien á las alturas laterales, é inmediatamente pasó Anníbal con todo su ejército, sin que se le opusiese ni un solo enemigo (1); y por la mañana, por un ataque combinado que costó muy caro á los Romanos, desembarazó las tropas ligeras y se puso en marcha hácia el Nor-Este. Despues de grandes rodeos y de haber recorrido y talado sin obstáculo ni resistencia los países de los Hirpinos, Campanios, Samnitas, Pelignios y Frentanos, volvió á las inmediaciones de Luceria, cargado de botin y repletas sus cajas. Iba á comenzar la recoleccion. Si en ninguna parte le habian hecho frente las poblaciones, tampoco habia podido conseguir que hiciesen con él alianza.

Guerra en Apulia.—Fabio y Minucio.—Comprendiendo entonces que no podia hacer más que establecer sus cuarteles de invierno en campo raso, se instaló y emprendió una operacion siempre difícil, la de reunir en país enemigo las provisiones necesarias para un ejército durante la mala estacion. Por esto habia elegido deliberadamente las extensas llanuras de la Apulia Septentrional, ricas en granos y en pastos, y cuya posesion le aseguraba su caballería, siempre más fuerte que la de los Romanos. Construyó un campo atrin-

(1) Es interesante el relato detallado que de este suceso hace Tito Livio (22), ó Polibio, y seguir el movimiento de ambos ejércitos en el Atlas antiguo de Spruner. (Núm. XI, Latium y Campania.)

cherado en *Gerunium* (1), á unas ocho leguas al Norte de Luceria. Todos los dias salian las dos terceras partes del ejército á forragear, mientras que el otro tercio, tomando posiciones con el general fuera del campanento, sostenia los destacamentos que se desparaban por la campiña. En este momento, el jefe de la caballería romana *Marco Minucio*, que durante una ausencia del dictador mandaba las tropas de la República, creyó encontrar al fin la ocasion favorable. Aproximóse á los Cartagineses, y vino á acampar en el territorio de los *Larinates* (*Larinum* hoy *Larino*); impide con su sola presencia á los destacamentos enemigos el que continúen el acopio de provisiones; sostiene una porcion de combates parciales, casi siempre ventajosos, contra los escuadrones cartagineses y contra el mismo Anníbal, obligando á éste á recoger sus cuerpos avanzados y á concentrarlos en Gerunium. La nueva de estos prósperos sucesos, exagerados sin duda por los portadores de ella, levantó en Roma una tempestad contra el *Tardo* (*Cunctator*). No carecia ésta de fundamento. Era sin duda muy prudente que los Romanos se mantuviesen á la defensiva, y esperasen el éxito, sitiando por hambre al enemigo, pero la defensiva adoptada era muy singular. No dejaba de ser una excelente idea la de cortarle los víveres al Cartaginés; pero dejarle llevar la devastacion á toda la Italia central, á ciencia y paciencia de un ejército romano más numeroso que el suyo, y que se aprovisionase por medio de sus forrajeadores mandados en grandes masas, ¿no era esto una patente derrota? Durante el tiempo de su mando en el Pó, habia comprendido de otro modo el cónsul Lucio Escipion la defensa del país.

(1) Hoy *Dragonara*, en la Capitanata.

Cuando su sucesor quiso imitarle en Casilinum habia fracasado, y se habia hecho el objeto de las burlas ó de las invectivas de los Romanos. Es verdaderamente extraño ver á las ciudades itálicas mantenerse aún fieles. ¿No les mostraba Anníbal á cada momento la superioridad de los Cartagineses y la nulidad de la proteccion romana? ¿Cuánto tiempo creian que iban á resignarse aquellas á soportar las dobles cargas de la guerra, y á dejar que saqueasen y arrasasen sus campiñas á la vista de las legiones y de sus propios contingentes? En cuanto al ejército, no podia decirse que fuese él quien hiciera necesaria semejante estrategia. Aunque formado en parte con las últimas levas, tenia por núcleo las legiones de veteranos del ejército de Ariminum. Lejos de estar desanimado por las recientes derrotas, se irritaba del papel nada honroso á que le condenaba su jefe, «el seguidor de Anníbal.» Pedía á voz en grito que se le llevase contra el enemigo y se presentaron ante la Asamblea del pueblo violentas acusaciones contra aquel viejo testarudo. Sus adversarios políticos, á cuya cabeza estaba el ex-pretor *Cayo Terencio Varron*, se aprovecharon de las pasiones sobreexcitadas. No se olvide que Fabio habia sido nombrado dictador por el Senado, y que la dictadura era considerada como el paladium del partido conservador... Así pues, unidos á la soldadesca levantisca, y á los poseedores de las tierras que talaba el enemigo, presentaron los descontentos una mocion tan insensata como anticonstitucional. Obligóse á Fabio á compartir sus atribuciones con su subordinado Marco Minucio, y la dictadura, creada para impedir, en tiempo de peligro, la division del mando, iba á dejar de existir. El ejército romano, cuyos dos cuerpos separados habian sido expresamente reunidos, fué pues divi-

dido de nuevo, y cada una de sus dos mitades tuvo su jefe, siguiendo cada cual su plan en completa oposicion con el de su colega. Quinto Fabio continuó naturalmente en su inaccion metódica; pero Marco Minucio, obligado á justificar con la espada su título dictatorial, atacó precipitadamente al enemigo. Su ejército hubiera sido completamente exterminado, si su colega, llegando con sus tropas de refresco, no hubiera evitado que la derrota fuese completa. Este incidente dió, al ménos por el momento, la razon al sistema de resistencia (1). Pero Annibal habia obtenido cuanto se proponia obtener por las armas. Las operaciones más esenciales le habian salido perfectamente: ni la prudencia de Fabio, ni la temeridad agresiva de Minucio le habían impedido acabar sus aprovisionamientos. Por más que hubiese encontrado algunas dificultades, todas se habian salvado y podia pasar tranquila y seguramente el invierno en sus cuarteles de Gerunium. El «Tardo» no tuvo el mérito de salvar á Roma; ésta solo ha debido en realidad su salvacion á su poderoso sistema federativo y quizá tambien, en gran parte, al ódio nacional de los pueblos occidentales contra los pueblos fenicios.

Nuevos armamentos en Roma.—*Los cónsules Paulo y Varron.*—A pesar de sus derrotas, permanecia en pié la altivez de Roma, lo mismo que su sinmaquia. La República rehusó, si bien agradeciéndolos, los socorros que para la próxima campaña le ofrecieron Hieron de Siracusa y las ciudades greco-italicas. (No suministrando

(1) En 1862 se ha encontrado en Roma, cerca de *San Lorenzo*, la inscripcion del monumento votivo elevado á *Hércules victorioso* por el nuevo dictador, en memoria de su alto hecho de *Gerunium*. *Herculei sacrum, M. Minucius, C. f. dictator votit.*

estas últimas contingentes para la guerra, habian sufrido ménos que las demás ciudades aliadas). Al mismo tiempo, hizose saber á los pequeños jefes ilirios que era necesario que pagasen los tributos sin tardanza, y partió de Roma una nueva embajada para reclamar una vez más al Rey de Macedonia la entrega de Demetrio de Paros. Aunque los últimos incidentes de la guerra habian medio justificado el sistema y la lentitud de Fabio, el Senado se resolvió firmemente á terminar la guerra que iba debilitando y agotando lenta pero seguramente las fuerzas del Estado. Si el dictador popular habia fracasado en sus enérgicas tentativas, la falta estaba en aquellos que, procediendo á medias, le habian dado el mando de un cuerpo de ejército demasiado débil. Ahora, para remediar el mal, se decidió Roma á poner en campaña el ejército más numeroso de cuantos jamás habia reunido. Formáronse ocho legiones, aumentada cada una en una tercera parte de los soldados que antes la componian, reuniendo á éstas los confederados el contingente de tropas que les correspondia en la misma proporcion. ¿Quién podia dudar que con tan numerosas fuerzas no habia de poderse exterminar instantáneamente á un enemigo que apenas contaba con una tercera parte de fuerzas que los Romanos? Debia ir además otra legion al mando del pretor *Lucio Postumio*, á la region circumpadana con objeto de atraer hácia su país á los Galos auxiliares de Anníbal. Combinaciones excelentes; pero semejante ejército necesitaba un jefe digno de él. Las obstinadas lentitudes del viejo Fabio, y las cuestiones suscitadas en esta ocasion por la faccion demagógica, habian atraído una irremediable impopularidad sobre la dictadura y el Senado: entre las masas, corria la noticia de que los Senadores prolongaban intencionadamente la guerra; ¡calumnia infame cuyos propala-

dores no eran quizá inocentes! Era imposible nombrar un nuevo dictador. El Senado intentó dirigir por lo ménos la eleccion de los cónsules; pero no hizo más que suscitar las sospechas é irritar las pasiones populares. Sin embargo; fué nombrado, aunque con mucho trabajo, uno de sus candidatos, *Lucio Emilio Paulo*, que, en el año 535 (219 antes de J. C.), habia mandado con habilidad las fuerzas que operaban en Iliria; pero una inmensa mayoría le dió por colega al candidato de los demagogos, *Marco Terencio Varron*, hombre incapaz y conocido solo por su ódio profundo contra el Senado, el motor principal de la eleccion de Marco Minucio para la co-dictadura, y que nada absolutamente lo recomendaba á las masas, á no ser lo humilde de su nacimiento y su mucha audacia.

Batalla de Canas.—Mientras que Roma terminaba sus preparativos para la campaña, volvía á comenzar la guerra en Apulia. La primavera habia permitido á Anníbal abandonar sus acantonamientos. Dando tambien ahora su ley á la guerra, tomó la ofensiva; marcha de Gerunium hácia el Sur, pasa por delante de Luce-ria, atraviesa el *Aufido* (*Ofanto*), se apodera del castillo de *Canas* (*Cannæ*, entre *Canosa* y *Barletta*), que domina el pais de Canusium, y en el que los Romanos habian tenido hasta entonces sus principales almacenes. Desde la partida de Fabio, que habia salido legalmente del cargo á mediados del otoño, estaban dichas fortalezas mandadas por los ex-cónsules, hoy pro-cónsules, *Gneo Servilio* y *Marco Régulo*, que no habian sabido impedir el terrible golpe de mano dado por el Cartaginés. Las necesidades militares y las circunstancias políticas exigian en adelante otras medidas. Para detener los progresos de Anníbal era necesario á toda costa dar la batalla. Los nuevos generales Paulo y Varron

llegaron á la Apulia al principiarse el estío del año 538 (216 antes de J. C.). El Senado les habia dado orden formal, y expresa de atacar. Llevaban cuatro legiones nuevas y los contingentes itálicos. Su union elevaba el ejército romano á 80.000 hombres de á pié, la mitad ciudadanos romanos y la otra mitad confederados, y á 6.000 caballos, pertenecientes una tercera parte á los Romanos y dos á la confederacion. Annibal tenia todavia 10.000 caballos; pero su infantería apenas llegaba á 40.000 hombres. Tambien él deseaba la batalla, tanto por los motivos generales, ya expuestos, de su política, como por las facilidades y ventajas que le daban las llanuras de la Apulia para desarrollar su caballería y sacar partido de su superioridad bajo esta relacion. Además, ante un ejército doble que el suyo, y apoyado en una línea de fortalezas, ¿como hubiera podido cubrir por mucho tiempo las necesidades de sus tropas? A pesar de su numerosa caballería, se hubiera visto bien pronto en grave apuro. Guiando el mismo pensamiento á los generales romanos, se acercaron inmediatamente á los Cartagineses; pero aquellos de sus oficiales que tenian mejor golpe de vista, despues de haberse enterado de la posicion de Annibal, aconsejaron esperar y aproximarse más á él para cortarle la retirada ú obligarle á pelear en un campo de batalla que le fuese ménos favorable. Entonces el cónsul Paulo subió por la orilla derecha del Aufido, frente á Canas, en donde Annibal estaba situado, y estableció allí un doble campamento, colocando el más grande en dicha orilla, y el más pequeño á una media legua del otro, casi á la misma distancia del ejército enemigo, pero sobre la orilla izquierda, hostilizando así á los forrajeadores de los Cartagineses lo mismo al Norte que al Sur del torrente. Pero el cónsul de la demagogia vociferaba ante

estas combinaciones militares de una pedantesca prudencia. «¡Se habia prometido tanto que se emprenderia inmediatamente la campaña, y ahora resulta que se ha venido simplemente á hacer la guardia al enemigo, en vez de marchar sobre él espada en mano!» De alli en adelante ordena atacar á los Cartagineses, en cualquier lugar que se hallen y sea cualquiera la posicion en que se encuentren. Siguiendo la antigua y deplorable costumbre, la voz decisiva en el consejo de guerra alternaba por dias entre los cónsules: hubo pues que someterse á la voluntad del héroe callejero. Quedose en el campamento grande una division de 10.000 hombres con órden de arrojarse sobre el del Cartaginés durante la batalla, cortando asi la retirada al enemigo cuando intentara repasar el rio.

El 2 de Agosto, segun el calendario incorrecto, en el mes de Junio segun el rectificado, pasó el grueso del ejército al otro lado del Aufido, entonces casi seco; tomó posiciones cerca del pequeño campamento de la orilla izquierda, y muy cerca de los Cartagineses, entre éstos y el gran campamento de los Romanos. Ya habian las avanzadas sostenido en este punto algunos pequeños combates. Ordenáronse sus líneas en la vasta llanura situada al Oeste de Canas y al Norte del rio. El ejército de Anníbal siguió á las legiones, y pasó tras ellas el torrente, apoyando su izquierda en el Aufido, sobre el que los Romanos apoyaban su derecha. Su caballería cubria las alas; á lo largo del rio se hallaba la division menor de los caballeros, conducida por Páulo; en el otro extremo de la línea, por la parte de la llanura, estaba colocado Varron á la cabeza de los numerosos escuadrones de los confederados. En el centro se hallaba la infantería, en masas de un espesor inusitado, mandada por el pro-cónsul Gneo Servilio.

Annibal colocó frente á éstas su infantería, describiendo una inmensa línea convexa. En la parte más avanzada estaban colocadas las tropas de los Galos y las de los Españoles con sus armas nacionales. Las dos alas formábanlas los Libios armados á la romana. A lo largo del rio estaba extendida la caballería pesada bajo el mando de Asdrubal, y en la llanura desplegados los Numidas. Despues de algunas escaramuzas de vanguardia entre las tropas ligeras, se empeñó la batalla en toda la línea. A la derecha de los Romanos, en donde los Numidas se hallaban frente á la caballería mandada por Varron, la victoria permanecia indecisa á pesar de sus continuas y furiosas cargas. En el centro hicieron las legiones retroceder á los Galos y á los Españoles; avanzan con rapidez y prosiguen su victoria. Pero durante este tiempo en el ala derecha habian sido desbaratados los Romanos. Annibal no habia querido más que ocupar á Varron en el ala izquierda para que Asdrubal y sus escuadrones regulares pudiesen precipitarse sobre la otra parte de la caballería romana y destruirla momentáneamente. Esta fué en efecto rechazada primero y hecha pedazos despues, á pesar de su bravura: el que no fué muerto, fué arrojado al rio ó perseguido por la llanura. Herido Páulo, quiso no obstante dirigirse al centro, pretendiendo cambiar el éxito de la batalla, ó sufrir por lo ménos la suerte de las legiones, que, persiguiendo á la infantería enemiga, habian marchado en espesas columnas y penetrado como una cuña en las flexibles líneas de Annibal. Pero en este momento, replegándose éstas á derecha é izquierda, las envuelven, se precipitan sobre sus apiñadas filas y las obligan á hacer alto para defenderse de los ataques que sufrían por los flancos. Sus filas, desmesuradamente densas, quedan inmóviles, sin tener campo en donde

desarrollarse y maniobrar. En este tiempo Asdrubal, que habia ya dado fin á los caballeros de Páulo, y reorganizado sus escuadrones, pasó por la retaguardia del centro del enemigo y fué á caer sobre el ala izquierda y sobre Varron. La caballería italiana, que harto hacia con poder contener á los Numidas, atacada ahora tambien por retaguardia, tuvo que dispersarse. Asdrubal dejó á los Numidas el cuidado de perseguirla, y reorganizando por tercera vez su division, atacó por la espalda á los legionarios. Esta maniobra acabó de decidir la jornada, é hizo imposible la huida. No se dió cuartel. Nunca quizá fué tan completamente destruido un ejército tan numeroso sin pérdidas sensibles para el vencedor. La batalla de Canas apenas habia costado á Aníbal 6.000 hombres, cuyas dos terceras partes eran Galos que habian sucumbido al primer choque de las legiones. De los 76.000 Romanos que habian tomado parte en la batalla, yacian en el campo 70.000, entre ellos el cónsul Lúcio Paulo, el pro-cónsul Gneo Servilio, las dos terceras partes de los oficiales superiores y 80 personajes de rango senatorial. El otro cónsul, Marco Varron, habia podido refugiarse en *Venusia* (*Venosa*), gracias haber emprendido con tiempo la fuga, y á los buenos piés de su caballo. La guarnicion del gran campamento, que contaba 10.000 hombres próximamente, cayó casi íntegra en poder de los Cartagineses: algunos miles de soldados, extraviados unos y escapados otros, pudieron ir á encerrarse en *Canusium* (*Canosa*). Parecia que Roma debia perecer en este año nefasto. Antes de que terminase, la legion mandada á la Cisalpina á las órdenes de Lúcio Postumio, cónsul designado para el año 539 (215 antes de J. C.), cayó en una emboscada y pereció á manos de los Galos.

Resultados de la batalla de Canas. Faltan los socor-

ros esperados de España.—¿Iba la prodigiosa victoria de Anníbal á abrir la era de los grades resultados para sus vastas combinaciones políticas, objeto capital de su entrada en Italia? Todo podia esperarlo. Es verdad que él habia contado en un principio solo con su ejército; pero, teniendo en cuenta los recursos de la nacion contra quien venia á combatir, su ejército no era á sus ojos más que una vanguardia de invasion. Necesitaba reunir poco á poco las fuerzas del Oriente y del Occidente, y preparar con seguridad la ruina de la orgullosa metrópoli romana. Desgraciadamente iban á faltarle los recursos con que habia contado como seguros, los que debian mandarle de España. El general enviado por Roma á la Península habia sabido tomar una posicion fuerte. Desembarcando en *Ampúrias*, despues del paso del Ródano por los Cartagineses, comenzó Gneo Escipion por apoderarse de la costa entre los Pirineos y el Ebro, y rechazando á Hannon, habia penetrado en el interior. En el año siguiente (537 antes de J. C.), derrotó tambien la armada fenicia cerca de las bocas del Ebro; y reuniéndose con su hermano, el valiente defensor de las llanuras del Pó, que le llevaba un refuerzo de 8.000 hombres, habia pasado el rio y llegado hasta Sagunto. En el de 538 recibió tambien Asdrubal tropas procedentes de Africa, é intentó, conforme á las órdenes de su hermano, llevarle un nuevo ejército á Italia. Pero los Escipiones le cerraron el paso del Ebro y lo batieron casi al mismo tiempo que Anníbal triunfaba en la batalla de Canas. La Nacion poderosa de los Celtiberos y otros pueblos no ménos considerables siguieron la fortuna de los generales romanos. Estos eran dueños del mar, de los pasos de los Pirineos, y por los Mesaliotas, de cuya fidelidad estaban seguros, lo eran de todas las costas de las Ga-

lias. Ahora ménos que nunca podia Anníbal prometerse nada de España.

Refuerzos de Africa.—Cartago habia hecho hasta entonces cuanto de ella podia esperarse. Sus escuadras habian amenazado las costas de Italia y las islas de los Romanos, é impedido todo desembarco en Africa. Pero á esto se limitaron sus esfuerzos. Por lo demás, se ignoraba en la metrópoli africana el lugar en donde convendria buscar á Anníbal, y no se poseia en Italia ni un solo puerto de desembarco. Y además, ¿no estaba habituado desde hacia muchos años el ejército de España á bastarse á sí mismo? Por último, el partido de la paz no cesaba de murmurar y moverse. Bien considerado, la inaccion era imperdonable y el héroe cartaginés sentia ya sus efectos. Procuraba economizar el oro de sus cajas y la sangre de sus soldados: sus cajas se iban vaciando poco á poco, el sueldo iba atrasado y las filas de sus veteranos iban aclarándose. Finalmente, la nueva de la victoria de Canas hizo callar á los facciosos, y el Senado de Cartago se decidió á enviarle hombres y dinero, á la vez de Africa y de España. Pondránse á la disposicion de Anníbal, entre otros recursos 4.000 Numidas y 40 elefantes, y se dará un enérgico impulso á la guerra en las dos Penínsulas. Habíanse hecho anteriormente algunas gestiones de alianza ofensiva con Macedonia, que fracasaron de repente por la muerte de *Antigono Doso*n, por la irresolucion de Filipo, su sucesor, y en fin por la inoportuna guerra emprendida contra los Etolios (de 534 á 537). Al dia siguiente de la batalla de Canas hallaron en Filipo las proposiciones de Demetrio de Paros mejor acogida. Le prometió la cesion de sus dominios en Iliria, que habia que arrancar primero á los Romanos, y la córte de *Pela* trató definitivamente con los Cartagineses. La Mace-

donia debía mandar un ejército á la costa oriental de Italia, y Cartago le aseguraba en cambio la restitucion de sus antiguas posesiones de Epiro.

Alianza con Siracusa.—En Sicilia el Rey Hieron permaneció neutral mientras habia durado la paz, y pudo hacerlosin comprometerse en lo más mínimo. Cuando Cartago, al dia siguiente de hecha la paz con Roma, habia estado á punto de perecer en una guerra civil, la habia auxiliado con provisiones de granos. No hay duda que la actual ruptura no le fué muy agradable; pero no habiéndolo podido impedir, permaneció prudente y fielmente unido á Roma, y murió al poco tiempo (otoño del año 538), ya muy viejo, despues de un reinado de 54 años. Su nieto y sucesor, el incapaz *Gerónimo*, se puso en relacion con los enviados Cartagineses, los cuales no tuvieron dificultad en prometerle la Sicilia hasta la antigua frontera de las posesiones fenicias, y despues, creciendo sus exigencias, toda la isla. Con esto firmó un tratado formal de alianza y reunió su escuadra con la africana en el momento en que ésta llegó á la vista de Siracusa y amenazó su capital. La escuadra romana de Lilibea, que habia andado reacia para seguir á los buques cartagineses y estacionarse en las islas Egates, se hallaba en extremo comprometida. El desastre de Canas impidió á Roma embarcar refuerzos para Sicilia. Harto los necesitaba para aplicarlos en Italia á necesidades más urgentes.

Se pasan á Annibal Cápua y la mayor parte de las ciudades de la Baja Italia.—Los sucesos tomaban en Italia un carácter más decisivo. El edificio de la confederacion romana, inquebrantable durante dos años de una guerra terrible, parecia que al fin comenzaba á desunirse y amenazaba ruina. Acababan de pasarse á Annibal, Arpi, en la Apulia, y *Uzentum (Ugento)* en la

Mesapia; estas dos antiguas ciudades habian sufrido mucho con la vecindad de las colonias de Luceria y de Brundisium. Todas las ciudades de los Brucios se les habian anticipado, á excepcion de *Petelia* (hoy *Estrongoli*) y de *Consentia* (*Cosenza*) á las que embistió Annibal. La mayor parte de los Lucanios, los Picentinos que Roma habia trasladado al país de Salerno, los Hirpinos, los Samnitas, á excepcion de los *Pentros* (*Pentri*) y por último Cápua, la segunda ciudad de Italia, Cápua que podia poner en campaña un ejército de 30.000 infantes y 4.000 caballos, todos estos pueblos, todas estas ciudades se separaron de la confederacion. El ejemplo de la gran ciudad arrastró á *Atella* y á *Calatia* sus vecinas (1). Pero en todas partes, y sobre todo en Cápua, se resistió la nobleza, unida á la causa de Roma por todos sus intereses. De aquí las luchas intestinas y tenaces, que aminoraban para Annibal las ventajas de la defeccion. En Cápua se vió obligado á apoderarse de *Decio Magio*, que luchaba todavía en favor de los Romanos, aun despues de la llegada de los Africanos: envióle cautivo á Cartago, haciendo ver de este modo y quizá muy á pesar suyo, cuán poco podian contar los Campanios con la libertad y la soberanía prometida por los generales cartagineses. En cambio, se mantuvieron firmes los Griegos de la Italia del Sur. No hay duda que las guarniciones romanas influyeron mucho en su fidelidad. Pero obedecian aun más á su ódio de raza contra los Fenicios, y contra los nuevos aliados de Cartago, los Lucanios y los Brucios, al mismo tiempo que amaban á Roma, dispuesta siempre á mostrar su celo y sus tendencias helenistas, siempre indulgente y

(1) *Atella* no lejos de Aversa; *Calatia*, hoy *Galazo*, no lejos de *Casseta*.

excepcionalmente dulce para los Greco-Itálicos. Así se vió á los de Campania, en *Neápolis* por ejemplo, resistir valerosamente los ataques dirigidos por Anníbal en persona. A pesar del peligro que las amenazaba, cerraron también sus puertas en la Gran Grecia las ciudades de Metaponte, Rhegium, Thurium y Tarento: Crotona y Locres, por el contrario, fueron atacadas y obligadas á capitular por los Fenicios y los Brucios coaligados. Los Crotoniatas fueron trasladados á Locres, cuya importante plaza marítima ocuparon colonos Brucios. No hay para qué decir que los Latinos del Sur, en *Brundisium*, *Venusia*, *Pestum*, *Cales*, *Coza*, etc., no se sometieron. Estas ciudades eran verdaderas fortalezas romanas fundadas por los conquistadores en el corazón del país extranjero; los colonos establecidos en los tierras de sus habitantes no se llevaban bien con sus vecinos, y debían ser los primeros perjudicados, si Anníbal restituía, según había prometido, su antiguo territorio á las ciudades Itálicas. Lo mismo sucedió en toda la Italia Central, en el antiguo dominio de la República: aquí predominaban las costumbres y la lengua latina, y los habitantes eran súbditos y no socios de Roma. No dejaron, pues, los adversarios de Anníbal en Cartago de hacer ver en pleno Senado que no se les había pasado ni un solo ciudadano romano ni una ciudad latina. El sólido edificio del poder romano solo podía, cual gigantesco muro ciclópico, derribarse piedra por piedra.

Firmeza de los Romanos.—Tales habían sido las consecuencias de la batalla de Canas, en donde pereció la flor de los soldados y de los oficiales de la federación, la séptima parte, cuando ménos, de los Italianos capaces de llevar las armas. Terrible, pero justo castigo de las gravísimas faltas políticas, imputables, no solo á algu-

nos héroes mentecatos, sino á toda la Ciudad. La Constitucion hecha para una ciudad provincial, no podia convenir á la capital de un gran imperio. No era en la caja de Pandora del voto popular en donde podia irse razonablemente á buscar el nombre del general llamado al mando supremo en una guerra de tamaña importancia. Por otra parte, aun de ser posibles, era sin embargo el momento ménos á propósito para comenzar las reformas; en realidad no habia allí más que hacer que dejar la direccion de las operaciones militares, el nombramiento y la prorogacion del generalato, á la única autoridad que sabia y podia proveer á ello, y que los comicios ratificasen despues lo hecho. Los brillantes éxitos de los Escipiones en el difícil campo de batalla de la Península española, era una gran enseñanza: pero los demagogos, empeñados en minar los fundamentos del poder aristocrático, se habian apoderado de la direccion de la guerra en Italia. El pueblo habia creido las imprudentes palabras de los agitadores que acusaban á los nobles de conspirar con el enemigo. Tristes Mesías de una ciega fé política, aquellos Flaminius y Varrones, «hombres nuevos» y de los más puros amigos del pueblo, puestos á la cabeza del ejército y encargados de ejecutar los planes de guerra que habian improvisado ó hecho aprobar en la plaza pública, los cuales habian dado por resultado á Trasi-meno y á Canas! Comprendiendo hoy su mision mejor que en el tiempo en que habia llamado de África el ejército de Régulo, no hacia el Senado más que cumplir con su deber, queriendo manejar él solo el timon, y oponiéndose lo mejor que podia á todas las medidas estravagantes. Desgraciadamente, despues de la primera de las dos grandes derrotas del ejército, cuando se habia hecho dueño de la situacion, cometió la falta

de obedecer tambien á las sugeriones del interés de partido. No es que yo quiera poner á Quinto Fabio en la línea de los *Cleones Romanos*, sus predecesores, ó sucesores, pero sí debo decir que, en vez de hacer la guerra solamente á Anníbal, habia hecho tambien una guerra política á Gayo Flamínio; y que en el momento en que la union era más necesaria, aun manteniendo frente á Anníbal su tenaz defensiva, habia tambien envenenado las disensiones que mediaban entre él y su segundo. Entonces fué cuando se dividió en sus manos la dictadura, ese instrumento de salvacion transmitido al Senado por la sabiduría de sus antepasados; entonces, y como una consecuencia indirecta, si se quiere, vinieron la batalla y las desgracias de Canas. Sin embargo, ni Quinto Fabio ni Marco Varron eran en realidad los autores de esta terrible catástrofe, sino que tenia su origen en la hostilidad y en las desconfianzas entre gobernantes y gobernados, entre el cuerpo deliberante y la asamblea del pueblo. Era, pues, necesario para la salvacion del Estado y el restablecimiento del poder romano, comenzar por restablecer la union y la confianza pública. El Senado, y este es su glorioso é imperecedero título de honor, vió claramente las cosas, y, lo que era más difícil, obró en su consecuencia. Obró con decision, destruyendo todos los obstáculos y dejando aparte las recriminaciones, tal vez justas; y cuando Varron, el único de todos los jefes del ejército, volvió á entrar en Roma despues de la batalla, los senadores salieron á recibirle hasta las puertas de la ciudad, dándole las gracias por no haber desesperado de la salvacion de la pátria ¡Y no era esto vana palabrería ó jactancia para paliar la miseria de los tiempos, como tampoco punzante ironía hácia el triste general! Era la paz entre el poder gobernante y el pueblo. Los

peligros del momento, y el formal llamamiento del Senado á la concordia pusieron término á todas las habladurías y rencillas del Forum; solo se pensó en la union para salir del apuro. Quinto Fabio, cuya tenaz constancia fué entonces más útil que todos los hechos de guerra, y con él todos los senado resnotables, se dedicaron á la salvacion comun, y devolvieron al pueblo la confianza en sí mismo y en el porvenir. El Senado guardó hasta el fin la misma firme actitud, aun en aquellos momentos en que de todas partes llegaban mensajeros anunciando solo derrotas, defecciones, pérdidas de los campamentos y de los almacenes del ejército, y pidiendo refuerzos para el valle del Pó y para la Sicilia en que la Italia parecia perdida, y en que la misma Roma, casi indefensa, se hallaba expuesta á los golpes del enemigo. Se prohibió á la gente del pueblo reunirse en la puertas: los ociosos y las mujeres tuvieron que encerrarse en sus casas: el luto por los muertos fué limitado á treinta dias; solo se interrumpieron por poco tiempo las ceremonias de los cultos alegres de los dioses, de los que estaban excluidos los vestidos de luto (¡tal era el número de los soldados muertos en los últimos combates que casi todas las familias estaban de duelo!) En este tiempo, los legionarios que habian vuelto sanos del campo de batalla se habian reunido en comision á las órdenes de los vigorosos tribunos militares, *Apio Cláudio* y *Publio Escipion, hijo*. Este, con su marcial continente y con ayuda de sus fieles camaradas, y hasta echando mano á la espada cuando no bastaban las palabras, hizo volver á sentimientos más romanos una porcion de jóvenes nobles, que, desesperando de la salvacion de la pátria, creyeron conveniente buscar la suya por mar. El consul Márco Varron vino tambien á unírseles con un puñado de soldados, llegando

á reunirse poco á poco cerca de dos legiones, que despues de haber sufrido la degradacion militar por órden del Senado, fueron reorganizadas para un servicio sin sueldo. El torpe general fué inmediatamente llamado á Roma bajo un pretesto cualquiera, y el pretor *Marco Cláudio Marcelo*, soldado experimentado de las guerras de la Cisalpina, que tenia tiempo há la mision de tomar en Ostia el mando de la escuadra y conducirla á Sicilia, fué á ponerse á la cabeza de las tropas. Durante este tiempo hizo Roma los más enérgicos esfuerzos. Necesita un nuevo ejército de combate y se pide á los Latinos que vengan en auxilio de la República, ante el peligro que á todos amenaza. Roma dá el ejemplo y alista á todos los hombres capaces de tomar las armas, aun á los jovencillos. Armó á los deudores sujetos á pena corporal y aun á los criminales; compró 8.000 esclavos y los alistó tambien; y careciendo de armas se apoderó de las ofrecidas, depositadas en los templos, á los dioses como despojos del enemigo: en todas partes trabajan de noche y día los obreros y los forjadores. Se completa el Senado, no como querian los patriotas tímidos, admitiendo en él á los Latinos, sino llamando á los ciudadanos más caracterizados legalmente. Por último, cuando Annibal prometió devolver sus prisioneros mediante un público rescate, se rechazaron sus proposiciones; sus enviados, encargados tambien de manifestar el deseo de los Romanos cautivos, no fueron siquiera recibidos en la ciudad. El Senado no queria que pudiese creerse que pensaba en la paz. Sepan los aliados que Roma no transigirá jamás; y vea hasta el último de los ciudadanos que, fuera de la victoria, no hay que esperar la salvacion ni el fin de la guerra.

CAPÍTULO VI.

GUERRAS DE ANNÍBAL DESDE CANAS HASTA ZAMA.—La situación.—Marcelo.—Anníbal en Campania.—Comienza la guerra en la Campania y en la Apulia.—Anníbal obligado á mantenerse á la defensiva.—Sus planes.—Pide refuerzos.—Cierren el camino á los ejércitos auxiliares.—La guerra en Sicilia.—Sitio de Siracusa.—Expedicion cartaginesa á Sicilia.—Destruccion del ejército cartaginés.—Toma de Siracusa.—Pequeña guerra de Sicilia.—Ocupacion de Agrigento y pacificacion de Sicilia.—Filipo de Macedonia.—Sus vacilaciones.—Roma á la cabeza de la coalicion griega contra Macedonia.—Paz entre Filipo y los Griegos.—Paz con Roma.—La guerra en España.—Exito de los Escipiones.—Sifax en guerra con Cartago.—Derrota y muerte de los Escipiones.—La España ulterior perdida por los Romanos.—Neron en España.—Publio Escipion. Publio Escipion en España.—Toma de Cartagena. Escipion en Andalucia. Asdrúbal pasa los Pirineos. Conquista de España. Magon en Italia. Gades por los Romanos.—La guerra en Italia. Posicion de los ejércitos.—Combates en la Baja Italia. Arpi es recobrada.—Toma de Tarento por Anníbal. Anníbal marcha sobre Roma. Capitulacion de Cápua.—Decisiva superioridad de los Romanos. Capitulacion de Tarento. Anníbal es rechazado al fondo de Italia. Muerte de Marcelo.—Miseria originada por la guerra.—Los aliados.—Llegada de Asdrubal.—Nuevos armamentos. Marchas de Asdrubal y de Anníbal.—Batalla de Sena ó de Metáuro. Anníbal en Brutium.—Cesa la guerra por algun tiempo. Magon en Italia.—Expedicion de Escipion al Africa. Armamentos de Cartago. Escipion rechazado á la costa. Sorpresa de los campamentos cartagineses.—Preliminares para la paz. Intrigas de los patriotas. Regreso de Anníbal al Africa.—Renovacion de las hostilidades.—Batalla de Zama.—La paz.—Resultados de la guerra fuera y dentro de Italia.

La situacion.—Al venir á Italia, traia Anníbal la intencion de deshacer el haz de la confederacion romana: al fin de su tercera campaña, habia obtenido todos los resultados á donde era posible llegar en este camino. Era evidente que las ciudades griegas y latinas ó latinizadas que se habian mantenido fieles á Ro-

ma al día siguiente de la batalla de Canas, no habiendo cedido al temor, solo cederian á la fuerza. La desesperada defensa de algunas pequeñas ciudades situadas en el fondo de la Italia Meridional, y que no tenían medios de resistencia, la de Petilia en el Brutium, por ejemplo, habia demostrado claramente á Annibal lo que podian prometerse los Marsos y Latinos. Si habia esperado un momento mejores resultados, por ejemplo, la defeccion de los Latinos, habian salido fallidas sus esperanzas. La coalicion de los Italianos del Sur estaba muy lejos de traerle las ventajas que de ella se habia prometido. Cápuá habia estipulado desde un principio que los Cartagineses no podrian obligar á los Campanios á alistarse ni á tomar las armas; y en cuanto á los *ciudadanos*, no olvidaban cómo se habia portado Pirro en Tarento. Tenian la loca pretension de sustraerse á la dominacion romana y á la cartaginesa. El Samnium y la Lucania no eran ya lo que en tiempo de Pirro, cuando éste habia creido poder entrar en Roma á la cabeza de la juventud sabelia. Las fortalezas romanas cubrian todo el país, ahogando toda energía y toda fuerza: bajo la dominacion de la República, habian olvidado los habitantes el ejercicio de las armas, y solo enviaban, como sabemos, contingentes insignificantes. No habia ya rencores en parte alguna, sino al contrario, numerosos personajes interesados en el buen éxito de la metrópoli. Arruinada la causa de Roma, se consintió en abrazar la del vencedor, pero sin perder de vista que no traia consigo la libertad y que no se hacia más que cambiar de señor. De aquí el poco entusiasmo de los Sabelios que se pasaban á Annibal, que se limitaban simplemente á no oponerle resistencia.

En tales circunstancias, sufrió la guerra una interrupcion. Dueño Annibal de todo el Sur de la Península

hasta el Vulturno y el monte Gargano, no podía dejar el país abandonado á sí mismo, como habia hecho con la Cisalpina; érale necesario defender su frontera, so pena de perderla si la desguarnecía. Para retener el país conquistado contra las fortalezas que por todas partes desafiaban sus armas y contra los ejércitos que iban á bajar del Norte, y para tomar la ofensiva, cosa que por sí sola era difícil, contra la Italia Central, estaba muy lejos de bastarle su ejército, que apenas contaba con 40.000 hombres, si de él se deducen los contingentes italianos. Ante todo iba á habérselas con otra clase de enemigos. La experiencia habia enseñado á los Romanos un mejor sistema de guerra. No ponian ya á la cabeza de sus ejércitos más que generales experimentados, á los que prorogaban el mando, si era necesario. Estos nuevos generales no permanecen ya en las alturas, presenciando inactivos los movimientos del enemigo; tampoco se apresuraban á atacarle en donde quiera que lo encontraban, sino que guardando un justo medio entre la inaccion y la precipitacion, esperaban el momento propicio detrás de sus campamentos y de las murallas de sus fortalezas, y no empeñaban combates sino cuando pudiendo ser eficaz la victoria, no podia la derrota convertirse en desastre. *Marco Cláudio Marcelo* fué el alma de esta nueva guerra. Al dia siguiente del desastre de Canas se habian fijado, por un instinto justo y previsor, las miradas de todos en este capitán experimentado, y se le habia confiado de hecho el mando supremo. Formado en buena escuela, en las difíciles guerras contra Amílcar en Sicilia, habia dado además en las últimas campañas contra los Galos una brillante prueba de su talento militar y de su bravura personal. Aunque frisaba ya en los 50 años, tenia todo el fuego de un soldado j6ven. Algunos

años antes (pág. 121), siendo también general, habíasele visto atacar personalmente al general enemigo, y arrojarlo muerto de su caballo. Fué el primero y único entre los cónsules de Roma que vistió los *despojos ópimos* (1). Había ofrecido su vida y su persona á las dos divinidades del Honor y del Valor, cuyos soberbio y doble templo, construido por él, se levantaba cerca de la *puerta Capena* (2). Si bien es verdad que en la hora del peligro no ha sido un solo hombre el que ha salvado á Roma, sino más bien el pueblo, y ante todo el Senado, justo es, sin embargo, decir que en la comun gloria ninguno tuvo tanta parte como Marco Marcelo.

Annibal en Campania. Comienza la guerra en este país y en Apulia.—Desde el campo de batalla de Cannas, se había vuelto Anníbal hácia Campania. Conocía Roma mucho mejor que todos los necios de los tiempos antiguos y modernos, que han creído que le hubiera bastado una marcha sobre la metrópoli para acabar de un solo golpe la lucha. Es verdad que hoy se decide la guerra en una gran batalla; pero en otros tiempos, el ataque de las plazas fuertes no estaba, ni con mucho, á la altura de la defensa, y muchas veces se estrellaba al pié de sus muros un general completamente victorioso, la víspera, en campo raso. El Senado y el pueblo de Cartago no podían compararse con el Senado y el pueblo romano. La expedición de

(1) Según Plutarco, los *spolia opima*, los quitados por el general romano al general enemigo después de haberle dado muerte, solo han sido *consagrados* tres veces en el templo de Júpiter Feretriano. Los primeros fueron los que Rómulo quitó á Acron, Rey de los Ceninatas; los segundos, por Aulo Cornelio Coso, á Lars Tolumnio, Rey de Veyes; y los terceros, por Marcelo á Virдумar.

(2) *Honoris et virtutis aedes*, fuera de la muralla de Servio, antes de llegar á la bifurcación de la vía apia y la vía latina.

Régulo habia hecho correr á Cartago mayores riesgos que á su rival la gran derrota de Canas; y sin embargo, Cartago se habia mantenido y vencido. ¿Cómo podia esperarse que Roma abriese sus puertas á Anníbal ó que ajustase una paz, siquier fuese muy honrosa? Luego Anníbal, en vez de perder el tiempo en vanas demostraciones ó comprometer los resultados eventuales ó considerables que tenia en su mano, sitiando, por ejemplo, á los soldados refugiados en Canusium, habia hecho perfectamente marchando sobre Cápua, antes que los Romanos tuviesen tiempo de poner en ella guarnicion y obligando á una sumision definitiva á la segunda metrópoli italiana, largo tiempo deseada. Desde aquí podia esperar apoderarse de uno de los puertos campanios, y hacer llegar hasta él los refuerzos que no podian ménos de suministrarle aun sus mayores enemigos políticos de Cartago, una vez conocidas sus brillantes victorias. Al saber la marcha que iban á seguir sus operaciones, abandonaron tambien los Romanos la Campania, no dejando en ella más que algunos destacamentos, y reunieron todas las fuerzas que les quedaban en la orilla derecha del Vulturno. Marco Marcelo marchó con las dos legiones de Canas, sobre Teanum, é hizo que le mandasen allí todas las tropas disponibles que hubiese en Roma y Ostia; y mientras que el dictador Marco Junio le seguia con el ejército principal, reunido precipitadamente, subió aquel rio arriba hasta *Casilinum* para salvar á Cápua si aún era tiempo; pero la habia ocupado ya el enemigo. Sin embargo, todos los esfuerzos de Anníbal para apoderarse tambien de Nápoles se habian estrellado contra la enérgica resistencia de sus habitantes, y los Romanos pudieron guarnecer esta importantísima plaza marítima. Permaneciéronles tambien fieles otras dos

grandes ciudades de la costa, Cumas y Nuceria (*Nocera*); en Nola disputaron el pueblo y el Senado, queriendo el primero entregarse á Cartago, y el segundo mantenerse fiel á Roma. Advertido del triunfo inminente del partido democrático, pasó Marcelo el rio en *Cayatia* (hoy *Caiazo*), y volviendo el ejército cartaginés por las alturas de Suésula (hoy *Sessola* ó *Maddaloni*), llegó aquel á tiempo de defenderla contra los enemigos interiores y exteriores: Anníbal fué rechazado con algunas pérdidas en una salida que hizo la plaza. Esta era la primera vez que no había triunfado; y este descalabro, por insignificante que fuese, produjo un gran efecto moral. Apoderóse, sin embargo, de Nuceria y Acerra y despues de un sitio tenaz, que se prolongó hasta el año siguiente (539,) tomó por asalto á Casilinum, que era la llave del Vulturno. Los senados de todas estas ciudades espieron con su sangre su fidelidad á la causa de Roma; pero el terror no hace prosélitos. Los Romanos pudieron atravesar sin pérdidas sensibles los primeros y más peligrosos momentos de crisis. La guerra se interrumpió por algun tiempo; llegó el invierno y Anníbal estableció sus cuarteles en Cápua, cuyas *delicias* no podian dejar de ser perjudiciales á tropas que hacia tres años no habian dormido bajo el techo de una casa.

Al año siguiente, tomó la lucha otro aspecto. Marco Marcelo, el excelente capitán, *Tiberio Sempronio Graco*, que se habia distinguido en la campaña anterior como jefe de caballería á las órdenes del dictador, y el viejo *Quinto Fabio Máximo*, cónsules estos dos últimos, y procónsul el primero, se pusieron á la cabeza de tres ejércitos, cuya mision era envolver á Cápua y Anníbal. Marcelo se apoyaba en Nola y en Suesula: Fabio Máximo, en *Cales* (*Calvi*),

en la ribera derecha del Vulturno, y Graco en *Liter-num* (1) en la costa, desde donde cubre á Nápoles y á Cumas: los Campanios que se habian adelantado hasta *Hame*, para sorprender esta última ciudad, fueron completamente batidos por Graco. Llegó Anníbal, quiere reparar el mal, pero fué rechazado, y después de ofrecer en vano la batalla, volvió á entrar en Cápua. Mientras que los Romanos defienden con éxito su terreno en Campania, recobran á Comulteria (hoy *San Ferrante*) y otras pequeñas ciudades que habian perdido, era Anníbal el blanco de las quejas y murmuraciones de sus aliados del Este. Fijó su residencia en Luceria un ejército romano á las órdenes del pretor Marco Valerio, uniéndose por una parte, con la escuadra, observando con ella la costa del Adriático y los movimientos de Macedonia, y por la otra dándose la mano con el cuerpo de ejército de Nola ó los talando el país de los Samnitas, de los Lucanios y de los Hirpinos sublevados. Para librarlos, atacó Anníbal á Marcelo; pero éste alcanzó una victoria importante bajo los muros de Nola; y sin haber podido restablecer la situación en Campania, marcharon los Cartagineses sobre Arpi, á fin de detener los progresos del ejército de Apulia. Siguióles Graco con el suyo, y los otros dos se concentraron y prepararon para atacar á Cápua en la próxima primavera.

Anníbal obligado á tomar la defensiva. Sus planes: pide refuerzos.—Las victorias de Anníbal no le habian deslumbrado. Ahora, más que nunca, veia claramente que no le conducian al fin. Imposible le era en adelante volver á emprender aquellas marchas rápidas, aquellos movimientos de avance y de retirada,

(1) Al Sur del lago de Páttria, al Norte de Cumas.

que se parecian á una guerra de aventuras, y á los que él habia debido principalmente sus triunfos. El enemigo no caia ya en sus redes; y, por otra parte, la necesidad de defender las conquistas hechas, hacia casi imposible toda tentativa de conquistas ulteriores. No pudiendo emprender la ofensiva, presentaba además la defensiva, cada año que pasaba, crecientes dificultades. Al llegar á la segunda mitad de su empresa, al ataque del Lacio y al sitio de Roma, el gran capitán veía bien que excedia á la medida de sus fuerzas, si su Pátria le abandonaba á sí mismo y á sus aliados de Italia. Al Senado de Cartago, al ejército y á los depósitos de Cartagena, á las córtes de Pélla y de Siracusa es á quien correspondia acabar su obra. Si Africa, España, Sicilia y Macedonia lanzaban contra el enemigo comun sus fuerzas combinadas; si la Baja Italia podia convertirse en el centro de reunion de los ejércitos y de las flotas del Oeste, del Sur y del Este, entonces, pero solo entonces, podia esperar un feliz resultado á la empresa tan brillantemente comenzada por su expedicion de vanguardia. ¿Qué cosa más natural y más fácil que enviarle inmediatamente refuerzos de Cartago? Esta no habia aún tomado propiamente parte en la segunda guerra púnica. Habia bastado un puñado de atrevidos patriotas y el génio de un general, no contando más que con ellos mismos, y desafiando el peligro, para sacarla de su humillacion y conducirla á dos pasos del triunfo definitivo. Nada, absolutamente nada, se oponia á que hiciese el esfuerzo que de ella se esperaba. Una escuadra fenicia, por poco numerosa que fuese, podia arribar á Locres ó á Crotona, y esto en el momento en que Siracusa le abria su puerto y en que Macedonia tenia en jaque la escuadra romana de Brundisium. ¿No habian desembarcado sin el menor



obstáculo en Locres 4.000 africanos mandados poco há bajo las órdenes de *Bomilcar*? Y más tarde, cuando Anníbal lo había perdido todo en Italia, ¿no pasó el mar también sin obstáculo? Por desgracia no duró la animación que se apoderó de los Cartagineses después de la batalla de Canas: la facción de la paz, que todo lo sacrificaba, hasta la Pátria, á su odio contra sus enemigos políticos, hallando un fácil aliado en el pueblo de Cartago, indiferente y corto de vista, consiguió que se rechazasen las exigencias del héroe. Respondiósele (respuesta tan estúpida como irónica) que, puesto que había vencido, no tenía necesidad de auxilios. En realidad, la inercia de los Cartagineses contribuyó tanto, por lo ménos, como la energía del Senado de Roma á salvar la República. Educado en los campamentos y extraño á las intrigas de los partidos en la metrópoli, no tenía Anníbal á sus órdenes un agitador popular que le ayudase, como Asdrubal había ayudado á su padre. Necesitó el héroe buscar en el exterior los medios de salvar á su país, cuando Cartago los tenía todos en su mano. En el exterior parecía su esperanza más fundada. El ejército de España, con sus jefes patriotas, la alianza con Siracusa y la intervención de Filipo de Macedonia, le traerían una utilísima cooperación. Pero pedía á España, á Siracusa y Macedonia nuevos combatientes para los campos de batalla de Italia. La guerra había sucesivamente invadido la España, la Sicilia y la Grecia, ya sea que se tratase de abrir ó de cerrar el paso á los refuerzos. La guerra en los tres países era un medio útil para el gran fin; es un error haberla considerado como una falta. Para los Romanos constituía un sistema definitivo: aquí, cerrando los pasos del Pirineo; allá, entreteniéndose á los Macedonios en su país y en Grecia, y

acullá protegiendo á Messina y cortando á Sicilia sus comunicaciones con Italia. Demás se concibe que esta defensiva se convertiria en ataque en cuanto fuera posible. Auxiliados por la fortuna, arrojaron los ejércitos romanos á los fenicios fuera de España y de Sicilia, y destruyeron las alianzas entre Anníbal y Siracusa y entre Anníbal y Filipo. Durante este periodo, la guerra en la Península itálica ocupa un segundo término: en apariencia se limita á sitios ó á algaradas sin importancia; y, sin embargo, mientras los Fenicios son los agresores, continúa siendo la Italia el punto objetivo de las operaciones militares. Todos los esfuerzos y todo el interés se concentraban en derredor de Anníbal. Tenerlo aislado ó hacer que salga de su aislamiento en las regiones del Sur, hé aquí el nudo del drama.

Ciérrase en un principio el camino á los ejércitos auxiliares.—De haber sido posible á Anníbal concentrar, inmediatamente despues de la batalla de Canas, todos los auxilios con que debia contar, hubiera probablemente coronado sus planes el éxito definitivo. Pero precisamente en este mismo tiempo la batalla del Ebro (p. 195) habia tenido para Asdrubal consecueucias tan desastrosas, que Cartago tuvo que enviar á aquella la mayor parte de los refuerzos que habia reunido á la nueva de la victoria del ejército de Italia, á pesar de lo cual no habia mejorado la situacion de España. Al año siguiente (539), trasportaron los Escipiones el teatro de la guerra desde el Ebro al *Betis* (*Guadalquivir*), y en el centro del país cartaginés consiguieron dos brillantes victorias, en *Illiturgi* é *Intibili* (1). Ciertas inteligencias con los Sardos

(1) *Illiturgi*, sobre el Guadalquivir, al Norte de Córdoba; no se conoce á punto fijo su posicion.—*Intibili*, no lejos de la costa, en el Sudoeste de Cataluña.

habian hecho creer á Cartago que podria recobrar la posesion de su isla, posicion de las más ventajosas para las comunicaciones entre España é Italia. Pero Tito Mánilio Torcuato, mandado desde Roma con un ejército, derrotó un cuerpo cartaginés de desembarco, quedando nuevamente los Romanos en posesion de esta isla. En el Norte y el Este de Sicilia se defendieron valerosa y afortunadamente contra los Cartagineses y contra Jerónimo las legiones de Canas que habian sido destinadas á este punto; al finalizar el año 539 (215 antes de J. C.) murió Jerónimo á manos de un asesino. Por último, la alianza con Macedonia no se ratificó todo lo pronto que debiera, porque á su vuelta fué apresado por los buques romanos aquel en que iban los enviados de Filipo á Anníbal. Por consiguiente, no habiendo podido verificarse la invasion de los Macedonios en la costa oriental, tuvieron los Romanos tiempo de cubrir con su escuadra la plaza de Brundisium, defendida por tierra por las milicias provinciales hasta la llegada á Italia del ejército de Graco. Hasta hizo Roma preparativos para un desembarco en Macedonia, en caso de una declaracion de guerra. Así pues, mientras que estaban en suspenso los grandes combates en la Peninsula, Cartago no habia hecho nada fuera de Italia para hacer que pasasen á ésta con la mayor rapidez posible los ejércitos y las escuadras de que tanto necesitaba Anníbal. Entre los Romanos, por el contrario, presidia una incomparable energía á todas las medidas defensivas, y, en su resistencia á todo trance, combatian casi siempre con buen éxito allí donde faltaba el génio de Anníbal. Ya se habia desvanecido en Cartago el momentáneo patriotismo que habia resucitado la victoria de Canas: las considerables fuerzas levantadas en un principio y disponibles, se habian disipa-

do, ya por la influencia de una oposicion facciosa, ya por efecto de miserables transacciones entre las opiniones que dividian profundamente el Senado. En ninguna parte pudieron hacer sérios servicios, y no se enviaron más que muy pocas fuerzas allí donde era conveniente y necesario emplearlas todas. En suma, al fin del año 539 (215 antes de J. C.), todo el que tuviera dotes de hombre de Estado podia comprender que habia ya pasado el peligro para Roma, y que en adelante bastaria la perseverancia en los esfuerzos sobre todos los puntos á la vez, para alcanzar el éxito completo de la defensa de la Pátria, tan heroicamente principiada.

La guerra en Sicilia. Sitio de Siracusa.—La primera que terminó fué la guerra de Sicilia. No entraba en los proyectos de Anníbal encender allí la lucha. Pero parte por efecto del azar, y parte por la presuntuosa é infantil locura de Jerónimo, estalló una lucha local, á la que, sin duda por este mismo carácter, prestó toda su atencion el Senado de Cartago. Asesinado Jerónimo, parecia más que verosímil que los Siracusanos se detuviesen en el camino que habian emprendido. Si alguna vez habia tenido una ciudad justo motivo para aliarse con Roma, lo era Siracusa en su actual estado. Parecia evidente que, vencedores de Roma, volverian los Cartagineses á apoderarse de Sicilia; y, en cuanto á esperar que cumplieran las promesas hechas á Jerónimo, seria pasar el papel de inocentes. A estas razones, graves por sí mismas, se unian las del temor. Los Siracusanos estaban viendo que los Romanos hacian grandes preparativos para apoderarse por completo de la isla que les habia de servir de puente entre Italia y Africa, y asistian al desembarco de Marcelo, el mejor general de Roma, encargado de la direccion de

las operaciones durante la campaña del año 540. Mostráronse, pues, dispuestos á entrar en la alianza de la República y á pedir que se olvidase todo lo pasado. Pero al poco, en el estado de trastorno en que se hallaba la ciudad desde la muerte de Jerónimo, esforzándose los unos en restablecer las libertades populares y los otros aspirando y luchando violentamente en derredor del trono vacante, quedaron como verdaderos dueños de la ciudad los jefes de la soldadesca extranjera; y los confidentes de Annibal, *Hipocrates* y *Epícidés*, aprovecharon la ocasion para impedir que se hiciese la paz, sublevando las masas en nombre de la libertad. Pintáronles, con una exajeracion concertada de antemano, los terribles castigos sufridos por los *Leontinos*, á quienes Roma habia vuelto á someter á sus leyes; hicieron creer á la mayor parte de los ciudadanos que era ya demasiado tarde para volver á reanudar sus relaciones con ella; y por último, entre los soldados, en donde se hallaban los tráfugas del ejército, y sobre todo de los remeros de la escuadra romana, corrió la voz de que la celebracion de la paz seria su sentencia de muerte. Se amotinan, asesinan á los jefes de la ciudad, quebrantan la trégua, y ponen á Hipócrates y á Epícidés al frente del Gobierno. No quedó al cónsul más remedio que sitiarnos; pero la ciudad se defiende vigorosamente, con ayuda de su famoso matemático é ingeniero, el Siracusano *Arquímedes*. Al cabo de ocho meses de un sitio regular, se veian los Romanos reducidos á bloquear á Siracusa así por mar como por tierra.

Expedicion cartaginesa á Sicilia. Derrota del ejército cartaginés. Toma de Siracusa.—En este momento Cartago, que no habia dado hasta entonces á los Siracusanos nada más que el apoyo de sus escuadras,

al saber que se habían decididamente levantado por segunda vez contra Roma, envió á Sicilia un poderoso ejército bajo el mando de *Himilcon*. Desembarcó sin obstáculos en *Heráclea Minoa*, y ocupó inmediatamente á *Agrigento*. Como capitán hábil y atrevido, quiso Hipócrates ponerse en comunicacion con él; sale inmediatamente de Siracusa con otro cuerpo de ejército, y Marcelo se encuentra cogido entre la ciudad sitiada y los dos generales enemigos; pero llegando refuerzos de Italia se sostuvo valerosamente en sus posiciones y continuó el bloqueo. La mayor parte de las pequeñas ciudades del país se echaron en brazos de los Cartagineses, no tanto por temor á los ejércitos de Cartago y Siracusa, cuanto por los crueles rigores ejercidos por los Romanos, y que tan justamente se les echan en cara. Entre otros, habían pasado á cuchillo á los habitantes de Enna por la sola sospecha de infidelidad. Por último, en 542 (212 antes de J. C.), mientras que los ciudadanos se entregaban á una fiesta, escalaron los sitiadores el muro exterior de Siracusa, por uno de los puntos más lejanos del centro de la plaza y abandonado en este momento por los centinelas. Penetraron en el arrabal que, extendiéndose hácia el Oeste, conducia á la *Isla* y á la *Achradina*, ó á la ciudad propiamente dicha, situada á orillas del mar. La ciudadela de *Eurialos*, en la parte occidental del arrabal, posicion importante que cubria el camino que conducia al interior de Siracusa, se hallaba entonces cortada, y sucumbió poco despues. Pero en el momento en que el sitio tomaba un buen aspecto para los Romanos, acudieron en socorro de la plaza los dos ejércitos de Hipócrates y de Himilcon. Combinaron su ataque con un desembarco intentado por la armada africana, y con una salida de los sitiados. Los Romanos defendieron valerosamente todas sus posiciones,

rechazaron en todas partes al enemigo, y los dos ejércitos auxiliares se contentaron con fijar su campamento no lejos de la plaza, en medio de las marismas del valle del *Anapus*, pestilencial y mortífero para el que permanezca en él durante el estío y el otoño. En esto es en lo que la ciudad había encontrado muchas veces su salvación, más bien que en la bravura de sus defensores. En tiempo del primer Dionisio, habían perecido dos ejércitos fenicios que intentaron atacar á Siracusa. Por la inconstancia de la fortuna, iba á serle perjudicial ahora lo que había sido antes para ella un poderoso auxiliar; mientras que Marcelo, acantonado en el arrabal, tenía un puesto sano y seguro, devoraban las fiebres á los ejércitos cartagineses y siracusanos. Allí murió Hipócrates é Hilcon y casi todos los Africanos: los restos de los dos ejércitos, indígenas en su mayor parte, se dispersaron por las ciudades vecinas. Los Cartagineses hicieron todavía una tentativa para levantar el bloqueo marítimo de la plaza; pero Bomilcar, su almirante, retrocedió ante la batalla que le ofreció la escuadra romana. Entonces Epícides, que dirigía la defensa, teniendo por perdida la ciudad, huyó á Agrigento. Los Siracusanos querían capitular, y comenzaron las negociaciones. Por segunda vez fracasaron éstas á consecuencia de los transfugas. Sublevaronse de nuevo los soldados, degollaron á los magistrados y á los ciudadanos más notables, y entregaron todos los poderes y la dirección de la defensa á los generales de las milicias extranjeras. Pronto se entendió Marcelo con uno de ellos, que le entregó la Isla, una de las dos partes de la ciudad que les quedaban. Entonces se decidió el pueblo á abrir las puertas de la *Acradina* (en otoño del año 542). Siracusa debió realmente hallar gracia ante los vencedores. A pesar de las severas tra-

diciones de su derecho público, y de las penas con que castigaban á las ciudades culpables de haber violado su alianza, debieron los Romanos tener en cuenta que no habia sido dueña de sus destinos, y que se habia esforzado muchas veces por sustraerse á la tiranía de la soldadesca extranjera. Marcelo manchó su gloria y su honor militar entregando al saqueo y al pillaje una plaza tan rica y comercial. Allí pereció el ilustre Arquímedes con una multitud de sus conciudadanos. En cuanto al Senado Romano, cómplice del crimen de su ejército, no quiso dar oído á las tardías súplicas de sus desgraciados habitantes, hacer que se les restituyesen sus bienes, ni devolver la libertad á su ciudad. Siracusa y las ciudades que le habian pertenecido fueron colocadas en el número de las poblaciones tributarias. Solo *Tauromenium* y *Neeton* obtuvieron el *derecho de Mesina*. El territorio *Leontium* fué declarado dominio público de Roma; sus propietarios quedaron reducidos al estado de simples colonos. Prohibióse á todo Siracusano el habitar la *Isla*, que era el punto que dominaba el puerto (1).

Pequeña guerra de Sicilia. Ocupacion de Agri-

(1) Cualquiera que haya leído á Tucídides, Diodoro, Polibio y Tito Livio, recordará los detalles topográficos relativos á Siracusa. En tiempo de la guerra del Peloponeso, se componia de la *isla (Ortigia)*, frente al puerto y de la ciudad propiamente dicha, la *Acradina* al Oeste de la isla, con los arrabales de *Tiche* y *Neapolis*. Dionisio el Mayor habíale agregado la *Epipola*, ó la colina de la *Ciudad alta*, coronada la cima de su triángulo por el fuerte *Eurialus*. (V. Grote, *Hist. Of. Greec.*, New-York, 1859, tomo VII, pág. 245 y tomo X, pág. 471 y siguiente. Véase tambien el *Atlas antiquus* de Spruner, cap. X. Véase allí un plano muy exacto de Siracusa, en donde están indicadas las secciones de la ciudad, cada cual con sus murallas interiores y exteriores.)

gento por los Romanos. Pacificacion de la isla. La Sicilia parecia otra vez perdida por los Cartagineses; pero se contaba sin el génio de Anníbal, cuyas miradas, por léjos que estuviese, se dirigian hácia este lado. Envió al ejército cartaginés, reunido bajo el mando de Hannon y Epírides, en Agrigento en donde estaba inactivo y sin plan, á uno de sus oficiales de caballería libia, á *Mutines*, que, recorriendo la isla con sus veloces escuadrones, y enconando en todas partes los ánimos ya prevenidos contra la dureza de los Romanos, comenzó un sistema de *guerrillas* en grande escala y con un éxito notable; y hasta habiéndose encontrado los dos ejércitos, romano y cartaginés, en las orillas del *Himera*, libró Mutines algunos combates muy ventajosos contra el primero, mandado por Marcelo en persona. Pero muy pronto produjeron tambien aquí sus efectos las malas inteligéncias entre Anníbal y el Senado de Cartago. El general enviado de África persiguió con su ódio y su envidia al general enviado por Anníbal; y, queriendo pelear contra el cónsul sin Mutines y sus Numidas, fué completamente derrotado. A pesar de ésto, Mutines continuó su sistema. Se mantuvo en el interior de la isla, ocupó algunas pequeñas ciudades, y habiendo, por fin, mandado Cartago algunos refuerzos, extendió poco á poco sus operaciones. No pudiendo Hannon impedir al jefe de la caballería ligera que le oscureciese con sus hazañas cada vez más ilustres, le quitó bruscamente el mando y lo dió á su mismo hijo. La medida habia llegado á su colmo. Habiendo pagado de este modo al numida por haber sabido, durante dos años, conservar á Cartago la Sicilia, entraron en negociaciones él y sus caballeros, que se negaban á seguir al hijo de Hannon, con Marco Valerio, y entregó á Agrigento. Hannon huyó inmediata-

mente, y fué á denunciar á Cartago, ante los adversarios de Anníbal, la infame traicion que habia cometido un oficial de éste. Durante este tiempo, habia sido pasada á cuchillo la guarnicion de la plaza, y los ciudadanos fueron vendidos como esclavos (año 544). Para impedir en adelante desembarcos imprevistos como el verificado en el año 540, se mandó á la ciudad una colonia; y desde esta fecha, la soberbia *Akragas*, convertida en fortaleza romana, recibió el nombre latino de *Agrigentum*. Toda la Sicilia estaba ya sometida, y Roma quiso que reinase la paz y la tranquilidad en esta isla tan trastornada. Toda la poblacion del interior fué trasladada en masa á Italia, y arrojada desde *Rhegium* sobre los países aliados de Anníbal para que los talasen. Los administradores romanos se ocuparon sin descanso en restaurar en la isla la agricultura, que habia quedado en ella completamente arruinada. Aun se pensó en Cartago en enviar allí sus escuadras y renovar la guerra. ¡Vanos proyectos que se quedaron en tales!

Filipo de Macedonia. Sus vacilaciones. Roma á la cabeza de la coalicion griega contra Macedonia. La guerra continúa indecisa.—Más que Siracusa, hubiera debido sentir Macedonia estos acontecimientos. Los Estados de Oriente no eran un obstáculo ni un apoyo. *Antioco el Grande*, el aliado natural de Filipo, despues de la victoria decisiva en *Raphia* (1) (en el año 537), se creyó feliz con obtener la paz bajo el pie del *statu quo ante bellum*, del débil é indolente *Ptolomeo Filopator*: las rivalidades que dividian á los *Lagidas*, la incesante amenaza de una nueva explosion de la guerra, las sublevaciones de los pretendientes en

(1) Al Sur de *Gaza*, en los confines de Egipto y Siria, hoy *Raiha*.

el interior, y las empresas de todo género en el exterior, en el *Asia Menor*, en *Bactriana* y en las Satrapias orientales, no le permitian entrar en la gran coalicion contra Roma, como Annibal hubiera deseado. La córte de Egipto se puso decididamente de parte de la República y renovó con ella sus tratados, en el año 544. Sin embargo, en cuanto á recursos, nada debia Roma esperar de Egipto, á no ser algunos buques cargados de grano. Solo la Macedonia y la Grecia estaban en situacion de echar un peso decisivo en la balanza de las guerras itálicas, á lo que no se oponia nada más que sus diarias rivalidades. Aún hubieran salvado el nombre y la nacionalidad de los Helenos, si, dando tregua por algunos años á sus mezquinas querellas, se hubieran dirigido unidas contra el comun enemigo. Más de una voz se habia levantado en Grecia para predicar esta inteligencia. *Agelaus de Naupacto (Lepanto)*, habia profetizado el porvenir, exclamando que temia «ver en un corto plazo concluidos todos aquellos juegos militares de los Griegos;» aconsejándoles «que volviesen sus miradas hácia el Oeste, y no permitiesen que uno más fuerte hiciese pasar un dia bajo el mismo yugo á todos los que entonces contendian entre sí.» Estas graves palabras habian contribuido bastante á la paz del año 537 entre Filipo y los Etolios; y la prueba de ello es la eleccion, que siguió á aquella, de Agelaus, como Estrátega de la liga Etolia. En Grecia, lo mismo que en Cartago, despertóse el patriotismo por un momento en los espíritus, y pareció posible arrastrar todo el pueblo heleno á una guerra nacional contra Roma. Pero la direccion de una tal guerra correspondia de derecho á Filipo; á Filipo, que no sentia entusiasmo, ni en su Nacion habia la fé necesaria para llevarla á feliz término. No

comprendió su difícil misión: de opresor de la Grecia, hubiera podido convertirse en su campeón. Ya sus lentitudes para ratificar el tratado de alianza con Aníbal habían dejado que se extinguiese el primer arranque de entusiasmo de los patriotas; y cuando entró por fin en la lucha, como era un mediano capitán, no pudo inspirar á los Helenos confianza ni simpatía.

En el mismo año de la batalla de Canas (538), hizo una primera tentativa sobre Apolonia; fracasó ridículamente, batiéndose en retirada al primer rumor, por cierto infundado, de que una armada romana había aparecido en el Adriático. Aún no era oficial su ruptura con Roma. Cuando por último fué ya declarada, todos, amigos y enemigos, esperaban un desembarco de los Macedonios en la Baja Italia. En el año 539 (215 antes de Jeucristo) pusieron los Romanos en Brundisium un ejército y una escuadra para recibirlos. Filipo no tenía naves de guerra, é hizo construir una flotilla de barcos ilirios para el transporte de sus tropas. Pero, en el momento decisivo, tuvo miedo y no se atrevió á exponerse á ser alcanzado por las quinqueremes en alta mar, y faltando á sus compromisos con Aníbal de llevar sus ejércitos á la Península itálica, se decidió, por hacer algo, á ir á atacar las posesiones de la República en Epiro. Esta era la parte que se le había prometido en el botín. ¿Qué podía resultar de aquí? Nada, en la hipótesis más favorable. Pero Roma sabía ya que la mejor defensiva es casi siempre la que ataca, y no quiso, como había creído Filipo, asistir pasivamente á sus agresiones al otro lado del golfo, y la flota de Brundisium trasladó á Epiro un cuerpo de ejército. Fué recobrado *Oricum* (*Orico*), púsose guarnición en Apolonia, y se apoderaron del campamento macedonio. Filipo pasó de una actividad mediana á la

inaccion completa, y no se movió en muchos años. En vano Annibal le insta con sus querellas, en vano le echa en cara su pereza y estrechez de miras. El ardor y la clara prevision del Cartaginés fueron completamente impotentes. Cuando despues vuelvan á comenzar las hostilidades, no será Filipo quien las rompa. Ha biendo la toma de Tarento proporcionado á Annibal un puerto excelente para desembarcar un ejército macedonio, comprendieron los Romanos que les era necesario parar lejos el golpe, y ocupar en su país al Macedonio de modo que no pueda pensar siquiera en venir á Italia. El entusiasmo nacional, sobreexcitado un momento en los Griegos, hacia ya mucho tiempo que se habia convertido en humo. Recurriendo á la antigua oposicion, siempre viva, contra Macedonia; sacando hábilmente partido de las imprudencias y recientes injusticias de Filipo, no costó al almirante romano gran trabajo en reconstituir contra él, y bajo la proteccion de la República, la coalicion de los Estados medianos y pequeños. A su cabeza marchaban los Etolios, á quienes Lævinus habia visitado en su Asamblea, y á quienes se habia atraído mediante la promesa de cederles parte del territorio acarnanio, objeto de su codicia. Aceptaron de Roma la honrosa mision de saquear á medias con la República, los demás países de la Grecia: la tierra sería para ellos; los prisioneros y el botín para los Romanos. En la Grecia propia se unieron á éstos los Estados hostiles á Macedonia, ó mejor dicho á la liga Aquea. Entre estos adherentes se contaba á Atenas en el Atica, á *Elis* y *Mesene* en el Peloponneso, y sobre todo á Esparta. En ésta, un soldado atrevido, *Machanidas*, acababa de echar abajo una Constitucion decrepita para reinar despóticamente bajo el nombre de Pelops; y, como aventurero, apoyaba su ti-

rania en la espada de sus mercenarios. Los Romanos tuvieron en fin por aliados á los jefes de las tribus semi-salvajes de Tracia y de Iliria, irreconciliables enemigos de los Macedonios, y á *Atalo*, Rey de *Pérgamo*: hábil, enérgico y deseoso de sacar partido de la ruina de los dos grandes Estados griegos de que se hallaba rodeado, habia sabido Atalo colocarse bajo la clientela de Roma en el momento en que su cooperacion tenia para ésta un valor inestimable. No vamos á referir aquí las diversas vicisitudes de la guerra. Aunque más fuerte que cada uno de sus adversarios aisladamente, aunque rechazase en todas partes sus ataques con vigor y con bravura, no por esto se consumia ménos Filipo en una fatigosa defensiva. Ya tiene que ir contra los Etolios, que, de concierto con la escuadra romana, exterminan á los infelices Acarnanios, y amenazan la Lócrida y la Tesalia; ya corre hácia el Norte, á donde lo llama una incursion de los Bárbaros; en otra ocasion le piden los Aqueos auxilio contra las bandas de los Etolios y Espartanos que talan el país; y por último, reuniéndose el Rey de Pérgamo con el almirante romano *Publio Sulpicio*, amenaza atacar la costa oriental, ó desembarcar tropas en la isla de *Eubea*. Careciendo Filipo de escuadra, se vió paralizado en sus movimientos: en tal apuro pidió buques á *Prusias*, Rey de Bitinia, y al mismo Annibal. Por último, mandó construir 100 galeras (que es precisamente por donde debió principiar) y de las cuales, suponiendo que se ejecutase la orden, no llegó á hacer uso. El que comprendia la situacion de la Grecia, el que la amaba, no podia ménos de deplorar esta malhadada guerra, en que se agotaban sus últimos recursos, y que tendria por fin la ruina de todos.

Paz entre Filipo y los Griegos. Paz con Roma.—

Ya habian intentado mediar en la contienda las ciudades comerciales de Rodas, Quios, Mitilene, Bizancio, Atenas, y hasta el mismo Egipto. Ambas partes se mostraban dispuestas á la paz. Si los Macedonios habian sufrido mucho con la guerra, no habia sido ésta ménos onerosa para los Etolios, que eran de todos los aliados de Roma los más interesados en la lucha; sobre todo, despues que Filipo se ganó al pequeño Rey de los Atamanios, toda la Etolia se hallaba en descubierto. Gran número de Etolios veian claramente el papel tan funesto y vergonzoso á que los condenaba su alianza con Roma. Todos los Griegos lanzaron un grito de horror, cuando, de concierto con ésta, habian vendido los Etolios como esclavos y en masa las poblaciones helénicas de *Anticira*, *Oreos*, *Dimea* y *Egina* (1). Desgraciadamente no eran libres en sus actos, y hubieran desempeñado un gran papel si hubiesen hecho por separado la paz con Filipo. Los Romanos no se inclinaban á ésto. Habiendo tomado las cosas un buen aspecto en España y en Italia, ¿qué interés tenia Roma en que terminase esa guerra, en la que, á excepcion de algunos buques enviados por ella, pesaban sobre los Etolios todos los disgustos y las cargas? Estos concluyeron, sin embargo, por entenderse con los Griegos, que se interpusieron como mediadores; y á pesar de los esfuerzos contrarios de los Romanos, concluyeron la paz durante el invierno de 548 á 549. La Etolia se trasformaba de poderoso aliado en un peligroso enemigo. Pero el Senado romano empleaba entonces todos los recursos de la República, estenuada por tantas luchas, en la grande y decisiva expedicion de Africa. No era

(1) *Anticira*, hoy *Aspro-Spitia* en Fócida, sobre el golfo de Corinto.—*Dimea*, hoy tal vez *Papas*, en Acaya.—*Oreos* ó *Histia*, hoy en Orio Eubea.

pues el momento oportuno para vengarse de la ruptura de la alianza. Pareció más conveniente tratar también de la paz, puesto que la guerra contra Filipo, una vez retirados los Etolios, exigía que se distrajesen algunas fuerzas. En virtud del arreglo estipulado, quedaron las cosas en el mismo lugar y estado que tenían antes de la guerra. Roma conservó todas sus posesiones de la costa de Epiro, á excepcion del insignificante territorio de los *Atintanos*. Filipo tuvo á dicha obtener tan favorables condiciones. No por esto resultaba ménos claramente que todas las indecibles fatigas y miserias de una guerra odiosa, fratricida é inhumana habian pesado inútilmente sobre la Grecia por espacio de diez años, y que lo mismo habia sucedido con los grandes designios y las maravillosas combinaciones de Annibal; despues de haber dividido un momento la Grecia, abortaban para siempre.

La guerra de España.—En España, en donde se dejaba aún sentir el génio de Amílcar y de su hijo, fué mucho más séria la lucha. Tuvo ésta muchas y admirables vicisitudes, que se explican, por otra parte, por la naturaleza del país y por las costumbres de las naciones locales. Los campesinos y pastores que habitaban el valle del Ebro ó la fértil Andalucía, lo mismo que los acantonados en las altas mesetas de la parte central, cortadas por bosques y montañas, todos se levantaban como enjambres armados al primer llamamiento; pero no se dejaban conducir fácilmente contra el enemigo, ni permanecian mucho tiempo unidos. En cuanto á los habitantes de las ciudades, por mucho que fuese su valor para defenderse desde las murallas contra los ataques del enemigo, no se prestaban tampoco á una accion comun y enérgica en el exterior. Cartagineses ó Romanos, importábanles exac-

tamente lo mismo. Para nada se cuidaban de que estos huéspedes incómodos ocupasen una parte más ó ménos grande de la Península: los unos, al lado del Ebro; los otros, al lado del Guadalquivir: así pues, durante toda la guerra, excepto Sagunto, que se habia declarado por los Romanos, y *Astapa (Estepa)*, unida á la causa de los Cartagineses, fué muy raro que se pusiesen al servicio de uno de los beligerantes la tenacidad y el valor indomable de los Españoles. Mas como ni los Romanos ni los Cartagineses habian llevado al país grandes ejércitos, la lucha degeneró forzosamente en una guerra de propaganda, en la que, á falta de afecto y de sólidas alianzas, entraban con frecuencia á hacer sus veces el temor, el dinero y la fortuna. Cuando la lucha parece inmediata á terminar, se prolonga de repente y se trasforma en una guerra interminable de emboscadas y sorpresas; despues renace de sus cenizas y se extiende en un momento por todas partes. Los ejércitos ruedan y se trasladan como las dunas en las arenosas playas del mar. Lo que era ayer llanura, es hoy una montaña. Generalmente llevan ventaja los Romanos; en un principio, entraron en el país como enemigos de los Fenicios y como libertadores: despues enviaron buenos generales y un sólido núcleo para un ejército. Las más veces son incompletos los relatos de los historiadores; el tiempo y las fechas están muy embrollados, y seria cosa imposible formar un cuadro algo completo de este gran episodio de las guerras españolas.

Exito de los Escipiones. Guerra de Sifax contra Cartago.—Los dos procónsules romanos de la Península, *Gneo y Publio Escipion*, sobre todo el primero, eran hábiles capitanes y excelentes administradores, y cumplieron su mision con un éxito brillante. No solo

tuvo constantemente cerrada la barrera de los Pirineos, y rechazaron con pérdidas todas las tentativas del enemigo, para restablecer las comunicaciones por tierra entre el ejército invasor á las órdenes del general en jefe y sus depósitos en España; no solo rodearon á Tarragona de una extensa línea de fortificación, dotando además á esta Roma española de un puerto por el estilo del de Cartagena, sino que hicieron más: desde el año 539 fueron á buscar á los Cartagineses, y sostuvieron contra ellos ventajosos combates en el centro mismo de Andalucía. La campaña del año 540 (214 antes de Jesucristo) fué aún más fecunda en buenos resultados. Los Escipiones llevaron sus armas hasta las columnas de Hércules, y su clientela progresó en todas partes; por último, recobrando y restaurando á Sagunto, conquistaron un punto importante en el camino del Ebro á Cartagena, al mismo tiempo que pagaban al fin la deuda del pueblo romano. Pero no contentos con haber quitado á los Cartagineses casi toda la Península, les suscitaron además, en el año 541, un peligroso enemigo en el África occidental. Pusiéronse en inteligencia con *Sifax*, el más poderoso de todos los jefes del país (provincias de *Orán* y de *Argel*). Si hubieran podido mandarle el refuerzo de un ejército de legionarios, quizá las cosas hubiesen ido aún más lejos. Pero en este momento no podían los Romanos distraer ni un solo hombre de sus ejércitos de Italia, ni el cuerpo de ejército de España era bastante fuerte para poder dividirse sin peligro. Solo algunos oficiales romanos fueron á formar y dirigir las tropas del jefe africano; y muy pronto introdujo éste entre los súbditos Libios de Cartago tal desorden y tal espíritu de insurrección, que el lugar-teniente de Anníbal en España, Asdrubal Barca, tuvo que pasar el mar con lo me-

jor de sus tropas. Poco se sabe de esta guerra, si se exceptúa la terrible venganza que Cartago tomó, según su costumbre, de los insurgentes, después que el viejo rival de Sifax, el rey *Gala* (en la provincia de *Constantina*), se declaró en su favor, y después que el valiente *Masinisa*, hijo de Gala, derrotó á Sifax y le obligó á pedir la paz. Este cambio de fortuna se extendió también á España. Asdrubal pudo volver á la Península con su ejército, en el año 243, con nuevos refuerzos y con el mismo Masinisa.

Derrota y muerte de los Escipiones. La España ulterior perdida por los Romanos.—Durante los dos años de ausencia, habían los Escipiones hecho botín y propaganda en los países sometidos á Cartago, sin que se les opusiese ningún obstáculo; pero acometidos de repente por fuerzas superiores, necesitaban, ó volver á la línea del Ebro, ó llamar á los Españoles á las armas. Adoptaron este último partido, y tomaron á sueldo 20.000 Celtiberos; después, para tener á raya á los tres ejércitos enemigos que mandaban *Asdrubal Barca*, *Asdrubal*, hijo de *Giscon*, y *Magon*, dividieron también el suyo en tres cuerpos, en los que repartieron por terceras partes todos los soldados romanos de que disponían, preparando así su ruina. Mientras que Gneo acampaba frente á Asdrubal Barca, con su núcleo de Romanos y todos los Españoles, Asdrubal se ganó á estos últimos á fuerza de dinero. En sus ideas de mercenarios, no creían violar la fé prometida desde el momento en que, contentándose con abandonar el ejército romano, no se pasaban al enemigo, ni volvían sus armas contra aquel. En tal situación, no quedó al general romano más remedio que batirse á toda prisa en retirada. Los Cartagineses le siguieron muy de cerca; y entre tanto, el segundo cuerpo de ejército ro-

mano, á las órdenes de Publio Escipion, fué atacado con decision por las otras dos divisiones africanas, mandadas por Asdrubal, hijo de Giscon, y por Magon. Los escuadrones ligeros de Masinisa, tan numerosos como arrojados, dieron á los Cartagineses una notable ventaja. El campo de los legionarios fué rodeado; ¡que iba á ser de ellos, si los auxiliares españoles ya en marcha y esperados no llegaban oportunamente! El pro-cónsul intentó una salida audaz; quiso salir á encontrarlos con sus mejores soldados. Los Romanos iban victoriosos en un principio; pero inmediatamente se lanzan sobre ellos, los envuelven y los cortan la retirada. Llega la infantería: Publio Escipion es derrotado y muerto; la batalla perdida se cambió en un completo desastre. Poco despues, Gneo, que en su lenta y difícil retirada podia apenas defenderse contra el primer ejército cartaginés, fué de improviso atacado por las tres divisiones reunidas, cortándole además la retirada los Numidas. Rechazado á una pelada colina en donde no tenia espacio para acampar, fué su ejército acuchillado ó hecho prisionero, habiendo él mismo desaparecido en el combate. Un pequeño destacamento, conducido por un excelente oficial de la escuela de Gneo, llamado *Gayo Marcio*, pudo escapar, llegó á repasar el Ebro, y uniéndose al lugar-teniente *Tito Fonteyo*, que habia podido á su vez conducir á lugar seguro los soldados que Publio habia dejado en su campo, vieron al poco volver la mayor parte de las guarniciones romanas esparcidas en las ciudades del interior, y que habian conseguido salvarse. Los Fenicios recobran la España hasta el Ebro, y están á punto de pasar el rio y restablecer, por los pasos de los Pirineos, libres al fin, sus comunicaciones con Italia. Entonces fué cuando la necesidad puso al frente de los restos del ejército ro-

mano al hombre de la situación. Dejando á un lado á los oficiales más antiguos é incapaces, eligieron los soldados por jefe á Gayo Marcio, que tomó á su cargo la direccion de las operaciones, sirviéndole á las mil maravillas las disensiones y mútuas rivalidades de los tres jefes cartagineses. No tardaron éstos en ser rechazados á la orilla derecha del rio por doquiera que lo habian pasado, y toda la línea fué valerosa é íntegramente defendida hasta el momento en que llegó de Italia un nuevo ejército con otro general. Por fortuna habia entrado la guerra de Italia en un mejor período. Habíase recobrado á Cápua, y Roma habia podido mandarles un cuerpo de 12.000 hombres, bajo las órdenes del pro-pretor *Cláudio Neron*, restableciéndose de este modo el equilibrio de las fuerzas. Al año siguiente (544), tuvo buen éxito una expedicion dirigida contra Andalucía. Asdrubal Barca fué cercado y hecho prisionero, y solo escapó á la capitulacion de un modo deshonroso y faltando á su palabra. Sin embargo, no era Neron el hombre que se necesitaba en España. Oficial bravo, pero duro, violento, impopular, poco hábil para reanudar antiguas relaciones ni para contra-
 tar otras nuevas, no supo aprovecharse de los ódios suscitados en toda la España ulterior por la insolencia y las iniquidades de los Cartagineses, que despues de la muerte de los Escipiones habian tratado mal, así á amigos como á adversarios. El Senado, buen juez de la importancia y de las exigencias especiales de la guerra de España, habiendo sabido además por los cautivos de Utica llevados á Roma por la escuadra, que Cartago hacia inmensos preparativos, y queria mandar á Asdrubal Barca y á Masinisa con un numeroso ejército al otro lado de los Pirineos, el Senado, repito, se decidió tambien á mandar nuevos refuerzos al Ebro,

con un general en jefe, investido de poderes excepcionales, y elegido por el pueblo.

Publio Escipion.—Refiérese que durante mucho tiempo no quiso ningun candidato ocupar este puesto difícil y peligroso. Presentóse por último *Publio Escipion*. Era éste un oficial, de 27 años apenas, hijo del general del mismo nombre, muerto poco antes en España. Ya habia sido tribuno militar y edil. No puedo creer que habiendo hecho convocar ios comicios para una eleccion de tal importancia, se entregase el Senado en ella al azar: tampoco creo que estuviese en Roma tan extinguido el amor á la gloria y aun á la pátria que no se encontrase ni un solo capitán experimentado que solicitase el mando. Es lo más probable que las miradas del Senado se hubiesen fijado ya en el jóven oficial acostumbrado á la guerra, y de un talento experimentado, que se habia portado brillantemente en las sangrientas derrotas del Tesino y de Canas. Como no habia recorrido todos los grados de la gerarquía, y no podia legalmente suceder á pretorianos y consulares, se recurrió al pueblo, colocándole así en la necesidad de conferir el grado á este candidato único, á pesar de su falta de aptitud legal, siendo el medio excelente, para conciliarle los favores de la muchedumbre, á él y á la expedicion á España, hasta entonces muy impopular. Si tal fué el cálculo de su improvisada candidatura, salió á medida de sus deseos. A la vista de este hijo que queria ir allende los mares á vengar la muerte de su padre, á quien nueve años antes habia salvado la vida sobre el Tesino; á la vista de este jóven, bello y varonil, que venia con las mejillas encendidas por la modestia á ofrecerse al peligro, á falta de otro más digno; de este simple tribuno militar, á quien el voto de las centurias elevaba de un salto al

mando superior, todos los ciudadanos, así los de la ciudad como los de la campiña, reunidos en los comicios, experimentaron una admiración profunda, inextinguible. ¡Verdaderamente era la de Escipión una naturaleza entusiasta y simpática! No puede contarse entre aquellos hombres raros, de voluntad de hierro, y cuyo brazo poderoso colocó el mundo por espacio de muchos siglos, en un nuevo molde: tampoco fué de aquellos que poniéndose delante del carro de la fortuna lo detienen por algunos años, hasta que llega un día en que las ruedas pasan sobre su cuerpo. Obedeciendo al Senado, fué como ganó batallas y conquistó países. Sus laureles militares le valieron también en Roma una situación política eminente: sin embargo, quedó muy atrás de César ó de Alejandro. Como general, no hizo por su país más que Marco Marcelo. Como hombre de Estado, sin darse quizá cuenta exacta de su política antipatriótica y completamente personal, hizo tanto mal á su patria como servicios le había prestado en el campo de batalla; y sin embargo, todos se prendan de los encantos de esta amable y heroica figura: mitad convicción y mitad destreza, sereno siempre y seguro de sí mismo en el ardor que le anima, marcha rodeado de una especie de aureola brillante! Bastante inspirado para inflamar los corazones: bastante frío y reflexivo para no adoptar más que el consejo de la razón, para contar siempre con la ley común de las cosas de este mundo; muy lejano de creer sencillamente con la muchedumbre en la revelación divina de sus propias concepciones, y demasiado diestro para procurar desengañarla; teniendo además la convicción profunda de que es un grande hombre por la gracia de los dioses; verdadero carácter de profeta, en suma, se mantuvo sobre y fuera del pueblo. Su palabra era segura

y sólida como la roca: piensa como rey, y creeria rebajarse revistiendo este titulo vulgar. Al lado de ésto, no comprende que la Constitucion le alcanza ni más ni ménos que como á cualquier otro ciudadano: tan convencido de su grandeza, que no conoce el ódio ni la envidia, que reconoce cortésmente todos los méritos, y perdona y compadece todas las faltas: perfecto oficial y astuto diplomático, sin esa especie de sello profesional exagerado del uno y del otro; uniendo la cultura griega al sentimiento omnipotente de la nacionalidad romana, atento y amable, se ganaba todos los corazones, así los de los soldados como los de las mujeres, los de los Romanos como los de los Españoles, los de sus enemigos en el Senado y hasta el del héroe cartaginés, más grande que él, con quien tendria un dia que luchar. Apenas fué elegido, su nombre corrió de boca en boca, y será la estrella que conduzca á los Romanos á la victoria y á la paz.

Escipion en España. Toma de Cartagena. Escipion en Andalucia. Asdrubal pasa los Pirineos. España conquistada. Magon en Italia. Gades por los Romanos. — Publio Escipion llegó á España acompañado del pretor *Marco Silano*, que debia remplazar á *Neron*, y asistir al jóven capitán con su brazo y su consejo. Trajo tambien consigo á *Gayo Lelio*, su jefe de la escuadra y su confidente, y desembarcó con una legion de una fuerza excepcional y su caja bien repleta. Su principio se señaló por uno de los más felices y atrevidos golpes de mano, cuya memoria ha perpetuado la historia. Los tres ejércitos cartagineses estaban colocados los unos lejos de los otros. *Asdrubal Barca* guardaba las alturas en donde nace el Tajo: *Asdrubal*, hijo de *Giscon*, estaba en su desembocadura: *Magon* acampaba en las columnas de *Hércules*. El más próxi-

mo á Cartagena estaba á diez dias de marcha. De repente, en los primeros de la primavera del año 545, antes que se moviese ninguno de los cuerpos enemigos, dirigió Escipion una expedicion contra la capital fenicia, á la que le era fácil llegar en pocos dias, marchando por la costa desde la desembocadura del Ebro. Llevó consigo todo su ejército, compuesto de unos 30.000 hombres y toda su escuadra: sorprende y ataca á la vez por mar y por tierra la insignificante guarnicion que los Cartagineses habian dejado en la ciudad. Colocada ésta en una estrecha lengua de tierra que se internaba en la rada, fué atacada por tres partes á la vez por los buques, y amenazada por las legiones por el lado de tierra: todo socorro estaba lejos. El comandante, llamado tambien Magon, comenzó á defenderse con bravura, y como no tenia bastantes soldados para guarnecer las murallas, armó á los ciudadanos. Intentó una salida, que los Romanos, rechazaron sin trabajo: despues, no teniendo tiempo para poner un sitio en regla, dieron el asalto por la parte de tierra, lanzándose sobre el estrecho paso que une la ciudad al continente. Reemplazan con tropas de refresco á las columnas que se fatigan; durante este tiempo agota sus fuerzas la guarnicion: sin embargo, los Romanos aún no han conseguido nada. Pero no era por este punto por donde Escipion buscaba el éxito; dando el asalto, solo habia querido alejar la guarnicion de las murallas que miran al mar; sabia que en la hora de reflujo quedaba seca una parte de la playa, y habia dispuesto dar por este lado un decisivo ataque. Entonces, durante el tumulto de la lucha, salta á la playa por el otro extremo de la ciudad un destacamento provisto de escalas, teniendo la suerte de encontrar desguarnecidas las murallas. En un solo dia fué tomada Cartagena: habiénd-

dose refugiado Magon en la ciudadela, tuvo que capitular. Con la capital fenicia se apoderaron los Romanos de 18 galeras desaparejadas, de 73 buques de transporte, de todo el material de guerra, de inmensas provisiones en granos, de la caja militar que contenia 600 talentos (1.000.000 de thalers ó unas 3.400.000 pesetas), de los rehenes de todos los Españoles aliados de Cartago, é hicieron 10.000 prisioneros, entre los que habia 18 gerusiastas ó *jueces*. Escipion prometió á los rehenes que volverian á sus casas en el momento que sus respectivas ciudades hiciesen alianza con Roma. Empleó el material almacenado en Cartagena para reforzar y mejorar su ejército. Hizo trabajar, por cuenta de Roma, prometiéndoles la libertad al fin de la guerra, 2.000 obreros que encontró en la ciudad; y, en el resto de la poblacion, eligió para sus naves hombres prácticos en el servicio de remeros. En cuanto á los ciudadanos, los perdonó y les dejó su libertad y sus ventajas actuales, conociendo bien á los Fenicios y sabiendo que son dóciles para obedecer. Importábale, además, asegurar de otro modo que con una guarnicion romana la posesion de este puerto excelente y único sobre la costa oriental, así como las ricas minas de plata de las inmediaciones. Su temeraria empresa habia tenido buen éxito: temeraria, en primer lugar, porque Escipion sabia que Asdrubal Barca habia recibido de Cartago la órden de pasar á las Galias y que trabajaba para ejecutar esta operacion: temeraria además, porque hubiera sido fácil á los Cartagineses arrollar el pequeño é impotente destacamento que habia quedado en el Ebro, por poco tiempo que los vencedores de Cartagena hubiesen tardado en volver á sus líneas. Pero ya habia vuelto Escipion á Tarragona, y aún no habia aparecido Asdrubal en el rio. Un éxito fabuloso, debido á la vez á Neptuno

y al jóven general, habia pues coronado su atrevida tentativa. ¡Dejando allí su puesta, habia pasado á otro lado á jugar y ganar una brillante partida! El milagro de la toma de Cartagena justificaba la admiracion de las masas hácia este jóven. Los jueces más severos tuvieron que callarse. Prorogósele el mando indefinidamente y se decidió á no permanecer solamente guardando los pasos de los Pirineos. Una vez tomada Cartagena, se sometieron todos los Españoles del otro lado del Ebro: los Príncipes más poderosos de la España ulterior cambiaron tambien la clientela de Cartago por la clientela romana. Durante el invierno, disolvió Escipion la escuadra, unió á su ejército todos los hombres que sacó de ella; y, bastante fuerte ya para ocupar á la vez las regiones pirenaicas y tomar en el Sur una vigorosa ofensiva, se dirigió á Andalucía. Encontró aun aquí á Asdrubal Barca, que marchaba hácia el Norte en auxilio de su hermano, y comenzaba al fin la ejecucion de su plan largamente concertado. Verificóse un encuentro en Baecula (1). Los Romanos se atribuyeron la victoria, diciendo que habian hecho 10.000 prisioneros. Pero Asdrubal, á costa de algun sacrificio, consiguió su objeto principal. Abrióse el camino hácia las costas del Norte de España, con su caja, sus elefantes y el grueso de sus tropas, y costeano el océano Atlántico llegó á los pasos de los Pirineos occidentales,

(1) Pequeña ciudad situada en la frontera de la Bética, en *Sierra-Morena*. Sus ruinas se muestran en un despoblado, llamado Ubeda la Vieja, inmediato al puente de Ubeda, á siete millas de Baeza. Segun Cean, perteneció á la region bastetana; en el Mapa Itinerario de la España romana en sus divisiones territoriales, publicados en 1862 por los Sres. Saavedra y Fernandez Guerra, Baeza y Ubeda, aparecen en la circunscripcion oretana. (F. G.)

que no estaban custodiados; despues entró en las Galias antes de la mala estacion, estableciendo allí sus cuarteles de invierno. Los sucesos se encargaron de probar que, queriendo Escipion sostener á la vez el ataque y la defensa, habia cometido una grave imprudencia. Mientras que su tio y su padre, mientras que, los mismos Marcio y Neron, á la cabeza de fuerzas muy inferiores, habian cumplido la mision importante confiada al ejército de España, hé aquí que un general victorioso y teniendo á sus órdenes un poderoso ejército, se habia mostrado insuficiente por su demasiada presuncion. Solo por su falta, iba Roma, durante el estío del año 547 (207 antes de J. C.), á correr los más grandes peligros, y ver al fin realizarse el doble ataque, preparado y esperado hacia mucho tiempo por Annibal. Pero una vez más iban los dioses á cubrir con laureles las faltas de su favorito. La tormenta que amenazaba á Italia se disipó milagrosamente: la noticia de la dudosa batalla de Baecula fué recibida como de una batalla ganada. Todos los dias llegaban nuevos mensajeros de victoria; olvidóse que Escipion habia dejado pasar al hábil general y al ejército fenicio-español que invadió entonces la Italia, y que puso por algun tiempo en cuidado á Roma. Una vez que marchó Asdrubal Barca, resolvieron los dos jefes cartagineses, que habian quedado en la Península, batirse en retirada. Asdrubal, hijo de Giscon, volvió á Lusitania: Magon marchó á las Baleares: ambos esperando refuerzos de Africa, y dando solamente rienda suelta á la caballería de Masinisa, que recorre y tala toda España como antes lo habia hecho Mutines tan afortunadamente en Sicilia. Toda la costa oriental estaba en poder de los Romanos. Habiendo aparecido al año siguiente (547) Hannon con un tercer ejército, volvieron Magon y As-

drubal á Andalucía; pero Marco Silano batió á Magon y á Hannon reunidos, é hizo prisionero á este último. Asdrubal no esperó ya en campo raso, y distribuyó sus soldados en las plazas de Andalucía. Escipion no pudo tomar de éstas más que á Oringis (despues *Gienna*, hoy *Jaen*). Los Cartagines tenian estenuadas sus fuerzas al parecer; pero en 548 (206 antes de J. C.) reaparecieron con nuevas fuerzas, 32 elefantes, 4.000 caballos y 7.000 soldados de infantería, éstos compuestos en su mayor parte de milicias españolas, reunidas con toda precipitacion. El encuentro tuvo lugar segunda vez en Baecula. El ejército romano era muy inferior en número, y contaba tambien muchos Españoles. Escipion hizo entonces lo que más tarde ha vuelto á hacer *Wellington*: colocó á sus Españoles de modo que no tomasen parte directa en el combate, único medio de impedir su desercion, y lanzó todos sus Romanos contra los Españoles del ejército enemigo. Sea como quiera, la victoria fué muy disputada, pero al fin la obtuvieron los Romanos, dispersándose naturalmente el ejército cartaginés, y huyendo Magon y Asdrubal casi solos á refugiarse en Gades. Roma no tuvo ya rival en la Península: si alguna ciudad no se entregaba buenamente, era obligada por la fuerza y cruelmente castigada. Escipion pudo sin obstáculo ir á devolverle la visita á Sifax al otro lado del Estrecho y á tratar con él, y aun con Masinisa, de una expedicion directa al África; empresa loca y temeraria que no tenia razon de ser, ni objeto sério, por agradable que fuese la nueva para los curiosos del *Forum*. ¡Solo Gades, en donde mandaba Magon, pertenecia todavía á los Cartagineses! Los Romanos les habian sustituido en todas partes. Sin embargo, en muchas localidades, no contentos los Españoles con verse desembarazados de los primeros, alimentaban tambien

la esperanza de arrojar á los segundos y reconquistar su antigua independencia. Roma creyó haber hecho lo necesario contra semejantes aspiraciones. Pero hé aquí que amenaza de repente una insurreccion general; los que primero se sublevan son precisamente los antiguos aliados de la República. Escipion habia caido enfermo: amotinóse una de las divisiones de su ejército, por un atraso de sueldo de muchos años. Afortunadamente sanó pronto, contra lo que era de esperar; apaciguó hábilmente la sublevacion de sus soldados, y las ciudades que habian dado la señal del alzamiento nacional fueron arrasadas antes que el incendio se propagase. Habiendo perdido la partida en España, y no pudiendo Gades sostenerse por mucho tiempo, mandó el Gobierno cartaginés á Magon que reuniese naves, dinero y soldados, y fuese á llevar á Annibal un apoyo decisivo. Fuéle imposible á Escipion impedir esta partida: pagaba ahora cara la disolucion de su escuadra. Por segunda vez faltaba á su mision, y dejaba solo á los dioses de su patria el cuidado de defenderla contra la invasion del enemigo. El hijo menor de Amílcar pudo, pues, salir de la Península sin obstáculo de ningun género. Apenas partió, cuando Gades, la mejor y más antigua colonia de los Fenicios, abrió sus puertas á sus nuevos señores, si bien con favorables condiciones.

Después de una guerra de trece años, dejaba España de pertenecer á los Cartagineses para convertirse en provincia romana. ¡Aún luchará durante algunos siglos, casi siempre vencida, pero jamás humillada ni completamente sometida! En los tiempos á que nos referimos, no tenian ya los Romanos enemigos en armas, y Escipion, aprovechando los primeros instantes de esta paz aparente, resignó el mando, á fines del

año 548, y fué en persona á dar cuenta á Roma de sus victorias y de sus conquistas.

La guerra en Italia.—Situacion de los ejércitos.— Mientras que se habia dado fin á la guerra en Sicilia por Marcelo, en Grecia por Publio Sulpicio, y en España por Escipion, continuaba sin interrupcion la lucha gigantesca en la Península italiana. Pasadas ya las consecuencias de la batalla de Cannas, veamos cuál era, á principios del año 540 y quinto de la guerra, la situacion respectiva de los Romanos y de los Cartagineses. Habiendo partido Anníbal para el Sur, habian aquellos recobrado la Italia del Norte, ocupándola tres legiones: dos acampaban en el país de los Galos; la tercera estaba de reserva en el Picenum. A excepcion de las fortalezas y de algunas plazas marítimas, toda la Baja Italia hasta el Garganus y el Vulturno pertenecia á Anníbal. Este estaba en Arpi con su principal cuerpo de ejército, y frente á él Tiberio Graco, á la cabeza de cuatro legiones, apoyándose en las fortalezas de Luceria y Benevento. En el Brutium, cuyos habitantes se habian echado todos en brazos de los Cartagineses, los puertos, excepto Rhegium, que protegian los Romanos desde Mesina, habian caido en poder del enemigo y ocupaba Hannon el país con un segundo cuerpo de ejército sin tener en frente ni una sola de las águilas romanas. El ejército principal de Roma, compuesto de cuatro legiones á las órdenes de Quinto Fábio y de Marco Marcelo, se preparaba á atacar y recobrar á Capua. Agréguese á esto que los Romanos tenian de reserva en la metrópoli otras dos legiones; las guarniciones de las ciudades marítimas, reforzadas con otra legion, sobre todo Tarento y Brindis, temiendo que los Macedonios pudiesen verificar un desembarco, y por último la escuadra numerosa y dueña por doquiera de los ma-

res. Entraban despues los ejércitos de Sicilia, de Cerdeña y de España. El número total de soldados de la República, sin contar las guarniciones de las plazas de la Baja Italia, no bajaba de 200.000 hombres, de los cuales una tercera parte procedian del reclutamiento de aquel año, y la mitad eran ciudadanos romanos. Creo que se estaria en lo cierto calculando que toda la poblacion útil, desde 17 á 46 años, estaba sobre las armas, dejando el cultivo de los campos á los esclavos, á los ancianos, á los niños y á las mujeres. No hay que decir que las rentas padecian mucho. El impuesto territorial, esta fuente principal de las rentas, no se percibia ya sino muy irregularmente. Y sin embargo, á pesar de la falta de hombres y dinero, despues de heróicos esfuerzos, habian reconquistado los Romanos palmo á palmo el terreno perdido de una vez en las nefastas jornadas del primer periodo de la guerra. Mientras que el ejército cartaginés iba reduciéndose más cada dia, el suyo se aumentaba todos los años, é iban recobrando parte del territorio de los aliados de Annibal, Campanios, Apulios, Samnitas y Brucios, que no se hallaban en estado de bastarse á sí mismos y las fortalezas de la Baja Italia, que Annibal no podia cubrir ni defender con sus escasas fuerzas. Por último, haciendo Marcelo la guerra de otro modo que sus predecesores, habia sabido desarrollar los talentos militares de su oficialidad, y restablecer la incontestable superioridad de su infantería. Annibal podia esperar aún algunas victorias; pero habia pasado ya el tiempo de las batallas de Trasimeno y de Cannas, el tiempo de los *generales del pueblo*. Solo le quedaba la esperanza del desembarco, tan largo tiempo prometido, de Filipo, ó de sus hermanos, que debian darle la mano desde España, proveyendo él, en este intervalo, á la salud y á la moral de su ejército

y de su clientela italiana. Apenas se podrá reconocer en adelante, en la prudente tenacidad de sus operaciones defensivas, al impetuoso agresor, al audaz capitán de los años precedentes. Por un milagroso fenómeno psicológico y militar, se transforma el héroe por completo, una vez que habia cambiado su papel; pero, en el camino enteramente opuesto que va á seguir, se muestra tan grande como en el pasado.

Combates en la Baja Italia. Arpi recobrada.—En Campania es donde ahora continúa la guerra: Aníbal llegó á tiempo para proteger la capital ó impedir qué fuese atacada; pero no pudo apoderarse ni de una sola de las ciudades de Campania pertenecientes á los Romanos y custodiadas por fuertes guarniciones, ni evitar la toma de Casilinum, de la que se apoderaron los dos ejércitos consulares, despues de haber hecho una heróica defensa. Tambien fueron reconquistadas otras muchas ciudades de menor importancia. Intentó sorprender á Tarento, que seria un gran punto de desembarco para los Macedonios; pero fracasó la tentativa. Durante este tiempo el ejército cartaginés del Brutium, al mando de Hannon, media sus armas en Lucania contra el ejército romano de Apulia: Tiberio Graco, que mandaba éste, luchó con buen éxito; y despues de un combate feliz junto á Benevento, en donde se distinguieron las legiones reforzadas por los esclavos armados á toda prisa, dió, en nombre del pueblo, á estos soldados improvisados la libertad y el título de ciudadanos. Al año siguiente (541), recobraron los Romanos la importante y rica ciudad de Arpi, cuyos habitantes, uniéndose á algunos soldados romanos que habian penetrado en ella, se volvieron contra la guarnicion cartaginesa. Por todas partes va rompiéndose la línea militar establecida por Aníbal á costa de tantos esfuer-

zos. Gran número de Capuanos, de los más notables, y muchas ciudades del Brutium, se pasaron de nuevo á los Romanos, y una division española del ejército fenicio, enterada de la marcha de los acontecimientos de su país, por emisarios mandados al efecto, se pasó del campo de Anníbal al de sus enemigos.

Toma de Tarento por Anníbal. Anníbal marcha sobre Roma.—En el año 542 (212 antes de J. C.) cambió de nuevo la fortuna. Cometiéronse faltas políticas y militares de que Anníbal se aprovechó al momento. La inteligencia en que se habia puesto con las ciudades de la Gran Grecia, no le habian sido de utilidad alguna; pero sus confidentes en Roma sobornaron á los rehenes de Tarento y de Turium, y éstos intentaron locamente emprender la fuga, siendo cogidos al momento por las avanzadas romanas. La inoportuna y cruel venganza que Roma tomó de ellos, sirvió más á Anníbal que sus intrigas: conduciéndolos á todos al suplicio, se privaron los Romanos de una prenda preciosa; desde este momento, irritados los Griegos, solo pensaron en abrir sus puertas á los Cartagineses. La connivencia de los ciudadanos de Tarento y la negligencia del comandante de la plaza, la entregaron á los Fenicios; apenas tuvo tiempo la guarnicion para refugiarse en la ciudadela. Heráclea, Turium y Metaponte, cuyas guarniciones fueron en auxilio de la Acrópolis tarentina, siguieron el ejemplo de aquella. En este momento era inminente un desembarco de los Macedonios. Fué necesario que Roma volviese su atencion hácia la Grecia y la guerra que allí se hacia, sin que hasta entonces se hubiese preocupado de ello en lo más mínimo la metrópoli italiana. Afortunadamente para ésta, nada contrariaba sus esfuerzos; ni Sicilia, en donde acababa de caer en su poder Siracusa, ni Espa-

ña, en donde todo marchaba á medida de su deseo. En el principal teatro de la guerra, en Campania, alternaban los reveses con las victorias. Las legiones situadas en las inmediaciones de Cápua no habian podido aún bloquearla; pero impedian el cultivo de los campos y la recoleccion de las cosechas, y la populosa ciudad se veia reducida á traer de muy lejos sus aprovisionamientos y sus víveres. Anníbal, organizando por sí mismo un gran convoy, habia dado cita á los Campanios para venir á recibirlo en Benevento; pero tardaron, y los cónsules *Quinto Flacco* y Apio Cláudio batieron á Hannon, que era el que lo protegía, tomaron su campamento y se apoderaron de los víveres. Los dos cónsules pudieron al fin sitiar á Cápua, mientras que, colocándose Tiberio Graco en la vía Apia, cerraba el paso á Anníbal, que iba á auxiliar á los Campanios. Pero en este momento murió el valiente Graco por la traicion de un Lucanio, y su muerte equivalió á una gran derrota, porque su ejército, compuesto de esclavos emancipados, se desbandó en cuanto no tuvo á su cabeza el capitán á quien amaba. Teniendo Anníbal ya libre el camino de Cápua, apareció de repente delante de los cónsules, y los obligó á abandonar sus obras de sitio apenas comenzadas. Ya antes de su llegada habia sido completamente derrotada la caballería romana por la del Cartaginés, que, á las órdenes de Hannon y de Bostar, guardaba Cápua, y estaba allí reunida con la no ménos valiente de los Campanios. La larga série de desastres de este año, terminó por la completa destruccion de un ejército de tropas regulares y voluntarios, que *Marco Centenio* habia conducido á Lucania. De oficial subalterno que era, habia sido promovido imprudentemente al generalato. Al mismo tiempo, el pretor *Gneo Fulvio Flac-*

co, tan presuntuoso como negligente, fué exterminado en la Apulia.

Pero el valor perseverante de Roma supo reducir á la nada, en la hora decisiva, todas estas rápidas victorias de Annibal. Apenas volvió la espalda á Cápua y tomó el camino de Apulia, volvieron sus ejércitos á cercar de nuevo la plaza: el uno, mandado por Apio Cláudio, se colocó en *Puteoli* y en *Vulturnum*; el otro, bajo las órdenes de *Quinto Fulvio*, ocupó á *Casili-num*; un tercero, conducido por el pretor Cláudio Ne-ron, custodiaba el camino de Nola. Atrincherados en sus campamentos, y dándose la mano por líneas de fortificacion, cerraban completamente el paso, y la gran ciudad que rodeaban, mal provista de víveres, veia ya, por solo el efecto del bloqueo, llegar la hora próxima de una capitulacion inevitable, á no ser que los Carta-gineses lo hiciesen levantar á toda costa. A fines del invierno, ya tenian agotados sus recursos; y sus emi-sarios, deslizándose con trabajo por entre las avanza-das de los Romanos, corrieron á Annibal, ocupado en-tonces en el sitio de la ciudadela de Tarento, pidiendo socorro para la plaza. El Cartaginés parte á toda prisa para Campania con 33 elefantes y sus mejores soldados, apoderándose al paso de una division roma-na destacada en Calacia, y fué á acampar sobre el monte *Tifata*, cerca de Cápua, contando con que los generales romanos levantarían el sitio á la vista de su ejército, como habia sucedido el año anterior. Pero és-tos habian tenido tiempo de completar sus líneas y sus atrincheramientos; no se movieron, y asistieron tran-quilos, desde lo alto de sus trincheras, á los impoten-tes ataques de la caballería campania por un lado, y á las incursiones, igualmente impotentes, de los Numi-das, por otro. Era imposible para Annibal intentar un

asalto en regla. Sabia que su movimiento sobre Cápua iba á atraer inmediatamente sobre la Campania todos los demás ejércitos de Roma, y que por otra parte no le era posible mantenerse mucho tiempo en aquel país, devastado de intento y de antemano. El mal no tenia remedio. En su deseo de salvar á Cápua, recurrió á un expediente atrevido, el último que se ocurrió á su genio inventivo. Despues de dar parte de su proyecto á los Campanios, para que no desmayasen en su tenaz defensa, abandonó de repente el país de Cápua y marchó sobre Roma. Volviendo á comenzar las hábiles audacias de sus primeras campañas, se lanzó con su pequeño ejército por medio de los cuerpos enemigos y de las fortalezas romanas, atraviesa el Samnium, sigue la vía Valeria, llega por Tibur al puente del Anio, lo pasa y establece su campamento á una milla de la capital. Mucho tiempo despues, se aterrorizaba á los niños romanos diciendo: «¡Anníbal á las puertas de Roma!» Esta no corria en realidad ningun peligro. El enemigo saqueó las villas y taló los campos inmediatos á la ciudad; pero en ésta habia dos legiones, que le hicieron frente, y no le permitieron el ataque de las murallas. Nunca habia pensado el Cartaginés en apoderarse de Roma por sorpresa, como hará Escipion un poco más tarde con Cartago; mucho ménos podia pensar en ponerla sitio. No queria más que aterrorizar á los Romanos, hacer que le siguiese el grueso del ejército que sitiaba á Cápua, consiguiendo levantar el bloqueo. Así es que no hizo más que presentarse en el Lacio. Los Romanos vieron en su brusca partida un milagro del favor divino: signos y visiones espantosas habian obligado á su terrible enemigo á emprender la retirada, lo cual es seguro que no hubieran podido hacer nunca las dos legiones. En el lugar por donde An-

níbal se había acercado á los muros, en la segunda piedra miliaria de la vía Apia, saliendo por la puerta Capena, Roma, piadosamente reconocida, elevó un altar al *Dios protector que aleja al enemigo* (*Tutanus Rediculus!*). Anníbal volvió á Campania, únicamente porque entraba en sus planes volver sobre Cápua; pero los generales romanos no cometieron la falta con que él había contado. Sus legiones habían permanecido inmóviles en sus líneas; solamente destacaron una división á la nueva del movimiento de Anníbal, y le había seguido. Advertido el Cartaginés, se volvió de repente contra el cónsul *Publio Galva*, que había salido de Roma sin precaución. Hasta entonces le había dejado marchar sobre sus huellas; hoy, lo ataca, lo destruye y se apodera de su campamento. ¡Victoria insignificante si se la compara con la pérdida de Cápua!

Capitulacion de Cápua.—Hacia mucho tiempo que los ciudadanos de la capital campania, sobre todos los de las altas clases, tenían el presentimiento de un triste é inevitable porvenir. Los agitadores del partido popular, hostil á Roma, dominaban completamente en el Senado, y administraban la ciudad como dueños absolutos. Pero se apoderó la desesperacion de toda la poblacion, pequeños y grandes, Campanios y Fenicios. Veintiocho senadores se dieron la muerte, y los otros entregaron la ciudad á merced de un enemigo irritado é implacable. Púsose á funcionar inmediatamente un tribunal de sangre; solo se discute sobre si la condenacion ha de ir con ó sin forma de proceso. ¿Conveniria ó no seria prudente buscar y perseguir hasta fuera de Cápua, las más lejanas ramificaciones de la alta traicion cometida? ¿No era mejor que una pronta justicia diese fin de á las represalias? Apio Cláudio y el Senado romano eran del primer parecer. Pero prevale-

ció la última opinion, que era, despues de todo, la ménos inhumana. Cincuenta y tres oficiales ó magistrados capuanos, arrastrados á las plazas públicas de Cales y de Teanum, fueron apaleados y decapitados por órden y en presencia del cónsul *Quinto Flacco*. Los demás senadores fueron encerrados en una prision, una gran parte del pueblo fué reducida á la esclavitud y confiscados los bienes de los ricos. Análogas sentencias fueron ejecutadas en *Atella* y *Colacia*. Castigos crueles sin duda, pero que se comprenden cuando se tiene en cuenta la gravedad de la defeccion de Capua y los rigores entonces autorizados, ya que no justificados, por el derecho de la guerra. ¿No se habia condenado á sí misma de antemano, cuando, al sublevarse, habian perecido á manos de los asesinos todos los Romanos que se hallaban en su muros? Pero Roma, en su inexorable venganza, aprovechó la ocasion de acabar con la rivalidad sorda que dividia las dos ciudades más grandes de Italia. Suprimió la constitucion de las ciudades campanias, derribando del mismo golpe una rival política por mucho tiempo envidiada y aborrecida.

Superioridad decidida de los Romanos.—Capitulacion de Tarento.—La caida de Capua produjo una impresion profunda. Decíase que allí no habia habido un simple golpe de mano, sino más bien un verdadero sitio, sostenido durante dos años, y terminado felizmente, á pesar de todos los esfuerzos de Aníbal. Así como seis años antes la defeccion de la ciudad habia sido el signo visible del triunfo de los Cartagineses, así tambien su capitulacion revela en la actualidad la superioridad reconquistada por la República. En vano Aníbal, para contrabalancear en el ánimo de los aliados el efecto de semejante desastre, habia intentado, apode-

rarse de Rhegiun ó de la ciudadela de Tarento. Una expedicion dirigida contra la primera, no produjo ningun resultado. En la segunda, los Romanos carecian de víveres, pues tenia cerrado el puerto la escuadra de los Tarentinos y de los Cartagineses; pero la escuadra romana, que estaba en alta mar, cortaba á su vez las comunicaciones con el puerto y sitiaba por hambre al enemigo. Anníbal apenas hallaba con qué alimentar á los suyos en el territorio que dominaba. Los sitiadores sufrían, pues, por la parte del mar tanto como los sitiados, viéndose obligados á abandonar el puerto. Nada les daba buenos resultados: la fortuna habia salido del campo de los Cartagineses. ¡Tales fueron las consecuencias de la rendicion de Cápua! La consideracion y la confianza que Anníbal habia inspirado en un principio á sus aliados, estaban profundamente quebrantadas; las ciudades que no se habian comprometido del todo, buscaban el medio de volver á entrar en las mejores condiciones posibles en la confederacion romana: todo esto constituia una pérdida aun más sensible que la de la misma metrópoli de la Baja Italia. Si se decidia á poner guarniciones en las ciudades de que desconfiaba, debilitaba su ejército, ya muy mermado, y exponia á sus soldados á ser asesinados en estos pequeños destacamentos. (Ya en el año 544 le habia costado la sublevacion de *Salapia* (1) 500 caballos numidas escogidos). Si preferia arrasar las fortalezas poco seguras, ó quemarlas para que el enemigo no se hiciese fuerte en ellas, tan extrema medida equivalia á relajar la moral de sus huestes. Volviendo á apoderarse de Cápua, habian reconquistado los Romanos la seguridad

(1) Salpi en la costa, al Norte del *Ofanto*. Se la consideraba como el puerto de Arpi.

de un feliz éxito en la guerra. Aprovecharon esta ocasion para enviar refuerzos á España, en donde la muerte de los Escipiones habia puesto en peligro su dominacion, y por vez primera, desde que se rompieron las hostilidades, disminuyeron el número total de soldados, pues en los años precedentes, á pesar de las crecientes dificultades en las levás, habia hecho numerosos llamamientos, llegando á reunir hasta veintitres legiones. En el año 544 (210 antes de J. C.) fué la guerra ménos viva en Italia, á pesar de que Marco Marcelo, una vez pacificada Sicilia, habia venido á ponerse al frente del ejército principal. Recorrió el interior del país, atacó las ciudades y sostuvo contra los Cartagineses algunos combates sin resultado decisivo. Luchan constantemente en derredor de la acrópolis de Tarento, sin que cambie la situacion. En la Apulia, derrota Anníbal completamente al procónsul *Gneo Fulvio Centumalo* en la batalla de Herdonea. Pero en el año siguiente (545), intentaron los Romanos apoderarse de la segunda gran ciudad de los Italo griegos, que se habia entregado á los Cartagineses. Mientras que Marco Marcelo hace frente á Anníbal con su energía y su constancia ordinarias (vencido primeramente en una gran batalla que duró cuarenta y ocho horas, le hizo sufrir despues un sangriento descalabro); mientras que el cónsul Quinto Fulvio vuelve á la obediencia á los Hirpinos y á los Lucanios, tiempo há vacilantes, y hace que le entreguen las guarniciones fenicias de sus ciudades, y mientras las salidas bien organizadas de los soldados de Rhegium obligaban á Anníbal á ir en auxilio de los Brucios, acosados muy de cerca, el viejo Quinto Fabio, cónsul por quinta vez, que se encargó de recobrar á Tarento, tomó fuertes posiciones en el territorio de los Mesapianos. La

traicion de un cuerpo de Brucios, que formaban parte de la guarnicion, se entregó la ciudad, en donde el vencedor, irritado, se mostró terrible y cruel como siempre. Todo cuanto caia en su poder, soldados ó ciudadanos, fué pasado á cuchillo, y saqueadas las casas. Treinta mil Tarentinos fueron vendidos como esclavos y 3.000 talentos (5.000.000 de thalers, unos 70.000.000 de reales), producto del saqueo, fueron á enriquecer el Tesoro de la República. La toma de Tarento fué el último hecho de armas del octogenario general. Cuando Annibal llegó en socorro de la plaza, era tarde. No le quedó otro recurso que retirarse á Metaponte.

Annibal rechazado al fondo de Italia. Muerte de Marcelo.—Annibal ha perdido ya sus más importantes conquistas. Reducido poco á poco á retirarse al extremo meridional de la Península, estaba en un grave apuro. Entonces Marco Marcelo, cónsul elegido para el año siguiente, concibió la esperanza de acabar de un solo golpe con la guerra, concertando un ataque decisivo con su colega el hábil y bravo *Tito Quincio Crispino*. Nada detiene al viejo soldado; ni sus 60 años, ni el nombre de Annibal. Dia y noche, despierto ó soñando, no tiene más que un pensamiento, derrotar al Cartaginés, y librar definitivamente á Italia. Pero la fortuna destinaba á otro más jóven semejantes laureles. Yendo en un reconocimiento los dos cónsules, en el país de Venosa, fueron atacados de repente por una parte de los Africanos. Marcelo, en esta lucha desigual, peleó como lo habia hecho contra Amilcar cuarenta años antes, y en Clastidium hacia catorce años. Pero fué arrojado de su caballo y muerto. Crispino pudo huir, pero murió al poco tiempo, de resultas de sus heridas.

Miseria producida por la guerra.—Hacia once años que duraba la guerra en Italia. Parecia que habia pa-

sado ya el peligro que en las años precedentes habia amenazado hasta la existencia de la República; pero no por ésto dejaba de sentirse ménos pesadamente y aun aumentarse cada día los inmensos sacrificios de una guerra interminable. La Hacienda estaba en un estado indescriptible. Despues de la batalla de Cannas, se habia instituido una especie de comision para que administrase el Tesoro (*tresviri mensarii, triumviros-banqueros*) (1), compuesta de hombres notables, con extensas atribuciones en materia de impuestos y de administracion de las rentas públicas. Hicieron cuanto pudieron; pero las circunstancias eran tales, que hacian fracasar todos los esfuerzos de la ciencia financiera. Desde el principio de la guerra habia sido necesario achicar la moneda de plata y de bronce, elevando en una tercera parte el curso legal de la primera, y dar á la de oro un valor efectivo superior al valor metálico. No habiendo bastado tan tristes expedientes, se tomaron á crédito los aprovisionamientos; hubo que pasárselo todo á los proveedores, por que se les necesitaba; y las cosas fueron tan lejos, que se hizo necesario un ejemplo, y que los fraudes más escandalosos fueran denunciados y remitidos por los ediles á la justicia del pueblo. Hízose un llamamiento al patriotismo de los ricos, que, bajo muchas relaciones, eran los que más sufrían. Por un movimiento espontáneo, ó arrastrados por espíritu de corporacion, los soldados de las clases acomodadas, los caballeros y los oficiales renunciaron al sueldo. Los propietarios de los esclavos armados por la República, y emancipados despues de la batalla de Benevento (pág. 244), respondieron á los tesoreros públicos que les ofrecian su pago, que esperarían has-

(1) Véase la palabra *Mensarii* en el Dic. de Smith.

ta el fin de la guerra. Como no habia fondos en caja para atender á las festividades y á la conservacion de los edificios públicos, las *asociaciones*, que hasta entonces se habian encargado de aquellos á destajo, se brindaron á proveer á ello gratuitamente hasta nueva orden (año 540). Además, y como se habia hecho en la primera guerra púnica, se construyó una escuadra, que fué equipada con ayuda de un empréstito voluntario entre los ricos (544). Se echó mano á los últimos recursos, y en el mismo año de la toma de Tarento se gastaron las últimas reservas del Tesoro, tiempo há economizadas (unos 4.000.000 de pesetas). A pesar de tantos esfuerzos, el Estado no podia aún subvenir á todas las necesidades. Suspendióse el pago del sueldo de los soldados, de modo que comenzaron á inquietarse, principalmente en los países más lejanos. Pero por grandes que fuesen los obstáculos financieros, no eran el mal más grave de la situacion. Por todas partes estaban yermos los campos: allí donde la guerra no impedia su cultivo, faltaban los brazos. El precio del *medimo* (unos 52 litros y medio) habia subido á 15 dineros (unos 3 thalers ó unos 42 reales), el triple por lo ménos del precio que solía tener en Roma, y habrian muerto muchos de hambre, si no hubiera venido trigo de Egipto, y si la agricultura renaciente en Sicilia no hubiera suministrado con que atender á las más perentorias necesidades. Los relatos que han llegado hasta nosotros, y la experiencia de lo que son semejantes guerras, nos muestran suficientemente cuánta es la miseria que en tales casos experimenta el pobre labrador, con cuánta rapidez desaparecen todos sus ahorros tan penosamente reunidos, y cómo en fin se convierten los lugares en refugio de mendigos ó de ladrones.

Los aliados.—A estos sufrimientos materiales de los

Romanos agregábase un peligro mucho más grande: el disgusto que la guerra producía entre los aliados de Roma, y que iba cada día en aumento. La guerra les costaba su sangre y sus bienes. Poco importaban las disposiciones de los no Latinos. Toda esta lucha atestiguaba su impotencia: mientras que los Latinos permanecerían fieles á la República, no había nada que temer de su descontento, cualquiera que fuese. Pero hé aquí que el Lacio vacila á su vez. La mayor parte de las ciudades latinas de la Etruria, del Lacio, del país de los Marsos y de la Campania septentrional, y aun de las regiones itálicas, á donde la guerra no había llevado directamente su asolación, manifestaron al Senado Romano (año 545), que no querían mandar en adelante contingentes ni contribuciones, y que dejarían á Roma sostener sola aquellas largas luchas, en que solo ella estaba interesada. Grande fué el estupor que produjo en la capital semejante noticia; pero ¿qué medio había de obligar á los que protestaban? Afortunadamente no obraron lo mismo todas las ciudades latinas. Las colonias de la Galia, del Picentino y de la Baja Italia, y á su cabeza la poderosa y patriótica Fregela, protestaron, por el contrario, de su fidelidad, ahora más estrecha é inquebrantable que nunca. Tenían clara conciencia de su situación. Veían su existencia aun más en peligro que la de la misma metrópoli. El objeto de la guerra no era solo Roma, sino más bien la hegemonía latina en Italia, y aun más todavía, la independencia nacional de los Italianos. La semi-defección de los demás no era traición, sino cansancio y estrechez de miras. Las ciudades refractarias habrían rechazado con horror toda alianza con los Fenicios. Pero entre los Latinos y los Romanos estaba produciéndose un cisma cuyas consecuencias se hicieron sentir inmediatamente en la población de los

países colonizados. Arretium se hallaba en un estado de fermentacion peligroso. Descubrióse allí una conspiracion que se propagaba entre los Etruscos, en interés de Annibal: el mal era de tal naturaleza, que tuvieron que marchar soldados romanos sobre la ciudad. Reprimióse sin trabajo el movimiento con solo algunas medidas militares y de policía: no por esto dejaba de ser la señal de un grave peligro. Si las poblaciones no se mantenian en la obediencia por medio de las fortalezas latinas, habia que temerlo todo de ellas.

Llegada de Asdrubal.—Tal era la situacion cuando de repente, y para colmo de dificultades, se supo que Asdrubal habia pasado los Pirineos (546). Así pues, en la campaña siguiente, era necesario habérselas á la vez con los dos hijos de Amílcar. No en vano habia Annibal esperado, defendiéndose tenazmente en sus posiciones durante tan largas y rudas campañas; ese ejército que hasta entonces le habian negado la rivalidad de la oposicion en Cartago, y la imprevision política de Filipo, se le enviaba por fin con su hermano, en quien revivia el génio de Amílcar. Ya habia 8.000 Ligures, ganados por el oro cartaginés, que estaban prontos á reunirse con Asdrubal. Si triunfa en el primer combate, tiene la esperanza de arrastrar contra Roma á los Galos y á los Etruscos. Italia no es ahora lo que era hacia once años: Estados y particulares, todos estaban cansados; la liga latina medio disuelta; el mejor general de los Romanos habia muerto en el campo de batalla, y Annibal estaba siempre dispuesto. Escipion podria con justicia llamarse el favorito de los dioses, si le era dado un dia apartar de la cabeza de sus compatriotas y de la suya propia la tormenta acumulada por su imperdonable falta.

Nuevos armamentos. Marchas de Asdrubal y de

Annibal. Batalla de Sena ó de Metáuro. Annibal en el Brutium.—Roma pone en pié de guerra veintitres legiones como en los tiempos de mayor peligro; llama á los voluntarios, y hace entrar en los cuadros hasta los soldados legalmente exentos del servicio. No por esto dejó de cogerle de improviso. Asdrubal pasó los Alpes mucho antes que esperaban amigos y enemigos (año 547); los Galos, acostumbrados ya á estos pasos de ejércitos, dejaron francos, mediante una cantidad convenida, los desfiladeros de las montañas, y suministraron víveres. ¿Habria pensado Roma en ocupar los puertos de Italia? De ser así, tambien en esta ocasion hubiera llegado tarde. Ya corria la noticia de que Asdrubal estaba en las llanuras del Pó y habia sublevado á los Galos. Plasencia fué cercada.

El cónsul *Marco Livio* marchó precipitadamente á ponerse al frente del ejército del Norte; ya era tiempo. La Etruria y la Umbría se agitaban sordamente y daban soldados al ejército de Asdrubal. El otro cónsul, *Gayo Neron*, retiró de Venosa y llamó al pretor *Gayo Hostilio Tubulo*; despues marchó aceleradamente con 40.000 hombres, á fin de cerrar á Annibal el paso hácia el Norte. Este habia en efecto reunido en el Brutium todas sus fuerzas; marcha hácia la gran vía que va de Rhegium á Apulia, y encuentra á Neron en *Grumentum* (1). Empeñóse un combate sangriento, en el que Neron se atribuyó la victoria; pero que no pudo impedir que Annibal entrase en la Apulia, aunque con sensibles pérdidas, mediante una de esas hábiles marchas de flanco que le eran propias. Detúvose allí, y acampó á la vista de Venosa, y despues cerca de Ca-

(1) Agrimonte, sobre el Agri en la Basilicata, segun la opinion más comun.

nusium. Seguiale Neron paso á paso y en todas partes acampaba frente á él. Es por otra parte evidente que permaneciendo en Apulia, obraba obedeciendo á un plan determinado, y que, si hubiese querido, hubiera podido continuar avanzando hácia el Norte, á pesar de la vecindad de Neron. En cuanto á los motivos que le impulsaban á no ir más lejos y á permanecer apostado en el Aufido, seria necesario, para juzgarlos, saber qué comunicaciones habian mediado entre él y su hermano, y lo que conjeturaba sobre el camino que éste debia seguir, de todo lo cual no tenemos noticia alguna. Mientras que los dos ejércitos se espían mutuamente sin moverse, fué interceptado por las avanzadas romanas un despacho de Asdrubal, impacientemente esperado en el campo cartaginés. En él decia que queria seguir la vía Flaminia, y por consiguiente, que marcharia por la costa hasta *Fanum*, para torcer enseguida á la derecha y bajar por el Apenino sobre *Narnia* (*Narni*), en donde esperaba encontrarse con Annibal. Inmediatamente mandó Neron al punto donde debian reunirse los dos ejércitos fenicios todas las reservas de la capital, á las que debia reemplazar una division que residia en Cápua, formándose en esta ciudad otra reserva. Convencido de que Annibal ignora el plan de su hermano, y va á permanecer en Apulia, para esperarle, concibió audazmente la idea de escoger entre los soldados de su ejército 7.000 de los más bravos, y partir con ellos hácia el Norte á marchas forzadas, y reuniéndose á su colega, obligar á Asdrubal á aceptar la batalla, solo contra los dos. Ningun riesgo corria en dejar su mermado ejército frente á Anuibal, pues contaba bastantes soldados para luchar en caso de ataque, ó para seguir al Cartaginés hasta el lugar de la cita, si es que él se ponía tambien en marcha. Neron

encontró á su colega en *Sena Galica*, esperando al enemigo, y ambos marcharon inmediatamente contra Asdrubal, ocupado en este momento en el paso del *Metauro*. El hermano de Anníbal quiso evitar el combate é intentó desfilarse por el flanco de los Romanos, pero lo abandonaron sus guías y se extravió en un país que no conocía. Alcanzóle la caballería romana obligándole á hacer frente y detenerse hasta que, llegando la infantería no pudo ya rehusar la batalla. Asdrubal colocó sus españoles en el ala derecha, con los elefantes por delante, y los Galos á su izquierda. El combate estuvo por mucho tiempo indeciso entre los Españoles y los Romanos. Ya el cónsul Livio, que mandaba á éstos, se veía duramente rechazado, cuando Neron, renovando en el campo de batalla su gran movimiento estratégico, dejó allí inmóvil al enemigo con quien luchaba, pasó con él á la derecha romana por detrás de todo el ejército, y vino á caer por el flanco sobre los Españoles. Esta nueva audacia le valió el triunfo. La victoria, tan duramente disputada y sanguinaria, fué completa; y no encontrando ninguna salida, fué destruido el ejército cartaginés, y su campamento tomado por asalto. Cuando vió la batalla perdida á pesar de toda su habilidad y de su valentía. Asdrubal, siguiendo el ejemplo de su padre, buscó y halló la muerte del soldado. Como general y como hombre se habia mostrado digno hermano de Anníbal. Al dia siguiente volvió á partir Neron, y despues de unos catorce dias de ausencia, entró de nuevo en su campamento de Apulia, frente á Anníbal, que no habiendo recibido ningún mensaje, no se habia movido. El cónsul le llevó la nueva del desastre, haciendo que arrojasen en las avanzadas de su ejército la cabeza de su hermano, respondiendo de esta brutal manera á la magnanimidad de

un adversario que dejaba en paz á los muertos, y habia tributado las honras fúnebres á Lúcio Paulo, á Graco y á Marcelo. De este modo supo Annibal que se habian desvanecido sus esperanzas y el fruto de sus victorias. Abandonando la Apulia, la Lucania y aun á Metaponte, se refugió en el fondo del Brutium, en donde los puertos de la costa le ofrecian un último asilo. La energía de los generales romanos y los sucesos inauditos de la fortuna habian conjurado un peligro tan grande como el de Cannas, y el único que podia justificar la tenaz permanencia del héroe Cartaginés en Italia. En Roma, la alegría fué inmensa. Los negocios volvieron á seguir su curso natural, como en tiempo de paz. Todos conocian que habia pasado ya la crisis.

Tregua de las hostilidades. Magon en Italia.— Sin embargo, no se apresuraron á terminar la guerra. Así el Senado como los ciudadanos se sentian fatigados por tantos esfuerzos y gastos, y se entregaron al reposo y á la tranquilidad. El ejército y la armada disminuidos; los campesinos romanos y latinos volviendo á sus desiertas alquerías; el tesoro llenando sus cajas, mediante la venta de una parte de los dominios públicos de Campania; la administracion pública reformada; suprimidos los inveterados desórdenes; pagándose regularmente los empréstitos voluntarios de la guerra; las ciudades latinas retrasadas llamadas al cumplimiento de sus deberes y obligadas á pagar grandes intereses, tal es el cuadro que nos ofrece la metrópoli. Durante este tiempo parece que ha terminado la guerra en Italia. Nueva y admirable prueba del genio militar de Annibal; prueba mucho más palpable de la incapacidad de los generales romanos enviados contra él; se le vé, todavia, durante cuatro años, mantener su campo en el Brucium! Sus adversarios, á pesar de su gran

superioridad numérica, no le pueden obligar á encerrarse en las plazas ni á embarcarse para su patria. Es verdad que se vé obligado á batirse constantemente en retirada, no tanto por los combates indecisos que se dan todos los dias, cuanto porque cede paso á paso ante las defecciones de sus aliados, y porque no puede contar nada más que con las ciudades de que son dueños sus soldados. Así es como abandona á Turium: un destacamento mandado de Rhegium por orden de Publio Escipion, volvió á apoderarse de Locres en el año 549 (205 antes de J. C.). Entonces, como para dar á los planes del héroe una brillante justificacion, aquellos mismos que los habian combatido y estorbado durante tantos años, amenazados ahora de un desembarco de los Romanos en África, los magistrados supremos de Cartago, vuelven en sí y le suministran subsidios y refuerzos. Envian á Magon á España, y mandan avivar la guerra en Italia; necesitan, aun á precio de nuevos combates, procurar alguna tranquilidad á los azorados poseedores de los pueblos de la Libia y á los tenderos de la metrópoli africana! Partió inmediatamente una embajada para Macedonia, solicitando de Filipo la renovacion de la alianza y un desembarco de tropas en las costas de Italia. ¡Vanos y tardíos esfuerzos! Ya hacia algunos meses que Filipo habia firmado la paz. El aniquilamiento político de Cartago, que ya él habia previsto, le es sin duda muy perjudicial; pero no se atreve á intentar nada contra Roma. Acúsale los Romanos de que habia desembarcado en África un cuerpo de soldados macedonios pagados por él. La acusacion es verosímil, pero la República no tuvo suficientes pruebas, á juzgar por los sucesos ulteriores. En cuanto á un desembarco de Filipo en Italia, ésta ni siquiera se preocupó de ello. Entre tanto, Magon, el

más jóven de los hijos de Amílcar, puso formalmente manos á la obra. Runiendo los restos del ejército de España, los trasladó á Mallorca, viniendo, en 549, á desembarcar en las inmediaciones de Génova, cuya ciudad destruyó, y llamó á las armas á los Ligurios y á los Galos, que acudian en tropel, atraídos, como siempre, por su oro, y por la novedad de la empresa. Se pone en inteligencia hasta con la Etruria, en donde aún no habian cesado las ejecuciones políticas. Pero tiene muy pocos soldados para emprender nada sério contra la Italia propia; y Anníbal, debilitado y casi falto de influencia en la Baja Italia, no podia intentar el venir á reunirse con el con alguna esperanza de éxito. Los jefes de Cartago no habian querido salvarla cuando podian: hoy que quieren, ya no pueden.

Expedicion de Escipion al Africa.—Nadie dudaba en Italia que habia terminado la guerra de Cartago contra Roma, y habia llegado el tiempo de comenzar la de Roma contra Cartago. Mas por inevitable que pareciese á todos, no se habian apresurado á organizar la expedicion de Africa. Lo primero, se necesitaba un jefe capaz y apreciado de todos, de lo cual carecian. Los mejores capitanes habian perecido en el campo de batalla, y los que no, como Quinto Fabio y Quinto Fulbio, eran demasiado viejos para esta guerra tan nueva, que se prolongaria probablemente. Gayo Nerón y Márco Livio, vencedores del Metáuro, se hubieran mostrado á la altura de tal mision; pero perteneciendo ambos á la aristocrácia, no disfrutaban del favor del pueblo. ¿Conseguirian alguna vez ser elegidos? Las cosas habian llegado ya á un punto en que el valor y la aptitud influa muy poco en la eleccion, á no ser en una necesidad extrema. Y caso de que se verificase su eleccion, ¿podrian arrastrar á aquel pueblo tan fatiga-

do á que hiciese nuevos esfuerzos? Nada tan dudoso. En este momento volvió de España Publio Escipion, el favorito de las masas, ilustre por el completo éxito, aparente al ménos, de sus campañas en la Península, y fué inmediatamente elegido cónsul para el siguiente año. Entró en el cargo (en 549) con la intencion premeditada de conducir un ejército al África, ejecutando de este modo un proyecto formado durante su permanencia en España. Pero en el Senado, los partidarios de la guerra metódica no querian ni aun oír hablar de una expedicion al otro lado del mar mientras que Annibal estuviese en Italia, y el jóven general no disponia, ni con mucho, de la mayoría. Los rudos y austeros padres conscriptos veian con disgusto aquellos hábitos de elegancia completamente griega, y aquella cultura y modo de pensar enteramente modernos. Escipion daba pié para más de un ataque sério, así por sus faltas extratécnicas durante su mando en España, como por la floja disciplina de su ejército. ¿No seria fundada la acusacion que se le hiciese de una culpable indulgencia para con sus generales de division? ¿No se le vió al poco, cuando Gayo Flaminio cometia en Locres horribles atrocidades, hacer la vista gorda, y asumir de este modo la responsabilidad de la odiosa conducta de su lugar teniente (1)? En las deliberaciones del Senado, tocante á la organizacion de la escuadra y del ejército y al nombramiento de un general, siempre que su interés privado estaba en oposicion con los usos

(1) Véase Tit. Liv. 29, 16 y sig. — "Omnes rapiunt, espoliant, verberant, vulnerant occidunt: constuprant matronas, vírgenes, ingenus, raptos ese complexu parentum. Quotidie capitur urbs nostra... Entonces fué cuando Quinto Fabio exclamó en pleno Senado: "Natum eum (Scipionem) ad corrumpendam disciplinam militarem!"

y con la ley, pasaba el nuevo cónsul sin intimidarse por encima de todos los obstáculos, mostrando claramente, que en caso de resistencia extrema, apelaría al pueblo, á su gloria y á su crédito para con las masas, contra el poder gobernante. De aquí las heridas dolorosas, y el temor de que semejante jefe del ejército no se creyese nunca ligado por sus instrucciones, ni en lo referente á la marcha de las operaciones militares más decisivas, ni en la de las negociaciones eventuales de paz. Ya se sabia que en la guerra de España no habia atendido nada más que á sus propias inspiraciones. Estos cargos eran graves. Sin embargo, hubo la suficiente prudencia para no extremar las cuestiones. El Senado no podia negar que la expedicion de África era necesaria. Hubiera sido imprudente dilatarla é injusto desconocer los grandes talentos de Escipion, su aptitud singular para la guerra próxima. Solo él podria quizá obtener del pueblo, así la prorogacion de su mando por todo el tiempo necesario, como los sacrificios en hombres y dinero. La mayoría consintió, pues, en dejarle libre para obrar segun sus designios, despues que, al ménos en la forma, hubiese acreditado su completa deferencia hácia los representantes del poder supremo, y se hubiera sometido de antemano á la decision del Senado. Recibió el encargo de marchar este mismo año á Sicilia, y activar allí los trabajos de construccion de la flota, la organizacion de un material de sitio y la formacion de un ejército expedicionario, para desembarcar en África en la primavera siguiente. La República puso á su disposicion el ejército de Sicilia, y las dos legiones formadas con los restos de los soldados de Cannas. Para la proteccion de la isla, bastaba una pequeña guarnicion y la escuadra. Permittedse además reclutar voluntarios en Italia. Claro

está que el Senado toleraba la expedición, pero no la ordenaba. Escipión no tenía á su disposición la mitad de las fuerzas que Régulo había conducido anteriormente, y los soldados que se le daban, acantonados por castigo en Sicilia hacia muchos años, se hallaban en un estado próximo á la indisciplina. Para la mayoría de los senadores, el ejército expedicionario se mandaba como una especie de avanzada que se contaba como perdida y que serviría, á lo más, como centro de disciplina: poco importaba que no volviese.

Otro que no hubiera sido Escipión habría protestado, sin duda, y declarado que eran necesario renunciar á la empresa ó reunir de antemano otros medios para su ejecución. Pero Escipión tenía confianza en sí mismo: cualesquiera que fuesen las condiciones, las sufría con tal de obtener el mando tan deseado. Para no perjudicar la popularidad de la empresa, evitó con cuidado el que no recayesen directamente sobre los ciudadanos las cargas de la expedición. Los gastos principales, y sobre todo los de la escuadra, se pagaron en parte con ayuda de una llamada contribución voluntaria de las ciudades etruscas, ó para decirlo de una vez, con una contribución de guerra impuesta á los Arretinos y á las demás ciudades culpables de defección, y en parte por las de Sicilia. En cuarenta días estuvieron las naves dispuestas á hacerse á la vela. El cuerpo de ejército fué reforzado con 7.000 voluntarios que acudieron de todos los puntos de Italia, á la voz del general querido de los soldados. Por último, en la primavera del año 550 (204 antes de J. C.), partió Escipión con dos legiones reforzadas (unos 30.000 hombres), 40 buques de guerra, y 400 trasportes; y sin encontrar la más leve resistencia fué á desembarcar cerca del *Bello Promontorio* (inmediato al *Cabo Bon*), cerca de Utica.

Armamentos de Cartago. Escipion rechazado á la costa. Sorpresa del campamento cartaginés.—Hacia mucho tiempo que esperaban los Cartagineses una más séria tentativa que las incursiones que venian verificando las escuadras romanas en la costa de África, en los últimos años. Para defenderse, habian intentado encender la guerra italo-macedónica: estaban además preparados para recibir á los Romanos. De los dos Reyes bereberes rivales, sus vecinos, *Masini-sa de Cirta (Constantina)*, jefe de los Masiles, y *Sifax de Siga* (en la desembocadura del Tafna, al Oeste de Oran), de los *Masesilios*, habian separado á Sifax, que era el más poderoso, de su antigua alianza con Roma; habian hecho tratados con él, y lo habian casado con una mujer de Cartago. En cuanto á Misinisa, antiguo enemigo de Sifax, y aliado de los Cartagineses, le vendieron éstos. Despues de haberse defendido á la desesperada contra las fuerzas reunidas de Sifax y de los Fenicios, obligado á abandonar sus Estados, de los que se apoderó el primero, marchó con una pequeña escolta de caballeros, á andar errante y fugitivo en el desierto. Sin contar los refuerzos prometidos por su nuevo aliado, poseian los Cartagineses un ejército de 20.000 infantes, 6.000 caballos y 140 elefantes, que Hannon, yendo en persona á una espedicion, habia cazado y traído. Estas fuerzas, dispuestas inmediatamente para el combate, guarnecian la ciudad. Mandábalas un general experimentado del ejército de España, Ásdrubal, hijo de Giscon, y habia en el puerto una poderosa escuadra. Esperábase además un cuerpo de Macedonios, mandados por *Sopater*, y una division de mercenarios Celtíberos. A la nueva del desembarco de Escipion, acudió Masinisa al campo de aquel que, pocos años antes, habia combatido en Espa-

ña por cuenta de los Cartagineses. Pero este príncipe «sin Estados,» no traía consigo nada más que sus talentos personales: los Libios, aunque cansados de pagar contribuciones y de suministrar contingentes, les habian costado muy caras sus insurrecciones, para atreverse tan pronto á declararse por los Romanos. Púsose en marcha Escipion. Mientras que no tuvo delante de sí nada más que el ejército Cartaginés, inferior al suyo, conservó la superioridad; y despues de algunas escaramuzas de la caballería, llegó á Utica y le puso sitio. Pero no tardó en aparecer Sifax al frente de 50.000 hombres de infantería y de 10.000 caballos. Fué necesario levantar el sitio, y atrincherarse para el invierno en un *campamento naval*, construido en un promontorio fácil de defender, entre Utica y Cartago. Los Romanos pasaron allí la mala estacion. Al llegar la primavera no habia mejorado la situacion: Escipion salió de ella por un afortunado golpe de mano. Fingió entablar negociaciones de paz, y por este medio, no muy honroso por cierto, consiguió adormecer la vigilancia de los Africanos. Despues, aprovechando una hermosa noche, se arrojó sobre los dos campamentos: las chozas de cañas de los Numidas fueron entregadas á las llamas, y cuando los Cartagineses volaron en su auxilio, el incendio devoró tambien sus tiendas. Huyendo desordenadamente y sin armas, los acuchillaron los destacamentos colocados al efecto en puntos determinados. Esta sorpresa nocturna hizo más daño que una série de derrotas. Sin embargo, los Cartagineses no se abatieron. Los más tímidos ó los más inteligentes querian que se llamase á Magon y á Anníbal; pero fué rechazada semejante proposicion. Acababan de llegar los auxilios de Macedonia y de Celtiberia: quiso darse una formal batalla en los *Campos grandes*, á cinco jor-

nadas de Utica. Escipion aceptó el reto con gran contento: sus veteranos y sus voluntarios dispersaron, fácilmente las hordas, reunidas precipitadamente, de los Numidas y de los Cartagineses. Los Celtíberos, que no podían esperar perdon, despues de una obstinada defensa, se dejaron hacer pedazos.

Derrotados dos veces, no podían ya los Africanos esperar en campo raso. Su escuadra atacó el campamento naval, sin sufrir una derrota, pero sin conseguir un triunfo decisivo. Este revés fué, por otra parte, compensado para los Romanos por la prision de Sifax, que la afortunada estrella de Escipion hizo que cayese en sus manos. Desde esta fecha, Masinisa vino á ser para los Romanos lo que el Rey cautivo habia sido para los Cartagineses.

Preliminares de la paz. Intrigas de los patriotas.

Vuelta de Annibal á Africa. Renovacion de las hostilidades.—Entonces fué cuando la faccion de la paz, que hacia diez y seis años callaba, levantó la cabeza en Cartago, y entró en lucha abierta con el Gobierno de los hijos de Barca y el partido patriota. Asdrubal, hijo de Giscon, fué condenado á muerte durante su ausencia, y propusieron á Escipion un armisticio, y despues la paz. Este exigió que abandonasen sus posesiones españolas y las islas del Mediteráneo; que entregasen el Rey Sifax á Masinisa, los buques de guerra, no dejando más que veinte para Cartago, y una contribucion de 4.000 talentos (unos 100.000.000 de reales). Estas condiciones eran tan favorables que puede preguntarse en interés de quién las habia dictado Escipion, si en el de Roma ó en el suyo propio. Los plenipotenciarios de Cartago las aceptaron á reserva de que las ratificase su gobierno, y partió para Roma una embajada cartaginesa: pero los patriotas no quisieron

acceder á ellas. La fé en la causa que defendian, la confianza en su gran capitan y el ejemplo mismo que Roma les habia dado, los animaban á la resistencia. Por otra parte, ¿no iba la paz á poner á sus adversarios al frente del Gobierno y á condenarlos á ellos á una perdicion cierta? Estaban seguros de tener mayoría en el pueblo. Convinieron en dejar á la oposicion que negociase la paz, mientras que, durante este tiempo, preparaban el último y decisivo esfuerzo. Mandaron á Magon y á Anníbal que volviesen sin tardanza. Magon, que hacia tres años que luchaba en el Norte de Italia, resucitando aquí la coalicion contra Roma, acababa de dar una batalla en el pais de los Insubrios á dos ejércitos romanos, muy superiores al suyo: sin embargo, habia dispersado la caballería enemiga y acosado muy de cerca la infantería. Ya el hábil general contaba con la victoria, cuando una division romana se lanzó con grande arrojo sobre los elefantes, precisamente en el momento que él caia gravemente herido, y cambió la fortuna de la guerra. El ejército fenicio retrocedió hácia la costa; y recibiendo orden de volver á África, se embarcó inmediatamente. Magon murió durante la travesía. En cuanto á Anníbal, se hubiera adelantado al llamamiento si las negociaciones pendientes con Filipo no le hubiesen hecho creer que podia aún servir mejor á su pátria en los campos de Italia que en África. Encontróle el mensajero en Crotona, en donde se hallaba hacia algun tiempo, y le obedeció inmediatamente. Hizo matar todos sus caballos, y todos los soldados italianos que se negaron á seguirle, y se embarcó en los trasportes que tenia dispuestos en el puerto. El pueblo romano respiró al fin. Volvia la espalda á la tierra de Italia, ese poderoso «leon de Libia» que nadie habia podido hacerle huir! En esta ocasion, el Senado

y los ciudadanos acordaron poner una corona de yerba (*corona graminea*), al general más viejo de los Romanos que habían sostenido honrosamente el peso de esta terrible guerra, á Quinto Fabio, que contaba ya cerca de noventa años. Recibir de todo un pueblo la recompensa que el ejército concedía ordinariamente al capitán que lo había salvado, era allí el mayor de los honores á que un ciudadano romano podía aspirar! Esta fué también la última distinción ofrecida al viejo general, que murió este mismo año (551). Anníbal desembarcó en Leptis, sin obstáculo, no por la tregua, sino gracias á la rapidez de su marcha y á su astucia. El último superviviente de los «Leoncillos» de Amílcar, después de treinta y seis años de ausencia, volvía á pisar el suelo de su patria. La había abandonado casi niño, comenzando su heroica carrera y sus aventuras, que en definitiva habían sido inútiles: había partido hácia el Occidente y vuelto por Oriente describiendo el gran círculo de sus victorias en derredor del mar cartaginés. Veía verificarse el acontecimiento que tanto había luchado por prevenir, y que hubiese impedido si se le hubieran dado medios. En la actualidad, se necesitaba de su ayuda para salvar á Cartago, y puso mano á la obra sin quejarse ni acusar á nadie. Su llegada levantó el partido de los patriotas, y se casó la vergonzosa sentencia pronunciada contra Asdrubal. Hábil como siempre, renovó Anníbal sus alianzas con los Cheiks numidas; la paz concluida ya de hecho fué rechazada por una Asamblea del pueblo, y en señal de ruptura se apoderaron las poblaciones del litoral de una armada de trasportes que había encallado en la costa, mientras que una galera que conducía á los enviados de Roma fué atacada y capturada. Irritado justamente Escipion, levantó inmediatamente su

campo y recorrió el rico valle del Bagradas; no daba cuartel á las ciudades ni á las aldeas, cogiendo en masa y vendiendo como esclavos á todos los habitantes. Ya habia penetrado en el interior, y tomado posiciones cerca de *Naraggara* (al Oeste de *Sicca*, hoy *El-Kaf*, cerca de *Ras* ó *Djaber*), donde le alcanzó Anníbal, que venia de Hadrumete. Ambos generales celebraron una entrevista en la que el Cartaginés procuró obtener del Romano condiciones de paz más favorables. Pero este habia llegado ya al último extremo de las concesiones. Despues de la violenta ruptura de la tregua, le estaba prohibida toda condescendencia.

Batalla de Zama.—Al dar este paso Anníbal no se proponia más que mostrar á su pueblo que el partido patriota no era absolutamente hostil á la paz. La conferencia no tuvo ningun resultado, y se dió la batalla en Zama (en las inmediaciones de *Sicca*, segun se cree) (1). Anníbal habia colocado su infantería en tres filas: en la primera estaban los mercenarios cartagineses; en la segunda, las milicias africanas y fenicias; en la tercera combatian los veteranos del ejército de Italia. Habia colocado en la vanguardia 80 elefantes, y la caballería ocupaba las alas. Escipion dividió tambien su ejército en tres divisiones, segun la costumbre romana, y combinó sus líneas de modo que los elefantes pudiesen pasar por medio sin romperlas. Un éxito completo coronó sus previsiones: marchando de lado, introdujeron los elefantes el desórden en la caballería

(1) El lugar y la fecha de la batalla de Zama están muy mal determinados. El campo de batalla estuvo seguramente en las inmediaciones de la localidad conocida bajo el nombre de *Zama regia*; y en cuanto á la fecha, debe colocarse hácia la primavera del año 552: no hay razon para colocarla en el 19 de Octubre, por el eclipse de sol de que hablan los historiadores.

cartaginesa. Cuando la de los Romanos, muy superior en número, merced á los escuadrones de Masinisa, llegó á atacar las alas, no halló apenas resistencia, y se lanzó en persecucion de la primera. En el centro fué más empeñada la accion, y permaneció por mucho tiempo indecisa entre las dos primeras líneas de la infantería de los dos ejéritos enemigos. Despues de una sangrienta lucha, retiráronse ambas á buscar un apoyo en las segundas filas. Los Romanos lo hallaron fácilmente; pero las milicias de Cartago se mostraron poco seguras y tímidas, y los mercenarios, creyéndose vendidos, vinieron á las manos con los mismo Cartagineses. Anníbal se apresuró á mandar sobre las alas lo que le quedaba de las dos divisiones, y desplegó frente al enemigo sus reservas del ejército de Italia. Lanzando Escipion el resto de su primera línea de combate sobre el centro del enemigo, y mandando las otras dos divisiones á su derecha y á su izquierda, se empeñó de nuevo la batalla en toda la línea, haciéndose por ambas partes una horrible carnicería. A pesar de la superioridad numérica de los Romanos, los veteranos de Anníbal no cedian un palmo de terreno. Pero de repente se vieron envueltos por la caballería de Escipion y de Masinisa, que volvian de perseguir la caballería cartaginesa. La lucha terminó con el completo aniquilamiento del ejército fenicio. Vencedores en Zama, vengaban los vencidos de Cannas su antigua afrenta. Anníbal con algunas de sus tropas habia podido refugiarse en Adrumeta.

La paz.—Despues de tal desastre, hubiera sido una locura de parte de los Cartagineses intentar de nuevo los hazares de la guerra. Nada impedía al general romano comenzar inmediatamente el sitio de Cartago. Abiertos se hallaban los caminos que á ella condu-

cian, y no se la habia provisionado. En la mano de Escipion estaba, á no ocurrir sucesos imprevistos, el hacerla sufrir la suerte que Annibal habia premeditado contra Roma. Escipion se detuvo, y accedió á la paz (año 553), aunque en más duras condiciones. Además de las renunciaciones exigidas en los anteriores preliminares en favor de Roma y de Masinisa, se sometió Cartago á una contribucion de guerra anual de 200 talentos (más de 4 millones de reales), por espacio de medio siglo; comprometióse á no entrar nunca en lucha contra Roma ni sus aliados; á no llevar sus armas fuera de África; y aún aquí, á no hacer jamás la guerra sin permiso de la República. De hecho, descendia al rango de tributaria, y perdía su importancia política. Añadiremos, por último, que, segun todas las probabilidades, estaba obligada, en ciertos casos determinados, á enviar á la escuadra romana un contingente de buques.

Se ha censurado mucho á Escipion. Por dar fin él solo á la guerra más grande que Roma ha sostenido, por no transmitir la gloria de su terminacion á su sucesor en el mando supremo, hizo sin duda, se dice, algunas enemigas favorables concesiones. Si el móvil atribuido fuese cierto, la acusacion seria fundada: en cuanto á las condiciones de la paz, no justifican dicha acusacion. En primer lugar, el estado de cosas en Roma no era tal que al dia siguiente de la batalla de Zama, el favorito del pueblo hubiese de temer seriamente que le retirasen sus poderes: aun antes de la victoria, una mocion presentada con este objeto por el Senado ante la Asamblea del pueblo fué rechazada casi unánimemente. Además ¿no era el tratado todo lo que podia ser? A contar desde el dia en que tuvo las manos ligadas, y á su lado un poderoso vecino, no intentó, ni una sola

vez Cartago, no solo aparecer nuevamente como la rival de Roma, pero ni siquiera sustraerse á la supremacía de su rival de otros tiempos. Todo el que tenia ojos para ver comprendia que esta segunda guerra la habia emprendido Annibal por su cuenta, más bien que la República fenicia. Para aquellos Italianos arrastrados por un sentimiento de venganza, no era bastante haber entregado á las llamas 500 galeras; querian tambien que fuese reducida á cenizas la ciudad tan aborrecida. El encono y la cólera del pueblo no habian quedado aún satisfechos: Roma nose consideraba completamente victoriosa hasta que no hubiese anonadado á su adversario, y no se perdonó al general el haber dejado con vida á un enemigo reo de haber hecho temblar á los Romanos. De otro modo juzgaba Escipion: nosotros no hallamos derecho ni motivo para sospechar de su determinacion. No obedecia al impulso de pasiones mezquinas y comunes: siguió simplemente los nobles y generosos impulsos de su carácter. No, no temió ni su relevo, ni las mudanzas de la fortuna, ni la explosion de una guerra próxima con el Rey de Macedonia. Seguro de su posicion y de su destino; afortunado, hasta entonces, en todas sus empresas, tuvo sus razones legítimas, no ejecutando la sentencia capital, cuyo instrumento será 50 años despues su nieto adoptivo, y que quizá hubiera podido él consumir entonces. En mi sentir, lo probable es que los dos grandes capitanes que estaban al frente de los destinos de sus respectivos pueblos, ofreciendo y aceptando la paz, habian querido contener en sus justos y prudentes limites, el uno el furor vengativo de los vencedores, y el otro la tenacidad torpe y perniciosa de los vencidos. La magnanimidad de sentimientos y la elevacion del pensamiento politico rayaban á igual altura en Annibal y en Escipion,

el primero, resignándose estóicamente á la inevitable necesidad, y el segundo no queriendo el abuso inútil ni el odioso exceso de la victoria. ¿No se preguntaria quizá este libre y generoso pensador en qué podia ser útil á Roma, una vez derrumbado el poder político de Cartago, el destruir tambien esta antigua capital del comercio y de la agricultura? ¿No era atentar contra la civilizacion el destruir brutalmente una de sus columnas? Aún no habian llegado los tiempos en que, convirtiéndose los hombres de Estado de Roma en verdugos de las naciones vecinas, creerán lavar la ignominia romana, derramando en sus horas de ocio una lágrima sobre sus víctimas.

61 *Resultados de la Guerra.* — Tal fué el fin de la segunda guerra púnica, ó de la guerra de Annibal, como la llamaron los Romanos. Durante 17 años sembró el espanto en el continente y en las islas, desde las columnas de Hércules hasta el Helesponto. Antes no habia pensado Roma nada más que en la conquista y en la dominacion de la tierra firme de Italia, dentro de sus fronteras naturales, incluso las islas y los mares inmediatos. Las condiciones de la paz impuestas al Africa hacen ver claramente que terminando la guerra, aún no habia abrigado el pensamiento de extender su dominacion á todos los Estados mediterráneos, ó fundar en provecho suyo la Monarquía universal. Solo aspiraba á poner á su peligrosa rival en estado de que no la pudiese perjudicar, y en dar á Italia vecinos más pacíficos. Pero los resultados fueron mucho más allá: la conquista de España particularmente estaba poco de acuerdo con dichas miras. Los efectos excedian con mucho las primeras previsiones, y puede decirse que Roma conquistó la península pirenaica solo por la fortuna de los combates. Roma se apoderó de Italia con un

designio premeditado, pero se le vinieron á las manos el cetro del Mediterráneo y el dominio de los países circundantes, sin haber quizá pensado en ello.

Resultados fuera de Italia. Resultados en Italia.—

Las consecuencias inmediatas de la guerra púnica fueron: fuera de Italia, la trasformacion de España en una doble provincia romana, aunque en perpétuo estado de insurreccion; la reunion del reino siliciano de Siracusa con el resto de la isla, que ya pertenecia á la República; la sustitucion del patronato de Roma al de Cartago sobre los jefes numidas más importantes; la caida de Cartago del rango de metropoli comercial, al de una simple ciudad de comercio; en una palabra, la incontestable supremacia de Roma en todos los países del Mediterráneo occidental. Los sistemas de Estados de Oriente y de Occidente, que durante la primera guerra no habian hecho más que aproximarse, los vemos ahora atacarse decididamente, y no tardará Roma en mezclarse en los conflictos de las Monarquías de los sucesores de Alejandro. En Italia, el fin de la guerra púnica era una amenaza de seguro aniquilamiento para los Galos de la Cisalpina, suponiendo que no se hubiese ya fijado anteriormente su suerte. La consumacion de su ruina no es ya, en adelante, más que cuestion de tiempo. En el interior de la confederacion itálica, la victoria de Cartago acabó de poner á la Nacion latina en el primer rango. Á pesar de algunas vacilaciones locales, se mantuvo fiel y compacta ante el peligro comun. Al mismo tiempo se aumentó la sujecion de los itálicos no latinos ó solamente latinizados, sobre todo la de los Etruscos y Sabelios de la Baja Italia. Pero el castigo más pesado, ó mejor dicho, la más despiadada venganza de Roma recayó principalmente sobre el más poderoso aliado de Annibal, sobre el pueblo de Cápua y so-

bre el de los Brucios. La constitucion de Cápua fué destruida, y la segunda ciudad de Italia se vió reducida á ser solo la más grande de las aldeas. Hasta se trató de derribar y arrasar sus murallas. Á excepcion de algunos campos pertenecientes á extranjeros ó á Campanios amigos de Roma, decretó el Senado que se declarasen todos sus terrenos de dominio público, dividiéndose en adelante en parcelas, pertenecientes á pequeños propietarios. Del mismo modo fueron tratados los Picentinos, sobre el Silaro. Su principal ciudad fué destruida, y distribuidos sus habitantes en las aldeas inmediatas.

Mas rigurosa fué aún la suerte de los Brucios. Redujólos Roma á una especie de esclavitud, prohibiéndoles el derecho de llevar las armas. Los demás aliados de Annibal expiaron tambien su defeccion. Esto sucedió con las ciudades griegas, á excepcion de las pocas ciudades que se habian mantenido fieles á los Romanos como las de Campania y Rhegium. Por último, los habitantes de Arpi y de otra porcion de ciudades lucanias, apulias y samnitas perdieron gran parte de su territorio, yendo á establecerse nuevas colonias en el terreno confiscado. En el año 560 (194 antes de J. C.) particularmente, fueron una multitud de ciudadanos á colonizar las costas de la Baja Italia: Pontum (*cerca de Manfredonia*), Crotona, Salerno, erigida al Sur del país de los *Pnicentinos*, con la mision de contenerlos, y sobre todo *Puteoli* (*Puzzoli*), que no tardó en convertirse en sitio de recreo para las altas clases, y en centro del comercio de lujo con Asia y Egipto. En este mismo año (560) se convirtió Thurium en fortaleza latina y tomó el nombre de *Copia*; así tambien la rica ciudad brucia de *Vivo* se denominó en adelante *Valentia*. Los veteranos del ejército victorioso de Africa fueron disemi-

nados en diversos dominios del Samnium y de la Apulia: el resto se convirtió en dominio público, y las magníficas huertas y jardines de los antiguos habitantes de estas campiñas se convirtieron en prados comunales de los ricos ciudadanos de la metrópoli romana. En todos los demás puntos y ciudades de la Península se persiguió también de muerte á todos los que se habian señalado por sus tendencias antiromanas. Estuvieron á la órden del día los procesos políticos y las confiscaciones. En todas partes pudieron reconocer los confederados no latinos lo vano de su título de aliados: no fueron más ni ménos que súbditos de Roma. Vencido Annibal, subyugó ésta por segunda vez todo el país, y los pueblos simplemente itálicos tuvieron que sufrir las consecuencias de la cólera y de la arrogancia del vencedor. Los acontecimientos del día dejaron su sello hasta en el teatro cómico contemporáneo, por más que fuese incoloro y hubiese una censura rigurosa. Las humilladas ciudades de Cápua y Atella fueron oficialmente entregadas á la desenfrenada burla de los poetas bufones de Roma. Atella hasta dió su nombre á este género, y veremos que los otros cómicos refieren, en son de chanzoneta, que en la morada pestilencial en donde perecen los más robustos esclavos, aún los procedentes de Siria, los afeminados Campanios han aprendido al fin á vencer el clima. Tristes burlas de un bárbaro vencedor, y que hacen llegar hasta nosotros los gritos de desesperacion de todo un pueblo escarnecido y pisoteado (1). Así pues

(1) Véase en otro lugar, capítulo XIV, Comedia romana.

"Tum autem Syrorum genus quod patientissimum est

Hominimum, nemo stat, qui ibi sex menseis vixerit

Ita cuncti solstitiali morbo decidunt.

..... Sed Campas gens.

Multo Syrorum jam antedit patientia:

cuando estalló la guerra de Macedonia, el Senado vigiló á Italia con gran cuidado, y envió refuerzos á las principales colonias, á Venosa, á Narnia, á Cosa y á Cáles.

La guerra y el hambre habian diezclado la poblacion de Italia. En la misma Roma disminuyó en una cuarta parte el número de ciudadanos; y si se agrega la cifra de los Italianos muertos por los soldados de Annibal, no se exagerará elevándola á 300.000 hombres. Estas sangrientas pérdidas recaian sobre el cuerpo de los ciudadanos llamados á formar el núcleo principal y más sólido de los ejércitos. Las filas del Senado se habian aclarado de una manera increíble: despues de la batalla de Cannas, fué necesario completarlo: solo habia ocupados 123 asientos, y costó gran trabajo, aun apelando á una promocion extraordinaria de 177 senadores, elevarlo á su número normal. Diez y seis años habia estado devastando la guerra alternativamente todos los puntos de Italia, y en el exterior, se la habia estado tambien sosteniendo en todas direcciones. ¿Pueden ponerse en duda los sufrimientos que experimentaron, dado el estado económico de los pueblos? La tradicion atestigua el hecho general sin precisar los detalles. Es verdad que se enriquecieron las cajas del Tesoro, gracias á las confiscaciones, y que el territorio campanio se convirtió en una fuente inagotable de riqueza pública; pero ¿qué importan los acrecentamientos del dominio comun, cuando son la ruina de las poblaciones, y traen consigo tanta miseria como bien ha-

Sed iste est ager profecto...

Malos in quem omnis publice mitti decet...

Hospitium et calamitatis...

Plaut; *Trinumus*, 2, 4, 141. etc.—(Véase tambien Rudens 3, 2, 17.)

bian hecho en otro tiempo las distribuciones de los terrenos públicos? Una infinidad de ciudades florecientes (lo ménos 400) quedaron destruidas y desiertas, disipados los capitales reunidos á costa de tantas fatigas, desmoralizados los hombres por la vida de los campos, perdidas, así en las ciudades como en las campiñas, todas las sanas tradiciones de las costumbres...

Hé aquí el cuadro que presentan á nuestros ojos desde Roma hasta la aldea más insignificante. Los esclavos y la gente arruinada se reunian en cuadrillas para el robo y el pillaje. ¿Se quiere una prueba de estos peligrosos excesos? Solo en el año 569 (185 antes de J. C.), y nada más que en la Apulia, cayeron en poder de la justicia 7.000 ladrones: los inmensos baldíos, abandonados á pastores esclavos semi-salvajes, favorecian en gran manera estas irremediables devastaciones: por último, la agricultura italiana fué tambien amenazada en su porvenir por un ejemplo funesto, que se produjo por primera vez en Italia durante esta guerra: el pueblo romano supo que, en lugar de los cereales sembrados y cogidos por sus manos, podia en adelante ir á sacarlos de los graneros de Sicilia y de Egipto.

Sea como quiera, todo soldado romano, á quien los dioses le habian concedido que sobreviviese á estas guerras gigantescas, podia mostrarse orgulloso del pasado, y mirar con confianza el porvenir. Si se habian cometido faltas, tambien se habian soportado con valor los males; y entonces que la juventud en masa habia tenido empuñadas las armas por espacio de diez años, el pueblo romano tenia en verdad derecho á que se le perdonasen muchas cosas. La antigüedad no conoció jamás la práctica de esas relaciones pacíficas y amistosas de nacion á nacion, que median hasta en las quejas recíprocas, y que parecen son en nuestros dias el

fin principal del progreso civilizador. Entonces, nada de términos medios: era necesario ser, el martillo, ó el yunque. En la lucha entre los pueblos vencedores, los Romanos consiguieron la victoria. ¿Sabrán sacar partido de ella? Unir más fuertemente los Latinos á la República; latinizar poco á poco toda la Italia; gobernar los pueblos conquistados, utilizándolos como súbditos, y no esclavizándolos ni agobiándolos; reformar sus instituciones; fortificar y aumentar las clases medias debilitadas... Tales eran las temibles cuestiones que Roma podía y debia hacer mucho. ¿Sabrá resolverlas? Si así es, puede contar con una era de prosperidad, en que ayudándole á ello las más felices circunstancias, se fundará el bienestar de todos en el esfuerzo de cada uno; en que la supremacía de la República se extenderá sin oposicion sobre todo el universo civilizado, en donde todos los ciudadanos tendrán la noble conciencia del vasto sistema político de que serán partes integrantes, y verán delante de sí un fin digno ofrecido á todos los hombres firmes y una larga carrera abierta á todos los talentos. Pero ¡cuán diferente será el porvenir, si Roma no responde á lo que está llamada! No importa. En este momento callaban la voz de la tristeza y de los cuidados. De todas partes volvian á sus casas los soldados victoriosos: las festividades en accion de gracias, los juegos públicos ó las larguezas al ejército y al pueblo era lo que estaba entonces á la órden del dia: los cautivos libertados volvian de la Galia, del Africa y de la Grecia, y el jóven general, llevando la pompa de su triunfo por todas las calles de Roma, ricamente adornadas, fué al Capitolio á depositar las palmas de la victoria en el templo del Dios, «su íntimo confidente, y su auxiliar poderoso en el consejo y en los hechos» decian por lo bajo los más crédulos!

CAPÍTULO VII.

EL OCCIDENTE DESDE LA PAZ CON ANNÍBAL, HASTA EL FIN DEL TERCER PERÍODO.—Sumision de la region del Pó. Guerras con los Galos.—Medidas tomadas contra las incursiones de los Transalpinos.—Colonizacion de la Cisalpina.—Los Ligurios.—Córcega y Cerdeña.—Cartago.—Anníbal. Reformas en la constitucion de Cartago. Huida de Anníbal. Irritacion continua de los Romanos contra Cartago.—Los Numidas. Masinisa. Acrecentamiento y civilizacion de los Numidas.—España. Su civilizacion. Guerras entre los Romanos y los Españoles.—Ejército permanente de ocupacion. Marco Catón.—Tiberio Graco. Administracion de España.

Sumision de la region del Pó. Guerras con los Galos.—Las guerras de Anníbal habian interrumpido la obra de la extension de las fronteras romanas hasta los Alpes, ó como se decia ya, hasta la frontera de Italia, así como tambien la obra de organizacion y de colonizacion de la Galia cisalpina. No hay para qué decir que la República volvia ahora á tomar las cosas en el punto en que se habia visto obligada á dejarlas. Los Galos eran los primeros que lo sabian. Desde que se hizo la paz con Cartago (año 553) habia vuelto á comenzar la lucha en el territorio más inmediato, en el de los Boios. Estos consiguieron una primera victoria sobre las milicias romanas formadas recientemente y con gran rapidez. Obedeciendo á los consejos de Amílcar, oficial cartaginés del ejército de Magon, y que ha-

bia permanecido en la Italia del Norte, despues de la partida de éste, se levantaron los Galos en masa, en el año 554 (200 antes de J. C.). Los Romanos tuvieron que luchar, no solo contra los Boios y los Insubrios, inmediatamente expuestos á sus armas, sino tambien contra los Ligurios, sobreexcitados por la aproximacion del peligro comun: por último, la juventud cenomana, sublevada ahora contra el acuerdo de sus más prudentes jefes, respondió al grito de los pueblos germanos. De las dos barreras que cerraban el paso á las invasiones de los Galos, la de Plasencia y de Cremona, la primera sucumbió y perecieron todos sus habitantes, á excepcion de unos 2.000, y la segunda fué cercada. Las legiones acudieron allí donde aún podia salvarse algo. Dióse una gran batalla al pié de los muros de Cremona, en la que la destreza militar del general cartaginés no pudo suplir la inferioridad de sus soldados: los Galos no pudieron resistir el choque de las legiones, y Amílcar quedó entre los muertos que cubrian el campo de batalla. La guerra se prolongó sin embargo, y el ejército victorioso en Cremona sufrió al año siguiente una sangrienta derrota por los Insubrios, debida principalmente al descuido de su jefe; hasta el año 556 no se pudo restablecer, y esto con gran trabajo, la colonia de Plasencia. Mas para esta lucha desesperada era necesario estar unidos; la desunion debilitó la liga de los Galos. Boios é Insubrios se querellaron, y no contentos con retirarse de la alianza nacional, compraron los Cenomanos un vergonzoso perdon, vendiendo á sus hermanos. En una batalla empeñada en las orillas del Mincio por los Insubrios, hicieron defeccion los atacaron por la espalda y ayudaron á exterminarlos. Humillados y solos frente al enemigo, y habiéndose éste apoderado de Como, hicieron los Insubrios la

paz en el año 558 (196 antes de J. C.). Los Cenomanos é Insubrios sufrieron más duras condiciones que las impuestas ordinariamente á los aliados Italianos. Roma no olvidó fijar y reforzar la separacion legal entre Galos é Italianos. Estipulóse que ninguno de ambos pueblos celtas podria adquirir el derecho de ciudad. Dejose además á los traspadanos su existencia y sus instituciones nacionales: continuaron viviendo organizados, no en ciudades, sino en tribus esparcidas: parece que no se les exigió ningun impuesto periódico, y tuvieron la mision de servir como de arrabales á los establecimientos de los Romanos en la ribera cispadana, y rechazar de la frontera itálica las hordas procedentes del Norte ó las cuadrillas de ladrones acantonados en los Alpes, y que se arrojaban á cada instante sobre estas fértiles regiones. Su latinizacion fué muy rápida: no estaba en la índole de la raza gala el resistir largo tiempo como habian hecho los Sabelios y los Etruscos. El famoso poeta cómico *Stattius Cecilius*, muerto en el año 586 (158 antes de J. C.), era un Insubrio emancipado; y Polibio, que visitó la Galia Cisalpina á fines del siglo VI, afirma, aunque con exageracion quizá, que no quedaba nada más que un corto número de aldeas celtas ocultas al pié de los estribos de los Alpes. Los Venetos parece que defendieron por más tiempo su nacionalidad.

Medidas tomadas contra las incursiones de los Transalpinos.—Pero la atencion de los Romanos se dirigió principalmente, como puede comprenderse, sobre los medios de impedir las incursiones de los Galos transalpinos, y hacer una barrera política de esa barrera natural que separa la Península del resto del continente. Ya se habia abierto paso entre los cantones vecinos de aquende los Alpes el miedo al nombre romano. ¿Cómo explicar si no la paralización de estos Ga

los que veían impasibles que destruían ó esclavizaban á sus hermanos Cisalpinos? Muy al contrario, los pueblos establecidos al Norte de la cordillera, desde los *Helvecios* (entre el lago Lemán y el Mein), hasta los *Carnios* ó *Tauriscos* (*Carintia* y *Estiria*), desaprobaron oficialmente, en sus respuestas á los enviados de Roma que les presentaban las quejas de la República, la tentativa de algunas tribus celtas que se habían atrevido á pasar la montaña para establecerse pacíficamente en la Italia del Norte; y estos mismos emigrantes, después de haber pedido humildemente al Senado que les asignase tierras, obedecieron dóciles la orden dura que les obligaba á repasar los montes (de 568 á 575), y dejaron arrasar la ciudad que habían ya fundado en las inmediaciones de *Aquilea*; el Senado no hace excepción en su regla de prudencia. En adelante permanecieron cerradas á los Celtas las puertas de los Alpes y se castigó con terribles penas á aquel de entre los súbditos cisalpinos de Roma que intentasen llamar á Italia bandas emigrantes. Una tentativa de este género, cuyo teatro se coloca en el extremo superior del mar Adriático, en una region hasta entonces desconocida: quizá también el designio, formado por Filipo de Macedonia, de penetrar en Italia por la ruta del Nor-Este, como Anníbal lo había verificado poco antes por la de Nor-Oeste fué la causa de que se fundara, en estos parages, la colonia italiana más septentrional (de 571 á 573). No solo servirá Aquilea para cerrar el paso al enemigo, sino que garantizará también la navegacion en este golfo y ayudará, al mismo tiempo, á impedir las incursiones de los piratas, que aún aparecían en él algunas veces. La colonizacion de Aquilea hizo que estallara la guerra con la Istria (de 576 á 577), guerra que terminó pronto por la toma de algunos cas-

tillos del Rey *Aépulo*, y que no ofrece ningun incidente notable, á no ser el terror pánico que se apoderó de la escuadra á la nueva de la sorpresa del campamento romano por un puñado de Bárbaros; una especie de escalofrío hizo que se estremeciese toda la Península.

Colonizacion de la Cisalpina.—De otro modo procedieron los Romanos en la Galia cispadana. El Senado habia tomado la firme resolucion de incorporar el país á la Italia romana. Atacados los Boios en su propia existencia, se defendieron con la tenacidad de la desesperacion. Pasaron el rio é intentaron sublevar á los Insubrios, bloquearon al cónsul en su campamento, y faltó poco para que lo destruyeran. Plasencia se defendió con gran trabajo contra sus furiosos ataques. Dióse por fin el último combate cerca de *Mutina*, combate largo y sangriento, pero en el que triunfaron los Romanos (561). En adelante la lucha no es ya una guerra, sino una verdadera cacería de esclavos, y no hubo en el territorio boio más lugar seguro para el hombre libre que el campamento de los legionarios, en el que se refugiaron las personas notables que habian sobrevivido; y el vencedor pudo decir, sin envanecerse mucho, que de la nacion de los Boios no quedaban más que unos cuantos niños y ancianos. Este pueblo se resignó con su suerte. Los Romanos le exigieron la mitad de su territorio. No era posible que se negase, y hasta de los estrechos limites que les fueron asignados desaparecieron confundiéndose con el pueblo vencedor (1)

(1) Segun Estrabon, rechazados los Boios de Italia al otro lado de los Alpes, fueron á establecerse en las llanuras de la actual Hungría, entre los lagos de *Neusiedel* y de *Valaton* (*Volcae paludes*); atacados despues, en tiempo de Augusto, por los *Getas* del otro lado del Danubio, fueron completamente destruidos, y su última pátria debió conservar despues de ellos el nombre de *Desierto Boio* (*deserta Boiorum*). Este rela-

Una vez arrasada la Cisalpina, reinstalaron los Romanos las fortalezas de Plasencia y de Cremona, cuyos habitantes habian sido destruidos ó dispersados en los últimos años de guerra. Enviáronse nuevos colonos al antiguo territorio de los Senones y á las regiones inmediatas. Roma fundó además á *Potentia* (cerca de *Recanati*, no lejos de Ancona); á *Pisaurum* (*Pesaro*), y más lejos, en el país boio recientemente adquirido, las plazas fuertes de *Bononia* (en 565); de *Mutina* (en 571), y de *Parma* (571). Ya antes de las guerras de Anníbal se habia comenzado á colonizar á Mutina, cuya organizacion definitiva fué impedida por la guerra. Construyéronse, como de costumbre, grandes vías militares para enlazar unas con otras todas las ciudadelas. Continuóse la vía *Flaminia* desde Ariminum, que era su límite septentrional, hasta Plasencia, y cuya prolon-

to concuerda mal con el más auténtico de los *Anales romanos*. Según éstos, se contentó Roma con confiscar la mitad del territorio de los Boios al Sur del Pó. Para explicar la pronta desaparicion de este pueblo, no es necesario echar mano de una expulsion violenta, pues las demás razas célticas, que sufrieron ménos los efectos de la guerra y de la colonizacion, desaparecieron, tan pronto y completamente como aquellos, de la lista de las naciones itálicas. Hay otros documentos que refieren el origen de los Boios del lago Valaton, á la raza madre de este pueblo, implantada tiempo há en Baviera y en Bohemia, y empujada más tarde hácia el Sur por la invasion de las tribus germánicas. Agréguese á esto que es dudoso que todos los Boios que se encuentran en las inmediaciones de Bordeaux, en el Pó y en Bohemia, hayan pertenecido nunca á una misma raza que se hubiera tiempo há dispersado. Tal vez no hay más que una semejanza de nombre. En tal hipótesis, el relato de Estrabon se fundaría únicamente en esta concordancia fortuita; y deduciría el hecho de sus orígenes sin profundizar más. Los antiguos obraban con frecuencia de este modo: testigos las tradiciones sobre los *Cimbrios*, los *Vénetos* y tantos otros.

gacion tomó el nombre de vía *Emiliana* (567). La calzada *Casiana*, que iba desde Roma á Arretium, y que hacia tiempo existia con el nombre de vía municipal de comunicacion, fué continuada y reconstruida por la metrópoli (probablemente en el año 583). Mas desde el año 567 habia cruzado ya el Apenino desde Arretium á Bononia, en donde se enlazaba con la vía Emiliana, recorriendo directamente la distancia entre Roma y las ciudades de la region del Pó. El efecto de todos estos trabajos fué la supresion de la frontera del Apenino entre el territorio de la Confederacion italiana y el de los Galos, viniendo á ser ahora el Pó la frontera verdadera. Al lado de acá domina en adelante el sistema de los municipios itálicos; al lado de allá comienzan los cantones célticos: el nombre de territorio galo (*Ager Gallicus*), que conservó la region entre los Apeninos y el Pó, no tuvo en adelante ninguna significacion política.

Los Ligurios.—El mismo comportamiento observó Roma respecto del escabroso país del Nor-Oeste, cuyos valles y montañas estaban habitados por los esparcidos y aislados pueblos ligurios. Todo lo que tocaba á la orilla Norte del Arno fué aniquilado. Tan triste suerte cupo á los *Apuanos* en particular. Sitiados en el Apenino entre el Arno y el *Magra*, talaban y saqueaban constantemente, ora el territorio de Pisa, ora el de Mutina y Bononia. Aquellos á quienes perdonó el acero fueron trasladados á la Baja Italia, á las inmediaciones de Benevento (año 574). Mediante estas enérgicas medidas, fue exterminada ó encerrada en los montes entre el Arno y el Pó toda la poblacion de los Ligurios, con la que todavia en 578 (176 antes de J. C.) tuvo que luchar Roma para reconquistar la colonia de Mutina, de la que se habian aquellos apoderado. La fortaleza de

Luna, construida sobre el antiguo territorio de los Apuanos (cerca de *Spezzia*), defendió por este lado la frontera, como en otra parte la defendia Aquilea contra los Transalpinos. Roma tuvo en ella un magnifico puerto, que fué el punto de escala ordinario para los buques que iban á Masalia ó á España. Tambien debe referirse á estos tiempos la construccion de la via Aureliana, que iba de Roma á Luna, á lo largo de la costa, y de la transversal, que poniendo en comunicacion las vias Aureliana y Casiana, conducia de *Luca* á *Arretium*, por *Florenzia*. Con las tribus más occidentales establecidas en el Apenino genovés y en los Alpes marítimos, continuaron sin tregua los combates. Eran los habitantes de esta region vecinos incómodos, dedicados por mar á la piratería, y por tierra al saqueo y al pillaje. Los Pisanos y Masaliotas sufrían diariamente incursiones de estas hordas ó ataques de sus piratas. Perseguidos sin descanso, no se dieron nunca por vencidos, y quizá Roma tuviese interés en exterminarlos. A la vez que la vía por mar, interesábale, sin duda, tener abierta una comunicacion terrestre con la Galia transalpina y con España; así es que se esforzó en tener espedita, al ménos hasta los Alpes, la gran vía que iba desde *Luna* hasta *Ampurias*, pasando por Marsella, pero limitábase á esto. Al otro lado de los Alpes, se encargaban los Masaliotas de vigilar la costa para seguridad de los viajeros por tierra, y el golfo para la de los buques romanos. Pero el macizo del interior, con sus infranqueables valles y sus rocas, verdaderos nidos de ladrones, con sus habitantes pobres, hábiles y astutos, fué una escuela en que se endurecian y formaban los soldados y oficiales del ejército de la República.

Córcega y Cerdeña. — Guerras muy semejantes á las citadas ensangrentaron el suelo de Córcega y más

aún el de Cerdeña, en donde, arrojándose los insulares sobre los establecimientos de la costa, tomaban, con frecuencia, venganza de las algaradas que los Romanos efectuaban en el interior.

La historia ha conservado el recuerdo de la expedición de *Tiberio Graco* contra los Sardos (en 577), no tanto por haberlos «pacificado,» como porque se vanagloriaba de haber matado 80.000 hombres y haber enviado á Roma tan gran número de esclavos que se hizo una frase proverbial la de «*A vil precio como un Sardo!*»

Cartago.—En África se mostró la política romana estrecha en sus miras y falta de generosidad. No guiándola otro pensamiento que el de impedir la resurrección de Cartago, tiene á la desgraciada ciudad en una presión perpétua y constantemente suspendida sobre su cabeza la declaración de guerra cual una espada de Damocles. Véase en primer lugar el tratado de paz del año 531 (201 antes de J. C). Si bien deja á los Cartagineses su antiguo territorio, garantiza también á Masinisa, su temible vecino, todas las posesiones que le pertenecían á él ó á sus antepasados, aun dentro de los límites del territorio cartaginés. ¿No parece escrita semejante cláusula con el fin de crear obstáculos y dificultades mas bien que con el de allanarlos? Lo mismo puede decirse de esta otra condición impuesta á los Fenicios, de no hacer jamás la guerra á los aliados de Roma, de tal suerte que, según la letra del tratado, no tenían derecho á rechazar al Numida, cuando invadiese su territorio. Enredados en estas péfidas cláusulas, con sus fronteras siempre inciertas y siempre en cuestión; colocados entre un vecino poderoso, á quien nada detenía, y un vencedor juez y parte á la vez en todo litigio, fué mala desde un principio la situación

de los Cartagineses, pero, en la práctica, resultó ser mucho peor de lo que se había creído. En el año 561, les atacó Masinisa fundándose en frívolos pretextos. La region más rica de su imperio, el país de los *Mercados* en la *pequeña Sirtes (Bizancena)*, fué en parte saqueado y en parte ocupado por los Numidas. Despues, continuando diariamente las usurpaciones, se apoderaron de toda la campiña, manteniéndose á duras penas los Cartagineses en sus poblaciones más importantes. «Solo en estos dos últimos años, decian á los Romanos en 582, se nos han arrebatado 70 pueblos!» Envian á Italia embajada tras embajada: conjuran al Senado para que les permita defenderse con las armas, ó que envíe allí un plenipotenciario, en fin, que les señale fronteras para que sepan de una vez para siempre lo que les cuesta la paz, ó que se les declare súbditos de Roma antes que entregarlos de este modo á los Libios! Pero el Gobierno romano que, desde el año 554 (200 antes de J. C.), había dejado vislumbrar á su cliente Numida la perspectiva de un aumento de territorio á expensas naturalmente de Cartago, no veía mal que éste fuese apoderándose de la presa prometida. Tuvo sin embargo que refrenar una ó dos veces la avidez excesiva de los Libios, encarnizados ahora en tomar plena venganza de sus pasados sufrimientos. En realidad, esta había sido la única mira que Roma se había llevado al colocar á Masinisa como vecino de Cartago. Ninguna eficacia produjeron las quejas ni las súplicas. Unas veces, los comisionados que Roma había mandado á África, se volvían sin pronunciar sentencia, despues de largas averiguaciones sobre los hechos; otras, cuando el proceso se seguía en Roma, protestaban los enviados de Masinisa falta de instrucciones y se aplazaba la cuestion. Necesitaban los Cartagineses una paciencia ver-

daderamente fenicia para poder resignarse á una situacion insufrible, y para mostrarse además dispuestos á prestar todo género de servicios, obedientes hasta la exageracion, y siempre dóciles hácia aquellos señores tan duros, cuyos desdeñosos favores solicitaban mediante grandes remesas de trigo.

Annibal. Reforma de la constitucion de Cartago. Huida de Annibal. Continúa en Roma la irritacion contra Cartago.—Sin embargo, no todo era paciencia y resignacion en esta actitud de los vencidos. Aún no habia muerto el partido de los patriotas. Aún tenia á su cabeza al héroe que, en cualquier parte que estuviese, era temible para los Romanos. Este partido no habia renunciado á aprovecharse de las complicaciones próximas y fáciles de prever entre Roma y los imperios del Oriente. Tal vez entonces sería posible volver á comenzar la lucha. Los altos designios de Amílcar y de sus hijos habian fracasado principalmente por las faltas cometidas por la oligarquía cartaginesa. Era pues necesario, ante la eventualidad de futuros combates, reformar sus instituciones. Verificóse, pues, la reforma política y financiera de Cartago, bajo la presion de la necesidad, que indicaba cuál era el mejor camino, y bajo las ideas sabias y grandes de Annibal, y de su maravilloso imperio sobre los hombres. Los oligarcas habian colmado la medida de sus criminales locuras, comenzando contra el gran capitán una instruccion en forma, «por no haber querido tomar á Roma por asalto, y por haberse apoderado fraudulentamente del botín reunido en Italia.» Aquella faccion corrompida fue abatida y dispersada por una mocion que presentó el mismo Annibal. En su lugar estableció un régimen democrático, más apropiado á las necesidades del pueblo (antes del año 559). Hízose que ingresasen

en las arcas del Tesoro los atrasos y las sumas extraídas; se organizó una comprobación ordenada, y, una vez regularizadas, no tardaron las rentas en permitir que se pagase la contribución de guerra debida á Roma, sin recargos ni impuestos adicionales. Roma, que estaba á punto de emprender la lucha con el gran Rey, veía con inquietud estos progresos; y no era un puro efecto del miedo, el temor y la previsión de un desembarco de un ejército en Italia y que se encendiese de nuevo la guerra dirigida por Anníbal, mientras que las legiones estuviesen ocupadas en Asia Menor. Sería injusto considerar como un gran crimen el que los Romanos mandasen embajadores á Cartago, encargados de pedir que entregasen á Anníbal á Roma (año 559). Es verdad que se experimenta un profundo desprecio hácia aquellos miserables y rencorosos oligarcas que escribían á los enemigos de su patria denunciándoles todas las inteligencias secretas del grande hombre con las potencias hostiles á Roma. Pero todo induce á creer que la acusación era fundada. La misión de los enviados romanos llevaba consigo la confesión vergonzosa de los terrores de la poderosa República. Temblaba materialmente ante un simple *suffeta* de Cartago! Consecuente consigo mismo, y generoso hasta el fin, el altivo vencedor de Zama combatió esta medida en pleno Senado; pero semejante confesión en boca de los Romanos, era después de todo la verdad desnuda. Roma no podía tolerar á la cabeza del gobierno de Cartago al Barca con su genio extraordinario. No estaba allí en voga la política del sentimiento. En cuanto á Anníbal, no le extrañó la resolución de Roma ni el peso que ésta echaba sobre su nombre. Como él solo era el que había hecho la guerra á los Romanos, solo él, y no Cartago, debía sufrir la suerte del vencido. Los Cartagineses se

humillaron, y dieron gracias al cielo, cuando el héroe, siempre prudente y rápido en sus decisiones, huyó á refugiarse en Oriente, evitándoles que cometiesen una iniquidad, y que recayese sobre ellos una gran ignominia, por más que hicieron para cometerla cuanto estuvo á su alcance. Desterraron para siempre al más grande de sus conciudadanos, confiscaron sus bienes y arrasaron su casa. Así vino á cumplirse en la persona de Annibal esta profunda máxima: «cuentáanse entre los favoritos de los dioses aquellos á quienes éstos colman la medida de las alegrías y de los pesares.»

Su partida, y esta fué la nueva injusticia de Roma, no alteró en lo mas mínimo la conducta de ésta. Mostróse ahora mas dura, suspicaz y vejatoria que nunca, con la ciudad infortunada. En ésta se agitaban constantemente las facciones; pero una vez alejado el hombre eminente que habia casi cambiado la marcha del mundo político, la faccion de los patriotas no tenia en Cartago mas importancia que la de los patriotas en Etolia ó en la Acaya. Entre los agitadores, habia algunos que, con gran prudencia y acierto en sus cálculos, hubieran querido reconciliarse con Masinisa, y hacer de su opresor del momento el salvador de los Fenicios. Pero ni el partido nacional, ni el partido libio de la faccion patriota, pudieron apoderarse del gobierno, que continuó en manos de los oligarcas filo-romanos. Estos, sin renunciar en absoluto al porvenir, se empeñaban en no buscar, en el presente, la salvacion y la libertad interior de Cartago nada más que en el protectorado de la República. Parece que esto debia ser bastante para tranquilizar á Roma. Sin embargo, ni las masas, ni los gobernantes, por lo ménos los que entre éstos tenian sentimientos mas mezquinos, podian dominar sus temores. Por otra parte, los mercaderes ro-

manos envidiaban siempre á aquella ciudad, que no perdía su vasta clientela comercial á pesar de su decadencia política, y continuaba siendo poderosa por sus riquezas y sus inagotables recursos. En el año 567 ofreció el Gobierno cartaginés el pago íntegro y anticipado de las anualidades de la tasa de guerra estipulada por el tratado del año 553. Pero Roma, cuyo objeto era tener á Cartago como tributaria más bien que capitalizar su crédito, se negó á ello, confirmando una vez más que, á pesar de todos sus esfuerzos y de todos los medios empleados, Cartago no estaba arruinada en manera alguna, y que era imposible arruinarla. Estos rumores fueron tomando cuerpo: propalábase que los pérfidos Fenicios se entregaban á secretos manejos. Ya se decía que habian visto en Cartago un emisario de Anníbal, *Ariston de Tiro*, que habia venido expresamente á anunciar al pueblo la próxima llegada de una escuadra asiática (561): ya que, reunido el Senado en el templo del Esculapio Cartaginés, habia recibido en audiencia secreta á los embajadores de Perseo (581): en otra ocasion no se hablaba en Roma nada más que de una gran escuadra armada en Cartago por orden del Rey de Macedonia (583). En realidad no habria nada de cierto en estos rumores, á no ser los fantasmas forjados en la imaginacion de muchos visionarios; ¿pero qué importa si eran la señal de nuevas exigencias de la diplomacia romana y de nuevas incursiones por parte de Masinisa? Cuanto ménos admisible más se arraigaba en los espíritus la conviccion de que era absolutamente necesaria una tercera guerra púnica para desembarazar á Roma de su rival.

Los Numidas. Masinisa. Progreso de la civilizacion de los Numidas. — Pero mientras que el poder de los Fenicios disminuye en su pátria electiva, como ha-

bia caído ya en su patria originaria, crecía á su lado un nuevo Estado. Desde los tiempos más remotos hasta nuestro días, ha sido habitada la costa setentrional de África por un pueblo que en su lengua se denomina *Schilah* ó *Tamazigt*, y que los Griegos y los Romanos han designado con el nombre de *Nómadas* ó *Numidas*, «pueblo pastor.» Los Árabes lo designan bajo el nombre de *Berberes*, que denominan también *Schavi* (*Pastores*), y al que nosotros denominamos *Kabilas*. A juzgar por su idioma, no se enlaza este pueblo con ninguna otra raza conocida. En la época de las prosperidades de Cartago, si se exceptúan, sin embargo, aquellos que vivían en los alrededores de la ciudad ó que estaban establecidos á lo largo de la costa, los Numidas habían sabido mantenerse independientes. Pero, aun obstinándose en su vida pastoral, como hacen los actuales habitantes del Atlas, habían recibido el alfabeto y los rudimentos de la civilización fenicia (p. 20), y sus *Scheiks* mandaban frecuentemente sus hijos para que se educasen en Cartago, y se emparentaban con los Cartagineses mediante matrimonios. Como no entraba en los cálculos de la política romana poseer dominios ni fundar establecimientos en el África propia, prefirió favorecer en ella el desarrollo de una nación poco considerable para no necesitar la protección, pero bastante fuerte para oprimir á Cartago, reducida á su territorio africano. Los príncipes indígenas suministraban el medio apetecido. En tiempo de la guerra de Aníbal obedecían los pueblos del Norte de África á tres grandes jefes ó Reyes, arrastrando en pos de sí una multitud de príncipes feudatarios, según la costumbre del país. Era el primero el Rey moro *Bocchar*. Sus Estados se extendían desde el océano Atlántico hasta el río *Molochath* (hoy *Oued-*

Milvia, en la frontera marroquí de la Argelia). Después de éste, venia Sifax, Rey de los *Masaesilios*, señor del país situado entre el Molochat y el cabo Perse (*Tritum Promontorium*, hoy cabo *Bujarum*), que se extendia, como vemos, sobre las actuales provincias de *Orán* y *Argel*. El tercero, en fin, era Masinisa, Rey de los Masiles, cuyo territorio se extendia desde el cabo antes citado hasta la frontera de Cartago (*provincia de Constantina*). El más poderoso, Sifax, Rey de *Siga* (cerca de la desembocadura del *Tafna*), habia sido vencido durante la última guerra púnica. Conducido á Italia como cautivo, murió en la prision, y la mayor parte de sus extensos dominios pasaron á poder de Masinisa. En vano *Vermina*, su hijo, que á fuerza de humildes súplicas habia obtenido de los Romanos la restitucion de una parte de los Estados de su padre (554), intentó quitar al aliado más antiguo y preferido de la República el título lucrativo de ejecutor de los altos hechos contra Cartago; no habia podido adelantar nada. Masinisa, pues, fué el verdadero fundador del reino de los Numidas. Fuese eleccion ó casualidad, nunca se habia encontrado un hombre más á propósito que él para lo que necesitaba esta situacion. Sano y de cuerpo robusto hasta en la vejez; sóbrio y tranquilo como un árabe, soportando sin trabajo las más duras fatigas, expiando, como aquel, inmóvil en el mismo lugar desde por la mañana hasta la noche, ó cabalgando veinticuatro horas seguidas; experimentado como soldado y como general en las vicisitudes y aventuras de su juventud, y en los campos de batalla de España; poseyendo á fondo el arte más difícil de imponer la ley en su numerosa familia, y conservar el orden en sus Estados; dispuesto igualmente para arrojarse, sin reparo alguno, á los piés de un protector

más poderoso, como á hollar sin piedad el cuerpo de un enemigo débil; conociendo además perfectamente la situacion de Cartago, en donde se habia educado y habia frecuentado las casas más notables; animado, en fin, por un ódio completamente africano, contra sus antiguos opresores, este hombre notable fué el alma del movimiento de su pueblo en su camino de trasformacion: era una verdadera encarnacion de los vicios y de las virtudes de su raza. Secundóle en todo la fortuna, y le dejó tiempo para realizar su obra. Murió á los 90 años de edad (de 516 á 605) y á los sesenta de su reinado, conservando hasta el fin sus fuerzas físicas é intelectuales, dejando un hijo de un año y la fama del hombre más vigoroso, y del Rey mejor y más feliz de su siglo. Ya hemos hecho notar la parcialidad calculada de los Romanos en la conducta de su política en África, y de qué modo, poniendo Masinisa decididamente su buena voluntad al servicio de sus propios intereses, extendia sin cesar su reino á expensas de Cartago. Toda la region del interior, hasta los limites del desierto, se sometió espontáneamente á su cetro: sometiósele tambien el valle superior del Bagra das con la ciudad de *Vaga*; extendió sus conquistas hasta la costa del Este de Cartago y se apoderó de la *Gran Leptis*, antigua colonia de *Sidon (Lebedah)*, y países circunvecinos. Su reino se extendia desde la frontera mauritana á la de la *Cirenaica*, rodeando por todas partes el reducido territorio de Cartago; los Fenicios estaban como ahogados por él. No hay duda que aspiraba á que Cartago fuese su futura capital: buena prueba de ello es el partido libio que hemos visto ya formado en la ciudad fenicia. Pero no era solo por la pérdida de su territorio por lo que Cartago habia sufrido. A instigacion de Masinisa se habian transforma-

do por completo los pastores de la Libia; imitando el ejemplo de su príncipe, que extendió por todas partes la agricultura, y dejó inmensos dominios á sus hijos, se fijaron los Numidas en el suelo, y emprendieron tambien el cultivo de los campos. Al mismo tiempo que hacia de sus nómadas ciudadanos, cambiaba sus hordas de bandoleros en batallones de soldados dignos de combatir, en adelante, al lado de las legiones romanas, y á su muerte legó á su sucesor un tesoro repleto, un ejército disciplinado y hasta una escuadra. Cirta (*Constantina*), su residencia real, se habia convertido en la capital floreciente de un Estado poderoso, y en uno de los grandes centros de la civilizacion fenicia, que el Rey se dedicaba á propagar con la intencion de fundar el imperio numida-cartaginés que soñaba su ambicion. Los Libios, oprimidos antes de él, se elevaban á sus propios ojos; la lengua y las costumbres nacionales reconquistaron su terreno en las antiguas ciudades fenicias, y hasta en la gran Leptis. El simple Berberisco se sintió, en un principio, igual al Fenicio, y luego su superior, bajo la égida de la República: los enviados de Cartago oyeron decir un dia en Roma, que ellos eran los extranjeros, porque el país pertenecia á los Libios. Por último, la civilizacion libio-fenicia se hallaba viva y poderosa en el Norte de África, aun en tiempo de los Emperadores romanos; pero era seguramente debida ménos á Cartago que á los esfuerzos de Masinisa.

España. Su civilizacion.—En España las ciudades griegas y fenicias de la costa, Ampurias, Sagunto, Cartagena, Málaga y Gades se sometieron tanto más voluntariamente á la dominacion romana cuanto que, abandonadas á sí mismas, no podian defenderse contra los indígenas. Por la misma razon se unió Masalia, por más que fuese más grande y fuerte, y se unió sin vaci-

lar y estrechamente á la República. Sirviendo constantemente de punto de escala entre Italiay España, tenia en Roma una poderosa protectora. Pero los indígenas de España dieron que hacer á los Romanos de una manera increíble. No hay duda que habia en el interior del país algunos elementos de civilizacion propia, y cuyo cuadro no seria fácil trazar por completo. Hallamos entre los Iberos una escritura nacional muy extendida, que se divide en dos ramas principales: una entre el Ebro y los Pirineos, y la otra en Andalucía. Ambas se subdividia en una porcion de ramales, y se remontaban hasta tiempos muy antiguos, aproximándose más al antiguo alfabeto griego que al de los Fenicios.

Cuéntase que los *Turdetanos* (*Sevilla*) poseian cantos antiguos, un código de leyes versificadas, que contenia 6.000 versos, y hasta sus anales históricos. Este pueblo era uno de los más adelantados, y de los menos belicosos, pues, no hacia la guerra nada más que con soldados mercenarios. A la misma region son aplicables los relatos de Polibio, cuando, hablando del estado floreciente de la agricultura y de la cria de ganado entre los españoles, refiere que por falta de salida se vendia el trigo y la carne á un precio ínfimo, y enumera las magnificencias de los palacios de los Reyes, con sus vasos de oro y de plata, llenos de «vino de cebada.» Una parte de España, por lo ménos, se asimiló rapidamente los usos y la civilizacion romana, y hasta se latinizó antes que las demás provincias transmarítimas. Los baños calientes, por ejemplo, estaban ya en uso entre los indígenaslo mismo que entre los Italianos. Esto sucedia tambien con la moneda romana; en ninguna parte, fuera de Italia, entró tan pronto en la circulacion usual, y la moneda acuñada en España la imitó y to-

mó por tipo, lo cual se explica fácilmente conociendo las riquísimas minas de la Península. *La plata de Osca (Huesca)*, ó el *dinero español* con su inscripcion en lengua ibera, es mencionado ya en el año 559, y su acuñacion no habia podido en efecto comenzar más tarde, puesto que es una copia exacta del antiguo *dinero romano*. Pero si bien es verdad que los indígenas habian abierto, en cierto modo, en el Sur y en el Este, un camino á la civilizazion y á la dominacion romana, y se implantaron aquí sin obstáculos, no sucedió lo mismo, ni con mucho, en el Oeste, en el Norte ni en el interior del país. Las rudas y numerosas poblaciones se mostraban aquí absolutamente refractarias á todo progreso. En *Intercacia* (no lejos de *Palencia*), en el territorio de los Vaceos y en la Tarraconense, por ejemplo, se ignoraba todavia en el año 600 el uso del oro. No se entendian entre sí, ni con los Romanos. El rasgo característico de estos Españoles libres era el espíritu caballeresco, así en los hombres como en las mujeres. Al mandar sus hijos al combate procuraba la madre despertar en ellos el entusiasmo con el relato de las hazañas de sus antepasados, y las jóvenes iban espontáneamente á ofrecer su mano al más valiente. Practicábase entre ellos el duelo, así para disputar el premio del valor guerrero, como para ventilar sus cuestiones. Los asuntos de herencia entre los Príncipes, parientes del Jefe difunto, se ventilaban tambien en esta forma.

Con frecuencia solía un guerrero ilustre salir de las filas é ir ante el enemigo á provocar, llamándolo por su nombre, á un adversario determinado: el vencido dejaba al vencedor su espada y su capa, y á veces estipulaba con él el pacto de hospitalidad. Veinte años despues de las guerras de Anníbal, la pequeña ciudad celtibera de *Complega* (hácia las fuentes del Tajo) hizo

saber al general de los Romanos que reclamaba por cada hombre muerto en la batalla un caballo y una capa, añadiendo que, si se negaba, le costaría muy caro. Exagerados en su orgullo y en su honor militar, muchos no querían sobrevivir á la vergüenza de verse desarmados. Siempre estaban dispuestos á seguir al primer reclutador que llegaba, é ir á jugarse la vida en las cuestiones entre los extranjeros: testigo el mensaje, que un Romano que los conocía muy bien, envió un día á una banda de Celtiberos que servían á sueldo con los Turdetanos: «ó volved á vuestras casas, ó pasad al servicio de Roma con doble paga, ó fijad el lugar y día para la batalla!» Si nadie venía á solicitarlos, se reunían en bandas é iban á pelear por su cuenta, talando los países en donde reinaba la paz más completa, tomando y ocupando las ciudades, absolutamente lo mismo que los bandoleros de Campania. Tal era la inseguridad y el salvajismo de las regiones del interior que, entre los Romanos, se consideraba como una pena rigurosa el ser internado hacia el Oeste de Cartagena, y que, al menor trastorno en cualquier punto del país, no se podían mover los jefes romanos en la España ulterior sin una escolta segura, que algunas veces constaba hasta de 6.000 hombres. ¿Quiérese una prueba de ello? Ampurias, en el extremo oriental de los Pirineos, formaba una doble ciudad greco-española, en la que los colonos griegos vivían, por decirlo así, pared por medio con los naturales. Instalados todos en una Península separada de la ciudad española por una fuerte muralla, colocaban todas las noches, para guardarla, una tercera parte de sus milicias cívicas, y, en su única puerta, había constantemente uno de sus primeros magistrados. Ningun Español tenía entrada allí, y los Griegos no iban á vender sus mercan-

cías á los indígenas sino con una buena escolta. (*)

(*) Parécenos que el autor ha dejado correr en este punto con alguna excesiva rapidez su generalmente docta y elegantísima pluma, apreciando la situación de la ciudad greco-española con criterio ménos favorable á la antigua poblacion ibero-celta que aquel con que juzgaba el italiano Tito Livio á los enemigos de Italia. El florido escritor paduano, quien, al desviarse de la exactitud pragmática, no solia proponerse el enaltecer á los enemigos de Roma, cualesquiera que fuesen sus declaraciones, por otra parte, contra los *fieros y belicosos Españoles*, no explica, sin duda alguna por el mero efecto del *salvajismo* ibérico, ni por condiciones ordinarias de inseguridad dimanada de dicho salvajismo, aquellas medidas de los Griegos ampurienses, antes bien puntualiza á este propósito otras causas más naturales y verídicas.

De la vigilancia en el muro de la ciudad, señala como suficiente motivo la debilidad de la poblacion griega entre los poderosos principados ó federaciones de aquella parte de la Península, indicando que en ella la precaucion era el único amparo de la debilidad, á la cual sirven de reparo las estrecheces á que la fuerza el temor, para que pueda vivir entre los más poderosos; *«disciplina erat eustos infirmitatis, quam intervalidiores.»* Por igual exceso de prudencia, refiere que no recibian á ningun Español *«neminen Hispanum recipiebant»* y que los vigilantes del muro durante la noche no se atrevian á pasar en la mañana siguiente al campo de los Españoles, sino yendo muchos reunidos; pero, ¡singularidad pasmosa! aquellos Españoles supuestos tan incultos y mal tratados, al punto de no ser recibidos por los Focenses en la parte de la dípolis en que éstos moraban, no oponian, al decir del mismo historiador, ningun estorbo para que entrasen en el recinto que les pertenecia los que llegaban á vender mercaderías de tierras extrañas ó á tratar asuntos de mútuo comercio, pagándose sobremana de que crecieran y fuesen en aumento aquellas relaciones internacionales. *«Commercio eorum (id est græcorum Ampuriensium) Hispani imprudentes maris gaudebant, mercarique et ipsa ea quæ externa navibus inveherentur et agrorum exhibere fructus volebant, hujus mutui usus desiderium, ut Hispana urbis grecis pateret, faciebat.»*

(*Histor. Rom.*, Década IV, lib. IV.)

Guerras entre los Romanos y los Españoles.—Era una tarea muy ruda la que se habian impuesto los Romanos al querer dominar y civilizar á aquellos pueblos turbulentos, amantes de los combates, fogosos ya á manera del *Aid*, y arrebatados como *Don Quijote*. Militarmente hablando, la empresa no ofrecia grandes dificultades. Es verdad que los Españoles habian mostrado, desde las murallas de sus ciudades ó en las filas del ejército de Annibal, que no eran enemigos despreciables: muchas veces hicieron huir ó destruyeron las legiones, cuando se lanzaban sobre ellas con sin igual bravura en columnas cerradas, armados de espada corta de dos filos, que los Romanos les copiaron más tarde. Si hubieran podido someterse á la disciplina, y hubiesen tenido alguna cohesion política, habrian sido bastante fuertes para rechazar victoriosamente al invasor extranjero; pero su bravura era la del guerrillero, no la del soldado propiamente dicho, y carecian por completo de sentido político. Jamás hubo entre ellos guerra ni paz, como les echará despues en cara César. En paz jamás estuvieron tranquilos; en guerra se condujeron siempre mal. Los generales de Roma dispersaban fácilmente las bandas de insurrectos que podian alcanzar; pero el hombre de Estado no sabia á qué recursos habia de apelar para poder apaciguar sus constantes sublevaciones é irlos civilizando: todos los medios empleados no eran más que paliativos, porque, en la época de que nos ocupamos, aún no se habia comenzado á emplear, fuera de Italia, el único remedio eficaz, la colonizacion latina en grande escala.

El país adquirido por Roma en el trascurso de sus guerras con Annibal, se dividia naturalmente en dos vastas regiones: el antiguo dominio de Cartago, compuesto de lo que es en la actualidad *Andalucía*, *Gra-*

nada, Murcia y Valencia, y la region del Ebro ó la actual Cataluña y Aragon. Estas dos regiones formaron más tarde los respectivos núcleos de las dos provincias, *ulterior* y *citerior*. En cuanto al interior del país (lo que hoy ocupan ambas Castillas), dábanle los Romanos el nombre de *Celtiberia*, y quisieron tambien conquistarle palmo á palmo, contentándose con tener á raya á los habitantes del Oeste, entre otros á los *Lusitanos* (*Portugal* y *Extremadura*), y rechazarlos cuando invadiesen la España romana. Quedaban los pueblos de la costa setentrional, los *Gallegos*, los *Astures* y los *Cántabros* (*Galicia, Astúrias* y *Vizcaya*), á los que dejó Roma completamente á un lado.

Ejército permanente de ocupacion. Marco Caton.— Mas para mantenerse y fortificarse en las recientes conquistas, necesitábase un ejército permanente de ocupacion: el gobernador de la España citerior debia tener á raya, entre otros, á los Celtíberos, y el de la España ulterior tenia que rechazar todos los años los ataques de los Lusitanos. Fué necesario tener constantemente en pié de guerra cuatro gruesas legiones (unos 40.000 hombres), sin contar las milicias del país sometido, que venian á unírsele y reforzarlos mediante las levadas sacadas por los Romanos: medida nueva y grave bajo una doble relacion. Empezando por primera vez en grande escala y de una manera permanente, la ocupacion de un país muy poblado, era necesario para proveer á ello prolongar el tiempo de servicio de los legionarios. Enviar tropas á España en las condiciones ordinarias, como cuando las exigencias de la guerra son puramente transitorias; no conservar los hombres en los cuadros nada más que un año, por ejemplo, como se hacia, salvo en las guerras difíciles y en las expediciones importantes, hubiera sido ir con-

tra las necesidades reales de la situación, hubiera sido dejar casi sin defensa á los funcionarios que se enviaban á gobiernos de regiones lejanas, ante las continuas insurrecciones. Retirar las legiones era cosa imposible; licenciarlas por masas era en extremo peligroso. Los Romanos comenzaron á sentir y comprender que la dominacion de un pueblo sobre otro no cuesta caro solamente al subyugado, sino tambien al que subyuga. Murmurábase muy alto en el forum contra los odiosos rigores del reclutamiento para España. Cuando los jefes se negaron, y con razon, al licenciamiento de sus legiones, despues de espirado el plazo, hubo conatos de insurreccion, y los soldados amenazaron con abandonar el ejército, á pesar de todas las prohibiciones.

En lo tocante á las operaciones de guerra, puede decirse que no tenian más que una importancia secundaria. Volvieron á comenzar despues de la partida de Escipion (pag. 218), y duraron todo el tiempo que la guerra contra Anníbal. Cuando se estipuló la paz con Cartago, se tranquilizó tambien la Península; pero no tardaron en surgir nuevos trastornos. En el año 557 (197 antes de J. C.), levantóse en ambas provincias una insurreccion general: el gobernador de la España citerior se vió muy apurado, y el de la ulterior fué completamente derrotado y muerto. Hubo que comenzar todo de nuevo. Un hábil Pretor, *Quinto Minucio*, pudo hacer frente al primer peligro; pero el Senado juzgó prudente enviar un cónsul y mandó á *Marco Caton* (año 559). A su llegada á Ampurias encontró en armas toda la provincia citerior: no le quedaban más que uno ó dos castillos en el interior y la plaza en que desembarcaba. El ejército consular presentó la batalla á los insurgentes, y despues de una lucha sangrienta

cuerpo á cuerpo, se decidió la victoria por los Romanos, gracias á su táctica y á las reservas que atacaron en el momento decisivo. Sometióse toda la España citerior, pero esta sumision no fué más que aparente, porque al primer rumor de que habia partido el cónsul para Italia, volvió á comenzar la insurreccion; mas la nueva era falsa, y Marco Caton exterminó á los sublevados, vendió en masa los cautivos como esclavos y ordenó el desarme de todos los españoles de la provincia. Mandó deruir en un mismo dia las murallas de todas las ciudades indígenas desde los Pirineos al Guadalquivir, é ignorando la universalidad de esta medida, y no teniendo tiempo de ponerse de acuerdo, obedecieron casi todas, y si algunas se resistieron, al presentarse los Romanos, no osaron afrontar los males de un asalto. Estos medios enérgicos produjeron un efecto durable. Sin embargo, no hubo año en que no se necesitase, en la provincia que se decia pacificada, reducir á la obediencia algun valle, ó destruir alguna fortaleza construida sobre cualquier roca. Las continuas incursiones de los Lusitanos en la España ulterior dieron tambien que hacer á los Romanos, que fueron muchas veces derrotados en encarnizados combates. En el año 563, por ejemplo, tuvo el ejército que abandonar su campamento despues de haber experimentado sensibles pérdidas y volver á toda prisa á un país amigo. Despues de derrotados en dos batallas, dada la una por el cónsul *Lúcio Emilio Paulo*, en el año 365, y la otra, aun más notable, en la que se señaló, al otro lado del Tajo, la bravura de otro pretor, Gayo Calpurnio, en el año 569, tuvieron que permanecer tranquilos por algun tiempo los Lusitanos.

Tiberio Graco.—La dominacion de los Romanos sobre los Celtiberos en la España citerior, nominal has-

ta entonces, se afirmó por los esfuerzos de *Quinto Fabio Flacco*, que los derrotó por completo, en el año 573, y sometió los cantones inmediatos, y sobre todo por los esfuerzos de Tiberio Graco, su sucesor (de 575 á 576). Este sometió 300 ciudades y aldeas; pero apovechándose más bien de su dulzura y de su habilidad que de la fuerza, y fundó definitivamente y de una manera durable la dominacion de Roma entre los naturales. Fué el primero que supo atraer á los notables del país á entrar en las filas de las legiones: se creó entre ellos una clientela y asignó tierras á las bandas errantes, ó las reunió en ciudades (testigo la ciudad española de *Gracurris* antes *Illurcis* (1), á la que dió su nombre romano). Era el mejor remedio para concluir con aquella especie de piratería continental! Por último arregló mediante justos y sabios tratados las relaciones entre varios pueblos y los Romanos, conteniendo así en su origen las futuras insurrecciones. Su memoria fué venerada, y á pesar de los movimientos frecuentes y parciales, hubo en la Península española una tranquilidad relativa.

Administracion de España.—Aunque muy parecida á la de Sicilia y Cerdeña, no fué la administracion de las dos provincias españolas exactamente igual á la de aquellas islas. En ambos paises se confió el poder supremo á dos procónsules, nombrados por primera vez en el año 557. En este mismo año se deslindaron las fronteras, y completó la organizacion administrativa de las dos provincias de España. La *Ley Bebia* decidió sábiamente que los pretores destinados á la Península debian, en adelante, ser nombrados por dos

(1) En el país de los Vascos, hoy *Corella*; en Navarra. (Véase Tit. Liv., Epist. 41.)

años; pero desgraciadamente, aumentando de un modo extraordinario los aspirantes á los altos empleos, y la rivalidad del Senado contra los altos funcionarios, impidieron su aplicacion regular, continuando la bienalidad de los pretores, siendo una excepcion aun en estas provincias lejanas y dificiles de conocer por el administrador, y cada doce meses se veia el pretor desposeido, efecto de una mutacion intempestiva. Todas las ciudades sometidas eran tributarias, pero en vez de los diezmos y peages exigidos á los Sicilianos y á los Sardos, imitando los Romanos lo que los Cartagineses habian hecho antes que ellos, impusieron á los pueblos y ciudades españolas cuotas fijas en plata ó en productos naturales: pero á instancia de los interesados, prohibió el Senado en el año 583 (171 antes de J. C.) que se recaudasen en adelante por medio de requisiciones militares. Podian admitirse en pago cereales: pero los pretores no podian exigir más que la vigésima parte de la cosecha, y además el mismo senado-consulto prohibia á la autoridad suprema local fijar por sí sola el valor en tasa. En cambio, y por una medida diferente de las tomadas en otras partes, y particularmente en la tranquila Sicilia, tuvieron los Españoles que suministrar soldados para el ejército, cuyos contingentes se habian fijado cuidadosamente por los tratados. Algunas ciudades tuvieron tambien derecho de acuñar moneda, mientras que en Sicilia se lo habia reservado Roma á título de regalía. Aquí necesitaba el concurso de sus súbditos para no darles instituciones provinciales muy suaves, y hasta para arreglar su administracion. Entre las más favorecidas, se encontraban, en primer lugar, las ciudades marítimas de origen griego, fenicio ó romano, como Gades, Tarragona, etc., que eran como las columnas que sostenian su imperio.

Admitiolas Roma en su alianza de un modo enteramente particular. En suma, financiera y militarmente hablando, costaba España á la República más de lo que le producía, y pudiéramos preguntarnos por qué no se había desembarazado de su onerosa conquista, siendo así que las transmarítimas no estaban enteramente de acuerdo con las miras de su actual política exterior. Habría tomado sin duda en consideración los crecientes intereses del comercio, la riqueza de España en minerales de hierro, sus minas de plata aun más ricas, y célebres hacia mucho tiempo hasta en Oriente (1); se apoderó de ellas como había hecho antes Cartago y el mismo Marco Caton había organizado su explotación (año 559). Pero la razón determinante de su ocupación directa es en mi sentir la siguiente. No tenía en España una potencia intermedia, como la República masaliota en las Galias, como el reino numida en Libia. Abandonar la Península á sí misma, hubiera sido ofrecerla de nuevo á la ambición de otra familia de Barcas ó de aventureros que acudirían inmediatamente á fundar aquí un imperio.

(1) Macab. I, 8, 3; "Sabia (Judas) además lo que (los Romanos) habían hecho en España; de que modo se habían apoderado de las minas de oro y plata que hay en aquel país etc.." (Lemaistre de Sacy.)



CAPÍTULO VIII.

ESTADOS ORIENTALES.—SEGUNDA GUERRA CON MACEDONIA.— Oriente y Grecia. Las grandes Potencias. Macedonia.— Egipto.—Reinos del Asia Menor.—Los Galos del Asia Menor.—Pérgamo.—Grecia. Epirotas, Acarnanios y Beocios.— Los Atenienses.—Los Etolios.—Los Aqueos. Esparta. Elis y Mesenia.—Liga de las ciudades griegas. Rodas.—El Rey Filipo de Macedonia.—Macedonia y Asia Menor coligadas contra Egipto. La *Hansa* rodia y Pérgamo contra Filipo.— Intervencion diplomática de Roma.—Continuacion de las hostilidades en Oriente. Roma declara la guerra.—La liga romana en Grecia.—Desembarcan los Romanos en Macedonia é intentan penetrar en ella.—Retirada de los Romanos. Filipo acampa en el Aous. Flaminio. Filipo rechazado hasta Tempo. Grecia en poder de los Romanos. Alianza de los Aqueos con los Romanos.—Tentativas de paz. Filipo en Tesalia. Batalla de Cinocéfalas. Preliminares de paz. Paz con Macedonia. La Grecia libre. Escodra. Engrandecimiento de la liga aquea.—Los Etolios.—Guerra contra Nabis.—Medidas en Esparta.—Organizacion definitiva de la Grecia.— Resultado.

Oriente y Grecia. Las grandes Potencias. Macedonia.—La gigantesca empresa comenzada por Alejandro el Grande un siglo antes que los Romanos pudiesen el pié en el territorio que el denominaba su reino, se habia trasformado y extendido con él trascurso de los años, pues sus sucesores prosiguieron la realizacion de su gran pensamiento, la conversion del Oriente al helenismo, y habia salido de aquel colosal Imperio un vasto sistema de Estados greco-asiáticos. El invenci-

ble génio de los Griegos, y ese amor á los viajes y á la emigracion que habia tiempo ha conducido á sus traficantes hasta *Masalia* y *Cirene*, hasta el *Nilo* y el *mar Negro*, habia sabido guardar las conquistas de su héroe. La civilizacion helénica se habia asentado en todas partes pacíficamente, bajo la proteccion de las *sarisas* macedonias, en el antiguo reino de los Aque-menides. Los generales que heredaron el Imperio de Alejandro se arreglaron mutuamente y equilibraron sus fuerzas, equilibrio que faltó muchas veces, pero cuya misma regularidad se manifestó en sus vicisitudes. Formáronse tres Potencias de primer orden: Macedonia, Asia y Egipto. Bajo Filipo V, que subió al trono en el año 534 (220 antes de J. C.), no se diferenció Macedonia de lo que habia sido bajo Filipo II, padre de Alejandro. Constituia un Estado militar compacto con ingresos suficientes y regulares. Su frontera del Norte se habia rehecho despues de pasada la tempestad y la inundacion de los Galos; y, en tiempos normales, bastaban algunas avanzadas para contener por este lado á los Bárbaros de Iliria. Al Sur, no solo estaba toda la Grecia bajo su proteccion, sino que una gran parte se hallaba completamente bajo su dependencia, y habia recibido guarnicion macedonia. Esto sucedia con toda la Tesalia, la *Olimpia* hasta el *Esperquio* y la Península de *Magnesia*; la grande é importante isla de *Eubœa*, la *Lócrida*, la *Dórida* y la *Fócida*; por último, en el *Atica* y en el *Peloponeso*; con gran número de ciudades como *Sumnium* y su promontorio, *Corinto*, *Orchomene*, *Heraclea* (1) y *Trifilia*. Las plazas fuertes de *Demetriade* en *Magnesia*, de *Calcis* en *Eubœa*, y sobre todo

(1) *Orchomene*, en Beocia; *Hersa*, en Arcadia, sobre el Alfeo; *Trifilia*, en la parte Sur de la Elida.

de *Corinto*, eran denominadas «¡las tres cadenas de la Grecia!» Pero la fuerza de Macedonia residía en su mismo país, en el pueblo macedónico. Si la población era muy poco densa con arreglo á la superficie que ocupaba; si apenas podían sacarse de ella un número de soldados igual al contingente normal de dos legiones consulares; si es necesario, en fin, reconocer que el país no había llenado por completo el vacío que le causarían las expediciones de Alejandro y la invasión de los Galos, estas desventajas hallaban en otra parte amplia compensación. En la Grecia propia, habían perdido las nacionalidades su fuerza moral y política. No había en ella pueblo propiamente dicho, ni vida que mereciese la pena de vivir. Entre los *mejores*, unos se entregaban á la embriaguez, otros se dedicaban á los juegos de esgrima, y algunos, en fin, consumían las horas y el aceite de sus lámparas en frívolos estudios. Durante este tiempo, en Oriente y en Alejandría, algunos Griegos perdidos entre las masas de los indígenas, diseminaban en derredor suyo y con otros mejores elementos, su idioma, su facultad y su falsa ciencia al mismo tiempo que su ciencia verdadera. Pero apenas podían suministrar el suficiente número de oficiales de ejército, de hombres políticos y de profesores que se les pedían. Eran muy poco numerosos para constituir, en estos nuevos países, una clase media de pura sangre helénica. En la Grecia setentrional, por el contrario, ofrecía Macedonia un sólido núcleo nacional, procedente de la raza que había en otro tiempo peleado en Maratón. Así pues, es de notar la altiva confianza con que los Etolios, los Acarnanios y los Macedonios van por todas partes en los países de Oriente. Se dan tono de gentes de un origen más elevado y pasan por tales ¡Desempeñan el principal papel en las cór-

tes de Antioquia y de Alejandria! ¿Habr  necesidad de citar   aquel habitante de esta última que al volver á su ciudad natal, despues de una larga permanencia en Macedonia, en donde habia tomado las costumbres y hábitos locales, se creia otro hombre, y no veia en los Alejandrinos nada más que esclavos? El vigor, la destreza y el sentido nacional siempre vivo habian hecho del reino macedónico el más poderoso y mejor ordenado de todos los Estados de la Grecia setentrional. Es verdad que se habia establecido el absolutismo sobre las ruinas de las antiguas instituciones de representacion aristocrática. Sin embargo, ni el jefe ni los súbditos se vieron nunca en la condicion respectiva que les estaba asignada en Asia y en Egipto. Los Macedonios se sentian, comparándose con aquellos, independientes y libres. Bravo y ardiente contra el enemigo nacional, cualquiera que éste sea; inquebrantable en su fidelidad   la Pátria y   la raza de sus Reyes: luchando hasta el último extremo contra las calamidades públicas, de donde quiera que procedan, este pueblo es, de todos los del mundo antiguo, el que más se aproxima   los Romanos. Al dia siguiente de la invasion de los Galos se regeneró de un modo tan prodigioso, que honra   gobernantes y gobernados.

Asia.—La segunda de las grandes potencias, el reino de Asia, no era más que la Persia antigua, transformada y *helenizada* en su superficie. El nuevo «Rey de los Reyes» (porque tomaba este pomposo título, tan mal justificado por su debilidad), pretendia ser el soberano de los países que van desde el *Helesponto* al *Pendjab*. Como en tiempo del antiguo monarca de Persia, sus Estados no tenian una organizacion sólida ni ofrecian   la vista sino un conjunto de provincias más   m enos dependientes, de *satrapias* indómitas y de ciu-

dades griegas semi-libres, pero sin lazo que las ligase entre sí. El Asia Menor, por ejemplo, pertenecía de nombre al reino de los Seléucidas; y sin embargo, toda la costa del Norte y la mayor parte del interior estaban ocupadas por dinastas locales ó por bandas de Celtas invasores. Al Oeste pertenecía otra region á los Reyes de *Pérgamo*; las islas y las plazas marítimas, ó eran libres ó pertenecían á Egipto; no quedaba aquí, en realidad, al gran Rey de Asia, nada más que la *Cilicia* interior, la *Frigia* y la *Lidia* con el título de un derecho nominal é ineficaz sobre las demás ciudades y príncipes; su supremacía se parecía mucho bajo todos aspectos á la que el antiguo Emperador de Alemania se atribuía sobre todos los Estados que no pertenecían á los dominios de su casa. El reino de Asia gastaba sus fuerzas en vanas tentativas para arrojar á los Egipcios de sus posiciones en la costa; en sus cuestiones sobre fronteras con los pueblos orientales, con los Partos y Bactrianos; en sus continuas luchas con los Galos, establecidos en el Asia Menor con gran perjuicio del país; con las satrapías del Este, y hasta con los Griegos del Asia Menor, siempre en estado de insurrección; y por último, en querrelas de familia y en guerras continuas contra los aspirantes al trono. Ninguno de los reinos fundados por los Diadoques estaba libre de este último azote, ni de los restantes males que entraña la Monarquía absoluta degenerada. Pero en ninguna parte eran estos males tan funestos como en Asia; allí, tarde ó temprano, no teniendo las provincias lazos que las uniesen entre sí, estaban amenazadas de una separación inevitable.

Egipto.—Muy otra cosa era Egipto en su poderosa unidad. La política inteligente de los primeros *Lagidas* había sabido aprovecharse de las antiguas tradi-

ciones nacionales y religiosas, y establecer un Gobierno absoluto, concentrado; aquí, aun ante los más escandalosos abusos administrativos, no hubieran podido nacer ni producirse las ideas de emancipacion ó de separacion. Muy extraña á ese realismo nacional, fundamento y expresion política del sentimiento popular en Macedonia, permanecía puramente pasiva la nacion egipcia. La capital lo era todo, y ésta dependia de la córte y del Rey. De aquí el que, si la molicie y cobardía del príncipe hacian en ella más daño que en Macedonia y áun que en Asia, la máquina del Estado realizaba en cambio prodigios bajo la activa é inteligente mano de un *Tolomeo I*, ó de un *Tolomeo Evergetes*. Egipto tenia además otra ventaja sobre los dos grandes reinos sus rivales, á saber: que, en lugar de correr tras de una sombra, la política de sus Reyes se habia propuesto un fin claro y próximo. Macedonia, pátria del Gran Alejandro; Asia, continente sobre el que habia sentado su trono, no dejaban de creerse herederas inmediatas de la Monarquía alejandrina; más ó ménos á las claras, pretendian, si no reconstituirla, por lo ménos representarla. Los Lagidas, por el contrario, no aspiraban, en manera alguna, á la Monarquía universal; jamás habian soñado en la conquista de la India; pero no por esto dejan de atraer de los puertos de Fenicia al de Alejandria todo el comercio entre la India y el Mediterráneo; y haciendo de Egipto la primer potencia comercial y marítima de aquellos tiempos, dominaban todo el Mediterráneo oriental, así en las costas como en la sislas. Un dia cedió expontáneamente *Tolomeo III Evergetes* á *Seleuco Calinico* todas sus conquistas hasta el puerto de *Antioquia*. Gracias á esta habilidad práctica y á las ventajas de su situacion natural, se hizo Egipto temible á los otros dos Estados

continentales, lo mismo en el ataque que en la defensa. Mientras que su adversario, aún victorioso, no podía amenazar seriamente su existencia; inaccesible como era á los ejércitos enemigos, se habia apoderado del mar, y establecido en *Cirene*, en *Chipre*, en las Cíclades, en las costas sirio-fenicias, en toda la costa meridional y occidental del Asia Menor, y en Europa hasta en el *Quersoneso de Tracia*. El Gabinete de Alejandría tenia además sobre sus adversarios la superioridad de sus grandes recursos financieros. Explotaba el valle del Nilo con un éxito extraordinario, las cajas públicas estaban repletas. La ciencia de los economistas, que no miran nada más que á su fin y marchan sin apartarse nunca de él, habia dado un gran impulso á los intereses materiales. Por último, los Lagidas entraban espontáneamente, con su munificencia sábiamente calculada en las tendencias del siglo, y hacian marchar á su reino por todos los caminos que pueden engrandecer el poder y el saber del hombre, encerrando por lo demás todos los estudios en los límites de su absolutismo monárquico, y mezclando hábilmente los intereses de la ciencia con los del imperio. El Estado fué el primero que ganó en esto. Las construcciones navales y mecánicas se aprovecharon en alto grado de los descubrimientos de los matemáticos de Alejandría. El poder intelectual de las letras y de las ciencias, la única y más fuerte palanca que aún quedaba en manos de la Grecia, despues de la desmembracion de su imperio político, se inclinaba dócilmente ante el Soberano de Alejandría. Si el imperio del gran conquistador le hubiera sobrevivido, el arte y la ciencia de los Griegos hubieran hallado en Egipto un campo inmenso y digno de ellos. Desgraciadamente aquella gran nacion no era más que una inmensa mole de ruinas. Prosperaba

sin embargo en ella una especie de cosmopolitismo erudito, y no tardó en encontrar su polo magnético en Alejandría. Allí había á su disposicion grandes recursos, colecciones inagotables; los Reyes escribian tragedias que comentaban sus ministros, y florecian las Academias, dándose grandes pensiones á los académicos.

De todo lo precedente puede deducirse la situacion respectiva de los tres grandes Estados Orientales. La potencia marítima dueña de las costas del Mediterráneo, despues de obtenido el primer gran resultado, á saber, la separacion política del continente europeo y del asiático, debia continuar su tarea de debilitar las obras dos potencias rivales y dispensar su interesada proteccion á todos los pequeños Estados. En este intervalo, sin dejar Macedonia y Asia de celarse mutuamente, veian en el reino egipcio un adversario comun contra el que se aliaban, ó por lo ménos, se mantenian constantemente unidas.

Reinos del Asia Menor.—Tambien algunos Estados de segundo órden tuvieron una influencia inmediata en los sucesos producidos por el contacto del Oriente con el Occidente. Esto sucedió con los pequeños reinos situados entre las playas meridionales del mar Caspio y el Helesponto, y que, avanzando hácia el interior, ocupaban toda la parte septentrional del Asia Menor: la *Atropatena* (hoy *Aderbaidjan* al Sur-Oeste del Caspio), *Armenia*, *Capadocia* (en el interior), *Ponto* en la costa Sur-Este y *Bitinia* en la del Sur-Oeste del mar Negro; desgajados todos del grande imperio de Dario, todos gobernados por dinastas orientales, la mayor parte de origen persa, como sucedia en la *Atropatena*, por ejemplo, en ese asilo de la antigua nacionalidad persa, por donde habia pasado sin dejar huella

la tempestuosa expedición de Alejandro; todos en fin, sufriendo, aunque solo superficial y momentáneamente, la supremacía de la dinastía griega que se había apoderado ó creía ocupar en Asia el lugar del gran Rey.

Los Galos del Asia Menor.—Más pesaba en los destinos comunes de Oriente la *Galacia*, situada en el centro del Asia Menor, entre Bitinia, Paflagonia, Capadocia y Frigia, y cuyos fundadores habían sido tres pueblos Celtas, los *Tolistoboios*, los *Tectosagos* y los *Trocmos* (1), que habiéndose establecido en el país le habían dado su lengua y sus costumbres, continuando en él su vida de aventureros y ladrones. Sus doce tetrarcas, colocados á la cabeza de cada uno de los cuatro cantones de las tres tribus, asistidos del Consejo de los *trescientos*, constituían el Poder Supremo, y tenían sus asambleas en el «lugar sagrado» (*Drunemetum*), donde administraban justicia y pronunciaban las sentencias capitales. La institución cantonal de los Galos era cosa nunca vista por los Asiáticos; pero admiraban aún más el arrojo temerario de éstos intrusos procedentes del Norte, sus hábitos de soldados aventureros, que ponían su espada al servicio de sus vecinos menos belicosos, cualquiera que fuese la guerra emprendida, ó se precipitaban sobre los países inmediatos para talarlos ó saquearlos. Estos irresistibles Bárbaros eran el terror de los degenerados pueblos del Asia, y hasta el mismo Gran Rey, después de haberle derrotado unas veces sus ejércitos, después que *Antioco I Soter* perdió la vida en una batalla contra ellos (261 antes de J. C.), concluyó por comprometerse á pagarles tributo.

(1) Restos de las bandas que en otro tiempo habían invadido la Grecia: los *Tolistoboios* y los *Tectosagos* eran *Belgas*, hermanos de los *Volscos Tectosagos* de *Tolosa*. (Véase Am. Thierry, Hist. des. Gaulois, parte 1.^a, cap. V.)

Pérgamo.—Solo *Atalo*, rico ciudadano de Pérgamo, los había tenido á raya y rechazado: su pátria reconocida, le dió el título de Rey para él y sus sucesores. La nueva córte de Pérgamo era, aunque en pequeño, la imágen de la córte de Alejandria: dispensábanse los mismos cuidados á los intereses materiales, á las artes y la literatura; habia el mismo gobierno sagaz y previsor; las mismas tendencias á debilitar las otras dos Potencias continentales. Los *Atálidas* intentaron fundar una Grecia independiente en el Asia Menor occidental. Poseedores de un tesoro siempre repleto, sirvieron de él con gran ventaja, ya prestando á los Reyes Sirios gruesas sumas, cuyo reembolso figurará despues en las estipulaciones del tratado de paz con Roma, ya comprando grandes porciones de territorio. Así es que, habiendo los Romanos y los Etolios, ligados poco há contra Filipo y sus aliados, quitado Egina á los Aqueos, la vendieron los Etolios (á quienes pertenecia como parte estipulada del botin comun) á *Atalo*, en 30 talentos (51.000 thalers, unas 180.000 pesetas). Sea como quiera, y á pesar del lujo de la córte y del título dado á su jefe, el reino de Pérgamo no dejó de ser una especie de república, rigiéndose interior y exteriormente como ciudades libres. *Atalo*, el Lorenzo de Médicis de la antigüedad, no fué nunca más que un ciudadano opulento, que hacia la vida íntima de familia, así él como los suyos. Reinaron hasta el fin en la casa Real la paz y la concordia; contraste laudable al lado de las prostituciones y de las manchas de las dinastías más nobles sentadas en los tronos de las Naciones vecinas.

Grecia. Epirotas, Acarnanios y Beocios.—En la Grecia europea, si se exceptúan las posesiones romanas de la costa occidental, en donde residian go-

bernadores especiales, por lo ménos en las localidades más importantes, como en Corcira, y las provincias que estaban bajo la autoridad inmediata de Macedonia, no se hallan pueblos que tengan su existencia propia y su política, excepto los *Epírotas*, los *Acarnanios* y los *Etolios* al Norte; los *Beocios* y los *Atenienses* en el Centro; los *Aqueos*, los *Lacedemonios*, los *Mesenios* y los *Eletas* en el *Peloponeso*. Las repúblicas de los Epírotas, de los Acarnanios y de los Beocios, estaban unidas á Macedonia por toda clase de lazos, sobre todo los Acarnanios, á quienes solo la proteccion de aquella podía poner á cubierto contra la amenaza y las armas de los Etolios sus opresores. Ninguno de estos tres pueblos tenia grande importancia en los asuntos interiores, y variaban las condiciones. Entre los Beocios, por ejemplo, era un uso constante que á falta de herederos en línea directa se legase la fortuna á asociaciones de taberna, y despues de algunas decenas de años, los candidatos á los cargos públicos obtenian los votos solo á condicion, *sine qua non* de comprometerse á negar al acreedor, sobre todo al acreedor extranjero, la accion en justicia contra el deudor.

Los Atenienses.—Los Atenienses tenian ordinariamente el apoyo del gabinete de Alejandría contra Macedonia; estaban en íntima alianza con los Etolios. Pero al mismo tiempo habia desaparecido su poder; y á no haber sido el centro de las artes y de la poesia de los antiguos tiempos, su ciudad, triste heredera de un ilustre pasado, habria bajado al rango de las más insignificantes.

Los Etolios.—Más viriles eran las fuerzas de la liga etolia. Aún subsistia allí intacto el antiguo vigor de la Grecia; pero la indisciplina salvaje y lo impracti-

cable de un gobierno regular acusaban la degeneracion. Era una máxima de derecho público que el Etolio podia vender sus servicios contra cualquier otra nacion, aunque fuese aliada de la suya. Habiendo pedido un dia á los Griegos con insistencia que se pudiese un término al abuso, respondió la Dieta que seria más fácil arrancar á la Etolia de su lugar que suprimir esta ley. Este pueblo hubiera podido ser muy útil al resto de la Grecia, si no le hubiera hecho más daño con su robo organizado, sus hostilidades irreconciliables contra la Confederación Aquea, y su desgraciada oposicion contra el gran Estado Macedonio.

Los Aqueos. Esparta Elis y Mesenia.—Reuniendo, la Acaya los mejores elementos de la Grecia propia, habia fundado en el Peloponeso una confederacion, imponente por la honradez, el sentido nacional y las instituciones de una paz armada para la guerra. Desgraciadamente, á pesar del vuelo que habia tomado en el exterior, se marchitaba en el momento más floreciente: los recursos defensivos habian desaparecido. Conducida mal por el egoismo y la triste diplomacia de *Arato*, habia entrado en las luchas más funestas con los Espartanos. ¡Falta mayor aún! *Arato* habia apelado á la intervencion de Macedonia en el Peloponeso, rebajando completamente á su pátria ante la supremacia extranjera. Las principales plazas del país habian recibido guarnicion macedonia, y todos los años se prestaba juramento de fidelidad á *Filipo*. En cuanto á los pequeños Estados del Peloponeso, *Elis*, *Mesenia* y *Esparta*, su antiguo ódio contra la Acaya, aumentado de dia en dia por las cuestiones de fronteras, constituia toda su politica. Estaban unidos con los Etolios; y como los Aqueos lo estaban con *Filipo*, tomaban aquellos el partido contrario á Macedonia. Solo el reino militar

de los Espartanos había conservado algun prestigio. Muerto *Machanidas* (1), le había sustituido un tal *Nabis*. Este, apoyando su usurpacion en los Mercenarios aventureros, les dió los campos, las casas y hasta las mujeres y los hijos de los ciudadanos. Mantuvo además estrechas relaciones con la isla de Creta, que era entonces el foco de los corsarios y de la soldadesca. Poseía allí algunas ciudades y organizó en ellas una asociacion para que ejerciese á medias el oficio de la piratería. Sus ladrones y sus piratas habían extendido el terror por todas partes, y era tan odiado como temido por vil y cruel. Sin embargo, supo extender su territorio, y al año de la batalla de Zama se había apoderado ya de Mesena.

Liga de las ciudades griegas. Rodas.—Entre todos los estados intermediarios, la situacion más independiente era la de las ciudades comerciales escalonadas en los pueblos de la Prepóntide, á lo largo de las costas del Asia Menor ó esparcidas en las islas del mar Egeo. Estas ciudades libres eran el punto luminoso en las confusas tinieblas del sistema helénico en estos tiempos. Había tres, sobre todo, que, desde la muerte de Alejandro, habían conquistado las más completas franquicias, y que su actividad comercial hacia política y territorialmente considerable: *Bizancio*, la reina del Bósforo, rica y poderosa por los productos del pasaje del estrecho y su comercio de cereales en el *mar Negro*; *Ziciquia*, en la Prepóntide asiática, hija y heredera de *Mileto*, viviendo en estrechas relaciones con la córte de Pérgamo; por último, y antes que ellas.

(1) Mercenario Tarentino, que se hizo tirano de Esparta hácia el año 544, y que fué vencido y muerto en *Mantineia* por Filopemen.

Rodas. Muerto Alejandro, habian los Rodios arrojado inmediatamente la guarnicion macedonia. Aprovechándose de las ventajas marítimas y comerciales de su posicion geográfica, se habian hecho los intermediarios, de todo el movimiento del Mediterráneo oriental. Su excelente marina y su valor tan gloriosamente probado en el famoso sitio del año 450 (1), en este siglo de luchas continuas y universales, le suministraba medios para una política de neutralidad comercial, previsoras y enérgica, asegurándola con las armas, cuando era necesario. Testigo de ello es la guerra con los Bizantinos, á quienes obligaron á dejar abierto el Bósforo á sus buques. Tampoco habian permitido á los dinastas de Pérgamo que les cerrasen el mar Negro. Por lo demás, enemigos de toda expedicion en el continente, habian sin embargo adquirido importantes posesiones en la costa de *Caria* frente á su isla; en caso de necesidad tomaban á sueldo tropas para sostener sus guerras. En todas partes habian trabado relaciones amistosas con Siracusa, Macedonia, Siria, y sobre todo con Egipto. Eran muy considerados en todas las grandes cortes, hasta el punto de haberlos hecho muchas veces árbitros de sus cuestiones. No apartaban la vista de las ciudades griegas marítimas, tan numerosas en la playas de los reinos de *Ponto*, *Bitinia* y *Pérgamo* ni de las costas é islas arrebatadas por Egipto á los *Seléucidas*, como Sinope, Heráclea, *Pontica*, *Cices*, (2), *Lampsaca*, *Abidos*, *Mitelene*, *Chios* (hoy *Scio*), *Esmirna*, *Samos*, *Halicarnaso* y otras muchas. Todas estas ciudades eran en realidad libres; nada tenian que ver con sus

(1) Sostenido con éxito contra Demetrio Poliorquetas, que no pudo conquistar la plaza.

(2) *Cius* ó *Cionte*, ciudad de Bitinia, en la Prepóntide, hoy *Ghio*.

soberanos sino es para que éstos les confirmasen sus privilegios ó para pagarles algunas veces un módico tributo; contra las tentativas de los dinastas vecinos, sabian, ó resistir ó luchan á viva fuerza. Podian siempre contar con la ayuda de Rodas, que defendió enérgicamente á Sínope contra la agresion de un *Mitridates del Ponto*. En medio de los ódios y de las guerras de los Reyes, habian asentado tan sólidamente sus libertades locales, que cuando más tarde vinieron á las manos los Romanos y Antioco, no se pusieron en juego sus franquicias, sino solo la cuestion de saber si dependian ó no de la munificencia del Rey. En suma, la liga de las ciudades griegas, así en sus condiciones generales como en sus relaciones especiales con los soberanos del país, constituía una verdadera *hansa* con Rodas á su cabeza. Esta ciudad trataba y estipulaba por sí misma y por sus asociadas. Dentro de sus muros tenia un asilo la libertad republicana y hacia frente al interés monárquico; y mientras que en sus inmediaciones ardía la guerra, reposando en su calma relativa, sus ciudadanos patriotas saboreaban el bienestar de la vida de las ciudades dueñas de sus destinos; finalmente, las artes y la ciencia florecian sin temor á las empresas del régimen militar ni á la corrupcion de las córtes.

El Rey Filipo de Macedonia.—Tal era el cuadro que ofrecia el Oriente cuando fué destruida la barrera que los separaba del Occidente; cuando las potencias orientales, con Filipo de Macedonia al frente, se vieron envueltas en las vicisitudes y trastornos de la otra parte del mundo antiguo. Ya hemos referido ó indicado anteriormente (cap. III, V y VI), los primeros incidentes de este periodo nuevo; hemos dicho cómo habia comenzado y concluido la primera guerra de Ma-

cedonía (540 á 549); cómo pudiendo Filipo influir en el éxito de la guerra de Anníbal, no habia hecho nada ó casi nada para responder á la esperanza y á las combinaciones del gran cartaginés. Habíase probado una vez más que de todos los juegos de hazar, el más funesto es el del absolutismo hereditario. Filipo no era el hombre que necesitaba Macedonia, por más que no careciese de valor. Era Rey, en el mejor y en el peor sentido de la palabra. Su rasgo característico era el sentimiento profundo de su autoridad Real; quiso reinar solo y por sí mismo. Estaba orgulloso con su púrpura, pero no solo con ella, y esto con cierto derecho. Uniendo la bravura del soldado al golpe de vista del capitán, tenia también elevadas miras sobre la marcha que deben seguir los negocios públicos. Inteligente y espiritual en extremo, ganaba á todos aquellos á quienes se proponia ganar, y los primeros á los más instruidos y capaces, como á Flaminio y á Escipion; además era buen terció en la mesa, y seducia á las mujeres, más bien por sus prendas personales que por el prestigio de su rango. Era empero también uno de los hombres más orgullosos y criminales de aquel corrompido siglo. Decia, y era una de sus expresiones favoritas, que no temia á nadie más que á los dioses; pero sus divinidades eran las mismas á quienes su almirante *Dicearco* ofrecia sacrificios todos los dias, la *Impiedad* (*ἀπειθεία*), y la *Iniquidad* (*παρρησία*). Nada habia sacado para él, ni aun la vida de aquellos que le habian aconsejado ó ayudado en la ejecucion de sus designios. En su cólera contra los Ateníenses y contra Atalo saciaba su furor hasta en los monumentos consagrados á recuerdos respetables ó sobre las más ilustres obras de arte. Guiábase por esta máxima de Estado: «el que manda matar al padre, debe también

mandar matar al hijo.» Es posible que no hallase placer en ejercer la crueldad; pero cuando ménos le eran absolutamente indiferentes la vida y el sufrimiento de los demás, y no penetraba en su dura y rígida naturaleza la inconsecuencia en los movimientos de las pasiones, único defecto que hace soportable al malvado. Profesaba además la máxima de que «el Rey absoluto no está obligado á cumplir su palabra ni la ley moral;» é hizo tan impudente y tan descarada ostentacion de sus corruptoras opiniones, que llegó un dia en que se volvieron contra él y fueron un obstáculo para sus planes. No puede negársele prevision ni decision, pero iban siempre unidas con vacilaciones y descuidos; contradicciones, inexplicables sin duda, cuando se piensa que apenas tenia 18 años cuando subió al trono de un Rey absoluto. Se encolerizaba contra cualquiera que osaba contradecirle ó ponerle un obstáculo en su camino con un consejo, y habia alejado de su lado, con sus violencias, á todos los consejeros útiles é independientes. ¿Cómo habia podido mostrarse tan débil y tan cobarde en su primera guerra contra Roma? No tenemos datos para resolver esta cuestion. ¡Quizá no tendria entonces más que esa descuidada soberbia que solo aparece y produce actividad y energía al aproximarse el peligro; quizá no tomase interés en un plan que él no habia concebido ó tuviese envidia y celos á la grandeza de Anníbal, que le arrojaba en la sombra! Lo que sí es seguro, es que al verle obrar en adelante, parecerá que no es aquel mismo hombre cuya negligencia habia hecho fracasar las vastas combinaciones del general de Cartago.

Macedonia y Asia coaligadas contra Egipto. La Hansa rodia y Pérgamo contra Filipo.—Al concluir con los Etolios y los Romanos el tratado del año 548

á 549, tenia Filippo la firme conviccion de que la paz no seria duradera. Quería consagrarse libre y completamente á los negocios de Oriente. No hay, pues, duda que no le habia pesado la pronta caída de Cartago. Admito que Annibal tenia sérios motivos de creer en la próxima explosion de una segunda guerra con Macedonia; admito que Filippo habia enviado por bajo de cuerda aquellos refuerzos que vinieron á unirse á última hora al ejército cartaginés; pero una vez lanzado en las inmensas complicaciones de Oriente, el secreto mismo de ese apoyo dado á los enemigos de Roma, y sobre todo el silencio de ésta ante semejante infraccion de la paz, cuando la República busca una ocasion para declarar la guerra, todo demuestra en efecto que entonces (551) no pensaba ya Filippo en los proyectos que hubiera debido poner en ejecucion diez años antes. Habia efectivamente vuelto la vista hácia otro lado. Ya habia muerto Tolomeo *Filopator*, Rey de Egipto. Los Reyes de Macedonia y de Asia, Filippo y Antíoco, se habian unido contra su sucesor, Tolomeo *Epifanes*, niño de cinco años, aprovechando la ocasion de saciar el ódio antiguo de las dos monarquías continentales contra la potencia marítima su rival. Querían abatir y disolver el reino de Alejandría: Antíoco debia apoderarse de Egipto y de Chipre: Cirene, la Jonia y las Cíclades eran el lote de Filippo. La guerra comenzó por este último, que se burló de los procedimientos del derecho de gentes, sin causa aparente, sin motivo dado, «como hacen los peces grandes cuando devoran á los pequeños.» Los dos aliados habian calculado perfectamente, sobre todo Filippo. Amenazado Egipto por su inmediato vecino de Siria, dejó forzosamente indefensas sus posesiones de Asia Menor y las Cíclades. Filippo se arrojó sobre ellas. Esta era su parte en el botin. En el

mismo año en que Roma hacia la paz con Cartago, embarcó el Macedonio sus tropas en una escuadra que le habian proporcionado las ciudades marítimas sujetas á su dominio, é hizo rumbo hácia la costa de Tracia. Apoderóse de *Lisimaquia*, á pesar de su guarnicion etolia, y ocupó á *Perinto*, ciudad cliente de Bizancio. Del primer golpe, habia violado Filipo la paz con esta última; y en cuanto á los Etolios, signatorios tambien de una paz muy reciente, rompió con ellos la buena inteligencia. Aliándose con *Prusias*, Rey de Bitinia, no le fué difícil pasar al Asia: para recompensarle, le ayudó á apoderarse de las ciudades griegas comerciales inmediatas á sus Estados. Sometióse Calcedonia. Cius se resistió, pero fué tomada por asalto, arrasada y vendidos sus habitantes como esclavos: bárbarie inútil que descontentó á Prusias, que deseaba poseerla intacta, y que irritó profundamente al mundo griego. Pero los que más se indispusieron fueron los Etolios, cuyo estrátega habia mandado la plaza, y los Rodios, cuyas tentativas de conciliacion habian sido insolente y pérfidamente rechazadas. Aun sin el crimen de Cius, estaba en juego el interés de todas las ciudades comerciales. No podia dejarse á Macedonia conquistadora abolir el cómodo y nominal dominio de Egipto. Las Repúblicas griegas y el libre comercio de Oriente eran incompatibles con la dominacion macedónica, y la suerte sufrida por los desgraciados habitantes de Cius mostraba muy á las claras que se trataba, para unas y otras, no de una cuestion de libertades locales que debia confirmar un soberano, sino de una cuestion de vida ó muerte. Ya habia sucumbido *Lampsaca*, y *Tasos* habia sido tratada como Cius: no habia tiempo que perder. El valiente *Teofilisco*, estrátega de Rodas, exhortó á sus conciudadanos á una resistencia comun,

puesto que tambien lo era el peligro; no debia dejarse que el enemigo se apoderase una por una de todas las ciudades. Rodas tomó su partido y declaró la guerra á Filipo; Bizancio se unió á ésta, y otro tanto hizo Atalo Rey de Pérgamo, enemigo político y personal del Macedonio. Mientras que los aliados reunian su escuadra en la costa de Etolia, se apoderó Filipo con una parte de la suya de las islas de Samos y Quios: con la otra division apareció en persona delante de Pérgamo, á la que atacó sin poder tomarla ni hacer más que recorrer la campiña, y dejar en los devastados templos las huella^s del valor macedonio. De repente contramarchó, y se embarcó para ir á unirse á la otra escuadra que estaba todavía delante de Samos. En este momento lo alcanzaron las escuadras coaligadas de Rodas y Pérgamo, obligándole á aceptar la batalla en el estrecho de Quios. Sus buques de puentes eran en menor número; sin embargo, se compensaba esta inferioridad con la multitud de sus embarcaciones descubiertas. Sus soldados se portaron como bravos, pero fueron derrotados. Veinticuatro galeras, cerca de la mitad de sus grandes buques, fueron sumergidas ó capturadas, 6.000 marineros y 3.000 soldados muertos, incluso Democrato, su almirante, y dejó 2.000 prisioneros en poder de los Griegos. Los aliados perdieron solo 800 hombres y seis buques; pero de los dos jefes que los mandaban, el uno Atalo, habia quedado separado de su escuadra, y se vió obligado á encallar su galera almirante en la playa de Eritrea; el otro, el rodio Teofilisco, cuyo valor cívico habia provocado la declaracion de guerra y cuya bravura habia decidido la batalla, murió al dia siguiente á consecuencia de sus heridas. Así pues, mientras que Atalo iba á rehacer su escuadra á Pérgamo y los Rodios permanecian delante de Quios, atribuyéndose falsamente

Filipo la victoria, hizo rumbo á Samos para arrojarle desde allí sobre las ciudades de Caria. Pero en esta misma costa los Rodios, solos y sin auxilio de Atalo, presentaron una segunda batalla á su escuadra, mandada por *Heráclides*, en las inmediaciones de la isla de Ladea, frente al puerto de Mileto, atribuyéndose la victoria ambas partes. Parece, sin embargo, que debieron llevar la mejor los Macedonios; porque mientras los Rodios se retiraron á *Mindos*, y de aquí á *Cos*, se apoderaron aquellos de Mileto, y su otra escuadra, bajo las órdenes del Etolio Dicearco, se posesionó de las Cíclades, al mismo tiempo que Filippo proseguía en la tierra firme de Caria la conquista de los establecimientos rodios y de las ciudades griegas. Si hubiera entrado en sus planes el luchar contra Tolomeo, en lugar de no hacer más que apoderarse de su parte de botin, hubiera pensado entonces (la ocasion era oportuna) en mandar directamente una expedicion á Egipto. En Caria no tenian los Macedonios ejército que se les opusiese, y pudo Filippo recorrer todo el país desde *Magnesia* á *Milasa*. Pero cada ciudad era allí una fortaleza: los sitios eran muy largos, sin dar ni prometer grandes resultados. *Zeusis*, sátrapa de Lidia, no prestaba al aliado del Rey de Siria, su señor, un concurso activo, como el mismo Filippo no se cuidaba mucho tampoco de los intereses de este último, y las Repúblicas griegas solo le suministraban algunos recursos, obligadas por la fuerza ó por el miedo. Cada dia se hacian más difíciles los aprovisionamientos: Filippo se veía obligado á saquear mañana á los que hoy le habian suministrado víveres voluntariamente; otras veces, por más que sufriese su amor propio, tenia que bajarse á pedirlos. Pasó la buena estacion. En este tiempo habian los Rodios reforzado su

escuadra y reunídola con las galeras de Atalo; eran, sin duda, los más fuertes por mar. Ya, pues, podía el Rey temer que le tuviesen cortada la retirada, y tener que pasar el invierno en Caria, cuando los acontecimientos en Macedonia y la intervencion próxima de los Etolios y de los Romanos exigieron su inmediato regreso. Comprendió el peligro, y dejando en Mirina una guarnicion de 3.000 hombres, para tener en jaque á Pérgamo, y en las pequeñas ciudades de Milasa, Yassos, Bargilia, Euromos y Pedasa, asegurándose de este modo un puerto excelente y un punto de desembarco en Caria, se aprovechó de la negligencia de los confederados en guardar los pasos, consiguió ganar la costa de Tracia con su escuadra, y volvió á entrar en su nacion antes del invierno del año 553 (201 antes de Jesucristo).

Intervencion diplomática de Roma.—Durante este tiempo se habia formado una tempestad en el Occidente. El Rey de Macedonia la habia atraído sobre su cabeza, y ya no le era permitido continuar su obra contra Egipto, todavía indefenso. En el mismo año en que daban tan feliz término á la guerra contra Cartago, volvieron los Romanos su vista al Oriente, en donde habian surgido estas graves complicaciones. ¿Cuántas veces se ha dicho y repetido que despues de la conquista del Oeste habian premeditado y emprendido inmediatamente la del Oriente? Opinión injusta, y cuya falsedad demuestra un exámen algo atento. A no cerrar los ojos ante la evidencia, se reconocerá que, en la época de que nos ocupamos, no aspiraba Roma á la supremacía universal sobre todos los Estados mediterráneos. Todo lo que queria reducíase á no tener ni en África ni en Grecia vecinos temibles. Pero Macedonia no era por sí misma un peligro para Italia. Es verdad

que su poder era considerable, y que solo forzado por las circunstancias habia el Senado estipulado con ella la paz, que la dejaba intacta; pero de esto á sérios temores, habia una gran distancia. Durante la primera guerra con Macedonia, solo habia enviado la República corto número de soldados, y éstos no habian tenido nunca enfrente un enemigo muy desigual en fuerzas. La humillacion de Macedonia hubiera sido cosa agradable para el Senado; pero le hubiera costado muy cara si hubiese tenido que comprarla á precio de una guerra continental, poniendo en armas los ejércitos romanos: así, pues, desde el momento en que los Etolios se habian retirado, estipuló Roma la paz sobre la base del *statu quo ante bellum*. Es emitir una opinion sin prueba el sostener que en el momento mismo del tratado tuvieran los Romanos la firme intencion de volver á tomar las armas en la primera ocasion favorable. ¿No es, por el contrario, cierto que dado el agotamiento de recursos y de fuerzas en Italia al terminar la segunda guerra púnica, y siendo el pueblo hostil á toda nueva expedicion al otro lado del mar, hubiera sido cosa enojosa y sumamente incómoda el volver á comenzar la guerra contra Filipo? Y, sin embargo, no pudo evitarse la lucha. Roma aceptaba con gusto, y á título de vecina, la Macedonia tal cual estaba en el año 549; pero no podia permitir que Filipo se anexionase la mejor parte del Asia Menor y el importante Estado de Cirene; que oprimiese las ciudades neutrales dedicadas al comercio y doblase así sus fuerzas. Además, la caida de Egipto, la humillacion y quizá muy pronto, la conquista de Rodas, inferian una profunda herida al comercio de Italia y de Sicilia. ¿Podia Roma tolerar que el de Italia, sobre todo, cayese en la dependencia de las dos

grandes potencias orientales? ¿No le obligaba el honor á defender á Atalo, su fiel aliado durante la primera guerra macedónica? ¿No debía impedir que Filipo, que habia ya sitiado su capital, le arrojase de su reino y le quitase sus súbditos? No era, pues, por vana y ambiciosa jactancia, por lo que se decía que «el brazo protector de Roma se extendia sobre todos los helenos.» Los habitantes de Nápoles, de Rhegium, de Masalia y de Ampuria lo hubieran atestigüado: su proteccion era seria. ¿Qué otra nacion estaba entonces más próxima que ella á la Grecia? Una vez helenizada la Macedonia, ¿no seria Roma la más cercana á ella? Seria extraño que se negase á los Romanos, dada la compasion y las simpatías que sentian hácia la Grecia, el derecho de irritarse á la nueva de los crímenes de Cius y de Tasos. Todo se reunia, los intereses de su política y de su comercio, y la ley moral, para inducirlos á una nueva guerra, quizá la más justa que hayan sostenido jamás. Añadiremos además, en honor del Senado, que tomó inmediatamente su partido; que comenzó á hacer los preparativos necesarios, sin pensar en el agotamiento de las fuerzas de la República ni en la impopularidad de una declaracion de guerra. En el año 553 (201 antes de J. C.) apareció el pretor Marco Valerio en el mar de Oriente con 38 buques de la escuadra de Sicilia. No quiere decir esto que el Senado no se hallase embarazado para hallar un *casus belli*. Lo necesitaba para el pueblo, á pesar de que, en su profunda política y para con Filipo, daba poca importancia á la exposicion regular de los motivos de la guerra. El apoyo que el rey de Macedonia habia prestado á los Cartagineses constituia una violacion de los tratados; pero no se tenia de ello una prueba. Los súbditos de Roma en Iliria se que-

jaban tiempo há de abusos cometidos por los Macedonios. En el año 551, el enviado de Roma se habia puesto á la cabeza de las milicias locales, y habia arrojado las bandas de Filipo. El Senado expidió al año siguiente una embajada con encargo de decir al Rey que «si buscaba la guerra, la tendriá quiza más pronto de lo que quisiese.» Pero todo esto no eran más que infracciones que Filipo acostumbraba á cometer todos los dias con sus vecinos: proceder contra ellas hubiera producido su inmediato reconocimiento y la reparacion de la culpa, pero no la guerra. La República estaba en buena armonía con los demás beligerantes de Oriente, y bajo este título hubiera podido prestarles apoyo. Pero si Rodas y Pérgamo imploraron inmediatamente su auxilio, es necesario convenir en que, en la forma al ménos, la primera agresion habia partido de ellos; en cuanto á Egipto, si sus enviados vinieron á pedir al Senado que aceptase la tutela de su Rey niño, no se mostró sin embargo dispuesto á solicitar que Roma mandase allí soldados. Para conjurar los peligros del momento, abrió tambien los mares del Este á la potencia más grande del Occidente: además, á Siria era á donde debia conducir inmediatamente un ejército auxiliar. Á la vez, Roma debia hacer la guerra en Asia y en Macedonia. Importaba no meterse en tales laberintos, tanto más cuanto que estaba muy decidida á no mezclarse en los asuntos de Asia. El Senado se contentó, pues, con enviar embajadores á Oriente. Estos debian, por una parte, y en este punto era su mision fácil, obtener el asentimiento de Egipto para la intervencion de Roma en los asuntos de Grecia, y por otra, pedir á Antioco una satisfaccion por el abandono de toda la Siria; por último, precipitar cuanto fuese posible la ruptura con Filipo, y formar al mismo tiempo contra él una coalicion

de todos los pequeños Estados greco-asiáticos. En Alejandría terminó pronto la embajada su cometido. La corte de Egipto no podía dejar de acoger con reconocimiento á Marco Emilio Lépido «como tutor del joven monarca,» y que habia sido enviado para defender sus intereses, en cuanto fuese posible, sin intervencion directa de la República. Antioco no rompió su alianza con Filipo, ni dió las explicaciones pedidas por los Romanos: pero fuese cansancio ó debilidad, ó que le bastase en el fondo la promesa de no intervencion que Roma hacia, se limitó á la ejecucion de sus designios sobre la Siria, y no tomó parte alguna en los acontecimientos del Asia Menor y de Grecia.

Continúan las hostilidades en Oriente. Roma declara la guerra.—En esto habia llegado ya la primavera (año 554) y volvió á comenzar la guerra: Filipo se arrojó, en un principio, sobre la Tracia y se apoderó de todas las ciudades marítimas, *Maronea, Enos, Eleos, Sestos* y otras muchas, queriendo garantizar sus posesiones de Europa contra una tentativa de desembarco por parte de los Romanos; despues atacó á Abidos en la costa de Asia. Esta posicion era para él de grande importancia. Por Sestos y Abidos aseguraba sus comunicaciones con Antioco: no temia que le cerrasen el paso las escuadras aliadas, á la ida ni á la vuelta del Asia Menor. Aquellas continuaban siendo dueñas del mar Egeo desde la retirada de la escuadra del Rey, que se contentó con mantener fuertes guarniciones en tres de las Ciclades, en *Andros, Citnos* y en *Paros*, y no envió al mar nada más que corsarios. Los Rodios fueron á *Equios* y de aquí á *Tenedos*, en donde vino á unirseles Atalo, que habia pasado el invierno delante de Egina entreteniéndose en oír las declamaciones de los Atenienses. En este momento hubieran podido socorrer

y librar á Abidos que se defendia heróicamente; pero no se movieron, y la plaza se rindió: casi todos los hombres útiles habian muerto en las murallas; la mayor parte de los demás habitantes se suicidaron despues de la capitulacion. Como se habian entregado á discrecion, el vencedor les dió tres dias para darse por sí mismos la muerte. En su campamento, bajo los muros de Abidos, fue donde Filipo recibió la embajada romana, que, terminada su mision en Egipto y en Siria, y habiendo visitado y trabajado las ciudades griegas, venia por último á notificar al Rey las exigencias del Senado, y á decirle que se abstudiese de toda agresion contra los Estados helénicos; que restituyese á Tolomeo las posesiones que le habia arrancado por la fuerza, y sometiese á un arbitraje la cuestion de las indemnizaciones debidas á los Rodios y á Pérgamo. Usando los Romanos este lenguaje, creian que le iban á arrancar inmediatamente una declaracion de guerra. Pero no hizo nada, y el enviado de Roma, *Marco Emilio*, no recibió mas que una fina y maliciosa respuesta: «en un embajador tan bien dotado, bello, jóven y Romano, no podia agradar al Rey un lenguaje tan audaz.» Sea como quiera, se presentó al fin el tan deseado *casus belli*. En su loca y cruel vanidad, mandaron los Atenienses al suplicio á dos desgraciados Acarnanios que, por casualidad, habian entrado en sus *misterios*. Furiosos sus compatriotas, como puede suponerse, exigieron á Filipo que hiciera se les diese una satisfaccion. Este, que no podia negar su justa demanda á unos aliados tan fieles, les permitió que reclutasen homóres en Macedonia y se arrojasen con ellos y con sus propias milicias sobre el Atica, sin otra forma de proceso. En realidad, esto no era todavia la guerra. A las primeras observaciones ó amenazas de los enviados de Roma, que

se hallaban entonces en Atenas, el jefe de los Macedonios auxiliares, Nicanor, se retiró con su gente. Pero era demasiado tarde. Los Atenienses habian enviado ya á Roma una embajada, quejándose del atentado de Filipo contra un antiguo aliado de la República. Recibióla el Senado de manera que hizo comprender al rey que no habia lugar á réplicas. Desde la primavera del año 554 (200 antes de J. C.), recibió Filocles, general de las tropas reales en Grecia, la órden de talar el Atica y sitiarse de cerca á Atenas. El Senado tenia por fin la ocasion oficial que deseaba: en el estío se presentó ante la asamblea popular la mocion de la declaracion de guerra, fundada en el ataque injusto de Filipo contra una ciudad aliada de Roma. Algunos tribunos, insensatos ó traidores, se quejaban muy alto de los senadores que no dejaban á los ciudadanos un momento de reposo. Pero como la guerra era necesaria y habia, por decirlo asi, comenzado, el senado no debió ni quiso ceder. A fuerza de representaciones y concesiones, arrancó al pueblo su consentimiento, concesiones, por otra parte, cuyo efecto recayó sobre los aliados itálicos. Se sacaron de sus contingentes, aún en activo servicio, y esto contra todas las reglas antiguamente practicadas, unos 20.000 hombres, distribuidos entonces en las guarniciones de la Galia Cisalpina, de la Baja Italia, de Sicilia y de Cerdeña, licenciando al mismo tiempo á todos los ciudadanos que estaban aun en las filas y que habian peleado contra Annibal. Para la guerra con Macedonia, llamó solo á los hombres de buena voluntad, los cuales vino á saberse despues que eran *voluntarios forzosos*; y que, en la última estacion del año 555 se amotinaron en el campamento, junto á *Apolinia*. Formáronse seis legiones con nuevos reclutamientos: dos quedaron en Roma, dos en Etruria y

otras dos se embarcaron en Brindis para Macedonia. Mandábalas el cónsul *Publio Sulpicio Galba*. Tambien ahora mostraban los acontecimientos que, en medio de las inmensas y difíciles complicaciones de las relaciones políticas, resultado inmediato de las victorias de Roma, reunido en sus asambleas, el pueblo soberano, con sus decisiones de corto alcance ó tomadas al azar, aún no estaba en condiciones de bastarse á sí mismo para realizar su mision. No ponía mano en la máquina gubernamental sino para cambiar, de una manera peligrosa, la marcha de las operaciones militares más necesarias, ó para inferir, con no ménos peligro, graves injusticias á los demas miembros de la confederacion latina.

La liga Romana en Grecia.—Era cada vez mas crítica la situacion de Filipo. Los Estados de Oriente que debieron unirse con él contra Roma, y que en otras circunstancias no hubieran dejado de hacerlo, luchando unos contra otros, principalmente por su falta, no podian impedir una invasion romana, si es que no iban hasta provocarla. Filipo había despreciado al Rey de Asia, su aliado natural y mas poderoso, y que, por otra parte, impedido por su cuestion con Egipto y por la guerra que ardia en Siria, no le prestaria un activo concurso. Egipto tenia gran interés en no ver las escuadras de Roma en los mares del Oriente, y en una embajada enviada recientemente á Roma mostró sin rodeos que el gabinete de Alejandria quisiera ahorrar á los Romanos la molestia de intervenir en Atica. Mas por otra parte, el tratado de division de Egipto, que habían estipulado los Reyes de Asia y Macedonia, le obligaba, mal de su grado, á echarse en brazos de la República y declarar que, al mezclarse en los asuntos de Grecia, obraban con el asentimiento formal de los Roma-

nos. Lo mismo sucedía con las ciudades comerciales á cuya cabeza estaban Rodas, Pérgamo y Bizancio: en estos, era el peligro aun más apremiante. En otros tiempos hubieran hecho los mayores esfuerzos y sacrificios para cerrar á los Romanos el Mediterráneo oriental; pero, con su política devastadora de engrandecimiento, los había obligado Filipo á entrar en una lucha desigual, y las necesidades de su salvación exigían que en esta contienda llamase en su auxilio al grande y poderoso Estado italiano. En la Grecia propia, en donde los enviados de Roma trabajaban en la formación de una segunda liga contra Filipo, hallaron preparados todos los materiales por las faltas del enemigo. En el partido anti-macedónico, Espartanos, Atenienses, Eleos y Etolios, quizá el Rey hubiera podido ganarse á estos últimos; pues si bien la paz que habían hecho en el año 548, prescindiendo sus aliados romanos, había abierto entre ellos y Roma un profundo foso que aún no se había rellenado, sin contar con sus antiguas diferencias con Filipo, y los rencores suscitados por haberles quitado sus ciudades tesalianas, *Echinus*, *Larisa*, *Cremasta* y *Tebas* de *Fócida*, nuevos atentados, como la expulsión de sus guarniciones de *Lisimaquia* y de *Cius*, los habían exasperado. Si no hubiera sido por su desacuerdo con Roma, no hubieran vacilado un instante en unirse á la liga. Otra cosa grave para Filipo: de todos los pueblos griegos, fieles hasta entonces al interés macedónico, Epirotas, Aqueos, Acarnanios y Beocios, solo estos dos últimos se colocaron decididamente á su lado. Los diputados de Roma se entendieron con los Epirotas; y el rey de los Atamanios, *Aminandro*, hizo causa común con la República. Entre los Aqueos se había creado Filipo muchos enemigos por el asesinato de *Arato*: lo odioso de este crimen

habia hecho que la liga se extendiese sin oposicion. Bajo el mando de Filopemen (de 502 á 571, Estratega por primera vez en 546), habia regenerado su Estado militar, y dádole confianza en sí misma despues de algunos afortunados combates contra Esparta: no marchaba empero ciegamente, como en tiempo de Arato, por el surco trazado por la política macedónica.

En Grecia, la Confederacion aquea era la única que no podia temer ni esperar nada de la ambicion conquistadora del Rey; solo ella, viendo imparcialmente y con las luces del sentido nacional la tormenta que amenazaba, comprendió (lo cual no era difícil) que la lucha de los Griegos entre sí iba á entregarlos á Roma atados de piés y manos. Por esto habia querido mediar entre Filipo y los Rodios: desgraciadamente no era ya tiempo. El patriotismo nacional habia dado fin á la última guerra social, y contribuido principalmente á la primera guerra entre Roma y Macedonia; pero este patriotismo se habia ya extinguido, y fracasaron todas las tentativas de los Aqueos. En vano recorrió Filipo las ciudades y las islas, intentando levantar la Grecia; seguíale la Nemesis pronunciando en voz alta los nombres de Cius y de Abidos. Viendo los Aqueos que no podian cambiar en nada la situacion, ni ser útiles, permanecieron neutrales.

Los Romanos desembarcan cerca de Macedonia. Intentan penetrar en este reino.—En el otoño del año 554 (200 antes de J. C.) desembarcó cerca de Apolonia el Cónsul Publio Sulpicio Galba, con sus dos legiones, 1.000 caballos numidas y muchos elefantes de los que se habian apoderado en su última guerra con los Cartagineses. Ante esta nueva, marchó el Rey inmediatamente desde el Elesponto á Tesalia; pero lo avanzado de la estacion y la enfermedad del general romano,

impidieron verificar por tierra operaciones de importancia. Las tropas de la República se limitaron á hacer un reconocimiento en el país vecino y ocuparon la colonia macedónica de *Antipatria*; sin embargo se preparó para el año siguiente un ataque combinado contra Macedonia. Los Bárbaros del Norte, *Pleuratos*, Señor de Escodra, y *Bato*, príncipe de los *Dardanos*, aprovecharon gustosos la ocasion y prometieron tomar parte en la lucha. La escuadra romana, que contaba 100 buques grandes y 80 ligeros, emprendió operaciones en grande escala. Mientras que el grueso de las fuerzas navales pasaba el invierno en Corcira, fué al Pireo, para libertar á los Atenieses, una escuadra conducida por *Gayo Cláudio Centon*. Despues de haber puesto el país al abrigo de las incursiones de los corsarios macedonios y de un golpe de mano de la guarnicion de Corinto, volvió á hacerse á la mar, y apareció de repente delante de Calcis de Eubea, que era la principal plaza de armas que tenia Filipo en la Grecia. Allí estaban sus almacenes, un arsenal y sus cautivos. *Sopater*, que mandaba la plaza, no esperaba en manera alguna un ataque de los Romanos. Las murallas fueron escaladas sin resistencia, pasada á cuchillo la guarnicion, libertados los cautivos y entregados á las llamas los aprovisionamientos: desgraciadamente no tenian los Romanos tropas que guarneciesen y conservasen esta posicion importante. Furioso Filipo por este descalabro, partió de *Demetriade* (en Tesalia), corrió á Calcis, y no hallando más que las huellas de incendio que habia dejado el enemigo, marchó sobre Atenas, á la que amenazó con terribles represalias. Pero se estrelló contra sus muros: su asalto fué vigorosamente rechazado, y tuvo que batirse en retirada ante Cláudio y Atalo, que se dirigian contra él, el uno desde

el Pireo y el otro desde Egina. Permaneció todavía algún tiempo en Grecia, pero sin ninguna ventaja política ni militar. En vano intenta excitar á los Aqueos á que tomen las armas; en vano procura sorprender á Eleusis y hasta el Pireo mismo. En todas partes fué rechazado. En su irritacion, fácil de concebir, tala inicuamente el país que recorre, y antes de volver á tomar el camino del Norte destruyó los árboles de los jardines de *Academo*. Pasa el invierno, y en la primavera siguiente (555), Galba, procónsul en la actualidad, abandonó sus cuarteles, muy decidido á ir directamente con sus legiones desde Apolonia al corazón de Macedonia. Mientras que él atacaba por el Oeste, se preparaban para secundarle por los otros tres lados: al Norte, se arrojaron sobre la frontera los *Dardanios* y los *Illirios*: al Este las escuadras combinadas de los Romanos y de los Griegos coaligados, se reunieron delante de Egina, y los Atamanios avanzaban por el Sur, esperando que se les uniesen los Etolios, decididos al fin á tomar parte en la lucha. Despues de haber franqueado las montañas por medio de las cuales se ha abierto su curso el *Apso* (hoy *Beratino*), y atravesado las llanuras fértiles de los *Dasaretas*, llegó Galba al pié de la cordillera que separa la Iliria de la Macedonia; la pasa tambien y entra en la Macedonia propiamente dicha. Filipo corrió á su encuentro; pero habiéndose extraviado ambos adversarios en un país vasto y despoblado, perdieron el tiempo en buscarse, y vinieron á encontrarse por último en la *Lincéstida*, país fértil, pero pantanoso, no lejos de la frontera del Nor-oeste, y establecieron sus campamentos á 1.000 pasos uno de otro. Filipo habia reunido todos los destacamentos que mandara en un principio á cubrir los pasos del Norte: tenia á sus órdenes 20.000 infantes y

2.000 caballos. El ejército romano era casi igual á éste en número; pero estando en su país tenían los Macedonios la ventaja de conocer los caminos y veredas, pudiendo aprovisionarse más fácilmente. Como estaban colocados frente á los Romanos, no se atrevían éstos á ir muy lejos á forrajear. Muchas veces presentó Galba la batalla; el Rey se obstinó en no aceptarla. En vano triunfó el procónsul en muchas escaramuzas entre las tropas ligeras: las cosas continuaron como estaban. Por último, se vió Galba obligado á levantar su campamento, y fué á establecerlo de nuevo en Octólofos, á unas tres leguas de aquel punto, esperando hallar más facilidades para aprovisionarse. Pero también allí eran perseguidos sus forrajeadores por las tropas ligeras y la caballería de Filipo.

Sin embargo, yendo un día las legiones en auxilio de los destacamentos romanos, se encontraron con la vanguardia macedonia, que habia avanzado imprudentemente. La rechazaron con grandes pérdidas y hasta perdió el Rey su caballo, escapando él gracias al heroico sacrificio de uno de sus caballeros. No era ménos crítica la situacion de las legiones. Los Romanos, supieron, sin embargo, salir con honor, gracias á los ataques de los aliados por otros puntos, y sobre todo á la debilidad de los ejércitos macedonios. Aunque Filipo habia levantado en su Reino todos los hombres capaces de empuñar las armas; tomado á sueldo los transfugas del campo romano, y reclutado muchos mercenarios, no habia podido, dejando guarniciones en las plazas del Asia Menor y de Tracia, poner en pié de guerra un ejército mayor que el acampado en este momento frente á las legiones, y, aun para formarlo, necesitó desguarnecer los desfiladeros del Norte en la *Pelagonia*. Para cubrirse al Este habia ordenado el

saqueo de las islas Esciatos (*Skiato*) y *Peparetos* (*Chilindromi*), en donde el enemigo hubiera podido hallar un estacionamiento facil: Tasos estaba ocupada, así como la costa adyacente, y Eraclides, con la escuadra, estaba cerca de Demetriade. Para la defensa del Sur, necesitaba contar con la dudosa neutralidad de los Etolios. Pero hé aquí que de repente, uniéndose éstos con los Atamanios, se arrojaron sobre la Tesalia. Al mismo tiempo invadieron los Dardanios y los Ilirios las provincias del Norte y la escuadra romana, bajo las órdenes de *Lucio Apustio*, salió de las inmediaciones de Corcira, y apareció en las aguas de Oriente, en donde vinieron á unírsele las naves de Atalo, de los Rodios y de los Istrios.

Salen los Romanos de Macedonia.—Dejando Filipo inmediatamente sus posiciones, se retiró hácia el Este. ¿Intentaba acaso rechazar la invasion de los Etolios, ó queria atraer al ejército romano al interior del país, á fin de destruirlo? ¿Se proponia quizá á la vez ambos objetos? No es posible averiguarlo; sea como quiera, verificó su retirada con tanta destreza, que Galba, que temerariamente se habia lanzado en su persecucion, perdió su huella. En este tiempo volvió el Rey por el camino más corto y ocupó los desfiladeros de la cordillera que separan la Lincéstida de la Eordea (desfiladeros de Kara Kaia). Pero allí esperó á los Romanos y les preparó un vigoroso recibimiento. La batalla se empeñó en el lugar que el mismo habia elegido; pero en este terreno desigual y cubierto de un espeso bosque, no podian los Macedonios hacer uso fácil de sus largas lanzas. El ejército de Filipo, rotas sus filas, arrollado y envuelto, perdió mucha gente. Despues de esta derrota no quedaron al Rey fuerzas para oponerse á los progresos del ejército romano. Pero éste no

quiso exponerse á peligros desconocidos penetrando en un país enemigo y sin caminos. Despues de haber tala-
do los fértiles campos de la alta *Macedonia*, la *Eordea*,
Elimea y la *Orestida*, volvió á Apolonia. Solo les abrió
sus puertas la plaza de *Orestis Keletron* (hoy *Castoria*,
en la península formada en el lago de este nombre).
Tomaron por asalto á Pelion, la ciudad de los Dasare-
tas, sobre los afluentes del alto *Apsos*, y dejaron en
ella una fuerte guarnicion, que les aseguraba el cami-
no para el porvenir. Filipo no habia atacado á los Ro-
manos en su contramarcha, sino que en cuanto par-
tieron, se dirigió á marchas forzadas contra los Etolios
y los Atamanios, que creyéndole ocupado con el ejér-
cito romano, arrasaban sin temor y de un modo salva-
je, el fértil valle del Peneo. Derrotados y acuchillados,
lo poco que pudo escapar de la batalla, huyó por los sen-
deros bien conocidos de las montañas. Esta derrota y
los numerosos reclutamientos hechos en Etolia por cuen-
ta de Egipto, disminuyeron notablemente las fuerzas
de los aliados. Rechazados fácilmente los Dardanios por
las tropas ligeras de *Atenágoras*, uno de los generales
del Rey, que les mató mucha gente, repasaron tambien
precipitadamente sus montañas. No habia sido más afor-
tunada la escuadra de los Romanos. Despues de haber
arrojado de Andros á los Macedonios y visitado á Eu-
bea y Esciatos, amagó un ataque contra la *Península
calcidica*; pero la guarnicion macedónica de *Mendea*
la rechazó valerosamente. El resto del verano se ocupó
en tomar á Oreos, en Eubea, que tambien se defendió
con valor, y cuyo sitio fué muy largo. La escuadra de
Filipo era demasiado débil, y permaneció inactiva en
el puerto de *Heraclea*. Su almirante, Heraclides, no se
atrevió á disputar el mar al enemigo, que marchó en
seguida á sus cuarteles de invierno, los Romanos al

Pireo y á Corcira, los Ródios y los de Pérgamo á sus aguas respectivas.

En resúmen, Filipo no podia quejarse de los resultados de la campaña. Despues de rudas y fatigosas marchas, se hallaban los Romanos en su punto de partida. Sin la invasion oportuna de los Etolios y el afortunado combate del paso á la Eordea, no hubiera vuelto quizá ni un solo Romano al territorio de la República. En todas partes habia fracasado el cuádruple ataque de los aliados; y á fines de otoño no habia en Macedonia un solo enemigo, y Filipo se sintió bastante fuerte para intentar, aunque sin éxito, arrebatár á los Etolios la plaza de Taumaca, que, colocada entre su país y la Tesalia, era la llave de todo el valle del Peneo. El porvenir le prometia grandes resultados, si Antioco, cuyo auxilio imploraba en nombre de los dioses, se ponía al fin en camino y venia á unírsele. Hubo un momento en que pareció estaba dispuesto á partir: presentándose en Asia Menor, se habia apoderado su ejército de algunas ciudades de Atalo, que á su vez llamaba en su ayuda á los Romanos. Pero éstos no se daban ninguna prisa, y guardándose mucho de exponerse á una ruptura con el Gran Rey, se contentaron con mandarle embajadores: su intervencion bastó, despues de todo, y evacuó el territorio de Atalo. Desde este momento no podia Filipo esperar nada por esta parte.

Filipo acampa sobre el Aous. Flaminio. Filipo rechazado hasta Tempe. Grecia en poder de los Romanos. Entran los Aqueos en la alianza de Roma.—Pero el feliz éxito de la última campaña habia aumentado su valor, ó mejor dicho, su presuncion. Creyó haber asegurado de nuevo la neutralidad de los Aqueos, y la fidelidad de sus pueblos de Macedonia, sacrificando á los primeros algunas plazas fuertes y su almirante He-

radides al ódio de los segundos. Apenas comenzó la primavera del año 556 tomó la ofensiva, penetró en el territorio de los Atintanos, y estableció un campo atrincherado en el estrecho desfiladero por donde corre el Aous (el *Vyossa*), entre los montes Eropos y Asmaos. Acampó frente á él el ejército romano á las órdenes de Publio Vilio, cónsul en el año precedente; y del verano en adelante, á las del actual cónsul *Tito Quincio Flaminio*. Este, que apenas contaba 30 años, pertenecía á esa generacion jóven, que, desechando las antiguas tradiciones de sus antepasados, comenzaba tambien á desprenderse de aquel antiguo patriotismo romano, y que, sin pensar, ni con mucho, en renegar de Roma, no se preocupaba más que de sí mismo y de la civilizacion helénica. Por lo demás, era un hábil general y un diplomático aun más hábil bajo muchas relaciones, cuya eleccion era en extremo oportuna para arreglar los asuntos de Grecia; y sin embargo, debo confesar que hubiera valido más, tanto para Roma como para los Griegos, que hubiese recaído la eleccion en un hombre ménos simpático al helenismo, en un general á quien no hubieran podido corromper las delicadas lisonjas, ni cegar las reminiscencias artísticas y literarias ante las miserias políticas de Grecia. Tratando á ésta segun se merecía, hubiera quizá evitado á Roma las tendencias á un ideal que no era propio de su génio.

El nuevo general celebró una entrevista con el Rey, cuando los dos ejércitos permanecian aún inmóviles uno delante de otro. Filipo hizo proposiciones de paz: ofreció devolver todas sus recientes conquistas, y reparar, mediante una indemnizacion equitativa, los perjuicios sufridos por las ciudades griegas. Pero se rompieron las negociaciones cuando se le exigió que abandonase además las antiguas conquistas macedónicas,

especialmente en la Tesalia. Los ejércitos permanecieron todavía por espacio de cuarenta días en los desfiladeros del Aous, sin que Filipo retrocediese, y sin que Flaminio se decidiera á atacar ó á verificar un movimiento que, dejando al Rey en su campamento, llevase como el año precedente, á los Romanos al interior del país. Pero un día salieron de esta situación por la traición de algunos notables entre los Epirotas, que en su mayor parte favorecían á Filipo. Uno de ellos, llamado *Charops*, condujo á las alturas, en union con otros y por senderos extraviados y desconocidos, un cuerpo de ejército romano de 4.000 infantes y 300 caballos. Encontráronse encima del campamento macedonio, y mientras que el cónsul atacaba al Rey de frente, cayeron de repente sobre éste desde lo alto de su emboscada. Filipo tuvo que huir despues de haber perdido más de 2.000 hombres, y fué á situarse en los desfiladeros de *Tempe*, punto de comunicacion con la Macedonia propia. Abandonó todas sus conquistas, á excepcion de las plazas fuertes, destruyendo las ciudades tesalianas, en donde no podía dejar guarnicion. Solo la ciudad de *Feres* le cerró sus puertas, librándose así de la destruccion. Este brillante éxito y la hábil dulzura de Flaminio apartaron inmediatamente á los Epirotas de la alianza macedónica. A la primera nueva de la victoria de los Romanos se arrojaron sobre la Tesalia los Atamanios y los Etolios: siguiéronles los Romanos y se apoderaron de todo el país llano: pero las plazas adictas á Macedonia y reforzadas con nuevas tropas, solo se rindieron despues de una heróica resistencia y ante un enemigo muy superior. En *Atraw*, en la orilla izquierda del Peneo, se colocó en la brecha la falange como un nuevo muro y rechazó valerosamente el asalto. A excepcion de algunas plazas tesalianas y

del territorio de los fieles Acarnanios, toda la Grecia septentrional habia caido en poder de la coalicion. En el Sur, por el contrario, gracias á las fortalezas de Corinto y de Calcis, que se comunicaban entre sí por la Beocia, cuyos habitantes se mantenian fieles á Filipo, y á la neutralidad de la liga aquea, pertenecia casi todo el país al Macedonio. Como estando ya el año muy avanzado no permitia penetrar en el interior de Macedonia, se decidió el cónsul Flaminio á sitiar por mar y tierra á Corinto. La escuadra, reforzada de nuevo con las de Rodas y Pérgamo, se habia entretenido hasta entonces en el ataque de dos pequeñas ciudades de Euvea, *Eretria* y *Caristos*. Despues de haber hecho en ellas botín, las abandonó lo mismo que á Orcos; y *Filocles*, el comandante macedonio de Calcis, habia entrado en las mismas despues de la partida de los aliados. Estos hicieron rumbo á *Cencrea*, el puerto oriental de Corinto. Marchando Flaminio á su vez á Fócida, ocupó todo el país, en donde solo hizo resistencia *Elatea*. Eligió esta region, y sobre todo á *Anticira*, en el golfo de Corinto, para instalar allí sus cuarteles de invierno. Los Aqueos, que veian inmediatas las legiones, y, por otro lado, que la escuadra romana maniobraba ya en sus aguas, salieron por fin de su neutralidad, honrosa si se quiere, pero politicamente insostenible. Habiendo abandonado la Dieta los diputados de las ciudades más estrechamente ligadas con Macedonia, *Dimeá*, *Megalopolis* y *Argos*, se votó sin dificultad la entrada en la coalicion. Cicliades y los demás jefes de la faccion macedónica se retiraron, y las tropas de la confederacion, uniéndose inmediatamente á la escuadra romana, sitiaron por tierra á Corinto, la ciudadela de Filipo, contra la Acaya. Los Romanos la habian prometido á los Aqueos en premio de su adhesion. Pero la ciudad era

casi inexpugnable. Tenia una guarnicion de 1.300 hombres, casi todos tráfugas italianos, que se defendieron con un valor indomable, y llegando Filocles con otro destacamento de 1.500 hombres, libertó la plaza, penetró en la Acaya, y, auxiliado por el pueblo de Argos, quitó esta última plaza á la confederacion. Filippo no supo recompensar á los fieles Argivos, nada más que entregándolos al gobierno terrorista de Nabis de Esparta. Como este tirano solo habia entrado en la coalicion y hecho alianza con los Romanos por ódio á la confederacion aquea, con la que estaba en guerra desde el año 550, concibió Filippo la esperanza de que, al ver que dicha confederacion entraba tambien en la coalicion, se pasaria á su partido. Pero Filippo se engañaba. Su causa era demasiado mala para que nadie pensase en abrazarla. Nabis recibió á Argos, que se le regalaba; pero haciendo á su vez traicion al traidor, persistió en su alianza con Flaminio, que se encontró muy embarazado en un principio por la entrada en la coalicion de dos pueblos que estaban en guerra. Medió en la contienda é hizo que concluyese en una tregua de cuatro meses.

Tentativas de paz frustadas. Filippo en Tesalia.— Llegó el invierno, y Filippo quiso aprovecharlo para negociar la paz en buenas condiciones. Celebróse una conferencia en *Nicea*, sobre el golfo *Maliaco*. El Rey en persona se esforzó en llegar á una inteligencia con Flaminio. Tan soberbio y desdeñoso como se mostraba con las pequeñas potencias, tan deferente se mostró con los Romanos, que eran sus únicos y verdaderos adversarios. Es indudable que dada la cultura y delicadeza de espíritu de Flaminio, se debió sentir halagado con aquella urbanidad del vencido, tan orgulloso aún con aquellos Griegos débiles que Roma habia aprendi-

do á despreciar tanto como el mismo Filipo; pero sus poderes no iban tan lejos como los deseos del Macedonio, y no le concedió nada más que una trégua de dos meses en cambio de la evacuacion de la Locrida y de la Facidó, y para lo demás lo remitió al Senado, en el que hacia mucho tiempo que todos estaban unánimes en que Filipo renunciase á todas sus conquistas, y á todas sus posesiones exteriores. Así pues, cuando sus enviados llegaron á Roma, no se hizo más que preguntarles si traian poderes para prometer abandonar la Grecia, principalmente á Corinto, Calcis y Demetriade; y habiendo sido negativa su respuesta, se rompieron inmediatamente las negociaciones, y se resolvió dar un vigoroso impulso á las operaciones de la guerra. Auxiliado ahora por los tribunos del pueblo, habia tomado sus medidas el Senado para impedir los cambios de general, siempre tan perjudiciales. Prorogóse indefinidamente el mando á Flaminio, enviáronsele refuerzos y fueron además destinados á sus órdenes los dos generales que le habian precedido, Publio Galba y Publio Vilio. Filipo intentó por su parte apelar de nuevo á las armas. Para continuar dueño de la Grecia, en donde á excepcion de los Acarnanios y de los Beocios todos estaban contra él, elevó á 6.000 hombres la guarnicion de Corinto; y reuniendo hasta los últimos recursos de la debilitada Macedonia, haciendo entrar en la falange hasta los jovencillos y los ancianos, se puso en marcha con un ejército de 26.000 hombres, de los que 16.000 eran Falangitas macedónicos. Comenzó la campaña del año 557. Flaminio mandó una parte de la escuadra contra los Acarnanios, que fueron sitiados en Leucata; en la Grecia propia, le hizo dueño de Tebas un ardíd de guerra, y habiendo ya caido su capital, entraron los Beocios por la fuerza, y de nombre al ménos, en la liga

contra Macedonia. Era un acontecimiento muy favorable el haber cortado de este modo las comunicaciones entre Calcis y Corinto. Flaminio podia ya marchar hácia el Norte y dar allí un golpe decisivo. Obligado en la expedicion anterior el ejército romano á mantenerse en un país enemigo y desierto, habia encontrado obstáculos insuperables. En la actualidad, marchaba apoyado en la escuadra que iba á la vista de la costa, y le llevaba víveres enviados de África, de Sicilia y de Cerdeña. La hora del combate sonó antes de lo que creia el general romano. Siempre impaciente y confiado en sí mismo, no quiso Filipo esperar que su adversario llegase á la frontera; reunió todo su ejército en *Dium*, se dirigió á Tesalia por los desfiladeros de Tempo, y encontró á Flaminio que habia ya llegado á la region de *Escotusa*.

Batalla de Cinocefalas.—Reforzado el ejército romano con los contingentes de los Apolonios, de los Atamanios, de los Cretenses, de Nabis, y sobre todo con un fuerte destacamento de Etolios, venia á ser igual en número al ejército de Filipo; pero la caballería de Flaminio era superior á la del Rey. El tiempo estaba lluvioso. De repente, y sin haberlo siquiera previsto, chocó la vanguardia romana con la de los Macedonios, delante de Escotusa (en la llanura de *Karadagh*). Los Macedonios ocupaban una altura escarpada que se elevaba entre los dos campamentos, y conocida con el nombre de *Cinocefalas* (*Cabezas de perro*). Rechazados á la llanura, volvieron los Romanos á la carga con tropas ligeras y los excelentes escuadrones de la caballería etolia. Arrollan á su vez á la vanguardia de Filipo, persiguiéndola hasta la altura. Pero habiéndole llegado de refuerzo toda la caballería macedonia y una parte de la infantería ligera, los Romanos, que

habian avanzado imprudentemente, perdieron mucha gente. Ya retrocedian en desórden hácia su campamento; pero la caballeria etolia sostuvo valerosamente el combate en la llanura, y dió á Flaminio tiempo para acudir con sus legiones, colocadas precipitadamente en órden de batalla. El Rey, por su parte, cediendo á los gritos y al ardor de sus tropas victoriosas, dispuso la continuacion del combate. Ordena con gran prisa sus tropas, y marchó á este improvisado campo de batalla, en el que una hora antes no pensaban ni los generales ni los soldados. Tratábase de volver á ocupar la altura de Cinocefalas, desguarnecida en este momento. El ala derecha de la falange, que mandaba el Rey en persona, llegó la primera y colocó sus líneas en buen órden: aun venia muy lejos el ala izquierda, cuando ya las tropas ligeras, rechazadas por los Romanos, subian precipitadamente la colina. Las reúne inmediatamente Filipo, las ordena, y las hace marchar adelante al lado de la falange; y, sin esperar la otra mitad de ésta, que conducia más lentamente Nicanor por la izquierda, dióles órden de precipitarse, lanza en ristre, sobre las legiones, mientras que la infanteria ligera, puesta ya en órden y desplegándose, debia ir á envolver á los Romanos y atacarlos por el flanco. El choque de la falange, que bajaba de la colina, fué irresistible, é hizo retroceder la infanteria romana, cuya ala derecha se declaró en derrota. En vista del movimiento del Rey, aceleró Nicanor el suyo; pero con la rapidez de la marcha estaban mal formadas las filas. Mientras que las primeras que llegaron habian abandonado ya la colina para unirse á la derecha victoriosa, y corrian tumultuosamente sobre un terreno cuya desigualdad aumentaba el desórden de los batallones de Filipo, la retaguardia no habia aún acabado

de subir. Sacando inmediatamente partido de la falta del enemigo, el ala derecha de los Romanos atacó y deshizo sin trabajo las tropas que ante sí tenía. Solo los elefantes que iban en primera línea, hubieran bastado para rechazar á los Macedonios de Nicanor. Siguió á esto una terrible matanza; durante este tiempo, reuniendo un oficial romano veinte Manípulos, se arrojó á su vez sobre la derecha de Filipo, que se habia alejado demasiado en persecucion del ala izquierda de Flaminio, dejando á su espalda toda la derecha del ejército romano. Cogidos así por retaguardia, no podian defenderse los falangitas, y este movimiento de los Romanos puso inmediatamente fin al combate. Rotas así las falanges, fueron completamente destruidas, quedando en el campo ó en poder del vencedor 13.000 Macedonios. Hubo, sin embargo, más muertos que prisioneros, pues los Romanos no sabian que al levantar sus *sasiras*, significaban los Macedonios que se entregaban. Por parte de los Romanos no fueron grandes las pérdidas. Filipo huyó á *Larisa*, en donde quemó todos sus archivos, para no comprometer á nadie; despues, evacuando la Tesalia, volvió á entrar en Macedonia. Al mismo tiempo, como si no fuese bastante aquel desastre, llevaban los Macedonios la peor parte en todos los países por ellos ocupados. En Caria, batieron los Rodios las tropas del enemigo, y las obligaron á encerrarse en *Extratonicea*; en Corinto fué rechazada la guarnicion con grandes pérdidas por *Nicostrato* y sus Aqueos, y en Acarnania fué tomada por asalto *Leucata*, despues de una heroica resistencia. Filipo habia sido en todas partes completamente vencido. Sus últimos aliados, los Acarnanios, se unieron á la liga al recibir la nueva de la desgraciada batalla de Cinocefalas.

Preliminares de paz.—Los Romanos podían dictar condiciones para la paz, pero no abusaron de su fuerza. Podían aniquilar al antiguo reino de Alejandro, y así se lo pedían los Etolios en sus conferencias. Pero al hacer esto, ¿no destruirían la muralla que protegía la civilización griega entre los Tracios y los Galos? Ya, durante la guerra que acababa de terminar, había sido devastada y arrasada por los primeros la floreciente *Lisimaquia*, en el Quersoneso de Tracia; esta era una severa advertencia. Flaminio, cuyas miradas penetraban hasta el fondo de las tristes discordias de los Estados griegos, no podía consentir que los Romanos se hicieran los ejecutores de los rencores Etolios. Al mismo tiempo que sus simpatías helenistas lo conducían hacia el inteligente y, algunas veces, caballeresco Rey de Macedonia, se sentía herido en su orgullo de Romano por la fanfarronería de aquellos Etolios que se proclamaban los «vencedores de Cincefalas.» Respondíales que los Romanos no acostumbraban á aniquilar al enemigo vencido, y que después de todo les dejaban obrar por su cuenta y acabar, de este modo, con Macedonia si se encontraban con fuerzas para ello. Por otra parte, guardó muchos miramientos para con el Rey, y habiendo dicho éste que estaba dispuesto á suscribir las condiciones que antes había rechazado, le concedió una tregua mediante el pago de una suma determinada, y la entrega de rehenes, entre otros á su hijo Demetrio. Esta tregua no pudo venir más á punto, y Filipo la aprovechó para arrojar del reino á los Dardanos.

Paz con Macedonia. La Grecia libre.—La conclusión definitiva de la paz y el arreglo de los asuntos de Grecia fueron confiados por el Senado á diez comisarios, de que Flaminio era el alma y la cabeza. Filipo obtuvo condiciones análogas á las que se habían impuesto á

Cartago. Perdió todas sus posesiones del exterior, en Asia Menor, en Tracia, en Grecia y en las islas del mar Egeo. Conservó toda la Macedonia, excepto algunos cantones sin importancia, y la region de Oréstides, declarada independiente, cesion que le fué la más dolorosa. ¿Pero podian los Romanos, conociendo su carácter ardiente é irascible, restituírle, con el poder absoluto, súbditos que desde un principio habian hecho defecion? Comprometiase además la Macedonia á no contraer sin conocimiento de Roma una alianza exterior; á poner guarnicion más allá de la frontera; á no hacer la guerra contra ningun otro Estado civilizado, y particularmente contra un aliado de la República, y por último, á no poner más de 5.000 hombres sobre las armas, á no tener elefantes ni más de cinco buques de guerra; entregando los demás á los Romanos: así lo exigian las cláusulas del tratado. Filipo entró en la sinmaquía romana, obligado como estaba á enviar su contingente á la primera exigencia. En efecto, al poco tiempo se vió á los soldados de Macedonia combatir al lado de las legiones. Pagó además á la República una contribucion de 1.000 talentos (unos seis millones de pesetas). Humillada la Macedonia y reducida á la impotencia política, y no teniendo más fuerzas que las necesarias para servir de barrera contra los Bárbaros, faltaba arreglar las posesiones abandonadas por Filipo. En este mismo tiempo, aprendian los Romanos á costa suya en las guerras de España que no hay nada tan inseguro como el provecho de las conquistas transmarítimas. No habian hecho la guerra á Filipo para conquistar otro nuevo territorio. No reservándose parte en el botin, impusieron la moderacion á sus aliados, y se resolvieron á proclamar la independenciam de todos los pueblos griegos sobre que Filipo habia reinado. Fla-

minio recibió la mision de mandar que se leyese el decreto de libertad ante los Helenos reunidos con ocasion de los *juegos istmicos* (año 558). Los hombres serios debieron preguntarse si la libertad es un bien que se da; si la libertad significa alguna cosa, sin la unidad nacional. No importa: la alegría fué grande y sincera, como lo era tambien la intencion con que se habia dictado el senado-consulta (1).

Escodra. Engrandecimiento de la liga Aquea. Los Etolios.—Hubo, sin embargo, una excepcion á estas medidas generales. Las regiones ilirias, al Este de Epidamno, fueron abandonadas á *Pleuratos*, dinasta de Escodra, cuyo reino, humillado un siglo antes por estos mismos Romanos, que perseguian en él á los piratas del Adriático (p. 108), se convirtió en uno de los más considerables entre los pequeños Estados de este país. En la Tesalia Occidental se dejaron á *Aminandro* algunas pequeñas localidades: por último, en reparacion de sus muchos infortunios, en recompensa de sus cortesias misivas y de sus innumerables acciones de gracias, recibió Atenas las islas de *Paros*, de *Esciros* y de *Imbros*. No hay que decir que los Rodios recobraron sus posesiones de Caria, y que Egina quedó por los de Pérgamo. Los demás aliados no obtuvieron más recompensa que el aumento indirecto que resultó de la agregacion de algunas ciudades, declaradas libres, á sus diversas confederaciones. Los Aquos fueron los que mejor salieron, por más que habian sido los últimos en tomar las armas contra Filipo. Merecian este honor, porque,

(1) Existe todavía una *estatera* de oro con la cabeza de Flaminio y la inscripcion "T. Quincti (us)." Debió ser acuñada sin duda alguna en el curso de la administracion del *libertador de la Grecia*. El empleo de la lengua latina era una adulacion fina y característica.

entre todos los Griegos, eran los que constituian el Estado mejor ordenado y más digno de estimacion. Su liga se engrandeció con todas las posesiones que Filipo tenia en el Peloponeso y en el istmo, sobre todo con la anexion de Corinto. A los Etolios se guardaron pocas consideraciones: se les concedió permiso para anexionar á su sinmaquia las ciudades de la Fócida y de la Lócrida: exigian además la Acarnania y la Tesalia; pero sus esfuerzos fracasaron ó ante una rotunda negativa ó dilatándolo indefinidamente. Las ciudades Tesalianas se dividieron en cuatro pequeñas federaciones independientes. La liga de las ciudades rodias se aprovechó de la emancipacion de *Tasos*, de *Lemnos* y de las ciudades de Tracia ó del Asia Menor.

Guerra contra Nabis.—La organizacion interior de la Grecia se complicaba con las dificultades inherentes á cada pueblo, y con las que surgian de Estado á Estado. El asunto que más urgía arreglar era la cuestion entre los Aqueos y los Espartanos. La guerra ardia allí desde el año 550 (204 antes de J. C.), y fué necesario que Roma interviniese. En vano Flaminio intentó convencer á Nabis que hiciera algunas concesiones, que restituyera, por ejemplo, á los Aqueos la ciudad federal de Argos, que Filipo le habia entregado. El jefe de bandoleros se resistió á todas las instancias. Contaba con la cólera mal disimulada de los Etolios contra Roma, ó con una irrupcion de los ejércitos de Antioco en Europa; en suma, se negó rotundamente. Fué necesario que Flaminio en una gran asamblea de todos los Griegos convocados en Corinto, declarase la guerra á aquel Príncipe testarudo y entrase, apoyado por su escuadra, en el Peloponeso, á la cabeza de los Romanos y de los aliados, á los que iban unidos el contingente enviado por Filipo, y una division de emi-

grados Laconios bajo el mando de *Agésipolis*, Rey legítimo de Esparta (año 559).

Pusiéronse en campaña 50.000 hombres, á fin de exterminarle en el primer encuentro. Despreciando las plazas ménos importantes, fué Flaminio directamente á atacar la capital, pero sin el éxito decisivo é inmediato que buscaba. Nabis tenia tambien un ejército considerable (15.000 hombres por lo ménos de los que 5.000 eran mercenarios). Habia inaugurado el régimen del terror, mandando al suplicio á todos los oficiales ó habitantes sospechosos. Obligado á ceder ante la escuadra y el ejército romanos, aceptó las condiciones, por lo demas favorables, que le ofrecia Flaminio: pero el pueblo, ó mejor dicho, los bandidos llamados por él á Esparta, no quisieron la paz. Temian, no sin razon, que despues de la victoria de los Romanos, serian todos condenados á muerte. Engañados por las mentiras obligadas del tratado de paz, y por el falso rumor de la llegada de los Etólios y de los Asiáticos, apelaron á las armas; la batalla se empeñó bajo los mismos muros de Esparta. Dióse inmediatamente el asalto, y los Romanos se apoderaron de la plaza. Pero de repente se declaró un violento incendio en todas las calles y los obligó á retroceder... Por último, cesó toda resistencia.

Medidas tomadas en Esparta.—Dejóse á Esparta su independencia, y no se la obligó á recibir á los emigrados ni á entrar en la liga aquea. Respetóse la constitucion monárquica del Estado, y hasta el mismo Nabis continuó en el poder; pero fuéle necesario abandonar todas sus posesiones del exterior, á Argos, Mesene, las ciudades cretenses y toda la costa; comprometerse á no contraer alianzas fuera de Grecia, á no declarar la guerra, á no tener escuadra, á restituir, en fin, todas

sus presas, á dar rehenes á los Romanos y á pagarles un tributo. Dióse á los emigrados las ciudades de la costa de Laconia, y tomando el nombre de «Laconios libres,» por oposicion á los Espartanos regidos monárquicamente, entraron en la confederacion Aquea. No les fueron devueltos sus bienes; pero se les asignaron tierras como indemnizacion, y se estipuló ademas que sus mujeres é hijos, detenidos hasta entonces en Esparta, quedaran libres para ir á unirse con ellos. En todos estos arreglos ganaban los Aqueos á Argos y los Laconios libres. Creyeron, sin embargo, que esto no era bastante, y hubieran querido ademas la expulsion del odioso y temible Nabis, la reintegracion pura y simple á los emigrados, y la incorporacion de todo el Peloponeso á la liga. Pero todo hombre imparcial reconocerá que en medio de tantas dificultades, y en medio de este conflicto de pretensiones exageradas é injustas, obró Flaminio con la justicia y moderacion que permitian las circunstancias. Habiendo entre los Espartanos y los Aqueos un ódio antiguo y profundo, obligar á Esparta á entrar en la confederacion, equivalía á entregarla á sus enemigos; la equidad y la prudencia se oponian á ello. La vuelta de los emigrados y la restauracion de un régimen abolido hacia veinte años, hubiera sido reemplazar un terror por otro; el término medio adoptado por Flaminio, por lo mismo que no satisfacía á ninguna de las partes, era tambien el mejor. Proveíase por último, á lo más esencial, dando fin al bandolerismo de los Espartanos, así por tierra como por mar. Si el Gobierno actual no obraba bien, solo perjudicaba á los suyos. Y ademas, ¿no era posible que Flaminio, que conocia perfectamente á Nabis, y sabia mejor que nadie cuán de desear era su destruccion, se hubiese abstenido sin embargo de llevarla á cabo, obligado co-

mo estaba á terminar á la mayor brevedad los asuntos de Grecia, y temiendo comprometer la gloria y la influencia del éxito adquirido en posibles complicaciones de una nueva revolucion? ¿No estaba en interés de Roma mantener en el Estado Espartano, un considerable contrapeso á la preponderancia de la Acaya en el Peloponeso? En realidad, la primera de estas consideraciones no era más que un detalle accesorio, y por lo que hace á Roma supongo que no llegaria hasta temer á los Aqueos.

Organizacion definitiva de la Grecia.—Exteriormente al ménos, se habia restablecido la paz entre los pequeños Estados griegos; pero el arbitraje de Roma se extendió hasta los asuntos interiores de las ciudades. Aun despues de la expulsion de Filipo, continuaron los Beocios haciendo demostraciones de sus sentimientos macedonios. Por exigencia suya habia autorizado Flaminió á sus compatriotas antes al servicio del Rey para que volviesen á entrar en su Pátria. Pero inmediatamente eligieron éstos para Presidente de su confederacion á *Braquilas*, el más decidido de los partidarios de la Macedonia, é indispusieron de muchos modos al general romano. Este se mostró desde luego excesivamente prudente: los Beocios de la faccion Romana, aterrados de la suerte que les esperaba, despues de la partida de Flaminió, tramaron una conspiracion para asesinar á Braquilas. Flaminió, á quien creyeron deber consultar ante todo, no les respondió que sí ni que no. Braquilas fué asesinado. No contento el pueblo con perseguir á los asesinos, acechó los soldados romanos que vagaban por la campiña, y asesinó más de 500. Era necesario pues obrar: Flaminió los condenó á pagar un talento por cada víctima; mas como no ejecutaran la orden, reunió precipitadamente sus tropas y sitió á Co-

ronca (558). Los Beocios volvieron á suplicar de nuevo, é intercediendo por los culpables los Aqueos y los Atenienses, los perdonó el Romano mediante una multa moderada. El partido macedonio continuó sin embargo al frente del Gobierno de este pequeño país, y los Romanos, con la longanimidad de los fuertes, los dejaron impunemente agitarse en su oposicion pueril. La misma moderacion y dulzura observó Flaminio, en el arreglo de los asuntos interiores, en el resto de la Grecia. Se contentó con que, en las ciudades que él habia proclamado libres, obtuviesen el poder los notables y los ricos pertenecientes á la faccion antimacedónica. Interesó á las comunidades en el éxito de la preponderancia romana, regalando al dominio público de cada ciudad todo lo que la guerra habia dado á Roma. Por último, en la primavera del año 560 (194 antes de J. C.), habia ya acabado su tarea. Reunió por última vez en Corinto los diputados de todas las ciudades griegas; los exhortó á usar moderada y sábiamente de la libertad que se les habia dado, y reclamó, como única recompensa de los beneficios de Roma, la entrega, en el término de treinta dias, de los cautivos italianos vendidos en Grecia durante las guerras con Anníbal. Evacuó en seguida las últimas plazas que aún tenían guarnicion romana, Denetriade, Calcis y otras de ménos importancia que dependian de ésta, y por último la Acrocorinto; y dando con los hechos un solemne mentís á los Etolios, que aseguraban que los Romanos habian sustituido á Filipo como carceleros de la Grecia, se reembarcó con todas las tropas italianas y con los cautivos devueltos, y entró de nuevo en su Pátria.

Resultado.—Fuera de una mala fé culpable, ó de un ridículo sentimentalismo, es necesario reconocer que, al proclamar los Romanos la libertad de los Grie-

gos, lo nacian con sinceridad. Pero si de su plan grandioso no ha salido más que un mezquino edificio, la falta no fué suya, sino de la irremediable disolucion moral y política de la nacion helinca. Verdaderamente era una cosa grande este llamamiento á la libertad por boca de una nacion poderosa, el brazo de Roma, haciendo sentir su benefica influencia sobre esta tierra en donde buscaba su Pátria primitiva, y el santuario de su más alto ideal! Era cosa grande haber librado á todas las ciudades griegas del yugo del extranjero, y haberles devuelto la independencia absoluta de su Gobierno nacional. Debemos compadecer á los que no han visto en esto más que un estrecho cálculo de la política. Sí, los cálculos de la política hacian posibles para Roma la emancipacion de la Grecia: pero para llegar de lo posible á la realidad, se necesitó en los Romanos, y ante todo en Flaminio, el impulso irresistible de una ardiente simpatía hácia el mundo helénico. Echase en cara á todos, y á Flaminio el primero, que, en esta circunstancia, no quiso tener en cuenta las justas inquietudes del Senado, de haberse dejado fascinar por el brillo mágico del nombre de Grecia! No consideraron su decadencia social y política; hicieron mal quizá en dar de repente libre campo á aquellas repúblicas incapaces de conciliar y dominar todos los elementos antipáticos que en su seno se agitaban, incapaces de mantener la tranquilidad y la paz! En tal estado de cosas, exigia más bien la necesidad que se pudiese fin en buen hora á esa libertad miserable y degradante, y que se impusiera sin tardanza la dominacion durable de la República, fatalmente implantada por el curso de los acontecimientos en el suelo de la Grecia. Con todos los miramientos de una humanidad afectada, hacia la política sentimental más daño á los Helenos que la peor

de las ocupaciones territoriales. Véase el ejemplo de Beocia. Roma debió aquí, si no provocar, tolerar al ménos el asesinato; ¿y por que? Porque estaba decidido que las legiones se reembarcasen y no era posible impedir á la faccion romana que se defendiese con las armas usadas en el país.

No tardó Roma en pagar muy caro las medidas á medias de su política. Sin el error generoso de la emancipacion de la Grecia, no hubiera tenido sobre sí desde el dia siguiente, la amenaza de la guerra con Antioco: tampoco hubiera sido ésta peligrosa, sin la falta militar de retirar las guarniciones romanas de todas las principales fortalezas que dominaban en esta punta frontera de Europa. Desarregladas aspiraciones hácia la libertad, ó generosidad mal entendida; ¡poco importa! ¡En pos de toda falta nos muestra la historia la infalible Némesis!

CAPÍTULO IX.

GUERRA CONTRA ANTIOCO EN ASIA.—Antioco el Grande. Primeras dificultades con Roma.—Antioco se dispone para la guerra.—Gestiones de los coaligados contra Roma.—Ruptura entre Antioco y los Romanos.—Potencias secundarias.—Cartago y Anníbal.—Estados del Asia Menor. Macedonia.—Pequeños Estados griegos.—Antioco en Grecia. Llegada de los Romanos.—Batallas de las Termópilas. Los Romanos dueños de Grecia. Resistencia de los Etolios.—Guerra por mar y preparativos de desembarco en Asia. Expedición al Asia.—Los Romanos pasan el Helesponto.—Batalla de Magnesia. Conclusion de la paz.—Expedición contra los Celtas del Asia Menor. Arreglo de los asuntos de Asia Menor.—Siria.—Las ciudades libres griegas.—Engrandecimiento del reino de Pérgamo.—Arreglo de la Grecia. Combates y paz con los Etolios.—Macedonia.—Los Aqueos. Los Patriotas de la Acaya. Lucha entre los Aqueos y los Espartanos.—Muerte de Anníbal.—Muerte de Escipion.

Antioco el Grande. Primeras dificultades en Roma.—Desde el año 531 (223 antes de J. C.) ceñía el Rey Antioco III, nieto del fundador de su dinastía, la diadema de los *Seleucidas*. Hacia nueve años que había subido al Trono; el mismo tiempo que Filipo. En sus primeras expediciones á Oriente, había mostrado bastante actividad y empeño para que sus cortesanos pudiesen darle, sin que fuera una cosa ridícula, el título de Grande. La molicie ó la cobardía de sus adversarios, sobre todo del *Egipcio Filopator*, sirvieron á sus propósitos mucho mejor que sus propios talentos, pudiendo en

cierto modo reconstituir la integridad de la monarquía asiática, y reuniendo por primera vez bajo su centro las satrapías de *Media* y de *Partia*, así como el Estado independiente, fundado tiempo há por los Aqueos en el Asia Menor aquende el Tauro. Había además intentado arrancar á Egipto la provincia de la costa de Siria, cuya posesion anhelaba. Pero en el mismo año de la batalla del lago Trasimeno (537), le hizo sufrir Filopator una sangrienta derrota en Rafiá (1), prometiendo el Sirio no volver á comenzar la lucha mientras hubiera un hombre sobre el trono de Alejandría, por más que fuese débil y abandonado. Pero habiendo muerto Filopator en el año 549 (205 antes de Jesucristo), pareció que había llegado el momento de acabar con Egipto. Con este objeto se asoció el Rey de Asia con Filipo, y mientras que éste atacaba las ciudades del Asia Menor, se arrojó aquel sobre la *Celesiria*. Intervinieron los Romanos, y creyeron que el Sirio haría contra ellos causa comun con el Macedonio. Las circunstancias, su tratado de alianza, todo se lo imponía; pero Roma atribuía á Antioco miras demasiado grandes y prudentes. Lejos de rechazar con todas sus fuerzas la inmixtion de los Romanos en los asuntos de Oriente, se figuró el Rey que podría sacar gran ventaja de la derrota de su aliado por los Romanos, derrota que no era difícil prever. Quiso llevarse toda la presa que había convenido dividir con el Macedonio. A pesar de los estrechos lazos que unían á Roma con Alejandría y su Rey menor, no tuvo el Senado la veleidad de hacerse *protector* del heredero de los Tolomeos nada más que en nombre. Firmemente decidido á no entrar en la red de las complicaciones asiáticas

(1) En los confines de Siria y de Egipto, no lejos de Gaza.

sino en último extremo, asignando por límites á los dominios de Roma las columnas de Hércules, por una parte, y el Helesponto por la otra, dejó obrar al Gran Rey. Conquistar el Egipto, era cosa más fácil de decir que de hacer, y además quizá no pensase Antioco seriamente en ello. En cambio se apoderó éste de todas las posesiones exteriores de Egipto, sometiendo unas en pós de otras las ciudades de Cilicia, Siria y Palestina. En el año 556 (198 antes de J. C.) consiguió una gran victoria al pié del *Panion*, no lejos de las fuentes del *Jordan*, sobre el general egipcio *Scopas*. Este triunfo le hizo dueño de todo el territorio que se extiende hasta la frontera propia de Egipto. Alarmados los tutores del Rey niño, solicitaron la paz, que sellaron con los esponsales de su Soberano con una hija del Rey de Asia. Antioco habia conseguido su primer objeto. En el año siguiente, y en el momento en que Filipo iba á ser vencido en Cinocéfalas, se dirigió contra el Asia Menor con una escuadra de 200 buques, y comenzó la ocupacion de todos los establecimientos de la costa del Sur y del Oeste, pertenecientes antes á Egipto, y que sin duda se los habia cedido éste en la paz, por más que estuviesen en poder de Filipo, así como habia tambien renunciado á todas sus demás posesiones en el exterior. Antioco aspiraba ya á someter á su imperio todos los Griegos del Asia Menor. Al mismo tiempo reunió en *Sardes* un ejército poderoso. De este modo se ponía indirectamente en contacto con los Romanos, que habian impuesto á Filipo la condicion de retirar sus guarniciones de las plazas del Asia Menor, y dejar á los Rodios y á Pérgamo intactos sus territorios, y no tocar á las constituciones particulares de las ciudades libres. Hoy se habia convertido Antioco, como lo era antes Filipo, en

el enemigo comun; Atalo y los Rodios se veian expuestos á los graves peligros cuya inminencia los habia obligado pocos años antes á sostener la guerra con el Macedonio. Esforzaronse, como era natural, en interesar á los Romanos en esta nueva guerra, como los habian interesado en la que habia apenas terminado. Desde el año 555 á 556 habia pedido Atalo socorros á sus aliados de Italia contra el Rey de Asia, que se habia arrojado sobre sus Estados, mientras que las tropas de Pérgamo luchaban en Grecia al lado de los Romanos. Más enérgicos que éste, viendo los Rodios, en la primavera del año 557 que la escuadra de Antioco se dirigia á las costas del Asia Menor, le hicieron saber que considerarian como declarada la guerra, si sus naves pasaban las islas *Chelidonias* (en la costa de *Licia*) (1). Marchando Antioco adelante, animados por la nueva de la batalla de Cinocefalas, rompieron inmediatamente las hostilidades y pusieron á cubierto contra toda agresion las importantes ciudades de *Caria*, *Cau-nos*, *Alicarnaso*, *Mindos*, así como tambien la isla de *Samos*.

Entre las ciudades semi-libres, se habian sometido la mayor parte, pero algunas, como la gran ciudad de *Esmirna*, *Alejandro de Troade* y *Lampsaca*, al saber la derrota de Filipo, habian recobrado el valor, amenazaban resistir al Sirio y unian sus instancias á las de los Rodios para con Roma. No podia dudarse de los designios de Antioco, si es que éste era capaz de tomar una resolucion y persistir en ella. No se contentaba ya con las posesiones asiáticas de Egipto, queria ade-

(1) Hoy cabo é islas *Chelidonia* al Sur Oeste del golfo de *Adalia*.

más hacer conquistas en el continente europeo, y tenía que venir forzosamente á las manos con Roma, aun sin buscar la guerra de un modo directo. El Senado estaba, pues, en perfecto derecho dando oídos á las súplicas de sus aliados é interviniendo inmediatamente en Asia. Mientras tuvo sobre sí la guerra de Macedonia, fué dando largas á las cosas, y no prestó á Atalo más apoyo que el de una intervencion puramente diplomática, si bien fué eficaz. Despues de la victoria, se ocupó tambien de las ciudades que habian pertenecido á Tolomeo y despues á Filipo, y declaró que Antioco no debía pensar en apoderarse de ellas. Se ha visto en los mensajes enviados al Gran Rey, reservar expresamente la libertad de las ciudades asiáticas de *Abidos*, *Cius* y *Mirina*. Pero esto no pasó de palabras; y Antioco, aprovechándose de la partida de las guarniciones macedonias, se apresuró á poner en su lugar las suyas. Roma no se movió y hasta permitió un desembarco en Europa en el año 558, avanzar por el Queroneso de Tracia, ocupar á *Sestos* y á *Maditos*, consagrar muchos meses en el castigo de los Bárbaros del país y en la reconstruccion de *Lisimaquia*, de la que hizo su principal plaza de armas y la capital de la nueva Satrapia, llamada *Tracia*. Ocupado aun Flaminio en los asuntos de Grecia, le envió á Lisimaquia diputados exigiendo la integridad del territorio egipcio y la libertad de todos los Griegos. ¡Embajada inútil! El Rey invocó, como siempre, sus derechos incuestionables sobre el antiguo reino de Lisimaco, conquistado por su abuelo Seleuco: «no es un nuevo país lo que quiere conquistar, dice, sino restaurar en su integridad el imperio de sus ascendientes, y no puede consentir la intervencion de Roma en sus cuestiones con las ciudades sujetas de Asia.» Hubiera además podido decir, y

no sin apariencia de razon, que habia hecho ya la paz con Egipto y que faltaba á los Romanos hasta un pretesto (1). Pero de repente se volvió el Rey al Asia. Llamábale allí la falsa nueva de la muerte del jóven rey de Egipto, y el proyecto que concibió inmediatamente de un desembarco en la isla de Chipre ó en la misma Alejandría. Interrumpiéronse las conferencias con Roma, sin haber estipulado nada definitivo, y por consiguiente, sin ningun resultado material. Al año siguiente (559), volvió Antioco á Lisimaquia al frente de una escuadra y de un ejército numeroso, y volvió á emprender la organizacion de la Satrapia, que destinaba á su hijo Seleuco. Encontróse en Efeso con Annibal, que iba fugitivo de Cartago: lo acogió con grande agasajo, y los honores excepcionales que tributó al grande hombre equivalia á una delaracion de guerra á Roma.

Sea como quiera, desde la primavera del año 560, retiró Flaminio de la Grecia, como ya hemos dicho, todas las guarniciones romanas. Torpeza insigne en las circunstancias actuales, ya que no medida culpable, puesto que se obraba con pleno conocimiento de causa. Vése en efecto muy claramente que, para poder llevar á Roma las palmas de una completa victoria y el honor aparente de la libertad dada á la Grecia, se contentó Flaminio con cubrir superficialmente el fuego no extinguido de la insurreccion y de la guerra. Como

(1) Si nos atenemos al testimonio formal de Jerónimo, que coloca en el año 556 los esponsales de la Siria Cleópatra con Tolomeo Epífanes, las indicaciones suministradas por Tito Livio (33, 40) y por Apiano (Sirio, 3), y del matrimonio consumado en 561, resulta, sin ningun género de duda, que la inmixtion de los Romanos en los asuntos de Egipto en el Asia Menor, no era en manera alguna motivada.

hombre de Estado, quizá tuviera razon para considerar como una falta todo conato de sujecion directa de Grecia y toda inmixtion de Roma en los asuntos de Asia: pero, ¿era posible dejarse seducir por los síntomas que en la actualidad presentaba la cuestion? La agitacion de los partidos de oposicion en Grecia, la loca y necia jactancia de los Asiáticos, la llegada al campo sirio del irreconciliable enemigo que antes habia dirigido contra Roma las armas de Occidente, ¿no presagiaba todo esto la inminencia de un nuevo levantamiento del Oriente helénico, con el fin de arrancar la Grecia á la clientela de Roma, y colocarla exclusivamente en la de los Estados hostiles á los Romanos, y, una vez conseguido, ir aún más léjos? Roma no podia tolerar que las cosas llegasen á este estado. En este tiempo, Flaminio ciego ante los signos precursores de la guerra, retiraba de Grecia las guarniciones romanas, y hacia al mismo tiempo que notificasen al gran Rey las exigencias de la República, sin tener intencion de apoyarlas con el envio de tropas. Por último, hablando mucho y haciendo poco, olvidaba su deber de general y de ciudadano, para no atender más que á su vanidad personal. Todo esto hubiera estado muy bien con tal que hubiese podido dar la paz á Roma, y la libertad á Grecia en ambos continentes.

Antioco se prepara para la guerra.—El gran Rey se aprovechó del respiro inesperado que se le daba en el interior y en el exterior con sus vecinos; fortificó su posicion antes de comenzar la guerra que tiene resuelta, y que prepara con tanta más actividad cuanto más parece vacilar su enemigo. Hizo que se efectuase el matrimonio del jóven rey de Egipto con su hija Cleópatra (año 561) tiempo há convenido. Los Egipcios sostuvieron despues que en esta ocasion prometió á su

yerno la restitucion de las provincias que habia arrebatado al reino de Alejandria; pero esta asercion me parece inverosímil. De hecho, los países conquistados continuaron unidos al imperio Sirio (1). Ofreció á Eumenes, que á la muerte de su padre Atalo subió al trono de Pérgamo (año 557), devolverle las ciudades conquistadas: ofrecióle tambien en matrimonio una de sus hijas, á condicion de que abandonase la alianza de Roma. Por último, casó á otra hija con *Ariato*, Rey de Capadocia, se atrajo á los Galatas con ricos presentes, y dominó con las armas á los Pridios y otros pequeños pueblos que se hallaban en un continuo estado de insurreccion. Concedió extensos privilegios á los Bizantinos, y en cuanto á las ciudades griegas del Asia Menor, dijo que respetaria la independenciam de las antiguas ciudades libres, como Rodas y Ciziquia, y que en las demás se contentaria con el reconocimiento de una soberanía puramente nominal, y hasta añadió que estaba dispuesto á someterse en esto al arbitrio y decision de los Rodios. En la Grecia de Europa estaba seguro del concurso de los Etolios, y esperaba hacer que Filipo volviera á tomar las armas. Dió su Real aprobacion á los planes de Anníbal que se le habian sometido. Pondria á su disposicion una escuadra de 100 buques, un ejército de 10.000 hombres de á pié y 1.000 caballos para ir á Cartago y volver á encender de nue-

(1) Tenemos el testimonio formal de Polibio (28, 1), confirmado además por la historia ulterior de Judea. Eusebio se engaña cuando hace á *Tolomeo Filopator* dueño de Siria. En el año 567, vemos á los arrendadores de rentas sirios traer á Alejandria lo recaudado (Josefo 12, 4); pero no podia ser que la dote de Cleópatra se fijase sobre estas rentas, sin que afectase en nada á los derechos de soberanía? Aquí está toda la dificultad.

vo la guerra, y hasta para hacer un segundo desembarco en Italia. Expidieronse emisarios tirios á Cartago, á fin de preparar el nuevo levantamiento. Contábase además con la insurreccion que ardia en toda España cuando Anníbal habia salido de su pátria.

Manejos de los coaligados contra Roma.—De este modo venia preparándose una gran tormenta contra Roma; pero, como siempre, fueron los Helenos los más impotentes entre sus enemigos llamados á tomar parte en la empresa, los que acreditaron una febril impaciencia. Los Etolios, en su irascibilidad y fanfarronería, llegaron á creer que solo ellos, y no Roma, habian vencido á Filipo. No esperaron siquiera la llegada de Antioco á Grecia. Nada caracteriza mejor su política que la respuesta que dió su estrategia á Flaminio, cuando éste les decia que declarasen francamente la guerra á Roma: «Esta declaracion la haré yo personalmente, yendo á acampar en las orillas del Tiber, al frente del ejército etolio!» Los Etolios se consideraron como el fundamento del Rey de Siria en Grecia; pero engañaron á todo el mundo: á Antioco, haciéndole creer que todos los Griegos veian en él su libertador y le esperaban con los brazos abiertos; á los Griegos ó á aquellos al ménos que les prestaban oido, diciéndoles que estaba próxima la llegada del Rey, lo cual era completamente falso. De este modo influyeron sobre el ciego amor propio de Nabis, que, declarándose inmediatamente, volvió á encender la guerra, dos años despues de la partida de Flaminio, en la primavera del año 562 (192 antes de J. C.); pero su primer éxito condujo despues una catástrofe. Nabis se habia arrojado sobre *Gition*, una de las ciudades libres de *Laconia*, que el último tratado habia concedido á los Aqueos, y la tomado por asalto. Inmediatamente el hábil es-

tratega de Acaya, *Filopemen*, marchó contra él y lo derrotó cerca del monte *Barbostenes* (al Este de Esparta). El tirano entró apenas con la cuarta parte de sus soldados en los muros de su capital, en donde fué inmediatamente atacado. Prometiéndolo poco estos principios para atraer á Antioco á Europa pensaron los Etolios en hacerse dueños de Esparta, de Calcis y de Demetriade. Despues de estas importantes conquistas, no vacilaria ya el Rey. Contaban con apoderarse inmediatamente de Esparta. So color de llevar á Nabis refuerzos de contingentes federales, debia el Etolio *Alexamenes* penetrar en la ciudad con 1.000 hombres, deshacerse del tirano y ocupar su puesto. En un principio salió bien el complot: Nabis fué asesinado revisando sus tropas; pero habiéndose esparcido los Etolios por Esparta para robar, se reunieron los Lacedemonios y no dejaron uno vivo. Esparta aceptó entonces los consejos de Filopemen, y entró en la liga Aquea. Los Etolios sufrieron la suerte que se merecian: su empresa fracasó, y no hicieron más que promover la reunion de casi todo el Peloponeso con la faccion filo-romana. No fueron más felices en Calcis. El partido romano tuvo tiempo de llamar en su auxilio, contra el ejército etolio y los desterrados calcidios que servian en sus filas, á los ciudadanos de *Eretria* y *Caristos* de Eubea, que participaban de sus opiniones. No sucedió sin embargo lo mismo con Demetriade, pues los *Magnetas* que dominaban la ciudad, temian, no sin razon, que los Romanos la hubiesen prometido á Filipo, en premio de su cooperacion contra Antioco. Bajo el pretesto de acompañar á *Eurilocos*, jefe del partido anti-romano, que habia sido llamado á la ciudad, penetraron en ella algunos escuadrones de caballería etolia y la ocuparon. Parte de grado y parte por la fuerza,

los Magnetas se colocaron á su lado, y se hizo mucho ruido con este triunfo cerca del Seléucida.

Ruptura entre Antioco y los Romanos.—Antioco tomó su partido. La ruptura con Roma era cosa inevitable, cualquiera que fuesen los paliativos hasta entonces empleados, como embajadas ú otras vías dilatorias. Desde la primavera del año 561 (193 antes de J. C.), Flaminio que llevaba la alta direccion de los asuntos de Oriente, habia anunciado el *ultimatum* de la República á los embajadores reales *Menippo* y *Hegesianes*: «que Antioco desocupe inmediatamente la Europa y obre como le plazca en Asia, ó que conserve la Tracia, pero reconociendo el protectorado de Roma sobre Esmirna, Lampsaca y Alejandría de Troade.» En otra ocasion, al comenzar la campaña del año 562, se habian entablado negociaciones sobre la misma base en Efeso, en donde el Rey tenia su principal plaza de armas, y su residencia en Asia Menor. Los enviados del Senado, Publio Sulpicio y Publio Vilio, se retiraron sin poder llegar á un acuerdo. Por ambas partes se sabia que las dificultades no podian arreglarse ya amistosamente. Roma habia determinado declarar la guerra. En el estío de este mismo año apareció delante de Gition una escuadra italiana de 30 buques con 3.000 soldados á bordo, mandados por Aulo Antilio Sarrano, y bastó su presencia para activar la conclusion del tratado entre los Aqueos y los Espartanos. Pusieronse fuertes guarniciones en las costas orientales de Sicilia y de Italia para poder rechazar toda tentativa de desembarco, y se dispuso mandar en otoño un ejército á Grecia. Por órden expresa del Senado; estuvo recorriendo Flaminio toda la Hólada; deshaciendo todas las intrigas del partido hostil, y reparando como mejor pudo las consecuencias de su evacuacion prematura. En la

Etolia habian llegado las cosas hasta el punto de votar formalmente en plena Dieta la guerra contra Roma. Pero Flaminio pudo salvar á Calcis, poniendo en ella una guarnicion de 500 Aqueos y 500 Pergamianos, é intentó recobrar á Demetriade, en donde los Magnetas anduvieron vacilantes. En cuanto al Rey, ocupado en vencer la resistencia de muchas ciudades del Asia Menor, que hubiera querido poseer antes de emprender una guerra de mayores proporciones, no podia dilatar por más tiempo su desembarco en Grecia, sin dejar á los Romanos recobrar todas las ventajas que habian comprometido y perdido dos años antes, retirando demasiado pronto sus guarniciones del interior del país. El Rey reunió, pues, las tropas y la escuadra que tenia á la mano; y partió con 440 buques de guerra, 10.000 hombres de apié, 500 caballos y 6 elefantes; y dirigiéndose á Grecia por el Quersoneso de Tracia, llegó en otoño del año 562 á *Ptleon* sobre el golfo *Pegaseo*, ocupando inmediatamente la vecina ciudad de Demetriade. Casi al mismo tiempo desembarcaba en Apolonia un ejército romano de cerca de 25.000 hombres, mandado por el pretor *Marco Bebio*. La guerra habia comenzado por ambas partes.

Potencias secundarias.—¿Qué iba á ser de esa vasta coalicion formada contra Roma y á cuya cabeza queria ponerse Antioco? Este era el nudo de la cuestion.

Cartago y Annibal.—En cuanto á Cartago y á los enemigos sucitados á Roma en Italia, diremos en primer lugar, que Annibal, en la córte de Efeso, lo mismo que en todas partes, vió fracasar sus vastos y valerosos designios ante los pequeños cálculos de gentes viles y egoistas. Tal era la suerte de aquel grande hombre. No se hizo nada para ejecutar sus planes, que

solo sirvieron para comprometer á muchos patriotas de Cartago; pero esta misma ciudad no podia elegir, y se entregó incondicionalmente á Roma. La camarilla del gran Rey no queria á Annibal. Incomodaba su grandeza á los cortesanos, y recurrieron á los medios más viles: llegaron hasta acusar de conspirar secretamente con los enviados de la República á aquel «cuyo nombre servia en Roma á las madres para asustar á los niños.» Hicieron tanto y tan bien, que el *Grande Antiocho*, que como todos les Reyes débiles, se complacia en la mal llamada independencia de su genio, y se dejaba dominar tanto cuanto temia ser dominado, tomó la resolucion, muy prudente á sus ojos, de no ir á perder su gran figura en la gloriosa sombra del «huésped cartaginés.» Decidióse en gran consejo que no se diesén á Annibal más que misiones insignificantes, y que no se hiciese más que pedirle pareceres, aunque con el firme propósito, como era muy justo, de no seguirlos jamás. Annibal se vengó noblemente de todos aquellos miserables: en cualquier cosa que se le empleaba, daba un resultado maravilloso.

Estados del Asia Menor.—En Asia se mantuvo Capadocia por el gran Rey; pero *Prusias, Rey de Bitinia*, se puso, como siempre, al lado del más fuerte. Eumenes continuó siendo fiel á la política de su casa. Iba por último á encontrar su recompensa. No contento con rechazar hostinadamente las proposiciones de Antiocho, habia impelido á los Romanos á una guerra de la que esperaba el engrandecimiento de su reino. Tampoco abandonaron los Rodios y los Bizantinos á su antigua aliada. Por último, tambien Egipto se colocó á su lado ofreciendo municiones y hombres que los Romanos no quisieron aceptar.

Macedonia.—Pero la actitud del Rey de Macedo-

nia era la decisiva en Europa. Quizá la sana política aconsejase á Filipo olvidar lo pasado, todo lo que Antioco habia hecho ú omitido, y reunir sus armas con las del Gran Rey; pero no era por tales razones por las que Filipo acostumbraba á regirse. No obedeciendo más que á sus afecciones ó á sus antipatías, aborrecia mortalmente al infiel aliado que le habia dejado solo y expuesto á los golpes del enemigo comun, para apoderarse en detrimento suyo de una parte del botin, y que se habia convertido, con la conquista de Tracia, en un vecino incómodo. Por el contrario, los Romanos sus vencedores le habian guardado muchos miramientos y consideraciones. Antioco cometió además la doble falta de proteger á los indignos pretendientes al trono de Macedonia, y mandar que se enterrasen con toda pompa los huesos de los soldados macedonios que se encontraban en el campo de batalla de Cinocefalas: era esto una grave injuria que dirigia á Filipo. El fogoso Rey puso sin más todas sus fuerzas á disposicion de los Romanos.

Los pequeños Estados griegos. — Con la misma energía se habia pronunciado en su favor el segundo Estado de la Grecia, la liga Aquea. Entre las pequeñas Repúblicas solo dos quedaban fuera, la de los Tesalios y la de los Atenienses: entre estos últimos, contenia á los patriotas, muy numerosos por cierto, una guarnicion aquea que Flaminio habia colocado en la Acrópolis. Mucho trabajo costó á los Epirotas el no desagradar á unos ni á otros. En suma, Antioco no vió venir á él, fuera de los Etolios y de los Magnetas, á los que se habia unido una parte de los *Perreos*, sus vecinos, nada más que al débil Rey de los Átamanios, Aminandro, arrastrado por sus locas aspiraciones á la corona de Macedonia; á los Beocios, siempre domina-

dos por la faccion hostil á Roma, y á las Eleatos y Mesenios en el Peloponeso, que siempre estuvieron al lado de los Etolios contra la Acaya. Este era en verdad un auxilio muy pobre, y los Etolios, como para agregar el ridículo á la debilidad, acordaron dar al Gran Rey el título de general en jefe con poder absoluto en el mando. Como sucede generalmente, estaban engañadas ambas partes: en lugar de los innumerables ejércitos de Asia, no traia consigo Antioco más que una division igual apenas á un ejército consular; y en vez de ser recibido con los brazos abiertos por todos los Griegos y aclamarle su libertador, no vió llegar á él más que una ó dos hordas de *Kleftes*, y los ciudadanos de una ó dos ciudades.

Antioco en Grecia. Llegada de los Romanos. Batalla de las Termópilas.—Pero en Grecia se habia adelantado Antioco á los Romanos. Calcis, en donde los aliados de Roma habian puesto guarnicion, se negó á entregarse á la primera intimacion; pero al acercarse el Rey con todas sus tropas, le abrió sus puertas, y una division romana, que acudió demasiado tarde, fué aniquilada por Antioco delante de Delium. Eubea estaba perdida. Durante el invierno, habia el Rey dirigido, de acuerdo con los Etolios y los Atamanios, una expedicion á la Tesalia, y ocupó las Termópilas, tomando despues á Perea y otras ciudades; pero llegando Apio Claudio de Apolonia con 2.000 hombres, libertó á Larisa y se mantuvo en ella. Antioco, cansado ya de su campaña de invierno, estableció sus cuarteles en Calcis, haciendo allí una alegre vida, olvidando sus 50 años y la guerra que tenia sobre sí, y celebrando sus nuevas nupcias con una bella Calcidia. El invierno de 562 á 563 pasó sin hacer nada en Grecia, sino escribir y recibir comunicaciones. El Rey «hacia la guer-

ra con la pluma y la tinta,» según la expresión de un oficial romano. En los primeros días de la primavera desembarcó en Apolonia el Estado mayor del ejército romano. Su jefe era *Manio Acilio Glabrio*, hombre de nacimiento oscuro, pero vigoroso capitán y muy temido, así de sus enemigos como de sus soldados. El almirante de la escuadra era *Gayo Livio*. Entre los tribunos militares se contaba á *Caton*, que había dominado poco há la España, y *Lucio Valerio Flacco*; estos antiguos consulares, fieles á la tradición de los Romanos de otros tiempos, se creían honrados con entrar en el ejército como simples jefes de legion. Con ellos llegaron nuevos refuerzos de buques y soldados, caballería numida y elefantes enviados de Libia por Masinisa. El Senado los autorizó á pedir á los aliados italianos hasta 5.000 auxiliares. De este modo pudo pronto el ejército romano presentar 40.000 hombres en línea de batalla. El Rey había comenzado por una incursión en el país de los Etolios, y después había dirigido una expedición inútil á Acarnania. A la nueva del desembarco de Glabrio, volvió á su cuartel general para comenzar seriamente las operaciones; pero sufrió la pena de su negligencia y de la de sus altos funcionarios en Asia. ¡Cosa increíble! no había llegado ningun refuerzo, y permaneció impotente al frente del pequeño ejército que había traído consigo en otoño, diezmado además, durante el invierno, por las enfermedades y las deserciones, resultado de los desórdenes de Calcis. Los Etolios, que debían suministrarle innumerables soldados, cuando llegó la hora, no le dieron más que 4.000 hombres. Ya los Romanos operaban en la Tesalia, y su vanguardia, uniéndose con el ejército macedonio, arrojaba de las ciudades las guarniciones del Rey, y ocupaba el territorio de los Atamanios.

El cónsul siguió muy pronto con el grueso del ejército, que reunió bajo los muros de Larisa. Antioco no tenía más que un partido que tomar; el de volverse inmediatamente á Asia y ceder el campo á un enemigo desmesuradamente más fuerte. Lejos de esto, pensó en atrincherarse en las Termópilas, cuyas posiciones ocupaba, y esperar allí la llegada de sus refuerzos. Colocándose en la vía principal, ordenó á los Etolios guardar el sendero alto, por donde Gerges habian en otro tiempo sorprendido á los Espartanos. Pero los Etolios no obedecieron más que de un modo incompleto; en la mitad de su pequeño cuerpo de ejército, 2.000 hombres próximamente, se entró en la inmediata plaza de *Heráclea*, y no tomó parte en el combate nada más que intentando sorprender y saquear el campamento romano, mientras los dos ejércitos venian á las manos. Los situados en lo alto de la montaña tenian orden de defender aquel paso, y de observar los movimientos del enemigo. Caton les quitó las posiciones del *Calindromos*; y la falanje de los Asiáticos, atacada ya de frente por el cónsul, fué rota y destruida en pocos momentos por los Romanos, que se precipitaron sobre sus flancos desde lo alto de la montaña. Antioco no habia pensado en nada, ni aun en la retirada: su ejército pereció por completo en el campo de batalla ó en la huida.

Los Romanos dueños de la Grecia. Resistencia de los Etolios.—Solo algunos dispersos pudieron entrar en Demetriade: el Rey se volvió á Calcis con unos 500 soldados, en donde se embarcó inmediatamente para Efeso. Todas las posesiones de Europa estaban perdidas, excepto las ciudades de Tracia. No habia que pensar en defenderse. Calcis se rindió á los Romanos, Demetriade á Filipo. Además, y para indemnizarle de la restitución

de *Lamia*, en la *Pliotida Aquea*, que el Macedonio había sitiado y dejado despues á petición de Roma, le permitió que se apoderase, con las armas, de todas las ciudades de la Tesalia propia, de las de la frontera etolia, y del país de los *Dolopes* y de los *Aperanos*, que se habían declarado por Antioco. Todo el que en Grecia se había pronunciado en favor de éste, se apresuró á hacer la paz. Los Epirotas solicitaron el perdon por sus vacilaciones; los Beocios se entregaron á discrecion, y los Eleatas y Mesenios, estos últimos despues de alguna resistencia, se pusieron de acuerdo con la liga aquea. La prediccion que Annibal hizo al Rey se había cumplido á la letra. No podía ni debía confiarse en aquellos Griegos, siempre dispuestos á seguir al vencedor. Hasta los Etolios pidieron la paz: su pequeño ejército, encerrado en Heráclea, capituló despues de una obstinada defensa. Los Romanos estaban irritados; el cónsul les propuso durísimas condiciones; y habiéndoles enviado Antioco oportunamente una cantidad de dinero, recobraron su valor é hicieron frente al enemigo por espacio de dos meses en los muros de Naupacta. Reducida la plaza al último trance, iba á capitular ó á sufrir el asalto, cuando intervino Flaminio. Siempre deseoso de preservar las ciudades griegas de las desastrosas consecuencias de sus locuras, y de sacarlas de manos de sus rudos colegas, arregló á los Etolios una tregua. Durante algun tiempo descansaron las armas en toda Grecia.

Guerra marítima y preparativos de desembarco en Asia.—Roma, sin embargo, necesitaba trasladar al Asia el teatro de la guerra: empresa que parecía difícil, no tanto á causa del enemigo, como de la distancia y de las comunicaciones poco seguras entre Italia y el ejército. Ante todo, era necesario hacerse dueño de los

mares. Durante la campaña de Grecia, la escuadra romana habia tenido la mision de cortar las comunicaciones entre la Europa y el Asia Menor: en los dias de la batalla de las Termópilas habia tenido la suerte de coger cerca de Ándros un gran convoy que venia de Oriente. En la actualidad se ocupaba en preparar, para el año siguiente, el paso de los Romanos al otro lado del mar Egeo, y de expulsar de allí á los buques del enemigo. Estos se hallaban en el puerto de *Cisos*, en la parte Sur del promontorio jónico que avanza hácia *Quios*: los Romanos fueron allí á buscarlos; Gayo Livio llevaba á sus órdenes 75 buques de guerra italianos, 25 pergamianos y seis cartagineses. El almirante sirio *Polixénidas*, emigrado de Rodas, no tenia nada más que 70; pero como el enemigo iba á aumentar aun sus fuerzas con la de los Rodios, y contando Polixénidas con la excelencia de sus marinos de Sidon y de Tiro, aceptó el combate sin vacilar. Al comenzar éste, los Asiáticos echaron á pique uno de los buques cartagineses; pero en cuanto se llegó al abordaje y jugaron los *garfios*, la ventaja estuvo de parte de la bravura romana. Los asiáticos debieron á sus remos y á ser sus buques mucho más veleros, el no perder más que 23 de sus embarcaciones. En el momento en que perseguian á los vencidos, vieron los Romanos venir hácia ellos 25 velas rodias; tenian, pues, una gran superioridad en las aguas de Oriente. El enemigo se mantuvo encerrado en el puerto de Efeso. No pudiendo atraerle á que intentase una segunda batalla, se separaron los coaligados durante el invierno, y la escuadra romana se marchó al puerto de *Canea*, no lejos de *Pérgamo*. Por ambas partes se hacian grandes preparativos para la próxima campaña. Los Romanos se esforzaron en atraerse á los Griegos del Asia Menor; y

Esmirna, que habia resistido tenazmente al Rey cuando habia querido apoderarse de ella, los recibió con los brazos abiertos. Lo mismo sucedió en Quios, Samos, Eritrea, Clazomene, Focea y otras: en todas partes triunfaba el partido romano. Pero Antioco queria á toda costa impedir que pasase al Asia el ejército italiano. Extendió por todas partes sus armamentos marítimos; se aumentó y reforzó la escuadra estacionada en Efeso á las órdenes de Polisénidas, mientras que en Licia, en Siria, y en Fenicia, formaba Annibal una segunda, y reunió además en Asia Menor un poderoso ejército de tierra traído de todos los ángulos de su vasto imperio.

Desde los primeros meses del año 564 se puso en movimiento la escuadra romana. Gayo Livio dió orden de vigilar la escuadra asiática de Efeso á los Rodios, que llegaron á la hora convenida con 36 velas: despues se dirigió al Helesponto con las escuadras de Roma y de Pérgamo, y recibió la mision de apoderarse allí de algunas fortalezas que facilitasen el paso. Ya habia ocupado á Sestos, y Abidos estaba en el último trance, cuando de repente recibió la noticia de que la escuadra de Rodas habia sido derrotada. El almirante de ésta, *Pausistrates*, confiándose en las palabras de su compatriota, que amenazaba desertar del servicio de Antioco, se habia dejado sorprender en el puerto de Samos. Él pereció en el combate, y perdió todas sus naves, excepto cinco rodias y dos buques de *Cos*. Samos, Fócea y Címé se habian sometido inmediatamente á *Seleuco*, encargado por su padre del mando del ejército que operaba en aquella region. Pero llegando inmediatamente los Romanos unos de Canea, otros del Helesponto, y viniendo á reforzarlos los Rodios con otros 20 buques, obligaron á Polixénidas á encerrarse de nuevo en el puerto de Efeso. Re-

husando allí aceptar la batalla, y no siendo los Romanos bastante fuertes para atacar por tierra, se vieron obligados á permanecer inmóviles en su puesto. Lo único que hicieron fué enviar á *Patara* una division para tranquilizar á los Rodios, amenazados por este lado, y sobre todo para cerrar el paso del mar Egeo á Annibal, encargado del mando de la segunda escuadra enemiga. La expedicion contra *Patara* no dió ningun resultado. Irritado por este fracaso el almirante romano, *Lucio Emilio Régulo*, que no habia hecho más que llegar de Roma con 20 buques para relevar del cargo á Gayo Livio, levó inmediatamente anclas y quiso llevar toda la escuadra á las aguas de Licia. Costó gran trabajo á sus oficiales hacerle entrar en razon durante la travesía.

No se trataba precisamente de tomar á *Patara*, sino de hacerse dueños del mar. Régulo se dejó, pues, conducir á Samos. En el continente de Asia habia Seleuco puesto sitio á Pérgamo, mientras que Antioco, con el grueso de su ejército, talaba este país y el de los Mitelenios. El Rey esperaba poder dar fin de aquellos odiosos Atalidas antes de la llegada de los auxilios que Roma les mandaba. La escuadra romana llegó al puerto de *Elea* y á *Hadramita*, intentando librar al aliado de Roma: ¡trabajo inútil! ¿Qué podian hacer sin tropas de desembarco? Pérgamo parecia perdida sin remedio; pero en el sitio habia mucha negligencia y flojedad, de lo que se aprovechó Eumenes para introducir en la ciudad un cuerpo auxiliar aqueo, mandado por *Diófanes*, y algunas salidas atrevidas y felices obligaron á retirarse á los Galos que habia mandado Antioco para atacar la plaza. En las aguas del Sur no llevaba el Rey mejor las cosas. Detenida largo tiempo por los vientos del Oeste la escuadra que Annibal habia reunido y man-

daba, subió por último hácia el mar Egeo; pero al llegar á *Aspendos*, en Panfilia, en la desembocadura del *Eurimedonte*, se encontró con la escuadra rodia bajo las órdenes de *Eudamos*. Empeñóse inmediatamente el combate; pero la excelencia de las naves rodias, mejor construidas y con mejores oficiales, les dió la ventaja sobre la táctica del Gran Cartaginés. Annibal fué derrotado en esta batalla naval, la primera que habia dado en su vida. Este fué tambien su último combate contra Roma. Los Rodios, victoriosos, fueron en seguida á colocarse en Patara, impidiendo así la reunion de las dos escuadras enemigas. En el mar Egeo se habian debilitado los coaligados, destacando una escuadra pergamiana con la mision de apoyar al ejército de tierra en el momento que llegase al Helesponto. Polixénidas vino á buscarles á la estacion de Samos. Tenia nueve buques más que ellos. El 23 de Diciembre del año 564 (190 antes de J. C.), segun el calendario antiguo; á fines de Agosto del mismo año, segun el calendario reformado, se dió la batalla cerca del promontorio de *Mionnesos*, entre *Teos* y *Colofon*. Rompiendo los Romanos la línea enemiga, envolvieron el ala izquierda de Polixénidas y le quitaron ó echaron á pique 42 buques. Durante muchos siglos existió una inscripcion en versos saturnianos (colocada en los muros del templo de los dioses del mar, levantado en el campo de Marte, en conmemoracion de esta victoria), que referia á la posteridad de qué modo habian sido derrotadas las escuadras á la vista del mismo Antioco y de su ejército de tierra, y cómo los Romanos «habian cortado, de este modo, una gran cuestion y triunfado de los Reyes.» Desde esta fecha, no hubo un buque enemigo que osase aparecer en alta mar, ni se intentó en adelante oponerse al paso de los soldados de Roma.

Expedicion al Asia. — Para dirigir la expedicion de Asia habia elegido Roma al vencedor de Zama. Al *Africano* correspondia en realidad el mando supremo, conferido nominalmente á su hermano *Lucio Escipion*, hombre mediano por su inteligencia y por su talento militar. Las reservas que hasta entonces habian quedado en Italia fueron mandadas á Grecia, y el ejército de Glabrio debia pasar al Asia. En cuanto se supo quién iba á dirigir la expedicion, se inscribieron 5.000 veteranos de las guerras púnicas, deseando servir una vez más á las órdenes de su general favorito. En el mes de Marzo llegaron los Escipiones al ejército para comenzar las operaciones de la guerra: ¿pero cuál no fué el desengaño de todos, cuando, en vez de ir al Oriente, fué necesario emprender antes interminables combates con los Etolios sublevados por la desesperacion? Cansado el Senado de tantos miramientos como Flamio guardaba á la Grecia, les habia dado á elegir entre el pago de una enorme contribucion de guerra ó la entrega á discrecion: los Etolios habian acudido inmediatamente á las armas. Era imposible preveer el término de esta guerra de montañas y de fortalezas. Escipion orilló esta dificultad concediéndoles una tregua de seis meses, y tomando inmediatamente el camino para el Asia. Teniendo aun el enemigo una escuadra en el mar Egeo, aunque bloqueada, y pudiendo la que tenia en el Sur burlar la vigilancia y aparecer el dia ménos pensado en las aguas del Archipiélago, pareció más prudente seguir la ruta de Macedonia y Tracia. Por esta parte podia llegarse al Helesponto sin exponerse. Filipo de Macedonia les inspiraba bastante confianza, y en el otro lado tenían un fiel aliado en Prusias, Rey de Bitinia; y por último, la escuadra romana podia llegar fácilmente al estrecho. El

ejército siguió la costa, no sin grandes fatigas, pero sin pérdidas sensibles, y Filipo, que cuidaba de su aprovisionamiento, le proporcionó además una amistosa acogida por parte de los pueblos salvajes de la Tracia. Pero el tiempo habia pasado, se habian perdido muchos dias en Etolia, y el ejército no llegó al Quersoneso de Tracia hasta el dia mismo de la batalla de *Mionnesos*. No importa; la fortuna sirve á Escipion en Asia lo mismo que le habia servido en España y en África, y va delante de él separando los obstáculos.

— *Los Romanos pasan el Helesponto. Batalla de Magnesia. Conclusion de la paz.*—A la nueva del desastre de Mionnesos habia Antioco perdido la cabeza. Mientras que en Europa hace evacuar la fuerte plaza de Lisimaquia, perfectamente provista de soldados y municiones, y cuya numerosa poblacion se mostraba partidaria del reconstructor de la ciudad; mientras que olvida y abandona las guarniciones de *Enos* y *Maronea*, sin destruir los ricos almacenes de que se apoderará el enemigo, nada hace tampoco en las costas de Asia para oponer á los Romanos siquiera una sombra de resistencia. Mientras estos desembarcan con toda felicidad, él se está muy tranquilo en Sardes, sin hacer nada, y consumiendo las horas en vanas lamentaciones contra la suerte. No hay duda que si Lisimaquia se hubiera resistido hasta el fin del estío, ó si el grande ejército del Rey hubiese avanzado hasta las playas del Asia, se hubiera visto Escipion obligado á establecer sus cuarteles de invierno en la costa de Europa, lugar poco seguro, militar y políticamente hablando. Sea como quiera, estableciéndose los Romanos en la costa de Asia, reposaron algunos dias esperando á su general, á quien habia detenido el cumplimiento de sus deberes religiosos. En este momento llegaron al campo los enviados

del Gran Rey solicitando la paz. Antioco ofrecia la mitad de los gastos de la guerra y el abandono de todas sus posesiones de Europa, y todas las ciudades griegas del Asia Menor que se habian pasado al bando de Roma. Escipion exigió el pago de todos los gastos de guerra y el abandono de toda el Asia Menor. «Las proposiciones de Antioco, decia el general romano, hubieran sido aceptables si el ejército se encontrase delante de Lisimaquia ó al otro lado del Helesponto; pero no bastan hoy, que los caballeros montan ya sus briosos caballos » El Gran Rey quiso entonces comprar la paz segun la moda oriental; ofreció montones de oro al general enemigo, la mitad de sus rentas de un año, segun sedice. No hay para qué decir que fué rechazada su proposicion: por todo agradecimiento de la devolucion sin rescate de su hijo, que estaba en poder de los Asiáticos, le mandó á decir, como consejo de amigo, el altivo ciudadano de Roma, que lo mejor que podia hacer era aceptar la paz incondicionalmente; sin embargo, la situacion no era desesperada. Si el Rey hubiera sabido decidirse á prolongar la guerra, retirándose hácia el centro de Asia y atrayendo en pos de sí á los Romanos, quizá hubiera cambiado el aspecto de las cosas. En vez de ésto, se exaspera lócamente contra el orgullo, quizá calculado, del Romano, y muy poco firme para dirigir diestra y metódicamente una lucha que podria durar, prefirió precipitar sobre las legiones las masas indisciplinadas de sus numerosos ejércitos. Las legiones no tenian por qué temer la batalla. Esta tuvo lugar no lejos de Esmirna, en *Magnesia*, en el valle del *Hermos*, al pié del monte *Sipilo*, en los últimos dias de otoño del año 564. Antioco tenia 80.000 hombres, 12.000 de los cuales eran de caballería; los Romanos apenas llegaban á la mitad de esta cifra, aun contando los 5.000 auxi-

liares Aqueos, Pergamianos y Macedonios voluntarios; y seguros como estaban de vencer, no esperaron la curacion del general que habia quedado enfermo en Elea, ocupando su lugar Gneo Domicio. Para poder utilizar todas sus fuerzas, las distribuyó Antioco en dos divisiones. En la una colocó las tropas ligeras, los *Peltastas*, arqueros y honderos, los *Sagitarios* de caballería de los *Misios*, de los *Dahes* y de los Elimeos, los Árabes montados sobre sus dromedarios, y los carros armados de hoces: en la otra, colocada sobre las dos alas, estaba el grueso de la caballería de los *Catafractas* (especie de coraceros): cerca de éstos, más al centro, la infantería de los Galos y Capadocios, y por último, en el centro, la falange armada á la manera macedónica. Esta contaba 16.000 soldados, y era el verdadero núcleo del ejército, pero no pudo desarrollarse por falta de espacio, y se colocó en dos cuerpos con 32 filas de espesor. En las dos grandes divisiones, habia 54 elefantes repartidos entre las masas de los *falanxitas* y las de la caballería. Los Romanos no pusieron nada más que algunos escuadrones en su ala izquierda, pues por esta parte los cubria el rio. Toda su caballería y su infantería ligera se colocó á la derecha, en donde mandaba Eumenes, quedando las legiones en el centro. Eumenes comenzó el combate. Lanzó sus arqueros y honderos contra los carros, con orden de disparar sobre los tiros. Dispersados momentáneamente los carros, se arrojan sobre los camellos huyendo todos en tropel, comenzando desde este momento el desorden de la caballería colocada detrás de éstos, en ei ala izquierda de la segunda division de los Asiáticos. Inmediatamente se arrojó Eumenes con los 3.000 caballos del ejército romano sobre los mercenarios de á pié de la misma division que estaban entre la falange y la izquierda de

las Catafractas. Los mercenarios retrocedieron y con ellos la caballería, huyendo todos en gran confusion, Entonces fué cuando la falange, despues de haberlos dejado pasar, se preparó á marchar contra las legiones: pero Eumenes la atacó de flanco con su caballería, y la detuvo, obligándola á hacer frente por dos puntos. El gran espesor de su masa fuéle ahora muy ventajoso. Si la caballería le hubiese ayudado, se hubiera restablecido el combate; pero toda el ala izquierda estaba ya completamente dispersa. Antioco, con su derecha, que mandaba en persona, despues de haber rechazado los escuadrones que se le opusieron, marchó sobre el campamento romano, que se defendió con gran trabajo. Á los Romanos mismos les faltó la caballería en la hora decisiva. Guardándose de mandar las legiones, contra la falange, enviaron sus arqueros y honderos cuyos tiros eran todos aprovechados en sus apiñadas filas. Los falangitas comenzaron á retroceder en buen órden; pero de repente se espantaron los elefantes colocados en los intervalos y los desordenaron. Este fue el fin del combate. Todo el ejército se desbanda y huye. Antioco quiso defender el campamento, pero sin éxito; este esfuerzo no sirvió más que para aumentar las pérdidas en muertos y prisioneros. Tal vez no exagere la tradicion al evaluarlas en 50.000 hombres: ¡tan grande fué la confusion y tan terrible la derrota! En cuanto á los Romanos, que no habian tenido siquiera que emplear las legiones, les costó esta victoria, que les entregaba el tercer continente del mundo, 24 caballos y 300 soldados de infantería. Sometióse toda el Asia Menor, Efeso la primera, de donde tuvo que huir precipitadamente el almirante de Antioco, y Sardes, residencia del Rey. Éste pidió la paz á cualquier precio: las condiciones

fueron las mismas exigidas antes del combate, con más la evacuacion total de Asia Menor. Hasta la ratificacion de los preliminares, continuó el ejército romano en el país á expensas del vencido, al que costó más de 3.000 talentos (5 millones de thaleres, unos 70 millones de reales). Pronto se consoló Antioco de la pérdida de la mitad de sus Estados, y en medio de los placeres de su vida sensual llegó un día hasta decir que estaba muy agradecido á los Romanos, «que le habian librado de las fatigas que trae consigo el gobierno de un vasto imperio.» Sea como quiera, al día siguiente de la batalla de Magnesia, el reino de los Seleucidas fué borrado de la lista de las grandes potencias; caida vergonzosa y rápida, si las hubo, y que caracteriza el reinado del *Gran Antiaco*! Al poco tiempo de ésto (en el año 567), fué á saquear el templo de Belo, en *Elimais*, sobre el golfo pérsico. Contaba con los ricos tesoros sagrados para llenar sus arcas vacías; pero el pueblo se puso furioso y lo asesinó.

Expedicion contra los Celtas del Asia Menor.— No era bastante vencer. Roma tenia que arreglar además los asuntos de Asia y de Grecia. Abatido Antioco, sus aliados y sus sátrapas del interior del país, los dinastas de Frigia, de Capadocia y de Paflogonia vacilaban en someterse, confiados en la distancia. En cuanto á los Galos del Asia Menor, que, sin ser aliados oficiales de Antioco, lo habian dejado, segun su costumbre, reclutar mercenarios, creian asimismo que nada tenian que temer de los Romanos. Pero el general, *Gaio Manlio Vulson*, que habia venido á reemplazar en Asia á Lucio Escipion á principios del año 565, halló en esta tolerancia el pretesto que necesitaba. Quería á la vez hacer méritos para con el Gobierno de la República, y establecer sobre los Griegos de Asia el pode-

roso protectorado que Roma habia ya impuesto en España y en la Galia. Sin cuidarse, pues, de las objeciones de los más notables senadores, que no veían causa ni fin suficiente para la guerra, partió repentinamente de Efeso, saqueando sin razón ni medida las ciudades, y los principados del alto *Meandro* y de Panfilia, volviendo al Norte sobre la región de los Celtas. La tribu occidental de éstos, la de los *Tolistobiyos*, estaba acantonada sobre el monte *Olimpo*; otra más central se habia refugiado, con todos sus haberes, sobre la altura de *Magaba*. Esperaban poder mantenerse allí hasta que el invierno obligase al extranjero á batirse en retirada, ¡Vana esperanza! Los honderos y arqueros romanos los arrojaron hasta de sus últimas guaridas: las armas arrojadas, desconocidas de los Bárbaros, producían siempre el irresistible efecto que las armas de fuego empleadas por los europeos contra los salvajes del nuevo mundo. Los Romanos se hicieron inmediatamente dueños de la montaña, y los Galos sucumbieron en un sangriento combate, semejante á tantas otras batallas como las que se habian librado anteriormente en las orillas del Pó, ó que debían librarse un día en las orillas del Sena. Extraña coincidencia sin duda, pero ménos extraña sin embargo que la emigración misma de los Celtas del Norte en medio de las poblaciones griegas y frigias del Asia! En ambas regiones *galatas* fueron innumerables los muertos y los prisioneros: los restos de las dos tribus, huyeron hácia el *Halis*, en el país del tercer pueblo hermano, el de los *Trocenos*. El cónsul no los siguió: no osó pasar una frontera deslindada ya en los preliminares convenidos entre Antioco y Escipión (1).

(1) Todo este curioso episodio de la guerra con los Gálatas lo refiere Tito Livio (33,12 y sig). Recientemente ha sido ob-

Arreglo de los asuntos del Asia Menor. La Siria.—Volvamos al tratado de paz. Comprendia éste en parte el arreglo de los asuntos del Asia Menor, arreglo que terminó una comision romana, presidida por Vulson. Además de los rehenes dados por el Rey (entre los que se contaba su hijo más jóven llamado tambien Antioco), y una contribucion de guerra que en relacion con la riqueza de Asia, y que no bajaba de 15.000 talentos *eubeos* (25.500.000 thalers ó 355.000.000 de reales); el primer quinquenio pagadero al contado, y los demás en 11 plazos, uno cada año; perdió tambien Antioco, como hemos visto, todas sus posesiones europeas; y, en el Asia Menor, el país al Oeste del Halis, en todo su curso y de la cordillera del Tauro, que separa á Cilicia de *Licaonia*. En suma, en aquel vasto país no le quedó más que la Cilicia. Lo mismo sucedió naturalmente con su derecho de patronato sobre todos los reinos y principados del Asia occidental. Aun más allá de la frontera romana se declaró la Capadocia independiente del Rey de Asia, ó mejor dicho del Rey de Siria, como se llamará en adelante, y con más exactitud, al Seleucida. Valiéndose de la influencia de Roma, fuera de los términos del tratado, los sátrapas de las dos *Armenias*, *Artaxias* y *Zariadris*, se erigieron tambien en Reyes independientes y fundaron nuevas dinastías. El Rey de Siria no tiene ya derecho á hacer la guerra ofensiva contra los Estados del Oeste; y en caso de guerra defensiva le está prohibido hacer que le cedan, en la paz, porcion alguna de territorio. Sus buques de guerra no llegaron por el Oeste más

jeto de una interesante disertacion arqueológica y científica de M. Felix Robiou; *Memoria sobre las invasiones de los Galos en Oriente y sus establecimientos en Asia Menor*; *Revista arqueológica*, Octubre 1863.

allá de la desembocadura del *Calicadnos* de Cilicia, salvo el caso de tener que conducir embajadas, rehenes ó tributos. No tendrá más que 10 naves de guerra, á no ser en caso de guerra defensiva; no tendrá nunca más elefantes; no podrá reclutar soldados en las Naciones del Oeste, y no recibirá tráfugas políticos ni desertores. Antioco entregó en su consecuencia todas las naves de guerra, que excedían del número prefijado, todos sus elefantes, y todos los refugiados que se hallaban en sus Estados. Roma le otorgó en cambio el título de «amigo de la República!» Así pues, la Siria fué para siempre derrotada en Oriente tanto por mar como por tierra. Cosa notable y que atestigua la debilidad y poca cohesión del imperio de los Seléucidas; entre los grandes Estados que Roma tuvo que vencer y abatir, solo éste sufrió la primer derrota sin probar jamás por segunda vez la suerte de las armas! El Rey de Capadocia, *Ariato*, cuyo reino estaba al otro lado de la frontera del protectorado romano, tuvo que pagar una multa de 600 talentos (cerca de 14.000.000 de reales), de la que se le perdonó la mitad, á ruegos de su yerno Eumenes. Prusias, Rey de Bitinia, conservó intacto su territorio; lo mismo sucedió con los Gálatas, comprometiéndose éstos á no mandar al exterior más bandadas armadas. De este modo terminó el vergonzoso tributo que les pagaban las ciudades del Asia Menor. Roma hacia, pues, un servicio considerable á los Griegos asiáticos; no dejaron éstos de mostrarle su reconocimiento con grandes coronas de oro y pomposos elogios.

Las ciudades griegas libres.—No dejaba de ofrecer sus dificultades el arreglo territorial en la Península asiática. Los intereses políticos y dinásticos de Eumenes estaban en conflicto con los de la liga griega; pero al fin pudieron entenderse. Confirmóse la franquicia á to-

das las ciudades aun libres el dia de la batalla de Magnesia, y que habian estado al lado de los Romanos. A excepcion de las que pagaban tributo á Eumenes, fueron declaradas exentas para siempre de toda tasa respecto de las demás dinastías. De este modo fueron proclamadas libres *Dirdanos* é *Ilion*, antiguas ciudades emparentadas con Roma por el jefe de los *Eneades*; despues *Cimé Esmirna*, *Clazomenes*, *Eritrea*, *Quios*, *Colofon*, *Mileto* y otras no ménos ilustres. Por haber violado su capitulacion, habia sido *Pocca* saqueada por los soldados de la escuadra. Para indemnizarla, por más que no se hallase comprendida en las categorías enumeradas en el tratado, recobró, á título excepcional, su territorio y su libertad. La mayor parte de las ciudades pertenecientes á la liga griega asiática, recibieron tambien aumentos de territorio y otras ventajas. Como es natural, Rodas fué la mejor recompensada. Adquirió la Licia, ménos la ciudad de *Telmisos*, y la mayor parte de la Caria, al Sur del Meandro; además garantizó Antioco á los Rodios sus propiedades, sus créditos y las inmunidades aduaneras de que habian gozado hasta entonces en el interior de sus Estados.

Engrandecimiento del reino de Pérgamo — El resto del territorio ó la mayor parte del botin, lo entregaron los Romanos á los Atalidas, cuya constante fidelidad para con la República merecia una buena recompensa, lo mismo que los sufrimientos y servicios de Eumenes durante la guerra y aun en el momento decisivo del combate. Roma lo recompensó como jamás Rey alguno ha recompensado á su aliado. Le asignó en Europa, el Quersoneso, con Lisimaquia; en Asia, además de la Misia, que ya le pertenecia, las provincias de Frigia sobre el Helesponto, Lidia con Efeso y Sardes, la Caria septentrional con Tralles y *Magnesia*, la Gran Frigia

y Licaonia con una porcion de la Cilicia, el país de Mios entre Frigia y Licia; y por último, la plaza marítima de Telmisos en la costa del Sur. La Pamfilia fué, más tarde, objeto de las pretensiones rivales de Eumenes y de Antioco. Según se la consideraba aquende ó allende la frontera del Tauro, debía pertenecer al uno ó al otro. Eumenes tuvo también el protectorado y el derecho de tributo sobre las ciudades griegas que no adquirieron la libertad plena; pero entendiéndose que conservaban, por lo demás, su libre constitucion interior, y que no podrian aumentárseles las tasas que estaban á su cargo. Antioco se comprometió además á pagar al pergaminiano los 350 talentos que debía á Atalo, padre de este último, y 127 más á título de indemnizacion por atrasos en los suministros de granos. Fueron además entregados al Rey de Pérgamo todos los bosques y todos los elefantes del Seléucida, y los Romanos quemaron las naves de guerra. No querian á su lado potencias marítimas. El reino de los Atalidas, extendiéndose en la Europa oriental y el Asia, formaba, como el imperio numida en África, una monarquía absoluta y poderosa bajo la dependencia de Roma; tenia por mision, y fuerza suficiente para ello, tener á raya á Macedonia y á Siria, sin necesitar nunca, sino en casos excepcionales, apelar al auxilio de sus patronos. Al mismo tiempo que creaba este edificio de su política, habia también querido Roma satisfacer las simpatías republicanas y nacionales, y hacerse, en lo posible, la libertadora de los Griegos de Asia. En cuanto á los pueblos y á las cosas del otro lado del Tauro y del Halis, estaba decidida á no ocuparse de ellos en lo más mínimo. Prueba de esto es el tratado concluido con Antioco, y más patente aún, la negacion dada por el Senado á los Rodios, que pedian la libertad de la ciudad de *Soloi*, en Cilicia. Tam-

bien permaneció fiel á la regla de no tener posesiones directas más allá de los mares de Oriente. Despues de una última expedicion naval á Creta, á donde fué á romper las cadenas de los Romanos vendidos como esclavos, la escuadra y el ejército abandonaron los países del Asia á fines del estío del año 566 (188 antes de Jesucristo); pero este último, al pasar por Tracia, sufrió mucho con los ataques de los Bárbaros por falta y negligencia de su jefe. De toda esta memorable campaña no trajeron los Romanos á Italia más que honor y dinero. Ya en este tiempo daban las ciudades una forma más práctica y sólida á su agradecimiento, uniendo á él ricas y costosas coronas.

Arreglo de la Grecia: combate y paz con los Etolios.—Habíanse sentido en Grecia las sacudidas de la tempestad y de la guerra de Asia: necesitaba, pues, algunos retoques. Los Etolios, que no sabian acostumbrarse á su nulidad política, desde la primavera del año 564, é inmediatamente que terminó la tregua con Escipion, lanzaron al mar sus buques corsarios de Cefalonia, molestando y hasta impidiendo, en parte, el comercio entre Italia y Grecia. Aun durante la tregua, engañados por falsos relatos sobre el estado de los asuntos de Asia, se habian entrometido locamente á restablecer á Aminandro en su trono de Atamania; y arrojándose sobre los cantones etolios y tesalios ocupados por Filipo, habian librado una porcion de combates é inferido sérios perjuicios al Rey de Macedonia. Así pues, cuando pidieron definitivamente la paz, contestó Roma enviándoles un ejército al mando del cónsul *Marco Fulvio Nobilior*. En la primavera del año 565 (189 antes de J. C.) reunió este último sus legiones, y atacó á *Ambracia*, cuya guarnicion obtuvo una capitulacion honrosa, al cabo de cincuenta dias de sitio. Al

mismo tiempo cayeron sobre la Etolia los Macedonios, Ilirios, Epirotas, A carnianos y Aqueos. No era posible resistir: la Etolia suplicó de nuevo que le concediesen la paz, y los Romanos consintieron en dejar las armas. Las condiciones impuestas á estos enemigos, tan bajos como incorregibles, parece que fueron equitativas y moderadas. Los Etolios perdieron todas las ciudades y países conquistados á sus adversarios; Ambracia, que merced á una intriga tramada en Roma contra Marco Fulvio, se vió posteriormente declarada libre é independiente, y *Enia*, que se dió á los Acarnianos. Tambien tuvieron que evacuar á Cefalonia. Perdieron asimismo los Etolios el derecho de hacer la paz ó la guerra, dependiendo en el porvenir y sumergiéndose en la corriente de los negocios exteriores de la República; y por último, pagaron un fuerte rescate. Cefalonia se sublevó contra el tratado, y solo se sometió por la fuerza de las armas. Las ventajas topográficas de su posicion hacian temer á los habitantes de *Samé* que Roma intentaba convertir su ciudad en una colonia: se sublevaron de nuevo, y fué necesasio un sitio de cuatro meses para someterlos. Dueños al fin de la plaza, vendieron los Romanos como esclavos á todos sus habitantes.

Macedonia.—Tambien aquí siguió Roma la ley que se habia impuesto de no establecerse fuera de Italia y de sus islas. De todo el país conquistado, no conservó más que á Cefalonia y Zacinto, que completaron con la posesion de Corcira y demás estaciones marítimas del Adriático. Lo demás lo dejó á sus aliados. Sin embargo, las dos potencias más considerables, Filipo y los Aqueos, no se mostraron en manera alguna satisfechos con su lote. En cuanto á Filipo, tenia mucha razon en quejarse. Podia decir que, en la última gran

guerra, su leal apoyo habia principalmente contribuido á separar todos los obstáculos, puesto que los Romanos luchaban mucho ménos contra el enemigo que contra la distancia y la dificultad de las comunicaciones. Conociendo el Senado la justicia de sus reclamaciones, le perdonó el resto del tributo que aún le debía, y le devolvió sus rehenes; pero Filipo esperaba aumentar mucho su territorio, y por este lado salieron vanas sus esperanzas. Obtuvo, sin embargo, el país de los Magnetas y á Demetriade, quitados por él á los Etolios, y conservó la posesion de la Dolopia, de la Acarnania y de una parte de la Tesalia, que él habia sometido. En Tracia quedó sujeta á su clientela toda la region central; pero nada se decidió respecto de las ciudades de la costa ni de las islas de Tasos y Lemnos, que de hecho habian caido en sus manos. El Quersoneso fué dado expresamente á Eumenes; y era evidente que, al establecer á este último en Europa, habian querido los Romanos que, en caso necesario, contuviese no solamente á Asia, sino tambien á Macedonia. De aquí la natural irritacion de Filipo, Rey altivo, y, hasta cierto punto, caballeresco. Los Romanos, sin embargo, no obraban así por espíritu de puro enredo, sino que obedecian á las necesidades fatales de la política. Macedonia expiaba el delito de haber sido un Estado de primer orden, y haber luchado de igual á igual con Roma; en la actualidad era necesario tomar contra Filipo muchas más precauciones que con Cartago, é impedirle que reconquistase su antigua soberanía.

Los Aqueos. Los patriotas de Acaya. Lucha entre los Aqueos y los Espartanos.—Diferentes fueron las condiciones relativamente á los Aqueos. Mientras la guerra contra Antioco, habian visto realizarse su más ardiente deseo: todo el Peloponeso perteneció ya ade-

lante á su liga. Esparta primero, y despues de expulsados de Grecia los Asiáticos, habian entrado de grado ó por fuerza Elis y Mesena. Los Romanos habian dejado obrar, por más que todo esto lo hubiesen hecho sin contar con ellos. Mesena habia declarado en un principio que se entregaba á los Romanos y se negaba á entrar en la confederacion; y habiendo apelado ésta á la violencia, hizo notar Flaminio á los Aqueos cuan inicuo era apoderarse así de una presa; añadiendo que, respecto de Roma, en el estado de relaciones existentes, cometian los Aqueos un acto culpable; pero en su impolítica debilidad de filo-heleno, se habia limitado á la censura, y dejó que se realizasen los hechos. Esto no era bastante para detener á los confederados. Perseguidos por su loca ambicion de enanos que quieren crecer é igualarse al gigante, conservaron los Aqueos la ciudad de *Pleuron*. en Etolia, en donde habian entrado durante la guerra, y la anxionaron, á pesar suyo, á la liga. Compraron Zacinto al agente de Aminandro, su último poseedor, é intentaron establecerse tambien en Egina. Pero por más que les pesase, tenian necesidad de entregar las islas á Roma y sufrir el consejo de Flaminio, que les hacia entender que debian contentarse con el Peloponeso. Quanto ménos dueños de sí eran, afectaban más independencia política, y reclamaron el derecho de la guerra, en cambio de la fiel asistencia que habian prestado á los Romanos en todas las guerras. «¿Por qué os ocupais vosotros de Mesena? ¿Se mezcla acaso la Acaya en los asuntos de Capua?» Esta impertinente pregunta se hizo en plena Dieta á los enviados de Roma. ¡El valiente patriota que la formuló fué extraordinariamente aplaudido, y podia contar con la unanimidad de votos en la eleccion próxima! ¡Nada más bello ni más noble que el valor,

cuando el hombre y la causa no son ridículos! Mas aunque hiciese Roma algunos sinceros esfuerzos para restaurar la libertad entre los Griegos y merecer por ello su reconocimiento, no llegó nunca nada más que á dejarlos sumergidos en la anarquía, y á recoger ingratitudes. Esto era justicia á la vez que mala suerte. En el ódio de los Griegos contra todo protectorado, habia efectivamente alguna nobleza de sentimientos, y no faltaba bravura personal á ciertos hombres que guiaban la opinion. ¡No importa! Todos esos grandes arranques patrióticos de los Aqueos no son para la historia más que necedades y gestos vanos. En medio del vuelo de su ambicion y de su susceptibilidad nacional, se nota en todos ellos, desde el primero hasta el último, el sentimiento completo de su impotencia política. ¡Védles, liberales ó serviles, con el oido atento hácia Roma! Dan gracias al cielo cuando no llega el decreto que temen; murmuran y ponen ceño adusto cuando el Senado les hace saber que vale más ceder amistosamente, que no tener que hacerlo á la fuerza; obedecen, pero de un modo que herirá mucho á los Romanos, y «*salvando las apariencias:*» acumulan explicaciones, plazos y ardidés, y cuando no pueden más se resignan dando profundos suspiros patrióticos. Semejante actitud merece, si no una completa aprobacion, por lo ménos alguna indulgencia: ¡todavía era necesario que los agitadores se decidiesen á batirse, y que la nacion prefiriese la muerte á la esclavitud! Pero ni Filopemeni ni Licortas pensaron jamás en lo que hubiera sido un verdadero suicidio. Querian ser libres si era posible, pero ante todo querian vivir. Repetiré aquí, que todavía en esta época no habian intervenido los Romanos, por un movimiento espontáneo, en los asuntos interiores de Grecia; los Griegos, y solo los Gregos, atrajeron sobre

si la intervencion tan temida, como los escolares que provocan la palmeta que tanto los amedrenta. En cuanto á la acusacion, repetida hasta la saciedad por la erudita ba-taola de la época contemporánea y de tiempos posteriores; en cuanto á sostener que Roma fomentase pérfidamente las disensiones intestinas de Grecia, es una de las más absurdas invenciones de los filólogos que se erigen en políticos. No, los Romanos no llevaron la discordia á los Griegos; lo mismo hubiera sido que se «hubieran enviado buhos á Atenas!» Por el contrario, los Griegos son los que han llevado á Roma sus querellas. Citamos como ejemplo á los Aqueos. En su vehemente deseo de engrandecimiento, no vieron el señalado servicio que les prestaba Flaminio oponiéndose á que incorporasen á la liga las ciudades del partido etolio; Lacedemonia y Mesena fueron para aquella una hidra de sediciones y de guerras intestinas. Hasta el fin solicitaron los habitantes de estas dos ciudades que Roma deshiciese los lazos de una comunidad odiosa; y, como testimonio fehaciente en la causa, los que mas solicitaban la separacion eran aquellos que debian á los Aqueos el haber regresado á su Pátria. Todos los dias hacia la liga su obra de restauracion y de regeneracion en las dos ciudades recal-citrantes; y los mas furiosos entre sus antiguos emi-grados eran los que dirigian todas las decisiones de la Dieta central. ¿Qué extraño es que despues de cuatro años de incorporacion estallase la guerra en Esparta? Verifi-cóse allí una nueva y más radical restauracion: todos los esclavos admitidos por Nabis al derecho de ciudad fueron vendidos de nuevo, y con su producto se edificó un pórti-co en *Megalópolis*, ciudad principal de los Aqueos. Por último, restablecióse la propiedad sobre la base antigua en la ciudad Lacedemonia, reemplazando las leyes aqueas al Código de *Licurgo*, y fueron arrasadas las

murallas que rodeaban á Esparta (año 566.) Pero al día siguiente de estos excesos administrativos, fué invocado por todos como árbitro el Senado de Roma; difícil y fastidiosa misión; pero justo castigo de su política sentimental con Grecia.

No queriendo mezclarse de ningún modo en el arreglo de todos estos asuntos, soportó el Senado con una ejemplar indiferencia todos los alfilerazos de la malicia ingeniosa de los Aqueos: á los escándalos que se cometen, cierra obstinadamente los ojos. La Acaya se alegró mucho cuando después que todo estuvo consumado llegó la noticia de que la República ha murmurado, pero que no ha casado los actos de la Dieta. Nada se hizo en favor de los Lacedemonios, hasta que un día cuando 70 ú 80 fueron víctimas de un asesinato judicial, Roma irritada quitó á la Dieta el derecho de justicia sobre Esparta: acto injurioso para el jefe supremo en los asuntos interiores de un Estado que se decía independiente! Los hombres de Estado de Italia se cuidaban en realidad muy poco de estas tormentas insignificantes, y se tiene de ello una prueba en las quejas incessantemente elevadas por las decisiones superficiales, contradictorias y oscuras del Senado. ¿Pero cómo resolver semejantes litigios? Hay ocasiones en que luchan entre sí en Esparta cuatro partidos, y todos llevan sus querrelas á Roma. Agréguese á esto la opinión que de sí hacían concebir los hombres políticos del Peloponeso! El mismo Flaminio movía la cabeza con disgusto cuando veía á uno de ellos bailando en público y al día siguiente venir á hablarle de asuntos de Estado! Las cosas llegaron á tal punto, que el Senado perdió por completo la paciencia, y mandó las partes litigantes á paseo, advirtiéndoles que no intervendría más en sus contiendas y que se arreglasen como pudiesen (año 572). Com-

préndese su conducta, por más que no tuviese nada de justa. La República había asumido moral y políticamente el deber de obrar con firmeza, y restablecer en Grecia las cosas bajo un pié tolerable. El aqueo *Calícrates* que fué á Roma en el año 575 (179 antes de J. C), para manifestar al Senado las miserias de la situación, y pedirle su intervención seguida y constante, ese Calícrates no hacia seguramente más que el otro aqueo Filopemen, el principal campeón de la política de los patriotas; pero despues de todo, tenia razon.

Muerte de Annibal.—Sea como quiera, la clientela de Roma abrazaba ya todos los Estados desde el extremo Oriental del Mediterráneo hasta las columnas de Hércules. En ninguna parte habia una potencia que pudiese inspirar temores. Pero aún vivia un hombre á quien Roma hacia el honor de juzgar como un enemigo temible; hablo del proscrito Cartaginés que, despues de haber armado contra Roma el Occidente, habia sublevado todo el Oriente, fracasando solo en una y otra empresa por las faltas de una aristocracia desleal, en Cartago, y en Asia por la estupidez de la política de las camarillas de los Reyes. Al hacer Antioco la paz, prometió, sin duda, entregar al grande hombre, y este fué á refugiarse primero en Creta y despues en Bitinia (1). En la actualidad vivia en la córte de Prusias, prestándole su concurso en sus luchas con Eumenes, y, como siempre, victorioso por mar y por tierra. Se ha dicho que intentaba lanzar al rey bitinio en una guerra contra Roma; absurdo cuya inverosimilitud salta á la vista de cual-

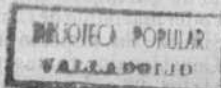
(1) Dicese que estuvo tambien en Armenia y que fundó sobre el Araxo la ciudad de *Artasacta* por orden del Rey Artasias (Estrabon II, p. 528). Pero es un puro cuento y que solo atestigüe que Annibal, lo mismo que Alejandro, ocupó un alto lugar en las leyendas orientales

quiera. El Senado hubiera creído seguramente rebajar su dignidad mandando coger al ilustre anciano en su último asilo; y no creo en la tradición que le acusa: lo que parece verosímil es que Flamínio, en su insaciable vanidad, siempre en busca de proyectos y de nuevas hazañas, después de haberse hecho el libertador de Grecia, quisiera también librar á Roma de sus terrores. Si el derecho de gentes prohibía entonces hundir el puñal en el pecho de Aníbal, no impedía aguzar el arma ni señalar la víctima. Prusias, el más miserable de los miserables príncipes de Asia, tuvo un placer en conceder al enviado romano la satisfacción que éste no se había atrevido á pedir más que á medias palabras. Aníbal vió un día asaltada su casa repentinamente por una banda de asesinos, y tomó veneno. Hacia mucho tiempo, dice un escritor romano, *que lo tenía preparado, conociendo á Roma y la palabra de los Reyes*. No se sabe de fijo el año de su muerte, pero debió ocurrir, sin duda, á mediados del año 571 (183 antes de J. C.), y á la edad de 70. En la época de su nacimiento, luchaba Roma, con éxito dudoso, por la conquista de Sicilia; y vivió bastante para ver sometido á su yugo todo el Occidente, para encontrar delante de sí, en su último combate contra Roma, los buques de su ciudad natal, avasallada ya por los Romanos; para ver á Roma arrastrar en pos de sí el Oriente, como arrastra el huracán la nave sin piloto, y hacer ver que solo él hubiera sido bastante fuerte para conducirla. El día de su muerte se habían desvanecido ya todas sus esperanzas: pero en su lucha de cincuenta años, había cumplido á la letra el juramento que siendo niño había hecho á su padre al pie de los altares.

Muerte de Escipion.—Por este mismo tiempo, y hasta en el mismo año, según parece, murió también

Publio Escipion, al que los Romanos acostumbraban llamar el vencedor de Anníbal. Correspondiéránle ó no, la fortuna lo colmó de los buenos éxitos que negaba á su adversario; dió á la República el dominio sobre España, Africa y Asia. Halló al nacer á Roma la primera ciudad de Italia, y al morir la dejó siendo la soberana de todo el mundo civilizado. Tuvo tantos sobrenombres por sus victorias, que no sabiendo qué hacer de ellos, dió á su hermano y á su primo (*Africanus*, *Asiagenus*, *Hispallus*); y sin embargo, también él pasó sus últimos años en el martirio y en la tristeza, terminando sus días en el destierro voluntario. Pasaba ya de 50 años. Prohibió á sus parientes que llevasen su cuerpo á aquella pátria por la que habia vivido y en la que reposaban sus antepasados. No se sabe por qué se retiró de Roma; no eran sin duda más que una pura calumnia las acusaciones de corrupcion y de malversacion de caudales, dirigidas más bien contra su hermano; y sin embargo, no bastan para explicar su rencor. Mostróse verdaderamente el Escipion que conocemos, cuando, en vez de justificarse con sus libros de cuentas, los rompió en presencia del pueblo y de su acusador, é invitó á los Romanos á subir con él al templo de Júpiter para celebrar allí el aniversario de la victoria de Zama. El pueblo dejó solo al denunciante, y siguió al Africano al Capitolio: este fué su último dia feliz. De génio altanero, creyéndose formado de otro y mejor barro que el comun de los mortales, completamente entregado al sistema de las influencias de familia, arrastrando en pós de sí por el camino de su grandeza á su hermano Lúcio, triste testafarro de un héroe, se habia adquirido muchos enemigos, y no sin motivo. La dignidad es el escudo del corazon. El excesivo orgullo lo descubre y expone á todos los dardos lanza-

dos por grandes y pequeños: hasta llega un día en que esta pasión ahoga el sentimiento natural de la verdadera dignidad. Y además, ¿no es siempre propio de esas naturalezas, mezcla extraña de oro puro y de brillante oropel, como era la de Escipión, el necesitar para encantar á los hombres el brillo de la felicidad y la juventud? Cuando desaparece uno ú otra, llega la hora de despertar, hora triste y dolorosa, principalmente para el que, habiendo producido grande entusiasmo, se vé ahora desdeñado.



FIN DEL TOMO TERCERO.



ÍNDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO.

CAPÍTULO PRIMERO.—*Cartago.*

Los Fenicios. Su comercio. Su génio intelectual, página 7.— Su genio político, 11.—Cartago, 13.—Cartago á la cabeza de los Fenicios de Occidente en su lucha con los Griegos, 15.— Imperio africano de Cartago.—Los Libios, 16.—Los Libio-Fenicios, 18.—Poder marítimo de Cartago, 21.—España, 21.— Cerdeña, 22.—Sicilia. Su imperio marítimo. Rivalidad con Siracusa, 23.—Constitucion cartaginesa. El Consejo ó Senado. Los funcionarios, 26.—Los jueces, 27.—Los ciudadanos, 29.—Carácter de esta constitucion, 30.—Los capitales, 31.—Paralelo entre Roma y Cartago. Economía política, 35.—Instituciones, 35.—Gobierno de los súbditos, 37.—Rentas. Sistema militar, 39.

CAPÍTULO II.—*Guerra de Sicilia entre Roma y Cartago.*

Asuntos de Sicilia. Los Mercenarios campanios. Los Mamertinos, 45.—Hieron de Siracusa. Guerra entre Siracusanos y Mamertinos, página 48.—Entran los Mamertinos en la confederacion Romano-italica, 50.—Enfriamiento de las relaciones entre Cartago y Roma. Los Cartagineses en Mesina. Mesina es ocupada. Guerra entre Roma por un lado, y Cartago y Siracusa por otro. Celébrase la paz con Hieron, 53.—Toma de Agrigento, 57.—Comienza la guerra marítima. Los Romanos construyen una armada, 58.—Victoria naval de Mila, 62.—Guerra en las costas de Sicilia y de Cerdeña, 63.—Ataque dirigido contra Africa. Victoria naval de Cnomo, 65.—Régulo desembarca en Africa, 67.—Los Cartagineses piden la paz en vano. Preparativos de resistencia. Derrota de Régulo, 68.—Los Romanos evacuan el Africa, 71.—Vuelve á comenzar la guerra en Sicilia. Suspension de la guerra por mar, 73.—Destruccion de su armada de transporte, 78.—Perplegidad de los Romanos, 79.—Pequeña guerra de Sicilia. Amilcar Barca, 81.—Reconstruccion de una escuadra por parte de los Romanos. Victoria de Catulo cerca de la isla de Egusa, 83.—Conclusion de la guerra, 84.—Juicio sobre la direccion de la guerra, 88.

CAPÍTULO III.—*Extiéndese Italia hasta sus fronteras naturales.*

Fronteras naturales de Italia, página 93.—Sicilia bajo la dependencia de Italia, 94.—Insurrección en Libia, 95.—Administración de las posesiones ultramarinas, 100.—Pretores provinciales, 101.—Organización de las provincias. El comercio. La propiedad. Autonomía de las ciudades, 102.—Diezmos y Aduanas. Ciudades exentas, 103.—Italia y las provincias, 106.—Las costas del Adriático. Los piratas Ilirios. Expedición contra Escodra. Conquistas en Iliria, 108.—Impresión que Roma produjo en Grecia y Macedonia, 112.—La Italia del Norte. Guerra con los Galos. Batalla de Telamon, 114.—Los Galos atacados en su mismo territorio, 120.—La Cisalpina por los Romanos, 122.

CAPÍTULO IV.—*Amílcar y Anníbal.*

Situación de Cartago y Roma después de la primera guerra, página 125.—El partido de la guerra y de la paz, 127.—Amílcar general en jefe, 130.—Plan de guerra de Amílcar. El ejército. Los ciudadanos en Cartago, 131.—Llegada de Amílcar á España, 133.—Imperio de los Bárbaros en España, 134.—El Gobierno de los Cartagineses y los Bárbaros. Cartago deja obrar á los Barcas, 135.—El Gobierno de Roma y los Barcas, 136.—Anníbal, 139.—Ruptura entre Roma y Cartago, 141.—Preparativos para la invasión en Italia, 144.—Partida de Anníbal, 148.—Estado de cosas en Roma. Indecisión de los planes. Anníbal pasa el Ebro, 149.—Anníbal en las Galias. Escipión en Marsella. Paso del Ródano, 152.—Paso de los Alpes, 156.

CAPÍTULO V.—*Guerras de Anníbal hasta la batalla de Canas.*

Anníbal y los Galos de Italia, página 166.—Escipión en el valle del Pó. Batalla del Tesino. Los ejércitos delante de Plasencia. Batalla del Trevia, 168.—Anníbal dueño del Norte de Italia, 174.—Situación de Anníbal bajo el punto de vista político y militar, 175.—Anníbal pasa el Apenino. El cónsul Flaminio. Batalla del lago Trasimeno, 176.—Anníbal en la costa del Este. Reorganización del ejército cartaginés. Guerra en la Baja Italia. Fabio. Marcha sobre Cápua y regreso á la Apulia, 181.—Guerra en Apulia. Fabio y Minucio, 185.—Nuevos armamentos en Roma. Los cónsules Paulo y Varrón, 188.—Batalla de Canas, 190.—Resultados de la batalla de Canas. Faltan los socorros esperados de España, 195.—Refuerzos de Africa, 196.—Alianza con Siracusa, 197.—Se pasan á Anníbal Cápua y la mayor parte de las ciudades de la Baja Italia, 197.—Firmeza de los Romanos, 199.

CAPÍTULO VI.—*Guerras de Aníbal desde Canas hasta Zama.*

La situación, página 204.—Aníbal en Campania. Comienza la guerra en este país y en Apulia, 207.—Aníbal obligado á tomar la defensiva. Sus planes; pide refuerzos, 210.—Ciérrase en un principio el camino á los ejércitos auxiliares, 213.—La guerra en Sicilia. Sitio de Siracusa, 215.—Expedicion cartaginesa á Sicilia. Derrota del ejército cartaginés. Toma de Siracusa, 216.—Pequeña guerra de Sicilia. Ocupacion de Agrigento por los Romanos. Pacificacion de la isla, 220.—Filipo de Macedonia. Sus vacilaciones. Roma á la cabeza de la coalicion griega contra Macedonia. La guerra continúa indecisa, 221.—Paz entre Filipo y los Galos. Paz con Roma, 226.—La guerra de España, 227.—Exito de los Escipiones. Guerra de Sifax contra Cartago, 228.—Derrota y muerte de los Escipiones. La España ulterior perdida por los Romanos, 230.—Publio Escipion, 233.—Escipion en España. Toma de Cartagena. Escipion en Andalucía. Asdrubal pasa los Pirineos. España conquistada. Magon en Italia. Gades por los Romanos, 235.—La guerra en Italia, 242.—Combates en la Baja Italia. Arpi recobrada, 244.—Toma de Tarento por Aníbal. Aníbal marcha sobre Roma, 245.—Superioridad decidida de los Romanos. Capitulacion de Tarento, 250.—Aníbal rechazado al fondo de Italia. Muerte de Marcelo, 253.—Miseria producida por la guerra, 253.—Los aliados, 255.—Llegada de Asdrubal, 257.—Nuevos armamentos. Marcha de Asdrubal y de Aníbal. Batalla de Sena ó de Metauro. Aníbal en el Brutium, 258.—Expedicion de Escipion al Africa, 263.—Armamentos de Cartago. Escipion rechazado á la costa. Sorpresa del campamento cartaginés, 267.—Preliminares de la paz. Intrigas de los patriotas. Vuolta de Aníbal á Africa. Renovacion de las hostilidades, 269.—Batalla de Zama, 272.—La paz, 273.—Resultados de la guerra, 276.—Resultado fuera de Italia. Resultados en Italia, 277.

CAPÍTULO VII.—*El Occidente desde la paz con Aníbal hasta el fin del primer período.*

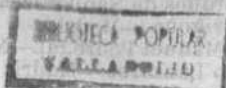
Sumision de la region del Pó. Guerras con los Galos, página 283.—Medidas tomadas contra las incursiones de los Transalpinos, 285.—Colonizacion de la Cisalpina, 287.—Los Ligurios, 289.—Córcega y Cerdeña, 290.—Cartago, 291.—Aníbal. Reforma de la constitucion de Cartago. Huida de Aníbal. Continúa en Roma la irritacion contra Cartago, 293.—Los Numidas. Masinisa. Progreso de la civilizacion de los Numidas, 296.—España. Su civilizacion, 300.—Guerras entre los Romanos y los Españoles, 305.—Ejército permanente de ocupacion. Marco Caton, 306.—Tiberio Graco, 308.—Administracion de España, 309.

CAPÍTULO VIII.—*Estados Orientales. Segunda guerra con Macedonia.*

Oriente y Grecia. Las grandes Potencias. Macedonia, página 312.—Asia, 315.—Egipto, 316.—Reinos del Asia Menor, 319.—Los Galos del Asia Menor, 320.—Pérgamo, 321.—Grecia. Epirotas, Acarnanios y Beocios, 321.—Los Atenienses, 322.—Los Etolios, 322.—Los Aqueos. Esparta, Elis y Mesena, 323.—Liga de las ciudades griegas. Rodas, 324.—El Rey Filipo de Macedonia, 325.—Macedonia y Asia coligadas contra Egipto. La *Hansa* rodia y Pérgamo contra Filipo, 328.—Intervención diplomática de Roma, 333.—Continúan las hostilidades en Oriente. Roma declara la guerra, 339.—La liga romana en Grecia, 340.—Los Romanos desembarcan cerca de Macedonia. Intentan penetrar en este reino, 342.—Salen los Romanos de Macedonia, 346.—Filipo acampa sobre el Aous. Flaminio. Filipo rechazado hasta Tempe. Grecia en poder de los Romanos. Entran los Aqueos en la alianza de Roma, 348.—Tentativa de paz frustrada. Filipo en Tesalia, 352.—Batalla de Cinocéfalas, 354.—Preliminares de la paz, 357.—Escodra. Engrandecimiento de la liga aquea. Los Etolios, 359.—Guerra contra Nabis, 360.—Medidas tomadas en Esparta, 351.—Organización definitiva de la Grecia, 363.—Resultado, 364.

CAPÍTULO IX.—*Guerra contra Antioco en Asia.*

Antioco el Grande. Primeras dificultades en Roma, página 367.—Antioco se prepara para la guerra, 373.—Manejos de los coaligados contra Roma, 375.—Ruptura entre Antioco y los Romanos, 377.—Potencias secundarias, 378.—Cartago y Aníbal, 378.—Estados del Asia Menor, 379.—Macedonia, 379.—Los pequeños Estados griegos, 380.—Antioco en Grecia. Llegada de los Romanos. Batalla de las Termópilas, 381.—Los Romanos dueños de la Grecia. Resistencia de los Etolios, 384.—Guerra marítima y preparativos de desembarco en Asia, 385.—Expedición al Asia, 389.—Los Romanos en el Helesponto. Batalla de Magnesia. Conclusión de la paz, 390.—Expedición contra los Celtas del Asia Menor, 394.—Arreglo de los asuntos del Asia Menor, 396.—Las ciudades griegas libres, 397.—Engrandecimiento del reino de Pérgamo, 398.—Arreglo de los asuntos de Grecia. Combate y paz con los Etolios, 400.—Macedonia, 401.—Los Aqueos. Los patriotas de Acaya. Lucha entre los Aqueos y los Espartanos, 402.—Muerte de Aníbal, 407.—Muerte de Escipión, 408.





LISTA DEFINITIVA

DE LOS SEÑORES SUSCRITORES.

- Excmo. Sr. D. Manuel Cortina.—Madrid.
Ilmo. Sr. D. José Amador de los Rios.—Madrid.
Excmo. Sr. D. José Carvajal.—Madrid.
Biblioteca de Derecho de la Universidad Central.—Madrid.
Excmo. Sr. D. Pedro Sabau.—Madrid.
Ilmo. Sr. D. Manuel Ruiz de Quevedo.—Madrid.
Excmo. Sr. D. José María Fernández de La Hoz.—Madrid.
Sr. D. Acacio Charrin y Tigero.—Madrid.
 Gabino Lizárraga.—Madrid.
 José Aguilera Melendez.—Madrid.
 Juan Carlos y Alix.—Madrid.
 Tomás Avalos y Gordo.—Madrid.
Sr. Vizconde de los Antrines.—Madrid.
Sr. D. José Villarejo.—Puebla de Alcocer.
 Ricardo Muñoz y Delgado.—Logrosan.
 Antonio Aura Boronat.—Madrid.
 Francisco de Rivas.—Albuñol.
 José Ulloa y Vila.—Madrid.
 Robustiano Patiño y Mella.—Madrid.
 Luis Martí.—Monóvar.
 Demetrio Duque y Merino.—Reinosa.
Sr. Promotor fiscal de Reinosa.
Excmo. Sr. D. Santiago Soler y Plá.—Madrid.
Sr. D. Juan García Lopez.—Madrid.
 Cristóbal Urrea y Muñoz.—Madrid.
 José María Quintana y Lasprilla.—Villacarriedo.
 Antonio Marín.—Sanlúcar la Mayor.
 José Cañe y Baulenas.—Tortosa.
 Onofre Amat y García.—Madrid.
Sr. Marqués de Navamorcuende.—Madrid.
Sr. D. Fernando Casani y Díaz de Mendoza.—Madrid.
 José Osorio y Heredia.—Madrid.
 Salvador de Abarzuza.—Madrid.
 Joaquín González Estéfani.—Madrid.
 César de Veraza.—Madrid.
 Francisco Fontanals y Martínez.—Barcelona.
Sr. Marqués viudo de las Nieves.—Madrid.
Excmo. Sr. Marqués de San Felices.—Madrid.
Sr. Conde de Trígona.—Madrid.
Excmo. Sr. D. Manuel Pedregal.—Madrid.
Sr. D. Eugenio Lanzarot.—Madrid.
 Wenceslao López Rubio.—Sorbas.

- Sr. D. Francisco García Roca.—Serbas.
 Diego García.—Tahal.
 Juan Miguel Guerrero.—Albanchez.
 Antonio Linares Molina.—Albanchez.
 José Ramon Linares Molina.—Albanchez.
 Francisco Aguilar.—Valencia (por 10 ej.)
 José Enrique Serrano.—Valencia.
 Emilio Padilla Pardo.—Valencia.
 Jacinto Ferrer.—Madrid.
 Donato Sanchez Molina.—Madrid.
 Amador Jimenez Molina.—Cantoria.
 Vicente Ibars y Vals.—Torralva.
 Arturo Corbella.—Barcelona.
 José Miranda.—Madrid.
 Damian Mendez Rayon.—Madrid.
 Enrique García Alonso.—Madrid.
 José Fuentes Perez.—Félix.
 Miguel Fernandez Dominguez.—Huercal.
 Francisco Alvarez.—Huercal.
 Ramon Linares y Trigueros.—Málaga.
 Juan Clemente Cavero y Martinez.—Zaragoza.
 Juan Llordachs.—Barcelona (por 28.)
 Enrique Sancho y Tirado.—Madrid.
 Francisco de Prat y Varela.—Moron de la Frontera.
 José Ramon Melendreras.—Oviedo.
 Vicente Cid y Osorio.—Coruña.
 Augusto Nordenfels.—Madrid.
 Adolfo Izquierdo y Diez.—Ronda.
 Ildefonso Revesado.—Zamora.
 Joaquin Mozo Crespo.—Zamora.
 Ilmo. Sr. D. José Ahumada y Centurion.—Madrid.
 Sr. D. Manuel de la Revilla.—Madrid.
 Excmo. Sr. D. Nicolás Salmeron y Alonso.—Madrid.
 Excmo. Sr. D. José Muro.—Valladolid.
 Colegio de Escolapios de San Antonio.—Madrid.
 Excmo. Sr. D. Segismundo Moret y Prendergast.—Madrid.
 Ilmo. Sr. D. Manuel Merelo.—Madrid.
 Sr. D. José Ausó y Arenas.—Alicante.
 Pio Verdú y Perez.—Monóvar.
 Joaquin Verdú.—Monóvar.
 Luis Martí.—Monóvar.
 Ciro Perez.—Monóvar.
 Eutiquio Albert y Verdú.—Monóvar.
 Eusebio Ruiz Chamorro.—Madrid.
 Jeremías Perez Albert.—Monóvar.
 Nazario Ferrandiz.—Orcheta.
 Ilmo. Sr. D. Miguel Morayta.—Madrid.
 Sr. D. Juan Barbá y Cantera.—Baltana.
 Francisco Ubeda Antolinez.—Madrid.
 Antonio María Sbert y Borrás.—Palma de Mallorca.
 José María Fernandez Sanchez.—Santiago.

- Sr. D. Pedro Pablo Párraga.—Purchena.
 Manuel María Anibarro y Rivas.—Búrgos.
 Manuel Bofill.—Barcelona.
 Joaquin Rodríguez Vela.—Almería (por 6).
 Fernando Vida.—Madrid.
 Biblioteca del Instituto.—Lorca.
 Rafael Joaquin de Lara.—Coruña.
 Victoriano Romero y Rivero.—Córdoba.
 Alvaro Anhorena.—Madrid.
 Leopoldo Haro.—Madrid.
 Baldomero Gullon.—Madrid.
 Antonio Orozco Ortiz.—Madrid.
- Ilmo. Sr. D. Juan Uña.—Madrid.
- Excmo. Sr. D. José Fernando Gonzalez.—Madrid.
- Ilmo. Sr. D. Ramon Campoamor.—Madrid.
- Ilmo. Sr. D. Mariano Carreras y Gonzalez.—Madrid.
- Sr. D. Francisco Giner de los Ríos.—Madrid.
 Federico Camacha.—Madrid.
 Antonio Buenavida.—Madrid.
 Francisco Gonzalez.—Madrid.
 Antonio Atienza.—Madrid.
 Lino Fernandez.—Madrid.
 Cayetano Meca.—Madrid.
 Manuel Gomez G. de la Lastra.—Madrid.
 Urbano Gonzalez Serrano.—Madrid.
 Manuel Gonzalez Araco.—Madrid.
 Valeriano Mena.—Madrid.
 Manuel Ramos Salas.—Madrid.
 Victoriano Suarez.—Madrid (por 24).
 José del Pino Cortés.—Borge.
 Luis Santistéban Porras.—Terque.
 Francisco Sanchez.—Terque.
 Valeriano Rodriguez.—Terque.
 José Salvador.—Ventarique.
- Ilmo. Sr. D. Gumersindo Azcárate.—Madrid.
- Sr. Marqués de la Merced.—Madrid.
- Sr. D. José Cortés y Segura.—Lubrin.
 Juan García Asensio.—Lubrin.
 Domingo Ibañez.—Calatayud.
 Mariano Hofler.—Madrid.
 Joaquín Juste Garcés.—Madrid.
 Manuel Garrido y Osorio.—Logroño.
 M. Murillo.—Madrid (por 10).
 Federico Abarrátegui.—Badajoz.
 Ramon Mazon.—Badajoz.
 Antonio Martin Toro.—Badajoz.
- Excmo. Sr. D. José C. Sorní.—Madrid.
- Sr. D. Juan Anglada.—Madrid.
- Excmo. Sr. D. Emilio Castelar.—Madrid.
- Sr. D. Jacinto Anglada.—Madrid.
 José Gonzalez Galindo.—Madrid.

- Excmo. Sr. D. Francisco Pi Margall.—Madrid.
 Sr. D. Miguel Ruiz Rubio.—Vera.
 Joaquín Rodríguez Noguerras.—Madrid.
 Sebastian Carrasco y Calvente.—Madrid.
 Luis Torres Acevedo.—Madrid.
 Donato Guío.—Madrid (por 12).
 Francisco Cruz.—Viator.
 Diego Martín Toro.—Viator.
 José Antonio Díaz.—Gador.
 Juan Rubira y Ruiz.—Madrid.
 Faustino Sancho y Gil.—Madrid.
 Hermenegildo Coll de Valdemia.—Mataró.
 Bernardo del Saz.—Palencia.
 José Fernandez Domínguez.—Madrid.
 Juan Cánovas y Lopez.—Totana.
 Pedro Antonio Ibáñez.—Totana.
 Antonio Araque.—Totana.
 Alfonso Cánovas.—Totana.
 Alejandro Cánovas.—Totana.
 Telesforo Cayuela.—Totana.
 Víctor Cobian y Junco.—Totana.
 José Mirete y Visado.—Madrid.
 José García Palenzuela.—Viator.
 José Muñiz Cano.—Madrid.
 Sres. Hijos de Fé.—Madrid (por 12).
 Sr. D. Eduardo Lopez Fuentes.—Huerca-Overa.
 Federico Liria Cerrillo.—Lijar.
 Manuel Sevilla.—Almería.
 Manuel Forero Sobrado.—Almería.
 Joaquin Ramon Garcia.—Almería.
 Rosendo Abad.—Almería.
 Juan Gutierrez de Tovar.—Almería.
 José Falconi.—Almería.
 Ilmo. Sr. D. Pedro de Madrazo.—Madrid.
 Sr. D. Federico Arrazola.—Madrid.
 Francisco Mesonero.—Madrid.
 Miguel García Saez.—Lijar.
 Hermenegildo Sainz Martínez.—Lijar.
 Gaspar Nuñez.—Almería.
 José Vivas Salazar.—Almería.
 Teobaldo Fernandez.—Almería.
 Sixto Espinosa Peralta.—Almería.
 Joaquin Mir.—Mahon.
 Isidoro Tordesillas.—Madrid.
 Genaro de Cos.—Madrid.
 Juan Guillen.—Cáceres.
 José Fernandez Carreras.—Madrid.
 Luis Ortiz y Sancho.—Madrid.
 Ilirio Guimerá.—Madrid.
 Juan Ortega y Rubio.—San Sebastian.
 Gaspar y Hondedeu.—Barcelona (por 4).

- Excmo. Sr. D. Patricio de la Escosura.—Madrid.
 Ilmo. Sr. D. Salvador Saulate.—Madrid.
 Ilmo. Sr. D. Luis de la Escosura.—Madrid.
 Sr. D. Salvador Monserrat.—Sevilla (por 4).
 Teodoro Sainz de Rueda.—Madrid.
 Augusto Manzano y Vila.—Madrid.
 Alfredo Velasco.—Madrid.
 Indalecio Góngora.—Pechina.
 El mismo (p. e.)
 El mismo (p. e.)
 Ecequiel García Salas.—Albanchez.
 Eugenio Sanchez.—Tarancon.
 Antonio Granero García.—Tijola.
 Cristóbal Lopez.—Lubrin.
 Martin Rodríguez Peraza.—Santa Cruz de Tenerife.
 Miguel Alvarez Moreno (por encargo, 10).—(Cuba).
 Remedios.
 Excmo. Sr. D. Valeriano Fernandez Ferraz.—San José (Costa Rica).
 Sr. D. Manuel Matoses.—Madrid.
 José Robles.—Granada (por 7).
 Rufino Machiandiarena.—San Sebastian.
 Biblioteca del Instituto.—San Sebastian.
 José Mayor (por encargo).—Jerez de la Frontera.
 José María Sanz.—Jerez de la Frontera.
 José Luque y Beas.—Jerez de la Frontera.
 Adolfo Ruiz Heredero.—Jerez de la Frontera.
 Manuel Llorente.—Jerez de la Frontera.
 Francisco Gamboa.—Jerez de la Frontera.
 Gaspar Hermanos.—Madrid (por 6).
 Antonio Alvarez.—Málaga.
 Antonio Senarega.—Málaga.
 Manuel María Palomo.—Málaga.
 Joaquin Bugella.—Málaga.
 Pedro Sahittet.—Málaga.
 Dionisio Roca.—Málaga.
 Francisco Sola Portocarrero.—Málaga.
 Federico Ruiz Blaser.—Málaga.
 Jorge Vagner.—Málaga.
 Francisco Guillen.—Málaga.
 Biblioteca del Liceo.—Málaga.
 Biblioteca del ilustre Colegio de Abogados.—Málaga.
 Sr. D. Severo Pascual Sarañana.—Alcoy.
 Victorino Victoria.—Alcoy.
 Francisco Martinez.—Cádiz (por encargo 20).
 Ilmo. Sr. D. Alfredo Camus.—Madrid.
 Ilmo. Sr. D. Francisco Pisa y Pajares.—Madrid.
 Ilmo. Sr. D. José Pastor.—Madrid.
 Sr. D. Manuel Torres Campos.—Madrid.
 Pedro Alcántara y Garcia.—Madrid.
 Antonio Ivern.—Madrid.

- Sr. D. Juan Lúcas Retamar.—Madrid.
 Vicente Millan.—Madrid.
 Estéban Samaniego.—Madrid.
 Manuel Pallares.—Madrid.
 Francisco Piqueras.—Sorbas.
- Biblioteca de la Academia de Jurisprudencia de Madrid.
- Sr. D. José Canalejas y Mendez.—Madrid.
 Gualberto Ballesteros.—Madrid.
 Isidoro Lopez.—Madrid.
 T. Sanchiz.—Madrid.
 Luis de Diego (por 20).—Madrid.
 Jesús Artero.—Mula.
 Vicente Villiuri y Viciiana.—Madrid.
 Senen Medina.—Madrid.
 Pascual Aguilar.—Valencia (por 4).
 José G. Cernuda.—Madrid.
 Francisco Gonzalez Serrano.—Navalmoral de la Mata.
 Agustín Sardá y Llavería.—Madrid.
 Pablo Roda, Cónsul de España en Orán.
- Biblioteca del Círculo de Calderon de la Barca.—Valladolid.
- Sr. D. Enrique Gil Ayen.—Coruña.
 Antonio Picazo y Lopez.—Albacete.
 José del Rey.—Alcalá la Real.
 Francisco Fornas.—Ayora.
 José R. Saez Martínez.—Uleila.
- Biblioteca de la Academia de Ciencias morales y políticas.—Madrid.
- Sr. D. Eduardo Ortiz y Casado.—Madrid.
 Francisco Toda.—Manresa.
 Gonzalo Calvo Asensio.—Madrid.
 Rafael G. Mediavilla.—Reinosa.
 José Céspedes.—Madrid.
 Jané Hermano.—Barcelona (por 5).
 Francisco Lastres.—Madrid.
 José Valdés Fauli.—Madrid.
- Instituto de segunda enseñanza de Alicante.
- Biblioteca del Casino de Alicante.
- Sr. D. Felipe Augusto Corral.—Valencia de Don Juan.
 Enrique Peñuela y Zafra.—Madrid.
 Antonio Cosin y Martínez.—Madrid.
 Ricardo Seseña y Gomez.—Madrid.
 Angel Goñi.—Madrid.
 Eduardo A. García y Villalva.—Madrid.
 Rafael Conde.—Madrid.
 Sebastian Cerezo.—Salamanca.
 Miguel Gago.—Salamanca.
 Arturo Mola y Camo.—Barcelona.
 Melchor Ferrer.—Barcelona.
 Alfredo A. Buillo.—Oviedo.
 Francisco Gomez Cuartero.—Madrid.
 Eduardo Bettencourt.—Santa Cruz de Tenerife.

- Excmo. Sr. Marqués de Almanzora.—Madrid.
 Sr. Conde de Torre Marin.—Madrid.
 Sr. D. Alvaro Castellanos.—Madrid.
 Tomás Martín Galan.—Monte Frio.
 Francisco Lopez y Aparicio.—Madrid.
 José Martínez Dumas.—Madrid.
 Eduardo Giménez Molina.—Cantoria.
 Eduardo Pardo Casajus.—Becerreá.
 Ladislao Zapatero.—Madrid.
 Biblioteca del Instituto de Leon.
 Sr. D. Antonio de Norzagaray.—Madrid.
 Antonio Muñoz Villanueva.—Bribiesca.
 Leoncio Francés.—Madrid.
 Carmelo Calvo.—Alicante.
 Tomás Forcen.—Pina de Ebro.
 Ramon Gil y Gomez.—Salamanca.
 Delfin Blanco y Villar.—Luarca.
 Tomás Andrés Montalvo.—Madrid.
 José Lozano y Gonzalez.—Madrid.
 Bailly-Bailliere.—Madrid (por 6).
 Dámaso Bueno.—Segovia.
 José Gorria y Gutierrez.—Segovia.
 Jorge Montero (por 7).—Valladolid.
 Eduardo Cobos.—Valladolid.
 Lucas Guerra.—Valladolid.
 Antonio Torrijos.—Valladolid.
 Francisco Ramos Villa.—Valladolid.
 Vicente Colorado.—Valladolid.
 Damian Queró y Diaz.—Porcuna.
 José Entera Rico.—Granada.
 Viuda de Heredia.—Zaragoza.
 Juan Guillen Barroeta.—Cáceres.
 Rafael García Domene.—Totana.
 Benito Gil.—Totana.
 Luis Zamora Martínez.—Totana.
 Juan B. Cánovas Aledo.—Totana.
 Francisco Redondo.—Totana.
 Fernando Leon Sanchez.—Alhama.
 Luis Sastre.—Lorca.
 Alejandro Castillo.—Lorca.
 Emilio Fontana Martínez.—Totana.
 Eugenio Calon.—Salamanca.
 Alejandro Villatoro.—Toledo.
 Antonio Rubio.—Málaga.
 Vicente Miranda.—Orense.
 J. Benitez y Comp.*—Santa Cruz de Tenerife.
 José Rubio.—Badajoz (por 2).
 Domingo Perez Escribano.—Cartagena.
 Jorge Iversen, Vicecónsul de Suecia y Noruega.—
 Santander.
 Mariano Ares.—Salamanca.

- Excmo. Sr. D. Manuel Ruiz Zorrilla.—Madrid.
 Sr. D. Luis Fernandez.—Gergal.
 Francisco Góngora G.—Viator.
 Valentín García —Albanchez.
 Enrique García de Angulo.—Madrid.
 José del Pozo.—Habana (por 3).
 Francisco Javier Bagils.—Barcelona.
 Alfredo A. Buillo.—Oviedo.
 Francisco Moya.—Málaga (por 2).
 Juan Oliveres.—Barcelona (por 2).
 Juan Casinello.—Almería.
 Antonio Valverde Pereira.—Almería.
 Domingo Masa Diaz.—Almería.
 Augusto Carmona.—Almería.
 Antonio Vivas Salazar.—Almería.
 Francisco Montoro.—Almería.
 Gabriel Perez.—Almería.
 Francisco Iribarne.—Almería.
 José Medina.—Almería.
 José Gonzalez.—Almería.
 Juan Oña.—Almería.
 Emilio Perez.—Almería.
 José María y Sanz, (por 6).—Valencia.
 J. Marcell Oliver, (por 4).—Alicante.
 Antonio Fernandez Dominguez.—Huerca.
 Manuel Fernandez.—Almería.
 Casino de la Coruña.
 Antonio Castejon.—Córdoba.
 Alejandro Chao.—Habana (por 5).
 José María Ruiperez.—Totana.
 José M. Lorenzo.—Totana.
 José Torres y Casanova.—Totana.
 Gonzalo Canabas Martinez.—Totana.
 José Zapata y García.—Totana.
 Juan Antonio Cayuela.—Alhama.
 Ricardo Guirao Rocama.—Múrcia.
 Julian Pagan.—Múrcia.
 Márcos Peñalver.—Múrcia.
 Carlos Rubira (por encargo, 14 suscripciones).—To-
 tana.
 Mariano Lopez Manso.—Balisa.
 Manuel Baamonde.—Monforte.
 José Oñate y Ruiz.—Madrid.
 Andrés Ruigomez.—Madrid.
 Enrique Muñoz.—Madrid.
 Juan de D. Hernandez.—Madrid.
 Ramon Falcó.—Oviedo.
 Manuel Anduaga.—Madrid.
 Daniel Valdés Barrio.—Madrid.
 Nicanor Martinez.—Madrid.
 Enrique Príncipe.—Madrid.

Francisco Bico y Lucar.—Novelda.
 Paulino Alvarez Aguiñiga.—Habana.
 Salvador Mestre y Mora.—Mallagüez.
 Eusebio Frutos.—Fuente Piedra.
 Biblioteca del ilustre colegio de Abogados de la Co-
 ruña.

Total de suscripciones, 620.

ADVERTENCIA.

Queda definitivamente cerrado el plazo para la suscripcion á esta obra. Si hubiera en la lista alguna equivocacion ó se hubiera cometido alguna omision involuntaria, se rectificará en un suplemento en el tomo final.

BRIGADA POPULAR
VALLEABOLÍD

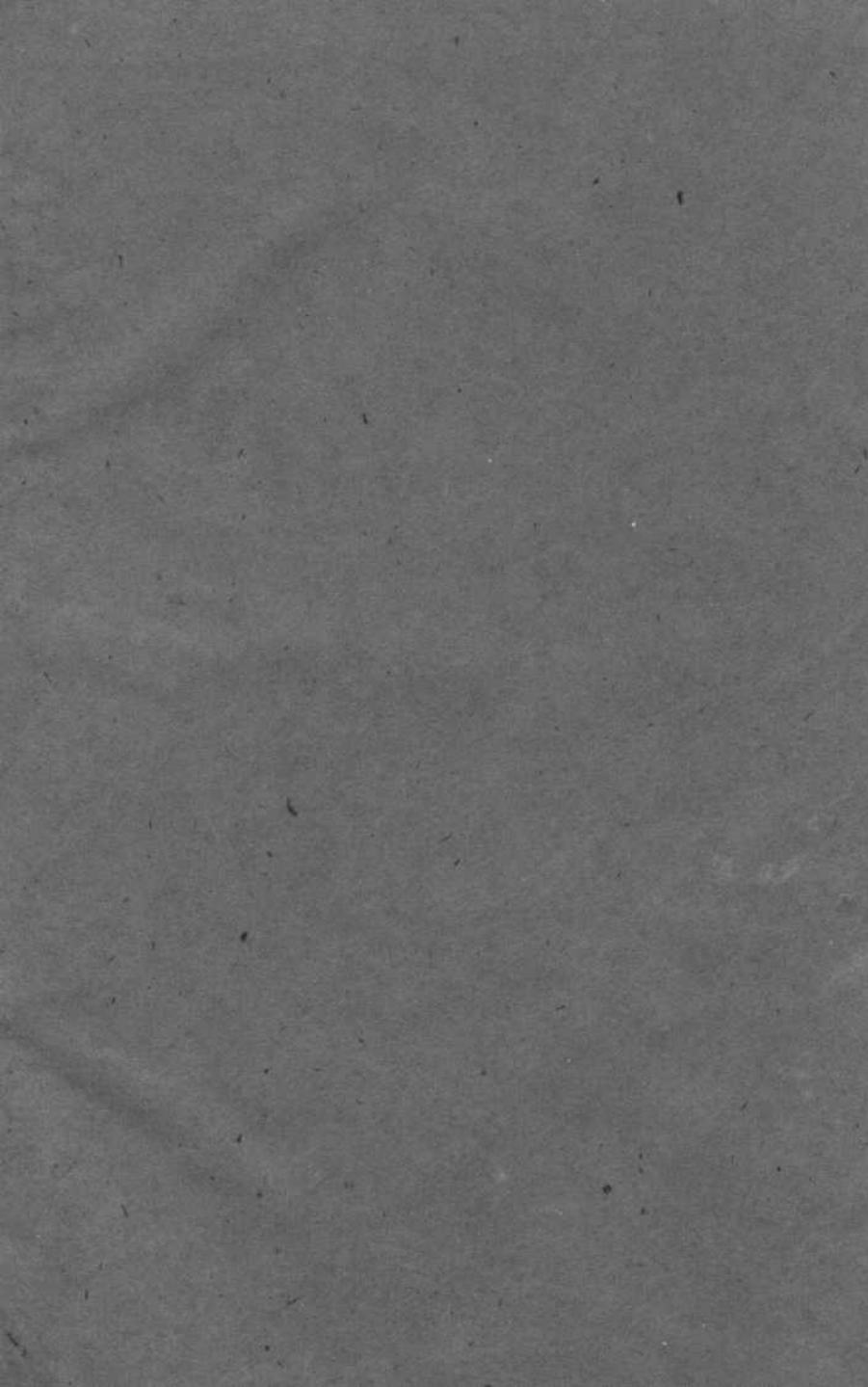


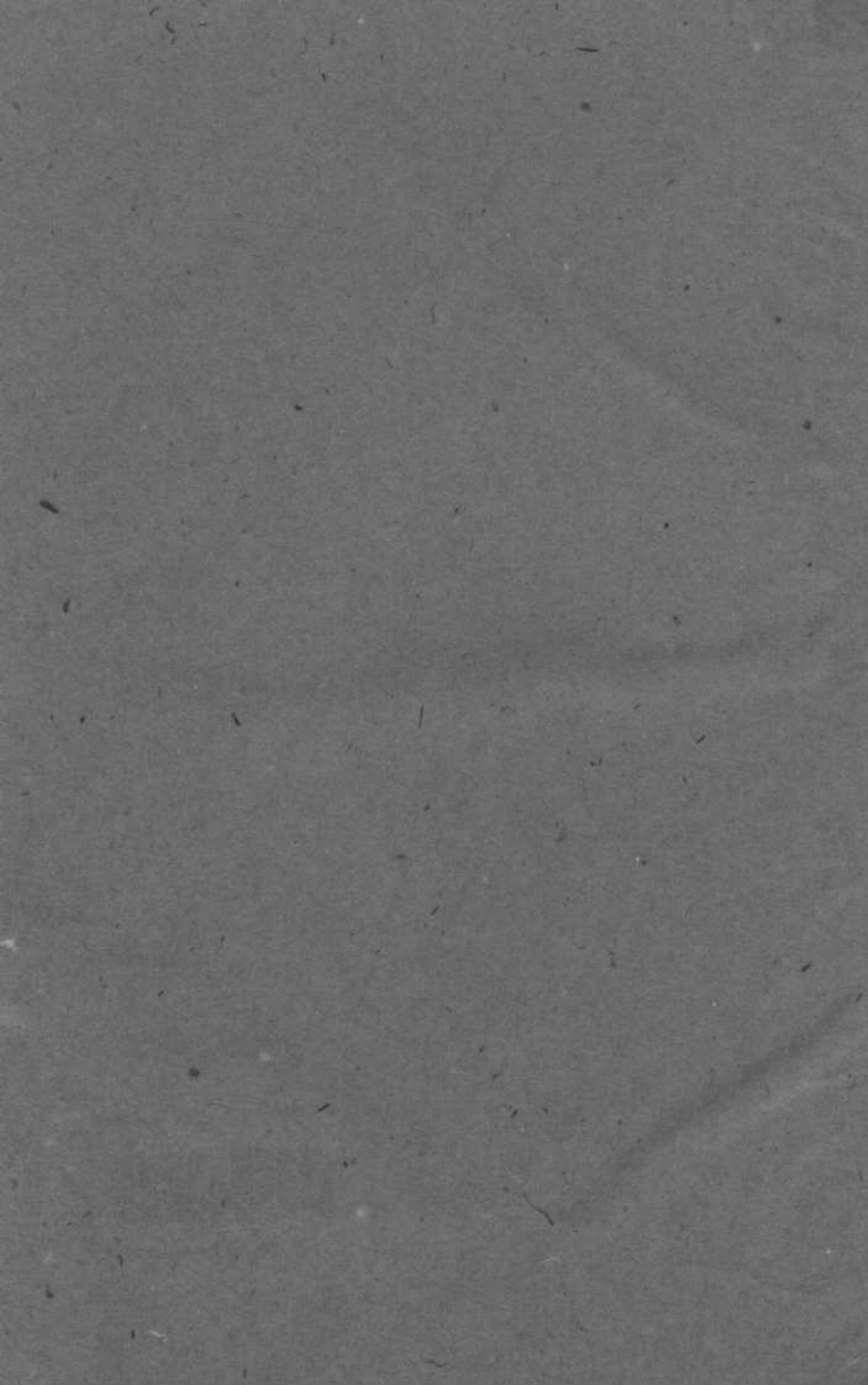
BIBLIOTECA PÚBLICA
DE VALLADOLID

Biblioteca Pública de Valladolid



71899392 BPA 1099 (V.3)







BPA
1099